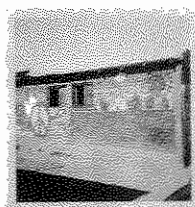


araucaria



Director:

Volodia Teitelboim

Secretario de Redacción:

Carlos Orellana

Consejeros y colaboradores:

Héctor Fernando Abarzúa, Jorge Enrique Adoum, Margarita Aguirre, Carlos Albrecht, Fernando Alegría, Clodomiro Almeyda, Isabel Allende, Nemesio Antúñez, Ligeia Balladares, Mario Benedetti, José Balmes, Gracia Barrios, Gustavo Becerra, Mario Boero, Leonardo Cáceres, Alfonso Calderón, Javier Campos, Orlando Caputo, Hernán Castellano Girón, Carlos Cerda, Armando Cisternas, Patricio Cleary, Marcelo Coddou, Francisco Coloane, Julio Cortázar (+), Santos Chávez, René Dávila, Guido Decap, Luis Enrique Délano (+), Poli Délano, Humberto Díaz Casanueva, Eugenia Echeverría, Juan Armando Epple, Víctor Fariás, Eduardo Galeano, Gabriel García Márquez, Claudio Giacconi, Alexis Guardia, Patricio Hales, Marta Harnecker, Guillermo Haschke, Manuel Alcides Jofré, Fernando Krahn, Omar Lara, Miguel Lawner, Carlos H. León, Miguel Litín, Juan López Carmona, Hernán Loyola, Sergio Macías, José Maldavsky, Patri-

sumario

A los lectores	5
De los lectores	6
<i>En Chile, las hogueras</i> (Volodia Teitelboim), página 11 / <i>El fuego purificador de Augusto Pinochet</i> (Ariel Dorfman)	15

nuestro tiempo

Claudio Pérsico: <i>La deuda externa de Chile: el nuevo rostro del colonialismo</i>	23
Carlos Albrecht: <i>La deuda externa destruye Santiago</i>	37
Historia de un símbolo del capitalismo moderno: cien años de Coca Cola (Osvaldo Soriano)	49

exámenes

Clodomiro Almeyda: <i>Lukács y el marxismo contemporáneo</i>	61
--	----

calas en la historia de Chile

Pedro Bravo Elizondo: <i>La Gran Huelga del Salitre</i>	73
Cronología de la masacre (Eduardo Devés), p. 87 / La clase obrera en la historia de Chile (P. S.)	88

años

Ronald Wilson: <i>La herencia política de Luis Emilio Recabarren</i>	93
Los escritos de prensa de Recabarren (Orlando Millas), p. 110 / "Don Reca" en varios tiempos (Iván Ljubetic)	113

conversaciones

<i>Convertir en realidad la esperanza del triunfo</i> (Conversación con Fernando Castillo Velasco)	119
--	-----

temas

- Variaciones sobre Jorge Luis Borges. Comprende: Borges: lucidez y alucinaciones* (Carlos Ossa), p. 131 / *Borges a la contradicción* (Volodia Teitelboim) p. 139 / *El hombre que canta, que habla y escribe* (Virginia Vidal) 149
Roberto Fernández Retamar: *José Martí y la nueva literatura latinoamericana y caribeña* 159

textos

- Poemas* (Jorge Etcheverry - Gonzalo Santealices) 171

los libros

- Historia (y geografía) como memorial poético* (Juan Armando Epple - José Miguel Varas - Guido Decap) 179
Alejandro Venegas o la praxis de un educador antioligárquico (Carlos Ossandón) 190

crónica

- Ejercicio del regreso: El cielo con un dedo* (Eugenia Echeverría), p. 195 / *Varia intención* (Centenario de Antonio Acevedo Hernández - El muralista Gabriel Bracho - El fin de Nascimento - "Tango rubio", un film sobre el exilio - Dean Reed - "¡Y va a caer!") 197

notas de lectura

- La aventura de Miguel Littin clandestino en Chile / El hipódromo de Alicante / Las máscaras del ruiseñor / Le pavillon de l'oiseau jaune / Cuentos civilizados / El informe Mancini / La estrategia política de Fidel 209

Los dibujos de las pp. 118 a 124 son de Nemesio Antúnez, uno de los más importantes pintores chilenos actuales. Las fotos de las portadas y las que se reproducen en páginas interiores (pp. 4 a 92) corresponden a murales anónimos de la población La Victoria, fotografiados por Patricio Gajardo.

cio Manns, Roberto Matta, Eugenio Matus Romo, Gabriela Meza, Julio Moncada (+), Fernando Moreno Turner, Jacqueline Mouesca, Eugenia Neves, Osvaldo Obregón, Agustín Olavarría, Raquel Olea, Carlos Ossa, Carlos Ossandón, Alfonso Padilla, Isabel Parra, Olga Poblete, Fernando Quilodrán, Mauricio Redolés, Osvaldo Rodríguez Musso, Miguel Rojas Mix, Grinor Rojo, Luis Rubilar, Omar Saavedra, Cecilia Salinas, Augusto Samaniego, Federico Schopf, Antonio Skármeta, Rubén Sotoconil, Radomiro Spotorno, Bernardo Subercaseaux, Arturo Taracena, Eugenio Tellez, Mario Toral, Juan G. Torres, Armando Uribe, María de la Luz Uribe, Juvencio Valle, Hernán Villablanca, Sergio Villegas, Sergio Vusković, Oscar Zambrano

Comité permanente:

Luis Bocaz, Pedro Bravo Elizondo, Jaime Concha, Osvaldo Fernández, Luis Alberto Mansilla, Alberto Martínez, Guillermo Quiñones, José Miguel Varas, Virginia Vidal.

Diseño gráfico:

Fernando Orellana

EDICIONES MICHAY.
Arlabán, 7, of. 49 / Teléfono: 232 47 58 / 28014-Madrid (España).

ISBN: 84-85594.
ISSN: 0210-4717.
Depósito legal:
M. 20.111-1978.

Catálogo de la Biblioteca del Congreso (Washington):
Nº 80-642682.

Impresores:
Graficinfo, S. A. / Eduardo Torroja, 8 / Fuenlabrada (Madrid).

a los lectores

La acción que pudo costarle la vida a Pinochet cierra una época: trece años de guerra interna caracterizada porque sólo uno de los contendientes disponía del derecho y el poder de disparar. La dictadura ha despertado de pronto ante una realidad nueva: la de un pueblo que decide legitimar en la práctica su derecho a la rebelión administrando al tirano la medicina que él ha utilizado impunemente —hasta ahora— como receta cotidiana de gobierno.

Pinochet ha acusado recibo del castigo mostrando en patéticas imágenes de televisión algo más que nerviosismo: signos de humillación, despecho y pánico dominaban sus gestos, así como la afonía balbuceante con que daba cuenta de los pormenores de la primera batalla verdadera que libra en su vida, y frente a la cual el arrogante Capitán General se ha revelado apenas como un generalito de chocolate, bien capaz, eso sí, de competir con los conejos por la rapidez de su huida. Sus colegas de armas habrán tomado debida nota de los puntos que calza el Comandante-en-Jefe en términos de coraje militar, y los demás tendremos la ocasión de establecer un paralelo con el más ilustre de los chilenos que Pinochet ha hecho asesinar, el Presidente Allende, que a la hora de tener que defender vida y principios supo morir con las armas en la mano.

¿Qué viene en seguida? Nada más lejos de nuestro ánimo que entrar en predicciones, pero señalemos que lo más importante, ahora, es hallar a la mayor brevedad la fórmula que permita unir a la oposición y golpear juntos para derribar a Pinochet. Trece años son muchos años y mucho el dolor acumulado, y es natural que el pueblo decida que esta situación no puede seguirse tolerando. Quienes dicen abominar de la violencia, deberían meditar sobre la responsabilidad política y moral que les cabe en los esfuerzos de concertación: un *acuerdo político* que permita una *salida política* a la actual situación es evidente que hará innecesarias las acciones de autodefensa emprendidas hasta ahora por el pueblo; la sistemática obstrucción de este consenso, en cambio, sólo tenderá a agravar las cosas, prolongándolas y profundizando los riesgos.

1986 *año decisivo*, han sostenido todos desde que comenzó. Este carácter se define, sobre todo, por la posibilidad de poner fin a los días de la dictadura. Pero si así no fuera, digamos que no habrá pasado en vano si se logra el concierto que hará inevitable la inminencia de aquel desenlace.

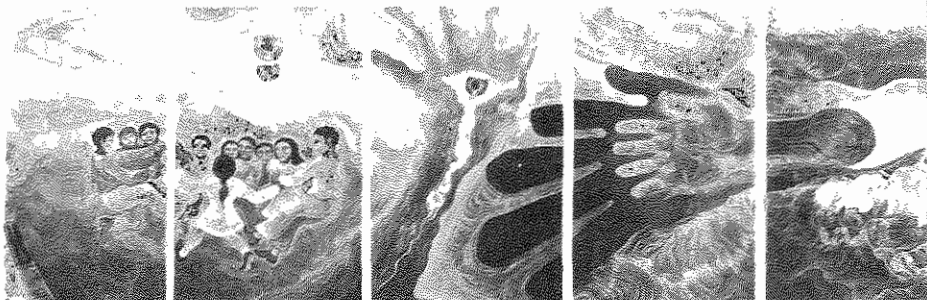
de los lectores

Han transcurrido más de dieciocho meses desde el nacimiento del Hogar para jóvenes retornados "El Encuentro", que como ustedes saben, es una iniciativa destinada a ayudar a la reinserción de nuestros jóvenes que vuelven del exilio. Han pasado ya por nuestra casa 24 retornados y en la actualidad tenemos todavía un cupo de 8 plazas, gracias a que a partir del 1º de junio nos hemos trasladado a una sede más amplia en Jorge Canning, Ñuñoa, Santiago. Como sabemos la gran difusión que tiene *Araucaria* entre los exiliados, nos gustaría pedirles ayuda en la tarea de dar a conocer nuestra labor, aunque sabemos que es difícil sintetizar en unas pocas líneas una experiencia que tiene ya más de un año. Estamos, por eso, preparando un diaporama, que podemos enviar a aquellas organizaciones que decidan utilizarlo con fines de difusión. Pueden escribirnos a la dirección señalada.

Reciban nuestro afectuoso saludo y las esperanzas de encontrarnos pronto, en un futuro no muy lejano.

Mireya Bastidas, directora. **Ximena Erazo**, **Manuel Jacques**, equipo de administración (Santiago, Chile).

Me parece un acierto la sección *Testimonio del regreso*, que siento que viene a ser un complemento de lo que antes fueron en la misma revista los testimonios sobre la vida en el exilio. Todos deberían contar lo que les ocurre al volver a la Patria, y en aquellos que han hecho de la escritura su oficio debería ser casi obligatorio. Reglón aparte, quiero decirles que entre las cartas que publican dentro del rubro en el N° 34 hay una que contiene un error que conviene rectificar. El retornado C. F. cuenta: "Asistí a dos entierros: el de Alamiro Guzmán y el de César Godoy Urrutia...". Que sepamos, Alamiro Guzmán no ha fallecido. Por lo que se



deduce de la carta, en cuanto a fechas, pensamos que se ha producido una lamentable confusión: el entierro debe haber sido el de Héctor Cuevas.

E. D. (Bremen, R.F.A.)

Tiene razón el corresponsal y lamentamos la equivocación. Nos comunicamos telefónicamente con el autor de aquella carta, y su autor cayó en la cuenta sólo entonces de que, efectivamente, había cometido un grueso error, que hicimos nuestro, al no advertirlo y darle cabida en nuestras páginas. Pedimos, por todo, excusas a nuestros lectores.

Soy un hincha-lector de **Araucaria** desde el primer número. ¡Felicitaciones! Creo que lo están haciendo de primera y le están pegando justo al medio. Gracias por todo lo que nos aporta la revista.

Víctor Montenegro (Québec, Canadá)

Con mucha alegría he recibido el número 32 de **Araucaria** y créanme que lo he devorado. Cada uno forma de una colección preciosa, de un pedazo de mi Chile; la revista es la voz de la patria, es una medicina en medio del dolor del exilio. Reciban el cariño y el apoyo para seguir adelante, desde las lejanas y heladas tierras del Canadá.

Marianela Puebla (Edmonton, Canadá)

Pedro Sepúlveda (ver **Araucaria** Nº 27) nos envía desde Chile esta fotografía de uno de sus trabajos del año 1985. Este mural fue realizado en diez paneles de dos por tres metros cada uno. Título: A los caídos en marzo de 1985.



LOS MURALES DE LA VICTORIA

Ir de visita a su propia casa. Podría ser uno de esos chistes crueles que los chilenos solemos contarnos.

En el avión, suspendido sobre el océano, me repetía: No soy europeo, no soy europeo, qué miedo de sentirme extranjero en mi tierra. Al fin y al cabo el país que dejé más de diez años ya no existe.

Una corrida de álamos, un camino de tierra, los cerros de Colina, los abrazos de los familiares, de los amigos, y ya mis inquietudes se iban disipando en el cielo sucio de smog de Santiago.

Siempre hemos mantenido un nutrido contacto epistolar con Chile; pero saber que la miseria existe no es lo mismo que verla, palparla. ¿Cómo poder soportar que ese jefe de familia, que tiene los mismos derechos que yo de ser feliz, tenga que tomar la actitud de un mendigo para rogarme que le compre unos parches curita, que sabe no necesito, y que si los acepto será por compasión que me cuesta disimular?

Fue en las coordinadoras de las ollas comunes, en los centros culturales, en los comités antirrepresivos, antitortura, de defensa de los derechos humanos, donde descubrimos a un pueblo que cree en sí mismo y que sabe que sólo él puede ser el autor de su propia liberación. Fue esa realidad la que terminó de convencernos que nuestro lugar está allá.

No fuimos al barrio alto ni a Providencia. Sabíamos que ahí todo está muy limpio y bonito. Y ya conocemos el precio.

Un amigo me invitó un día a su casa, en la población La Victoria, con el fin, además, de conversar con algunas familias, con el párroco Pierre Dubois, con algunos dirigentes. Ser invitado por alguien del lugar es importante, de lo contrario no son muchas las puertas que se abren. En estos trece años la gente ha aprendido a quién vale la pena acoger o rechazar.

Entrando a la población por una de sus pocas calles pavimentadas, empecé a descubrir, en cuanto superficie plana de pared que lo permitiera, hermosos murales multicolores, llenos de luz, de mensajes, de símbolos. Me pareció soñar. ¿Estaba realmente en el Chile de 1986?

—¿Pero cómo no me habías hablado de esto? —interrogué a mi amigo.

Ríe, y me dice que no se le pasó por la mente, que para ellos es algo habitual.

—Tú sabes, La Victoria es territorio libre, y aquí podemos hacer muchas cosas que en otras partes son inimaginables...

—Surgen así, espontáneamente —me fue explicando mi amigo—. Poco importa saber quiénes los hacen. Han perfeccionado sus técnicas, de modo que si por la noche los borran, los colores reaparecen poco a poco por sí solos. No hay problemas con el propietario de la pared pintada: dirá que lo hicieron sin que él supiera, y, que para no tener problemas,

prefiere dejarlo tal cual. En el fondo está feliz y orgulloso de tener ese mural sobre su muralla y, seguramente, lo cuida a su manera.

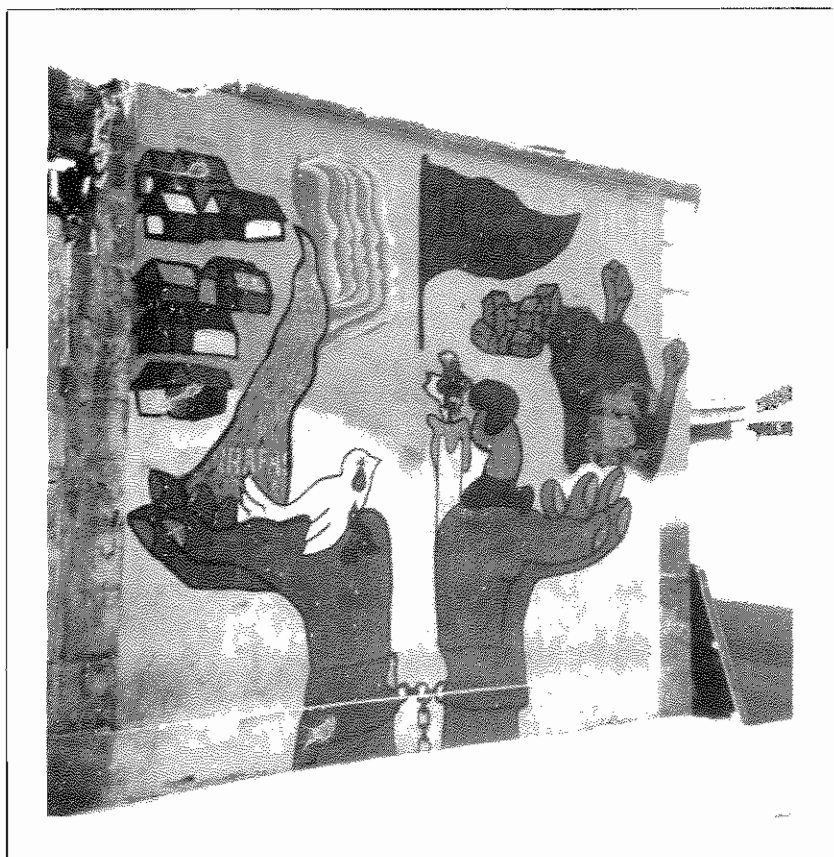
Yo tenía una pequeña máquina fotográfica de esas que en Europa regalan a los niños como juguete, y sólo me quedaban tres fotos.

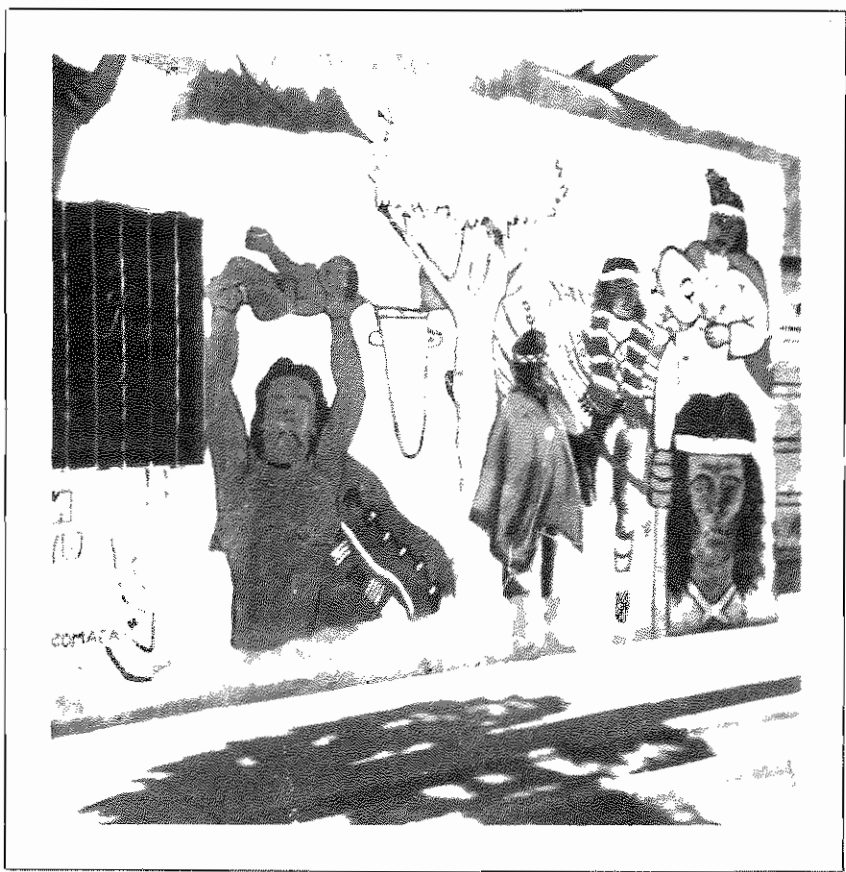
Sin poder sacarme esos colores de la cabeza, después de almorzar, me las arreglé para ir hasta la Gran Avenida y, a pesar de ser domingo, comprar un rollo de película.

Y por las calles de la población, fotografiando esas pinturas, veía los tajamares del Mapocho, las paredes de Santiago, los camiones transportando a los artistas, la Ramona Parra, los colores, la alegría, el optimismo.

Y todo eso estaba ahí, ante mis ojos.

PATRICIO GAJARDO





VOLODIA TEITELBOIM

En Chile, las hogueras

Pinochet tiene no menos de 30 mil asesinatos sobre su espalda, a pesar de lo cual simula no sentirse agobiado. Con orgullo de hombre fuerte en público no se curva bajo el peso de tanto muerto. Trata de sonreír ante la televisión como si tuviera la conciencia tranquila de un niño. Esa sonrisa tiene algo de mueca. Cada crimen suyo responde a un nombre, representa el fin de una vida, el término de un ser humano. Cada nombre, cada vida, cada ser humano es, a la vez, un círculo concéntrico que abre muchas heridas y significa dolores a partir del núcleo familiar, del área de sus amigos y relaciones. Estamos hablando sólo del capítulo de los muertos, que es uno, aunque desde luego, como es obvio, el más definitivo e irreparable.

El principio moral de que nada ni nadie entre los mártires será olvidado es imprescindible para evitar la amputación de la memoria de los pueblos y la falsificación de la historia de las naciones. La democracia también debe regir para los caídos, de modo que ningún nombre de víctima sea omitido dentro de la evocación del calvario general. Hay que tener en cuenta a cada uno en el establecimiento de responsabilidades y destacar el valor ético que personifica para el acervo espiritual de las generaciones presentes y venideras su ejemplo resuelto, la constancia de su lucha y el cómo, cuándo y por qué de su sacrificio.

Lo decimos considerando que dentro del Holocausto hay ciertos nombres señeros que tienden a acaparar la reminiscencia colectiva. Son los insignes inmolados como Salvador Allende y Víctor Jara. O son altas figuras que volaron por los aires, pulverizadas por una maquinaria de relojería o por una sofisticada electrónica de la muerte, como el que fuera embajador de Allende en Washington Orlando Letelier, o el Vicepresidente de la República y Comandante en Jefe del Ejército, general Carlos Prats, atomizado junto con su esposa Sofía, en Buenos Aires. Ambos volaron al cielo de los muertos sin olvido gracias a la indomable vocación de terroristas internacionales de don Augusto Pinochet.

Alguna vez criminalistas especializados se dedicarán a la tarea de clasificar minuciosamente por grupos y estilos, por procedimientos y particularidades de ejecución los delitos del régimen fascista. Será una labor, sin duda, ingrata, agotadora y exigente, pero necesaria. Porque el repertorio de la crueldad se ha permitido toda clase de vulgaridades atroces y también de tremendas fantasías en el arte de matar o de hacer sufrir. Es verdad que el programa del terror flagelante mezcla tradiciones heredadas de la tortura, desde la Antigüedad, la Edad Media hasta las finuras vesánicas de la civilización burguesa. También es cierto que han copiado sin sonrojarse los manuales sádicos de la época

imperialista, con tan excelsos maestros como Hitler y Himmler. No es menos efectivo que las perversas innovaciones de *Apocalipsis Now* filmando en Vietnam, con fondo de música wagneriana, las tropelías de la soldadesca yanqui, tampoco le son ajenas en esta acumulación de macabra sabiduría.

Los penalistas y psicólogos del crimen que asumen el análisis de las distintas especialidades del horror, también tendrán que examinar, tal vez, sin ayuda de precedentes establecidos, un morboso prurito de originalidad que lleva a ciertos verdugos al por mayor a reclamar derechos de autor por formas de matar, a su juicio, diferentes. En rigor, se trata de una pretensión desmedida y errónea. Porque en los extensos anales de las tragedias humanas se lee que tampoco son ellos auténticos inventores de nuevas aberraciones. Su último grito no es un descubrimiento de América. Al fin y al cabo, así como la moda del vestido tiende a repetirse necesariamente, y readapta los trajes de otros tiempos, la moda o los modos de asesinar, pese a que reclamen patente de novedad o de creación única, reconocen casos previos de aplicación.

Seguramente las dictaduras castrenses de América Latina de la década del 70 se sintieron muy orondas porque habían inventado el crimen perfecto, aquél que no deja huellas, destinado a recibir el premio de la impunidad perpetua. Estuvieron felices con los millares de desaparecidos en Argentina, Chile y otros países del Cono Sur, porque esos hombres habían sido esfumados, disipándose como la niebla. Nadie podría hallarlos ni en la vida ni en la muerte. Pero el crimen perfecto no existe, señores. Se demostró una vez cuando comenzaron a aparecer los cementerios secretos de Lonquén y Yumbel.

La vanidad del invento apócrifo se mezcla con la tendencia al calco descartado. Así los expertos de Pinochet se congratularon por "crear" dos modelos que, con su falta proverbial de erudición histórica, patentaron como propias en el Registro de Marcas del Crimen. Se trata de las muertes múltiples por degüello y de exquisiteces del arte piromaniaco, en virtud del cual una patrulla militar quema a un par de muchachos de veinte años (luego incinera a un tercer joven en Valparaíso), con la seguridad de que nunca podría saberse quién lo hizo, vista la impunidad que aún rodea la generalidad de los homicidios por razón de Estado, incluso el caso de la garganta rebanada hace ya varios años del dirigente sindical Tucapef Jiménez.

Sin embargo, tanta astucia mezclada con tanto ánimo de exterminio, no fue coronada con las palmas del eterno misterio y de la reconocida inocencia de los asesinos. El caso de los tres intelectuales comunistas degollados, José Manuel Parada, Manuel Guerrero y Santiago Nattino, produjo un terremoto político que tumbó a un miembro de la Junta, el Director General de Carabineros, César Mendoza. Este pasó a la triste historia inhumana cuando en el mediodía del 11 de septiembre del 73, el Presidente Allende, en el discurso que pronunció bajo los bombardeos, dentro de una Moneda incendiada, poco minutos antes de morir lo llamó "el general rastrero". El general rastrero cayó once años después, bajo el impacto del escandalizado horror que produjo aquel fracasado "crimen perfecto".

Ahora recorre el mundo un sentimiento de indignación análogo con otro crimen que por su forma, al menos en Chile, reclama también por parte de los hechores el reconocimiento y el gesto atónito que causa lo no acostumbrado. Nadie se engañe, sin embargo, porque no tiene nada de obra inédita. Es la reedición del antiguo procedimiento de la muerte por fuego, tan de rutina en la Edad Media; pero fuera de los usos y costumbres del arsenal tradicional represivo de las dictaduras latinoamericanas. Aunque la hoguera calcinando herejes fuera una visión clásica, desde Juan Huss hasta Juana de Arco y las brujas de Salem, consumiéndose y carbonizándose entre los troncos llameantes, esta vez, en el modesto barrio de Los Nogales, de Santiago, el método fue modernizado, entre otras cosas, mediante el empleo del *spray*. Rodrigo Rojas Denegri y Carmen Gloria Quintana, recién salidos de la adolescencia, pagaron tributo a la justicia corporativa militar y a los avances de la civilización mecánica contemporánea, fabricante de toda suerte de artefactos funcionales, que incluso pueden ser empleados para eliminar inconvenientes, es decir, gente que piensa en forma distinta. Rojas, hijo de una chilena exiliada en Washington después del golpe, había vivido desde niño en Estados Unidos. Allí hizo toda su educación y se convirtió en un reportero gráfico. Decidió viajar de regreso a su patria, verla con sus ojos, retratarla. Hacía un mes y medio que había llegado. Ese día inicial del paro, el 2 de julio, andaba en las manos con un arma temible: la cámara fotográfica, que a sus captores les pareció tal vez más peligrosa que un bazooka. Recorriendo a golpes un trayecto de cuarenta metros, Rodrigo y Carmen Gloria sintieron como crecía la intensidad del castigo, no sólo con pies y manos, sino a culatazos, produciéndoles múltiples lesiones, constatadas posteriormente por los médicos tratantes y un especialista norteamericano que los examinó. Para que el escarmiento fuera ejemplar uno de la partida vació un bidón de gasolina. Otro, sin derramar una gota, llenó con el combustible un envase similar al de una botella desechable de dos litros, al que atornilló con pericia profesional un fumigador. Respetuoso de la autoridad, lo entregó a un superior jerárquico, quien impregnó a los desvanecidos muchachos minuciosamente entre las rodillas y la cabeza. Luego otro militar lanzó el artefacto incendiario a una distancia intermedia entre los dos jóvenes. Tuvieron una sensación de victoria cuando el fuego los alcanzó a ambos y su carne chisporroteó con un chasquido semejante al de un asado. Rodrigo entonces trató de incorporarse y de apagar desesperadamente las llamas que lo devoraban. Carmen Gloria se movió en forma pendular y quiso extinguir el fuego con las manos. Rodrigo fue inmovilizado con un culatazo cerca de la nuca que lo aturdió y lo hizo caer en posición decúbito abdominal. La muchacha, al tratar de levantarse, recibió otro culatazo en pleno rostro, que le hizo perder parte de su dentadura.

Cuando las llamas comenzaron a declinar, un oficial hizo traer frazadas que cubrieron los cuerpos inmóviles y humeantes. Los dejaron apagarse durante varios minutos. Luego los echaron en calidad de bultos a una camioneta que se alejó velozmente del lugar, después de amenazar a los vecinos estupefactos, que habían sido testigos del hecho,

con matarlos si hablaban. Horas después alguien los descubrió a varios kilómetros de distancia en un abandonado sitio eriazos y los trasladó a un hospital que no tenía recursos para atender quemados, de donde no pudieron ser trasladados porque estaban "bajo arresto".

Tras la terrible agonía de los quemados, murió el muchacho. Carmen se debatió entre la vida y la muerte. Veinticinco militares fueron detenidos. Al cabo de unas horas todos recobraron la libertad. Un amoral juez civil se declaró incompetente y pasó la causa a la justicia militar. Por su parte Pinochet, que tiene relaciones personales con el Altísimo y representa, entre otras minucias, a la ciega Diosa de la Justicia, ya falló el caso: "Yo no quiero pensar mal —dijo públicamente—, pero me da la impresión de que a lo mejor Rodrigo Rojas llevaba algo oculto y se le reventó y le produjo la quemazón".

Hitler ordenó montar la provocación del incendio del Reichstag. Pinochet —para sacarse los balazos y acallar el clamor mundial por los jóvenes convertidos en piras humanas— sin ir más lejos, ordenó montar una provocación a una cuadra del Palacio que usurpa. A cien metros de la Moneda hizo colocar y estallar una bomba, dejando treinta y seis heridos entre transeúntes y pasajeros de microbuses. Al minuto, como por arte de encantamiento, se hicieron presentes sus ministros Juan Francisco Cuadra y Ricardo García, para imprecicar contra los "terroristas de izquierda". Luego fue el propio Pinochet, a la Posta, acompañado por su acongojada y ensombrerada señora. Gran despliegue de cámaras y micrófonos para transmitir los gritos del amo reprochando y reclamando porque su atentado a las puertas de palacio no haya sido creído por nadie.

El Frente Patriótico Manuel Rodríguez lo calificó como "cortina de humo".

Todos saben que el humo se relaciona con el fuego. El Capitán General, con ínfulas neronianas, no conseguirá apagar en el mundo el resplandor de incendio en las conciencias iluminadas por la suerte trágica de los dos jóvenes que el dictador hizo arder como yesca.

Hitler y Pinochet comenzaron quemando libros. Siguieron quemando hombres. Se sabe como terminó Hitler. Se envenenó después de haber hecho ingerir veneno a Eva Braun. Luego fue rociado con gasolina y convertido en hoguera. ¿Cómo terminará Pinochet? No lo sabemos. Pero ha manifestado también su afición por el fuego.

ARIEL DORFMAN

El fuego purificador de Augusto Pinochet

Esa misma mañana unos soldados habían asesinado a tres personas —incluyendo una niña de trece años que había ido hasta la esquina a comprar pan—. La primera reacción: indignación. La segunda: una marejada de impotencia.

Aquella tarde, en mi casa de Santiago, no pude identificar los nombres: los escuché vagamente; pensé con rabia: una nueva técnica para el terror, ahora están quemando adolescentes, y seguí preparando unos documentos que necesitaba para mi próximo retorno a Estados Unidos. Así es como se vive bajo un dictador. Es tanta la vida que se extingue a tu alrededor que, a menos que la insania te toque directamente, es necesario encontrar medios de borrar y aislarla para poder continuar con las pequeñas pero significativas tareas de comprar leche o plantar una flor o buscar al niño en la escuela. ¿O acaso cada instante puede vivirse, durante trece años, como si se tratara de una emergencia?

Cuando se habita, sin embargo, una tierra en que el Gobierno está en guerra contra su propia población no es fácil jugar a que todo es normal. Unas horas más tarde alguien llamó y me informó que una de las víctimas era mi amigo Rodrigo Rojas Denegri, el hijo de diecinueve años de Verónica Denegri, con quien había compartido cinco años de exilio en Washington D. C. antes de volver yo mismo a Santiago el año pasado. El 62 por 100 de su cuerpo estaba quemado y los doctores prácticamente lo habían desahuciado.

Rodrigo acababa de volver a Chile en mayo de 1986, después de nueve años de exilio. Su madre se había visto forzada a abandonar el país en 1977, después de haber sido detenida en un campo de concentración durante largos meses, donde fue salvajemente torturada y violada. A pesar de esa experiencia, deseaba retornar a Chile.

Puedo recordar que en abril, quizá en mayo de 1983, con otro exiliado, el ex ministro de Minería de Salvador Allende, Sergio Bitar, fuimos con Verónica a la Embajada chilena en Washington para entregarle al embajador una carta al presidente de la Corte Suprema chilena pidiéndole que presionara al Gobierno para que nos dejara volver. Nos acompañaba Isabel Letelier, cuyo marido, Orlando, había sido asesinado por un *escua-*

Ariel Dorfman es profesor y escritor, autor de una docena de libros (novelas, cuentos, poesía y ensayo), entre ellos el célebre *Para leer al Pato Donald*.

drón de la muerte chileno a unas cinco cuadras de donde estábamos sentados en ese mismo instante. Le habían permitido hacía poco su reingreso a Chile y le informamos al embajador Enrique Valenzuela Blanquier que nos preocupaba su seguridad. Se puso furioso: "No tienen de qué preocuparse. Nada podría pasarles a ninguno de ustedes en Chile". Tres años después de haberle dicho estas palabras a Verónica Denegri, Valenzuela Blanquier fue nombrado miembro de la Comisión *pinochetista* de Derechos Humanos, que según la Administración Reagan debería "tomar un rol" en la investigación del crimen.

A mí me dejaron volver a Chile en septiembre de ese año; a Sergio Bitar, unos meses más tarde, pero el permiso de Verónica nunca se materializó por razones que todavía son misteriosas. Se presume que fue debido a su trabajo con Amnistía Internacional en campañas contra la tortura. Rodrigo esperó impacientemente que el Gobierno dejara retornar a su madre. Un niño de modales suaves y ojos inteligentes, lleno de emociones alternativamente opacas y turbulentas, había hallado por fin su vocación: las computadoras y la fotografía. Cuando volvió a Chile lo hizo con varias cámaras, dispuesto a capturar el país, ahora cercano a través del lente objetivo y frío. Pero más que eso, Rodrigo esperaba encontrar, en el laberinto que era su país, las claves que le revelaran su verdadera identidad. Era un rito de pasaje: para dejar atrás su infancia, confusa, sin padre, atormentada, debía peregrinar hasta el lugar donde se había originado su tragedia y conocer la lejana gente que seguía dando la lucha por la libertad. Si no sabía de dónde venía, ¿cómo podía decidir hacia dónde quería ir? ¿Era norteamericano? ¿Era chileno? ¿Era ambas cosas?

Nunca le dieron la oportunidad para descubrir la respuesta. Su educación podía ser norteamericana, pero la muerte que lo esperaba era excesivamente chilena.

El delito de ser joven

Santiago está rodeado por un cinturón de miseria —poblaciones que han sido invadidas en forma repetida por tropas que destruyen las casuchas, violan las iglesias, detienen a todos los varones entre los doce y los sesenta y cinco años de edad. Los estudiantes universitarios, para demostrar su solidaridad, organizan con los pobladores ollas comunes que sirven como *desallanamientos*, y Rodrigo había ido hasta el barrio del General Velásquez la noche del 1 de julio en busca de fotos. Cuando su tía Amanda le rogó que no se quedara allí durante la noche, él respondió que no parecía haber peligro. Me había ofrecido palabras similares a mí unos días antes, cuando vino a nuestra casa en Santiago para lo que iba a resultar su última visita: "Estoy bien", me dijo. "¿Qué podría ocurrirme?"

¿Su falta de cautela se debió a su juventud o tuvo un ingrediente estadounidense? Aquella ingenua inocente imprevisión frente al peligro es algo que los jóvenes chilenos ya no pueden permitirse.

Porque ser joven en Chile es de por sí un crimen. Es el mayor fracaso del general Pinochet: precisamente quienes crecieron y se criaron bajo su reinado son sus más feroces y transparentes adversarios. El régimen ha respondido redoblando su barbarie. A los jóvenes se los

fuerza a extinguir barricadas con sus pies descalzos, a las niñas les marcan los pechos a cuchillazos, miles son arrestados y golpeados, los tanques irrumpen en las universidades, los soldados disparan a mansalva contra grupos de adolescentes, lo que sea para contagiar el miedo en todo el país. Pero los soldados no habían quemado vivo a alguien... todavía.

El próximo día era el primero de dos de un paro nacional. Puesto que los autobuseros también protestaban, la única manera de dejar la población esa mañana era a pie: según diez testigos, algunos de cuyos testimonios pude escuchar en grabaciones antes de que me fuera de Chile, Rodrigo caminaba, dos cámaras colgándole del cuello, con algunos amigos cuando apareció una camioneta azul repleta de soldados, sus caras pintadas de grasa. Comenzaron a disparar y los muchachos se dispersaron. Cuando Carmen Quintana, de dieciocho años, una muchacha que Rodrigo ni siquiera conocía, se resbaló, Rodrigo se volvió para ayudarla. Más soldados descendieron de una segunda camioneta. Comenzaron a pegarle a los muchachos hasta que casi perdieron la conciencia; luego los rociaron con un líquido inflamable. Y les prendieron fuego.

Los soldados procedieron después a envolver a sus víctimas en mantas y fueron a tirarlos al otro lado de Santiago, a unos siete kilómetros de distancia. Rodrigo y Carmen lograron salir de la zanja y caminaron —fantasmas, zombies, con sus carnes expuestas y cayéndose— en busca de ayuda. Trabajadores en el Plan de Empleo Mínimo —25 dólares al mes por hermostrar jardines y carreteras— los vieron, escucharon sus gritos de ayuda, pero tuvieron demasiado miedo para socorrerlos. No intervengas, le dice el Gobierno a todo el mundo. No te metas. Y al no meterse —ellos y los demás ciudadanos—, lo que se corrompe irremediablemente es el sentido de comunidad que unifica un país.

Cuando sobreviene una tragedia, la única salvación para que la angustia y la culpa no te devoren es hacer algo. En mi caso tuve la suerte de poder convertir la rabia y la tristeza en acción. Con Sergio Bitar y otros amigos de Rodrigo nos propusimos dos tareas. La primera, gracias a la Iglesia católica y la Embajada norteamericana, la logramos: Verónica podía retornar transitoriamente a Chile. Tuvieron que quemar vivo a su hijo mayor antes de que Pinochet le permitiera tocar de nuevo el suelo donde había nacido. La segunda tarea, sin embargo, resultó imposible: fracasamos en nuestro intento de cambiar a Rodrigo a un hospital más adecuado.

Pesadilla hospitalaria

La Posta Central fue, en los tiempos democráticos de Chile, cuando el dinero se gastaba más en salud pública que en salarios militares, el lugar más apropiado para internar a una persona accidentada. Ahora, como todo servicio público que ha caído bajo las restricciones de una política económica inspirada por Milton Friedman y avalada por el Fondo Monetario Internacional, la Posta, como todo el sistema de salud en Chile, es un desastre. Los doctores son excelentes, pero no hay recursos. No había

pañales para quemados, ni albúmina, ni siquiera un tubo de ensayo para exámenes de sangre. Cuando Rodrigo necesitaba un respirador tuvo que ser llevado en una camilla a una pieza tres pisos más arriba, pasando por corredores contaminados.

El hospital del Trabajador, en cambio, una institución privada para trabajadores asegurados, tiene una de las mejores unidades para quemados de América Latina. Para que admitieran a Rodrigo, Bitar descubrió el nombre de Eugenio Heiremans, un empresario y filántropo, presidente del directorio del hospital. Pasaron unas cuantas horas antes de que Harry Barnes Jr., el embajador norteamericano en Chile, lograra dar con Heiremans y recibir su cauta aprobación.

Tardó una eternidad en arreglar todo. Para dar un ejemplo: Heiremans le dijo al embajador, que le dijo a un funcionario de la Embajada, que me dijo a mí, que lo mejor sería que Amanda, la tía de Rodrigo, su pariente más cercano, le solicitara a un médico amigo que le sugiriera al director del hospital del Trabajador que Heiremans aprobaba el ingreso de Rodrigo siempre que hubiese espacio. Cada uno de los actores tuvo que ser ubicado, convencido, coordinado una y otra vez por medio de una enterada red telefónica.

Serían las nueve, las diez de la noche, cuando supimos que todo estaba listo para el traslado, pero cuando Amanda se presentó en la Posta para llevarlo a cabo, el policía que estaba de turno le informó que el muchacho se encontraba detenido y no podía ser movido. A comenzar de nuevo, primero intentando averiguar si era cierto, después buscando quien pudiera dar una contraorden.

Era la peor noche para ejercer la profesión de buen samaritano. Hacía mis llamadas y anotaba afiebradamente nombres a la luz de un candil: una serie de apagones, perpetrados sea por guerrilleros, sea por agentes gubernamentales, había dejado a Santiago sin luz eléctrica. Era ensordecedor el ruido en el barrio. La gente golpeaba ollas y cacerolas, pateaban tarros de basura, desataban silbidos, protestando contra el régimen. Cerca, podía oírse el *tacatacata* de las ametralladoras en el asalto de la soldadesca a una población, y las bombas estallando en el aire, y el horizonte iluminado por mil fogatas, y las calles parpadeando con velas puestas para conmemorar a los muertos de represiones pasadas.

Carrera inútil contra la muerte

Con la ayuda de un funcionario de la Embajada norteamericana que me ha pedido no revelar su nombre pasamos horas tratando de salvar la vida de Rodrigo. La estación de policía que supuestamente lo tenía detenido no respondía al teléfono. Finalmente, la funcionaria logró hablar con un representante del Ministerio del Interior, Denis Bickes, quien le aseguró que el muchacho no estaba bajo arresto. Pero Bickes, por cierto, nada hizo para que la policía supiera este hecho. ¿Fue deliberado por su parte? Lo mejor que se puede decir de él es que fue negligente e indiferente. Como los militares habían negado ya su participación en el incidente —y más tarde anunciarían que Rodrigo se había prendido fuego solito—, puede haber pensado que el asunto no le

concernía. “No te metas”. Tampoco el juez a cargo de la investigación quiso meterse. Solamente acusó a un oficial de negligencia, sin tener en cuenta a todos los testigos presenciales.

La funcionaria siguió empecinada. Varias llamadas a altos oficiales de carabineros no dieron resultado. Me pregunté si no sería mejor ir yo mismo a la Posta a esclarecer el panorama. Las calles estaban llenas de barricadas y clavos, tropas enloquecidas disparaban a mansalva, en cada esquina se estaban requiriendo papeles de identidad. Yo ya tenía decenas de amigos encarcelados ese mismo día por haber desafiado a la policía, por haber cantado el himno nacional en la plaza Central de Santiago. El miedo en Chile no es algo que te pasa de vez en cuando, es un estado permanente del alma. Yo tenía miedo, se me necesitaba a cargo de los teléfonos, me iba a Estados Unidos dentro de treinta y seis horas: me quedé en casa. Ya a las dos de la madrugada Santiago se encontraba bajo toque de queda, Amanda no podría haber salido a la calle aun si pudiera haber retirado a Rodrigo. Ya nadie respondía a nuestras llamadas telefónicas.

Agotado, le avisé a la funcionaria que descansara un poco. “¿Y si estas horas son las que necesitamos para salvarlo?”, me preguntó. Ella era norteamericana y no podía creer que éramos incapaces de lograr el traslado de un muchacho que agonizaba. Yo era chileno y, desafortunadamente, me era demasiado fácil creerlo.

Al otro día la policía avisó oficialmente que el muchacho no estaba detenido. Pero a partir de ese momento el traslado se convirtió en un asunto infinitamente burocrático. Un doctor dijo que debía ser cambiado, otro doctor replicó que era peligroso. Se pidió una tercera opinión: el director del hospital no estaba de acuerdo con el jefe de su propia unidad para quemados, pero sí estaba de acuerdo con el director de la Posta; el director del hospital declaró que la tía de Rodrigo no deseaba su traslado; Amanda tuvo que ir personalmente y aclararle que ella sí aprobaba; y así siguió la cosa, horas y horas, mientras Rodrigo viajaba lentamente hacia la muerte.

Trece años de holocausto

A la tarde siguiente estábamos ya a bordo del avión que nos llevaba al extranjero, el desenlace de nuestros primeros siete meses instalados en el país después de doce años de exilio. Pensé en Verónica, que había llegado a Santiago aquella misma mañana. La promesa que todos los exiliados se hacen, obsesivamente, es que algún día se reencontrarán, se han de dar un abrazo de oso en su tierra nativa. En vez de esa bienvenida de júbilo, Verónica estaba en ese mismo instante acariciando los pies de su hijo, acariciando la única parte de él que no estaba quemada, para comunicarle que los dos habían retornado, que ella había podido finalmente respirar el aire de su patria, que todos los malentendidos entre ellos eran asunto del pasado, una reconciliación que se dio al tocarse, puesto que ella estaba demasiado emocionada para hablar y él estaba demasiado quemado para responderle.

Dos días más tarde llegamos a la casa de Isabel Letelier, en Washing-

ton. Fue suficiente verle la cara para entender que Rodrigo acababa de morir en Santiago.

Por cierto que todavía estaba en la Posta Central.

No es la primera vez que el general Pinochet utiliza el fuego para aterrorizar a su pueblo.

Inauguró su reino de terror con una bárbara llamarada hace trece años, cuando derrocó al Gobierno constitucional de Chile: el bombardeo e incendio de La Moneda, el palacio presidencial de Chile. Ese edificio, ocupado durante la mayor parte de su historia por autoridades libremente elegidas, era el símbolo de una sociedad que funcionaba, básicamente, sin miedo. Puedo recordar las muchas veces que me paseé por sus hermosos patios coloniales o simplemente aquellas ocasiones en que lo atravesé porque estaba apurado y no quería dar la vuelta a la manzana. Ver La Moneda en llamas el 11 de septiembre de 1973 era como ver la sinopsis de aquello que iba a ocurrirle a cualquiera que osara resistir el golpe.

Trece años más tarde, aquel fuego, que ha crecido y envuelto a tantos desde entonces, alcanzó el cuerpo de Rodrigo Rojas. Dudo que los soldados que le prendieron fuego lo estuvieran buscando a él específicamente. Pero eso no quiere decir que su muerte fuera accidental. Su cuerpo era joven, estaba disponible y llevaba una cámara: incendiarlo es implacablemente lógico en una tierra donde el Gobierno trata a sus adolescentes como si fueran el enemigo.

¿Acaso algún general dio la orden casual de que sus soldados quemaran a un par de chicos para que los padres supieran a qué atenerse si participaban en el paro nacional de ese día? ¿O hubo un mensaje más sutil?

Sólo tres días antes de que asaltaran a Carmen y Rodrigo yo había visitado ese preciso barrio. Vive ahí un sacerdote católico llamado José Aldunate. El fundó el Movimiento contra la Tortura Sebastián Acevedo. Hace un par de años, Sebastián Acevedo se quemó vivo, estilo bonzo, en Concepción, para que la policía secreta no siguiera torturando a sus dos hijos presos. Un grupo de seguidores de la no violencia fundaron un movimiento que lleva su nombre, y sus protestas, en que se toman las manos, rezan y cantan, esperan las bombas lacrimógenas, los palos, los manguerazos de agua, tienen locos a los policías. ¿Acaso mi mente se ha enfermado en Chile?, ¿o es demasiado la coincidencia de que a los dos adolescentes los quemaron a unas cuerdas de la casa sacerdotal de José Aldunate? ¿Era éste un modo de mandarles un mensaje a él y a los otros que protestaban? ¿Quieren terminar como Sebastián Acevedo? ¿Les gusta jugar con fuego? Aun si esta interpretación no resulta verosímil, el martirio de Rodrigo Rojas no fue una mera aberración.

En la medida en que la oposición a su tiranía se desarrolla, al general Pinochet no le queda otra alternativa, si no quiere ser derrocado, que reprimir con más fuerza.

Hasta ahora su táctica ha tenido éxito. Millones de chilenos se sienten sumamente descontentos, pero siguen en el papel pasivo de espectadores. Hay, no obstante, miles de opositores que no se han dejado intimidar. Para quedarse en el poder, el general Pinochet tendrá que quemar a todos los Rodrigo de Chile.



El sueño de libertad y justicia en nuestras raíces. Por una América libre.



La Deuda Externa de Chile

El nuevo rostro del colonialismo

CLAUDIO PERSICO

“No pueden los pueblos seguir viviendo con el peso brutal de las deudas que nos han empujado a contraer. 75.000 millones de dólares deben los países en vías de desarrollo. Jamás podrán cumplir los compromisos derivados de las exigencias de amortizaciones e intereses; pueblos hambrientos, con cesantía, con falta de viviendas, con incultura, teniendo que hambrear masas para cumplir compromisos que pesan sobre nuestro potencial de desarrollo.”

(Salvador Allende, en la III reunión de la UNCTAD, Santiago de Chile, abril de 1972.)

Hace unos meses, Luis Escobar Cerda, entonces ministro de Hacienda del régimen militar chileno, confesaba que “el crecimiento económico de los próximos cinco años está comprometido en el pago de la deuda externa”. Por otra parte, cifras oficiales indican que el Producto Geográfico Bruto (PGB) entre 1981 y 1985 descendió un 5,1 %, lo que representa una declinación anual promedio del 1 %.¹ En junio

¹ Sobre antecedentes del Banco Central de Chile, citados por el suplemento “Economía” N° 12 de la revista *APSJ*. Julio de 1986. Las cifras sobre caída del Producto

Claudio Périco es economista. Vive en Santiago.

de 1985 la prensa chilena informaba de los acuerdos alcanzados en la renegociación de la deuda externa, destacando el hecho que ellos se producían en buena parte por el cumplimiento del gobierno chileno a las imposiciones de la banca acreedora.² Uno podría preguntarse cómo han hecho los funcionarios de Pinochet para contentar a los bancos extranjeros y al Fondo Monetario Internacional (FMI) en medio de una crisis tan aguda como la que ha vivido Chile en estos últimos años.

Ciertamente, responder esa interrogante supone hacer una revisión de la política económica de los últimos años y describir las transformaciones que ella ha provocado en la economía nacional. Nuestras propias limitaciones y razones de espacio nos impiden hacer un análisis de ese tipo. El propósito de estas notas es elucidar el carácter abiertamente reaccionario, antinacional y lesivo a los intereses de Chile que ha tenido la política económica impulsada por la dictadura en el manejo de la crisis que ella misma generó. Para ello, queremos centrarnos en un aspecto que a nuestro juicio expresa el carácter de clase de la política económica de Pinochet. Creemos que la contradicción que representa para una economía arruinada, con un tercio de su fuerza laboral en paro y sumida en una recesión profunda, tener que pagar una deuda externa que supera al PGB de todo un año, sintetiza la trágica situación a que ha sido llevado Chile luego de estos años de fascismo dependiente.

I. La Deuda es la herencia de Chicago

La crisis de la deuda externa no es exclusivamente de Chile, ni siquiera sólo de América Latina. Pero el caso chileno reviste algunas singularidades que conviene puntualizar:

- a) Entre 1975 y 1983, Chile casi quintuplicó su deuda externa.
- b) La mayor parte de este endeudamiento adicional correspondió al sector privado.
- c) Dentro del sector privado, fue privilegiado con los recursos externos del sector financiero.

Geográfico Bruto per cápita son aún más alarmantes. Según Patricio Meller, el PGB per cápita ha caído desde 1981 un 14,3 %, es decir, más de un 2,7 de promedio anual. Revista *CIEPLAN noticias* N° 2, diciembre, 1985.

² El régimen de Pinochet ha recibido felicitaciones de los personeros del gobierno de Reagan y del FMI en reiteradas ocasiones. El propio FMI envió en abril de 1985 un cable de felicitación al gobierno chileno: "por su comportamiento ejemplar". El Subsecretario del Tesoro de Estados Unidos, Davir Muldorf, al intervenir en la reunión anual de la Asociación de Bancos para el Comercio Internacional, puso a la dictadura de Pinochet como un ejemplo para el resto de las naciones endeudadas. Incluso el Plan Baker fue aplicado en Chile anticipándose al anuncio hecho en Seúl por el Secretario del Tesoro estadounidense.

- d) La deuda llegaba a fines de 1984 a los 22.610 millones de dólares y el PGB a casi 21.000 millones de dólares.
- e) Chile tiene, actualmente, una deuda per cápita que supera los 2.000 dólares, y que constituye una de las más altas del mundo.
- f) Los pagos por intereses representan más de la mitad del valor total de sus exportaciones y superan los ingresos provenientes del cobre, su principal producto de exportación.

La lógica que posibilitó tal endeudamiento es conocida: Chile —se argumentaba— no generaba el ahorro interno necesario para financiar su desarrollo. Los dólares que nos inundaron a partir de 1978 eran la fuente inagotable para cimentar una expansión milagrosa que, nada más con el rebalse, alcanzaría para todos y posibilitaría pagar los préstamos del exterior. Esa era la argumentación que, además, fomentó el endeudamiento privado porque “si se endeudan los privados, los privados pagarán”, en palabras del ex-ministro pinochetista Miguel Kast. Por supuesto, la historia ha demostrado que la deuda privada ha sido traspasada a todos los chilenos.

El cuadro N^o 1 recoge las cifras del endeudamiento y el crecimiento que experimentó éste entre 1977 y 1983. Se consignan separadamente la deuda pública o privada con garantía oficial y la deuda privada; además, en ésta última se ha diferenciado aquella que se contrajo en créditos financieros. Conviene no olvidar todas las garantías que dio el estado chileno para que tal proceso tuviera lugar. Entre ellas, la mantención del tipo de cambio desde junio de 1979 hasta el mismo mes del año 1982 fue especialmente importante.³

Respecto a las causas del endeudamiento de América Latina, existe una considerable producción de trabajos académicos y seminarios donde el tema ha sido ampliamente tratado.⁴ Distinguir las causas de las gigantescas deudas de los países latinoamericanos nos parece importante, para reflejar el hecho que los mecanismos que operaron en la acumulación de las deudas condicionaron las crisis que posteriormente se han sucedido. Baste un ejemplo: los capitales que llegaron a América Latina, correspondieron, principalmente a

³ Esta fijación en términos nominales del tipo de cambio hizo altamente rentable para los bancos endeudarse a la tasa de interés internacional (10 ó 12 %), ingresando grandes sumas de divisas, y colocarlas en el mercado doméstico a tasas reales de hasta el 50 por ciento anual (en 1976 la tasa de colocación llegó al 51,2 %, en 1981 al 38,8 % y en 1982 al 35,1 %. Colección “Estudios de Cieplán” N^o 18, Síntesis Estadística). Además, esta fijación cambiaria favoreció la importación indiscriminada de bienes que se producían en el país, con el consiguiente daño a la industria nacional (ver CEPAL, *Estudio Económico de América Latina y el Caribe, 1983*, cuadro N^o 20, pág. 298, sobre la composición de las importaciones).

⁴ Ver revista *Nueva Sociedad*, números 68 y 69, 1983, dedicados especialmente al tema. Asimismo los trabajos que ha publicado la CEPAL, especialmente los informes sobre la deuda externa y los progresos de renegociación.

excedentes financieros de la banca transnacional y, por tanto, su circulación operó bajo las reglas del capital financiero, esencialmente especulativas. Lo claro es que, salvo excepciones, el endeudamiento no contribuyó al financiamiento del desarrollo.

CUADRO Nº 1

Chile: Deuda Externa (en miles de millones de US\$)							
	1977	1978	1979	1980	1981	1982	1983
Deuda pública o con garantía oficial	3,5	4,4	4,8	4,7	4,4	4,1	4,3
Deuda privada	1,4	2,1	3,4	6,0	10,8	13,7	14,4
Créditos proveedores							
créditos import. bienes cap.							
créditos financieros	1,2	1,9	3,1	5,4	9,5	12,3	11,9
Deuda externa total	4,9	6,5	8,2	10,7	15,2	17,8	18,7

Fuente: Banco Central de Chile.

Considera la deuda externa tradicional, vale decir la deuda del sector público más la deuda con el F.M.I., la deuda del sector privado directo, los créditos financieros al sector privado (Ley de Cambios, arts.: 14, 15 y 16) y las líneas de corto plazo al sistema monetario.

Existe consenso en mencionar como causas de la deuda externa del tercer mundo, al menos las siguientes:

- a) La brecha producida por el deterioro de los términos de intercambio.
- b) La recesión económica del capitalismo industrial y el aumento del proteccionismo, y
- c) la liquidez producida por el alza del precio del petróleo —los petrodólares— que trasladó una masa colosal de capitales a las corporaciones financieras transnacionales.

Estas condiciones que se crearon en la esfera de la economía del capitalismo mundial no habrían bastado de no existir antecedentes domésticos que en el caso chileno posibilitaron entre 1977 y 1982 el crecimiento de la deuda exterior a una tasa anual de 26 por ciento. A la ya mencionada mantención del tipo de cambio nominal, que determinó una caída del tipo de cambio real, es preciso agregar:

1. La modificación de la Ley de Cambios Internacionales, que facilitó el libre ingreso de capitales por empresas y personas naturales.

2. El desarrollo y privatización del sistema financiero doméstico.⁵
3. La determinación de la tasa de interés por el sistema bancario privado, que tenía ya un marcado carácter monopolístico.⁶
4. La violenta e indiscriminada apertura de la economía chilena al comercio internacional.⁷

El destino de los recursos externos fue básicamente la importación de bienes de consumo suntuario para los sectores adinerados y la especulación financiera. Prácticamente no hubo aumento de la inversión productiva en el período. Las tasas de inversión que se encontraban muy deprimidas, no mostraron signo alguno de recuperación (ver cuadro N° 2). Esta tendencia explica por qué el ahorro externo sustituyó al ahorro interno.⁸

CUADRO N° 2

Formación Bruta de Capital Fijo como % del PGB			
1970	20,4	1978	14,5
1971	18,3	1979	15,6
1972	14,8	1980	17,8
1973	14,7	1981	18,1
1974	17,4	1982	14,0
1975	15,4	1983	12,1
1976	12,7	1984	12,5
1977	13,3		

Fuente: Banco Central de Chile, Informe Anual 1984.

No se dispone de estadísticas precisas, pero se estima que entre 1978 y 1984 han salido del país cerca de 8.000 millones de dólares de manera ilegal. Orlando Caputo señala que "gran parte de la deuda de América Latina se explica por la fuga de capital".⁹ En la propia prensa especializada en Estados Unidos se plantea que en la crisis de deuda, la fuga de capital es más importante en su explicación que el aumento de las tasas de interés y otras condiciones financieras.¹⁰

⁵ Ver el artículo de Hugo Fazio "Mercado de capitales y concentración financiera" en Revista *Araucaria* N° 5, 1979, págs. 43-68.

⁶ Hugo Fazio. Op., cit., pág. 53.

⁷ A partir del segundo semestre de 1977, los aranceles fueron fijados en un 10 % para casi todos los productos, llegando a tener Chile entonces una de las estructuras arancelarias más bajas del mundo. Posteriormente se liberó la entrada y salida de capitales, con lo que la apertura comercial y financiera fue casi absoluta.

⁸ Según la Oficina de Planificación Nacional, ODEPLAN, en el período 1977-1981 el ahorro externo reemplazó el 38 % del ahorro nacional. ODEPLAN "Destino del Ingreso de Capitales", marzo, 1983.

⁹ Orlando Caputo Leiva: "Deuda externa y moratoria en América Latina" en Revista *Araucaria* N° 30, 1985, págs. 47-61.

¹⁰ Referido al Caputo. Op., cit., pág. 51.

Este aspecto debe tenerse en cuenta al momento de plantear la crisis de la deuda desde una perspectiva democrática y nacional, porque entonces será tarea prioritaria determinar el monto de la verdadera deuda y establecer así qué corresponde y es justo pagar.

La política económica de los "Chicago Boys" hizo posible a los grupos económicos endeudarse sin límites, especular en el mercado interno, transfiriendo recursos del capital productivo al capital financiero por medio de las altas tasas de interés cobradas, para posteriormente sacar del país en operaciones fraudulentas sumas enormes de dinero. Esto acarreó la quiebra de numerosas industrias y firmas, lo que a su vez arrastró a una crisis a todo el sistema financiero nacional. La enorme deuda externa, la quiebra del sistema financiero criollo y el debilitamiento de la ya raquítica base industrial son las herencias que le dejaron a Chile los monopolios coludidos con los economistas de Chicago.

II. Las ganancias son privadas y las pérdidas se socializan

Uno de los principios sostenidos por los sucesivos ministros del sector económico, elevado a dogma de fe, fue el que el estado no debía intevenir en el libre juego del mercado. Las actividades económicas debían desenvolverse en el marco del principio de subsidiaridad del estado. El mercado se encargaba así de la asignación de los recursos a través del sistema de precios, castigando y premiando a los agentes económicos por los resultados que ellos mismos fueran capaces de conseguir. De hecho, esto se argumentó al momento de reprivatizar la banca, devolver los predios agrícolas en manos del estado a sus antiguos propietarios y liberalizar la entrada de capitales extranjeros. Todas las investigaciones acerca de la gigantesca concentración del poder económico que se produjo en Chile desde entonces mencionan precisamente tales reglas y medidas como su causa fundamental. Enormes fortunas fueron amasadas, mientras casi un tercio de la fuerza laboral fue empujada al paro (ver cuadro N° 3) y disminuyeron las remuneraciones reales de los asalariados.¹¹

¹¹ El índice real de sueldos y salarios que en 1970 toma un valor 100, llega en 1971 a 122,7, para situarse en 1975 en un 62,9 y no llegar todavía a alcanzar el valor de 1970. En 1984 llegó a 87,1 y en 1985 a 80,2. (Fuente: INE.)

CUADRO Nº 3

Tasa de desocupación nacional												
1970	1972	1975	1976	1977	1978	1979	1980	1981	1982	1983	1984	
5,7	3,1	16,4	19,9	18,6	17,9	17,7	17,3	16,3	26,9	34,2	25,5	

Nota: Se incluyen como desocupados el PEM y el POJH ¹².

Fuente: Ministerio de Hacienda, INE, Departamento de Economía U. de Chile.

En 1981, el entonces ministro Sergio de Castro informaba al país del Estado de la Hacienda Pública en los siguientes términos: “El año 1981 se ha iniciado sobre la base de una economía saneada y pujante, que consolida crecientemente los frutos de la obra realizada entre 1973 y 1980”.¹³ Más adelante reafirmaba que “...Chile tiene hoy una de las economías más sanas, sólidas y dinámicas que pueden encontrarse en el mundo”.¹⁴ A mediados de 1982 sobrevino el colapso de la industria CRAV, salió de Castro de Hacienda y se devaluó el peso después de mantener tres años un tipo de cambio a \$ 39 por dólar. En mayo de ese año son intervenidos dos bancos por la autoridad. Hasta finales de año sobrevienen una serie de medidas relativas al tipo de cambio y en enero de 1983, aparte de liquidar dos bancos y una financiera, se interviene el resto del sistema financiero. En su conjunto, el sistema financiero tenía a esa altura una cartera vencida tres veces y media su capital y reservas, y una gran parte eran deudores incobrables. Fue entonces cuando el gobierno transfirió a la banca, técnicamente quebrada, recursos que a la fecha suman más de 3.000 millones de dólares. Lo mismo se hizo con los grupos económicos y las empresas endeudadas en el exterior a través del dólar preferencial (se estima que esta transferencia ha significado hasta la fecha sobre 2.000 de dólares para el estado).¹⁵ De ese modo, cuando el sector privado obtuvo beneficios cuantiosos, el estado se

¹² El PEM (Programa de Empleo Mínimo) y el POJH (Programa de Oeupación para Jefes de Hogar) son programas de gobierno que emplean en trabajos no productivos y en medias jornadas a desocupados con remuneraciones que no sobrepasan los US\$ 25 de promedio al mes. A fines de 1985, estos dos programas ocupan a 295.555 trabajadores sobre una fuerza laboral de 3.648.827 personas. De ese modo, las estadísticas muestran una tasa de desocupación que subestima en al menos un 8,1 % el paro efectivo. (Colección de “Estudios de Cieplán”, Nº 18, Síntesis Estadística, cuadros 5 y 6.)

¹³ *Boletín* del Banco Central de Chile, agosto de 1981.

¹⁴ *Boletín* del Banco Central de Chile, agosto de 1981.

¹⁵ Según estimaciones de la SOFOFA, esta transferencia alcanza a 2.200 millones de dólares y la Escuela de Negocios de Valparaíso la sitúa en 2.500 millones. Este subsidio del dólar entró en vigencia en agosto de 1982, cuando se devaluó y, posteriormente, se liberalizó el mercado de la divisa. Inicialmente comenzó siendo un 23 % del valor del dólar oficial y llegó en junio de 1985 al 40 %.

mantuvo al margen, pero cuando correspondió asumir las pérdidas, éste intervino traspasándolas a todos los chilenos.

El mercado financiero internacional reflejaba la aguda crisis que experimentaba el capitalismo. Un alza significativa de las tasas de interés y una restricción de los flujos monetarios hacia los países del tercer mundo, determinaron crisis en la Balanza de Pagos de la mayoría de los países latinoamericanos. Hay que recordar que el grueso de la deuda externa de Chile fue contratada entre 1978 y 1981, a tasas flexibles y con plazos de 5 a 8 años, muy propios de los movimientos especulativos del capital dinero. La dictadura se vio obligada así a renegociar con sus acreedores los vencimientos de la deuda externa y a firmar acuerdos y convenios con el FMI. En estos convenios de refinanciamiento de los compromisos con la banca transnacional, los ministros de Pinochet comprometieron el aval del estado chileno para garantizar la deuda del sector privado que habían contraído los monopolios. Y como éstos no podían pagar, el gobierno se comprometió a pagar por ellos firmando acuerdos y cláusulas que lesiona de un modo grave la soberanía de Chile.¹⁶ En este caso, también se optó por hacer codeudor solidario de las deudas de la oligarquía financiera criolla, a todo el pueblo de Chile. Una vez más, las ganancias se habían privatizado y los costos y las pérdidas eran traspasados a todos los chilenos con la complicidad del estado chileno.

III. La deuda externa de Chile es impagable

Son varios los trabajos de economistas y especialistas en el tema que muestran la imposibilidad técnica de pagar la deuda externa chilena.¹⁷ A esa conclusión han llegado también muchos banqueros extranjeros e incluso funcionarios del gobierno de Reagan. Una

¹⁶ Ver los acuerdos firmados entre el régimen de Pinochet y el comité de doce bancos acreedores en la renegociación firmada en 1983. Según tal acuerdo, Chile se somete a los tribunales del Estado de Nueva York y todos sus bienes son embargables excepto las naves de guerra y las sedes de las representaciones diplomáticas. Resulta ilustrativo del sometimiento y servilismo a que se llegó en aquella renegociación leer las cláusulas que firmaron los representantes de la dictadura.

¹⁷ Ver los documentos que ha publicado en Chile el Área de Economía del Instituto de Ciencias Alejandro Lipschütz, ICAL, respecto al tema. Para un examen cuantitativo del problema, leer en *Araucaria* N° 34, 1986, el trabajo de José Cademartori y Patricio Palma: "La Impagable Deuda Externa de Chile", págs. 17-32. Respecto a la deuda externa latinoamericana, ver las entrevistas de prensa y los documentos escritos por Fidel Castro desde 1982, en que viene sosteniendo la necesidad de una moratoria general o la cancelación de las deudas externas para los países subdesarrollados. Para una fundamentación de una proposición concreta de moratoria global, concertada y negociada ver en *Araucaria* N° 30, 1985, el artículo de Orlando Caputo citado anteriormente.

muestra de esto es la proposición que hiciera el Secretario del Tesoro de Estados Unidos, James Baker en Seúl, en octubre de 1985. Allí, en la reunión de gobernadores del Banco Mundial y del FMI, Baker anunció lo que se denominó "Programa de Crecimiento Sostenido" que propone aumentar los créditos del Banco Mundial a los principales países deudores. Sin embargo, Pinochet y sus ministros del sector económico se han empeñado en pagar la deuda de los monopolios, aun al costo de condenar al pueblo chileno a la miseria.

El cuadro N° 4 muestra las proyecciones oficiales para 1985 y 1986 de la Cuenta Corriente de la Balanza de Pagos. Para el año 1985, el superávit comercial fue sobreestimado en algo más de 100 millones.¹⁸ Para 1986, los resultados preliminares de que disponemos hacen suponer que el superávit comercial no sobrepasará los 1.150 millones. Ello significaría que los déficits en la Cuenta Corriente son aún mayores que los señalados.

CUADRO N° 4

Proyecciones de la Balanza de Pagos 1985 y 1986 (millones US\$)		
	1985	1986
Exportaciones	3.949	4.529
(Cobre)	(1.738)	(1.974)
(Resto)	(2.211)	(2.555)
Importaciones	2.914	3.211
Balanza Comercial	1.035	1.319
Servicios financieros	-2.058	-2.222
Servicios no financieros	-458	-457
Transferencias unilaterales	100	100
Déficit en Cuenta Corriente	1.381	1.250

Fuente: *Banco Central de Chile*.

A estos déficits en la Cuenta Corriente hay que agregar las amortizaciones que corresponde hacer anualmente. Para 1985, correspondía amortizar 2.293 millones de dólares, y en 1986, 2.846 millones, antes de la renegociación anunciada en junio de 1985. Es decir, antes de la renegociación, Chile requería recursos externos por 3.674 y 4.176 millones en 1985 y 1986 respectivamente. El Banco Central ha proyectado también las amortizaciones hasta 1990. Tales cifras indican que entre 1987 y 1990 se deben amortizar 11.068 millones de dólares, al margen de los intereses. La renegociación que encabezó el ministro Hernán Büchi permite equilibrar las cuentas externas en el corto

¹⁸ Datos preliminares sitúan el superávit comercial del año 1985 en algo más de 900 millones de dólares.

plazo, consiguiendo básicamente diferir las amortizaciones y financiar mediante nuevos créditos las brechas producidas por el pago de intereses. Esta dinámica de seguir endeudándose para pagar los intereses habrá de continuar por muchos años, con el agravante que los créditos nuevos no son para aumentar la capacidad productiva del país, sino para ajustar las cuentas externas. Téngase presente que muchos de los nuevos créditos conseguidos, no son más que ejercicios financieros y contables, ya que ni uno sólo de esos dólares entra en las cajas del Banco Central.

Esta es la realidad de Chile, como la de la mayoría de los países latinoamericanos. Deben ajustar sus economías para pagar deudas que contrajeron las burguesías y la oligarquía criolla de sus respectivos países, situación que los conduce a profundizar la dependencia del capital transnacional. Lo único que consiguen las renegociaciones es postergar el problema, aumentar las comisiones, rara vez algún descenso en el *spread* cobrado y aumentar significativamente la masa global de la deuda externa. Está claro que ése no es el camino. La gravedad de la situación, que el enfoque oficial no reconoce, exige una solución distinta, que revise una a una las premisas sobre las cuales se ha venido planteando el tema, y por supuesto, el reconocimiento que la deuda externa lisa y llanamente no puede ser pagada.

IV. El cáncer de la deuda debe ser extirpado

Las cifras son rotundas. No admiten lugar a equívocos: pagar la deuda y los intereses que ella impone, condena a Chile a pagar un tributo a la banca transnacional que la frágil estructura económica nacional no soporta. Para ello, los chilenos habrán de seguir endeudándose y cada vez en peores condiciones. Y tendrán que dejar de comer, muchos de aquellos que hoy todavía pueden hacerlo para seguir pagando intereses. Cademártori y Palma¹⁹, muestran que en casi cincuenta años Chile tendría que pagar unos 177 mil millones de dólares sin poder abonar un solo centavo a la deuda original. Ese es el mecanismo al que se ha sometido a los chilenos en las renegociaciones y convenios por los banqueros y su protector, el FMI. Con toda seguridad, estas increíbles cuentas provocarían envidia al propio Rey Midas.

Los acuerdos firmados por la dictadura y el FMI y aquellos convenios de reprogramación con la banca acreedora definen una política económica que en lo substancial contempla:

1. Devaluaciones periódicas, a fin de mantener un tipo de cambio real alto.

¹⁹ Op., cit., pág. 27.

2. La eliminación de los reajustes salariales del sector público y la no interferencia en las negociaciones del sector privado.

3. Eliminación progresiva del déficit del sector público no financiero, para llegar a 1987 con un presupuesto equilibrado.

4. Reducción del déficit en Cuenta Corriente desde el 10,5 % del PGB en 1984 a 4,5 en 1987. Para ello se dice en el convenio, es necesario mantener una política cambiaria realista y flexible y aranceles bajos y parejos.

5. Reducción de la inflación para llegar a 1987 con una tasa anual del 15 %, a través de una "política monetaria estabilizadora". Se fijan también límites a la variación del crédito interno y la eliminación de las líneas de crédito selectivas.

6. Mantención del nivel de reservas que existía a fines de 1983.

Es evidente que estas restricciones de la política económica son de claro corte recesivo. Definen lo que se denominan, en la jerga fondomonetarista, programas macroeconómicos de "austeridad" o "ajustes recesivos". Pero la austeridad es para el pueblo y la recesión la sufren las masas de cesantes y trabajadores asalariados.²⁰ Reducir el déficit del sector público, por ejemplo, ha significado congelar las bajísimas pensiones del sector pasivo (que en un contexto inflacionario quiere decir disminuirlas progresivamente), obligar al autofinanciamiento a los hospitales y centros asistenciales y, recortar los presupuestos de las escuelas y universidades.

Se trata de obligar a pagar a todo Chile una deuda que contrajeron los clanes económicos que, ya antes se habían apoderado del aparato económico, consiguiendo enriquecerse enormemente. Para ello, el estado chileno ha ido otorgando el aval público a la deuda privada, haciéndose cargo por medios directos o indirectos de su pago. Así, Pinochet y sus ministros sicarios se arrodillan ante sus progenitores, el imperialismo y las clases dominantes criollas, traicionando el interés de Chile y de su pueblo.

Precisamente, el interés de Chile exige que este verdadero cáncer que significa la deuda externa sea resuelto con la responsabilidad que la situación requiere. El futuro gobierno democrático que reemplazará a la dictadura del general Pinochet debe, en primer lugar, declarar nulos los convenios y reprogramaciones (incluidos los

²⁰ Según *El Mercurio* de Santiago, suplemento mensual "Economía y Negocios" N° 6, junio, 1985; más del 60 por ciento de los asalariados reciben una renta bruta inferior a 110 dólares (que luego de los descuentos se transforma en 87 dólares). Hay que tener en cuenta que esta cifra está elaradamente abultada porque proviene de un universo de trabajadores que cotiza en la seguridad social y cuyas empresas declaran y pagan dichas cotizaciones. No es aventurado suponer que, entre aquellos que trabajan sin contrato o cuyas empresas no cumplen las disposiciones relativas a la seguridad social, la situación es aún peor a lo que informa el voeero de los clanes económicos. El salario mínimo bruto, recién reajustado, asciende a poco menos de 50 dólares.

avales públicos a la deuda privada) con la banca acreedora y el FMI. En seguida, se deberán revisar, cuidadosamente, las obligaciones del estado y desechar aquellas originadas en la compra de armamento y material de represión contra la población. Además, deberá embargar los bienes de los grupos económicos para resarcirse de las cuantiosas transferencias que durante estos años les ha hecho el estado fascista. Incluso así, no le será posible continuar sirviendo la deuda y a la vez implementar un verdadero programa de recuperación económica. Por ello, creemos que el futuro Chile democrático deberá decretar una moratoria global de la deuda externa, concertando y negociando con sus acreedores un plazo que le permita alcanzar condiciones para reanudar el pago. Chile debe buscar la concertación con el resto de los países de la región, a fin de alcanzar condiciones más ventajosas e impedir las represalias de los centros financieros. Debe prevalecer el criterio ampliamente difundido de que los costos de la crisis deben repartirse entre deudores y acreedores. Lo mismo que vincular los intereses y amortizaciones a las posibilidades de acumulación y a la capacidad exportadora de la economía nacional. Se trata en definitiva de negociar con independencia y desde una posición de fuerza para obtener las mejores condiciones posibles que permitan otorgar la prioridad que requieren los agudos problemas de la economía nacional.

V. Notas finales

El régimen de Pinochet, que se ha apoyado en las Fuerzas Armadas chilenas, ha conducido al país a la ruina material y ha condenado a cientos de miles de chilenos a la pobreza extrema. Pero ha cometido a nuestro juicio un crimen mayor: ha entregado la soberanía de Chile a los banqueros internacionales y al Fondo Monetario Internacional para que administren al país como un negocio más, extrayendo todo cuanto se pueda de él, aún a costa de la dignidad y la vida de sus habitantes.

Chile necesita un nuevo gobierno. La política del ministro Büchi es de carácter todavía más reaccionario que la del gabinete Escobar-Jarpa. Esta se ha orientado a valorizar el capital financiero nacional y transnacional, agudizando las contradicciones del régimen pinochetista con el pueblo. Los salarios reales seguirán cayendo, los deudores hipotecarios no tienen solución a su vital problema, la desocupación —a pesar de las cifras oficiales— no desciende, las empresas estatales seguirán el camino de la privatización y la salud y la educación continuarán su deterioro dramático. Ni siquiera las conyunturales mejoras del escenario internacional (baja en las tasas de interés, caída del precio del petróleo, estabilización del precio del cobre y

debilitamiento del dólar) permiten suponer un alivio a las mayorías agobiadas por la crisis. Porque como dice el ex ministro Sergio Bitar: "La disyuntiva radica en si estos recursos se usan para pagar deuda externa, importar imbecilidades, fuga de capitales o compra de armas, caso en el cual no sirven de nada, o se canalizan hacia la inversión social, construcción de viviendas para los más necesitados, mejoramiento de sueldos, salarios y pensiones y entrega de crédito para los sectores productivos, lo que obviamente se traducirá en crecimiento".²¹ La venta de los bancos Internacionales y Concepción y la transferencia de las Administradoras de Fondos de Peusiones (AFP) más importantes a capitales extranjeros son muestras claras del camino escogido por el ministro Büchi: austeridad para el pueblo y garantías para los banqueros y el capital foráneo.

En todo caso, el equilibrio actual es precario. Supone que el régimen es capaz de contener y sofocar las demandas provocadas por el cuantioso endeudamiento interno, de la enorme masa de cesantes, de los trabajadores por mejores salarios reales y la defensa de las empresas del estado, de los estudiantes por matrículas más baratas y de los profesionales por sus precarias condiciones de trabajo. Ese es el talón de Aquiles, el flanco más débil de la política de sometimiento del pueblo. La movilización social conjunta, coordinada y simultánea en defensa de las aspiraciones legítimas del pueblo puede derrotar esta política y al régimen que la sostiene.

El problema de la deuda externa sigue siendo la contradicción principal que determina el esquema de reproducción del régimen, pero esa contradicción se manifiesta más concretamente en el plano interno. La desocupación a que han sido condenados casi un millón de trabajadores chilenos, la enorme masa de deudores hipotecarios, los pequeños comerciantes y empresarios arruinados, los jubilados y pensionados empobrecidos por la política económica de Pinochet requieren solución a sus graves problemas. Tal solución se enlaza objetivamente con la necesidad de una moratoria global de la deuda externa. Porque todo el peso del ajuste que significa pagar los intereses y el principal de la deuda recae hoy sobre los chilenos, especialmente en los sectores más modestos. La moratoria global sostenida por cada vez más amplios sectores es entonces una reivindicación concreta que eoncita el apoyo de la inmensa mayoría nacional.

²¹ Periódico *Fortín Mapocho*, N° 353, pág. 6, 17 de marzo de 1986.



La deuda externa destruye Santiago

CARLOS ALBRECHT

Al producirse en 1983 el colapso del sistema financiero y bancario nacional, e iniciarse la paralización de un sector productivo tras otro, el conjunto de compromisos “impagos” que comenzó a afectar a la población urbana adquirió caracteres de masificación inéditos. Entonces asumimos un término nuevo, el de “Deuda Urbana” significando con ello el precio cotidiano que el habitante debía pagar para sobrevivir en la capital de Chile. Un breve recuento de este gigantesco fenómeno de deterioro nos lleva, finalmente, a exhibir cifras y conceptos que se indican a continuación, sin pretender agotar un tema de por sí complejo y, hoy día, de características monstruosas. La Deuda Externa que contrajo el gobierno de Chile en estos años, se expresa así en el manejo especulativo del suelo urbano, la subordinación del ahorro habitacional y el acceso hipotecario a la vivienda, y el encarecimiento “autofinanciado” de los principales servicios públicos y domiciliarios urbanos, entre otros muchos fenómenos de la vida cotidiana.

Carlos Albrecht es arquitecto, profesor universitario, miembro del Consejo Directivo del Colegio de Arquitectos de Chile, e investigador de la Academia de Humanismo Cristiano.

La cesación de pagos del impuesto territorial

Por las magnitudes comprometidas y por el impacto material y psicológico que ha significado y que significará en el futuro cercano, el colapso de los pagos de las “contribuciones de bienes raíces” (impuesto territorial) es el hecho más agudo que haya afectado al erario nacional y a los habitantes, y el que mejor retrata la gestión especulativa que se hizo con el suelo urbano.

Cuando en enero de 1983 se dictó la ley N^o 18.206, conminando a los deudores morosos de los años 80-81 a “repactar” los impuestos acumulados impagos a esta fecha —y cuyo monto ascendía ya a 380 millones de dólares— se presentaron sólo 32.332 solicitudes para repactar (de 180.000 roles que se encontraban en falencia), y de estas solicitudes finalmente sólo 17.764 aprovecharon efectivamente la franquicia para acogerse a la nueva modalidad de pago en un plazo mayor, de diez semestres. Es decir, que sólo el 18 % de los deudores morosos del impuesto territorial repactó, quedando al descubierto que la “cesación de pagos” generalizaba obedecía a factores estructurales del sistema impuesto a vastos sectores económicos y sociales.

Para explicarse la envergadura del fenómeno hay que analizar la gestión “especulativa” operada con el suelo, tanto agrícola como urbano en la última década.

La legislación que inicialmente grava la tenencia del suelo urbano data de 1927 (Ley 4.174). En aquella época se reajustaron, por primera vez, los valores del suelo, tanto agrícola como no agrícola, y se establecieron criterios y períodos espaciados, de diez años aproximadamente, para realizar retasaciones ulteriores del suelo. Durante varias décadas se aplicaron mecanismos de cobranza idénticos y leves alzas sobre su valor, sin lograr empero perfeccionar o modernizar, a la par, un catastro de propiedad y su dinámica fluctuación de valores provenientes del cambio de explotación, destino, subdivisión, aumento de plusvalía y valor comercial en cada caso.

Luego, a contar de 1956 (hace casi treinta años) los avalúos ahora fijados por la Dirección General de Impuestos Internos, comienzan a ser reajustados anualmente, de acuerdo con un índice asimilado a la variación anual del IPC nacional, sujeto ello a la aprobación parlamentaria de rigor. Tanto es así, que la última “retasación” de la propiedad urbana de Santiago, Providencia y Las Condes, dispuesta en el año 1972 por el Gobierno de la época, fue dejada sin efecto ulteriormente.

Pero no ocurre lo mismo después de 1973.

La actual Administración Militar establece discrecionalmente, a contar de 1974, una modalidad de alzas diferenciadas del orden del 400 % y 900 % sobre los valores del suelo para los primeros dos años, y de 300 % y 400 % para los años siguientes (1975), anun-

ciándose ya que luego se procederá a una “Retasación General”, la que se aplica en 1976. La dictación del D.L. 1.225 de noviembre de 1975 consagra un nuevo sistema de “catastro” de la propiedad urbana y vuelve ahora a aplicar una nueva sobretasa de un 170 % (como promedio), esta vez con carácter retroactivo, a contar del segundo semestre de 1975, anunciándose ya entonces que el “mercado de la tierra” es el mecanismo de valor y asignador del suelo urbano.

Al poner en cifras el proceso de “retasación” del suelo urbano operado en ésta década (1975-85), verificaremos con asombro que, *mientras en la década anterior (1964-1973) el reajuste acumulado de los avalúos de bienes raíces varió en 250 %, en cambio bajo el Régimen Militar ese reajuste sobre el suelo ¡ha variado como mínimo en un 1.800 % y en un máximo de 2.200 %!*

La mal disimulada satisfacción con que, en su época, fue estimulada esta gestión “expropiatoria” contra el usuario del suelo (con toda su diversa gama de efectos sobre los sectores productivos y la vida urbana), es coherente con la mentalidad del libre-cambismo aplicada en Chile. En la crónica económica de la revista *Qué Pasa* (noviembre de 1979), titulada “Por qué la tierra vale más”, se sostiene que “la misión Hectárea que en 1970 costaba \$ US 2.800, en 1978 ya costó \$ US 8.100, señalándose que “los expertos aseguran que el aumento del precio de la tierra agrícola es reflejo del éxito de una determinada política económica”. Y del mismo modo se expresó el vespertino *La Segunda* en su crónica “Nueva York tiene el mismo problema de Santiago en precios de viviendas”, aludiendo al hecho de que, no obstante, observase una tendencia a la baja en los precios “aún un departamento ubicado en Avenida Costanera de Santiago, vale casi igual que otro de Park Avenue de Nueva York, es decir, alrededor de \$ US 240.000”.

De esta manera, el régimen de exacción tributaria impuesto en el país ya a mediados de la década pasada, pasa a constituirse en la base de una completa “normativa” para la desenfrenada especulación de gestión inmobiliaria, la que se estructura con la llamada “Política de Desarrollo Urbano” (MINVU, 1975), que declara caducas las disposiciones reguladoras del Plano Intercomunal de Santiago, modifica y adecúa las Ordenanzas de Construcción y Urbanización vigentes: derriba los límites urbanos y sólo en el área metropolitana incorpora 8.000 hectáreas de “expansión urbana” para su ulterior “subdivisión y loteo”, y completa la preparación del escenario que precisan los flujos de crédito externo de carácter financiero usuario para la funesta gestión inmobiliaria que, tres años después, encontrará a Santiago con 20.000 casas y departamentos vacíos y sin adquirentes, embargados y llevando a la quiebra al sistema bancario y financiero local.

Se puede afirmar que los monstruosos ajustes de avalúos de tierra

agrícola y urbana y la imposición de tributos onerosos, no constuyeron otra cosa, que *un anticipado cobro de la plusvalía* que, presuntamente, el manejo especulativo del suelo debía generar en los años siguientes y que, supuestamente, beneficiaría a los propietarios.

Pero la realidad fue dramáticamente otra.

Pues, al contrario, el escenario que se creó en Chile con el irracional endeudamiento con la banca privada externa, la vertiginosa pérdida de la credibilidad del gobierno autoritario, el manejo económico radicalizado y la extinción de los “recursos y ahorro externo” como eufemísticamente se le llamó alguna vez, todo ello ha derivado en la generación de una “deuda territorial” que hoy ya sobrepasa los \$ US 1.000 millones y se incrementa cotidianamente sin existir posibilidad alguna de que ella pueda ser solventada por una población carente de capacidad adquisitiva, empleo y confianza para pagar dichos tributos. Y lo que es más importante aún: la actitud, hoy día, de millones de chilenos que rechazan la arbitraria imposición tributaria, se organizan y movilizan para no pagar más deudas, y reclaman, ahora, por sus derechos abrogados.

A fines de 1984, después de haber fracasado la penúltima “repatación” de pagos tributarios, los roles involucrados en la cesación de pagos se habían incrementado desde 180.000 roles a 409.000, es decir, ¡se había más que duplicado!, con la novedad de que, ahora, una multitud abrumadora de pequeños y medianos propietarios han iniciado la lucha por rescatar sus derechos y entran a “desconocer” su parte de la deuda territorial impuesta.

La “morosidad reajutable”

Generada en la aplicación metódica y despiadada del régimen monetarista de Chicago, que hace extensiva la reajustabilidad a todos los valores que se transan en el mercado, se inserta la “morosidad” de todas las cuotas, dividendos, cánones y pagos hipotecarios provenientes de los usuarios que pactaron antes y después de 1973, la adquisición o uso de sus inmuebles (casas, comercio, talleres artesanales, industria, etc.). Todos los pagos diferidos y que se efectuaban en cuotas de modo fijo, a contar de 1978 fueron asimilados a un sistema de “reajustabilidad” en UF (Unidad de Fomento) el que significa fijar nacionalmente la escala de los valores que regirán para cada día del mes siguiente, de acuerdo con el Índice de Precios de la Inflación y, por cierto, sin tener en cuenta el Índice de Remuneraciones, las que fueron “congeladas” a contar de mediados de 1981.

Parece obvio decir que un tal sistema de “reajustabilidad” expropiatoria, que resguardaba exclusivamente los intereses de los grupos económicos poderosos y del sistema bancario y financiero, debía fracasar. En efecto, ya a fines de 1982 la situación de los deudores que

se habían visto obligados a aceptar la conversión de sus saldos o tarifas en “unidades reajustables” se hizo insostenible, y provocó la iliquidez de todo el sistema bancario nacional. ¿Cuál fue la magnitud de este nuevo fenómeno, sin precedentes en el país? Una sola estimación global, proveniente de la información fragmentada de la prensa local indica que *¡500.000 deudores y 2.500 millones de habitantes urbanos!* fueron afectados hasta la insolvencia por el régimen de reajustabilidad impuesto por el gobierno civil.

El espectro de los afectados es múltiple y las pérdidas que, durante años, esta población debió afrontar para ayudar a pagar un sistema irracional sostenido por el sistema financiero, endeudado externamente, son cuantiosas y crecientes.

De ellos, el grupo más numeroso es el que corresponde a los deudores de dividendos SERVIU y cuotas CORVI (ambos servicios estatales) con 270.000 jefes de hogar y 1.350.000 habitantes urbanos, los cuales recibieron sus viviendas de los gobiernos anteriores a 1973 y pertenecen al sector social que vive hoy día en condiciones socio-económicas más apremiantes. Le siguen los deudores del ex-Sistema SINAP (Sistema Nacional de Ahorros y Préstamos) actualmente llamado ANAP, con 110.000 deudores y algo más de medio millón de familiares. A continuación se ubican los deudores pertenecientes al conjunto de las antiguas Cajas de Previsión con 80.000 deudores jefes de hogar y unos 350.000 habitantes urbanos —para concluir con los 45.000 deudores que compraron casas y departamentos en los últimos ocho años, y de los cuales dependen otro cuarto de millón de personas igualmente castigadas por la “reajustabilidad” oficialmente impuesta.

No ha sido fácil determinar con exactitud la gran cuantía de la deuda hipotecaria conjunta de estos diversos sectores sociales comprometidos. Estimaciones de investigadores urbanos que parten de evaluar exclusivamente el monto global del sistema de venta de casas por letras hipotecarias (negocio de intermediación bancaria, para usar pagarés y distribuir localmente el crédito externo obtenido de la banca internacional) señalan que éste asumió, sólo en el período 1977-83, un monto mensual de dividendos del orden de los UF. 770.000 (es decir algo más de \$ US 16,6 millones), en plazos de doce años y 13 % anual. De esta cuantía un 30 % arrastra una morosidad reajutable de más de treinta y seis meses; un 25 % permanece sin pagar sus dividendos veinticuatro meses y un 20% está moroso los últimos doce meses. Sólo el estrato social y económico más acomodado, es decir un 8 %, logra pagar con intermitencias un sistema oneroso que se acerca a su fin.

Diversas y coercitivas han sido las medidas aplicadas por la autoridad para hacer efectivos los pagos de los morosos en unidades reajustables. No obstante, al no haberse desterrado las causas pro-

fundas y reales que originaron este proceso de extendida insolvencia, como lo son la caída de los ingresos reales por cuarto año consecutivo, la imposición autoritaria de todos los mecanismos financieros y sociales, el sucesivo despojo que practica el sistema de “reajustabilidad” sobre millones de chilenos, la altísima cesantía, todo el sistema ya está en crisis a la par que la “prenda hipotecaria” (es decir, la casa o el departamento edificado y comprado) ha perdido su valor y ya su devolución al mismo sistema bancario y financiero, significa una pérdida real (en los Juzgados de Letras de Santiago, se ventilan hoy más de 7.000 juicios de embargos de prendas hipotecarias al mejor postor) y, al mismo tiempo originó su asfixia por iliquidez. Pero, además, los deudores en UF se perjudicaron dramáticamente, pues las deudas originales crecieron desproporcionadamente con relación a sus montos iniciales mientras que el propio valor inmobiliario se derrumbó a contar de 1983.

Los intentos practicados por la autoridad para inducir o tentar a los deudores, mediante supuestos estímulos precarios y engañosos, para “repactar y/o solicitar la condonación” de sus compromisos, y propuestos por los últimos tres Ministros de Economía de 1983 a 1985, sólo han hecho incrementar el monto de la cartera hipotecaria “morosa” desde los \$ 1.800 millones (US\$ 18 millones) a los \$ 4.700 millones (US\$ 38 millones) en los últimos dieciocho meses.

El “trauma” de los servicios urbanos: “cortes”, “conexiones clandestinas” y “colgados”

No cabe duda, sin embargo, que uno de los factores que más directamente daña y deteriora la calidad de vida de la familia chilena de hoy es el alto precio y el suministro discriminatorio de los servicios domiciliarios urbanos de agua, luz, energía, combustible y comunicaciones domésticos.

Por un lado, la pérdida del poder adquisitivo de millones de salarizados, subsidiados de cesantía o empleados en los programas de cesantes del PEM y POHJ —los que representan desde hace más de seis años el 30 % de la fuerza activa del país—, y por el otro, la “filosofía” del llamado “autofinanciamiento” de las empresas estatales o semiestatales que proveen los servicios antes indicados, se complementan como los factores determinantes de la deuda de la familia urbana a niveles inéditos en Chile.

Solamente los incrementos visibles de los precios y tarifas de los diversos servicios domiciliarios, aplicados sistemáticamente, ya explicarían el verdadero “trauma” que arrastran millares y millares de familias de la capital en el afán cotidiano por resolver y superar la cancelación de estos, y no ver interrumpidas las funciones básicas de la familia.

Una inserción de prensa hecha el año pasado por el Colegio Médico de Chile lo demuestra claramente¹.

Pero el problema no es tan simple, pues las infinitas derivaciones de la política económica “recesiva” impuestas por la autoridad han sido complejas y desastrosas, como se verá a continuación

<i>Servicios</i>	<i>% Alza de Tarifas</i>
Agua Potable	M ³ 65 %.
Alcantarillado	Gl. 145 %.
Electricidad	KwH. 75 %.
Kerosene	Li 183 %.
Gas Licuado	kg 100 %.
Gas Cañería	M ³ 85 %.
Teléfono	LL. 194 %.
Franqueo Nacional	U 100 %.

(*El Mercurio*, 17 enero 1985.)

a) *Agua potable:*

Cuando en julio de 1982, en un incendio que afectó a una vivienda modesta de Villa Wolff, comuna de Conchalí, perecieron el jefe del hogar y sus seis pequeños hijos calcinados, se puso de manifiesto todo el inaudito drama que vive una gran parte de la población urbana de la capital chilena. EMOS (Empresa Metropolitana de Obras Sanitarias) había ordenado “arrancar” el medidor de agua de dicha casa, por haber acumulado su dueño una deuda impaga de cuarenta y tres meses, condenándolo a depender del vecindario para tener agua.

¿Cuál es la extensión real de este drama? En agosto de 1982 se filtraron por primera vez a la opinión pública algunos detalles increíbles, a raíz de tramitarse disimuladamente un Proyecto de Ley mediante el cual se autorizaba a EMOS —que atiende el suministro de agua potable de 600.000 suscriptores del país—, para repactar cuenta impagas de 270.000 usuarios, por un monto ya vencido del orden de los \$ 850 millones. Se reconocía así, finalmente, que *¡el 40 % de los suscriptores legales!* tenía consumos atrasados y, al estudiarse más detalladamente el inventario presentado, sorprende el hecho de que sólo en la capital del país a 40.000 casas ya se les había retirado el “arranque” de agua, y que existía el plan de seguir aplicando la misma sanción a razón de 10.000 casas mensuales.

Pues bien, cuando en septiembre de 1982 se ofreció la “repactación” de la moratoria del agua, (la que en promedio asciende a seis meses) para asimilar la deuda en los veinticuatro meses siguientes, quedó nuevamente de manifiesto que ni la población estaba en

¹ *Variación de Tarifas de Servicios Públicos*, Período agosto 1981 a diciembre 1984:

condiciones de absorber el gasto “adicional” de la deuda, por sobre las tarifas vigentes, ni se podía resolver el supuesto “autofinanciamiento” de sus servicios. En los años siguientes, nuevas fórmulas de tarifado (“tarifa de verano”, incrementando costos para el usuario que consume mayor volumen, a contar de los meses de octubre de cada año; nuevos sobrecargos de diámetro, sobretasas de servicios, y onerosos y artificiales cargos fijos de alcantarillado), no han hecho sino aumentar a más familias el corte del vital elemento, en un país en el cual no existió jamás carencia de agua potable, debido a su relieve andino y a la capacidad de sus depósitos de acumulación de alta montaña construidos por gobiernos anteriores.

Demás está subrayar las graves implicancias que esta situación acarrea hoy día a masas de millones de habitantes de los sectores populares en materia de salubridad, sobrevivencia, alimentación y otros aspectos de la vida doméstica cotidiana.

b) *Electricidad:*

Es cierto que “las conexiones clandestinas” y los “colgados” de la red pública que hurtan electricidad no son una “novedad” en el país.

No obstante, nunca se vivió en Chile la situación de que los usuarios deudores de este sistema alcanzaran *¡la inédita y monstruosa cantidad de 280.000 morosos!* de Chilectra (compañía privada intermediaria de venta de electricidad que produce el sistema estatal de ENDESA), con compromisos ascendentes, a fines de 1985, a los \$ 2.800 millones. No era del dominio público que ya en 1981, esta compañía había logrado pactar calladamente 20.377 acuerdos con sus deudores domésticos y que en 1982, y luego en 1984, había tenido que acordar la “condonación” de intereses y multas con otros 54.500 deudores para, de esta manera, recobrar siquiera una parte de sus pérdidas de suministro. Ilustrativo resultó y sorprendente, la expresión de un alto ejecutivo de Chilectra cuando señaló, a fines de 1983, que “la situación de esta compañía se ha deteriorado en un 60 % debido a los menores márgenes de comercialización, en un 20 % por el hurto de energía, y en otro 20 % debido al alza experimentada por equipos e insumos del servicio”.

Toda la gama de complejos factores que rigen la vida urbana —bajo un sistema de libremercado y despiadada discrecionalidad autoritaria—, se expresan hoy día en Santiago.

Aludiendo a los 35.000 “colgados” que había en 1983, y que hoy suben: de 100.000, sólo en la comuna de La Pintana, el personero de Chilectra afirmaba que los consumidores “clandestinos” adquieren rápidamente un consumo superior al de una casa “normal”: “ello se debe a que los ‘colgados’ dejan de usar otros combustibles, como gas y kerosene, usando electricidad para la calefacción, cocina y otros me-

nesteres, incluyendo la instalación de talleres y otros negocios, aprovechando electricidad gratis”.

Por cierto que ningún ejecutivo de Chilectra ha aludido, en cambio, al hecho de que mediante la Ley 18.382 el Estado ha debido hacer un nuevo aporte de UF 805.000 a la compañía distribuidora, en 1984, para mantenerla en funciones y acometer, lo que en los primeros diez meses del año pasado se llamó la “revisión de los 810.000 líneas” de usuarios, para descubrir la cuantía del hurto nacional de electricidad... y regularizar la situación de Chilectra.

c) *Combustibles:*

Tampoco los medios de comunicación han aludido al hecho injusto y cruel, que conlleva la discriminatoria distribución de los servicios domiciliarios que promueve el sistema “de mercado” imperante en Chile. Tal es el caso del kerosene (parafina), que en un país de clima frío constituye el llamado “combustible del pobre”. En Santiago, el consumo global de dicho combustible es de 150 millones de litros, pero 90 millones de ellos van a dos comunas pudientes (Providencia, Las Condes), 30 millones de litros se consumen en cinco comunas “de clase media” (La Florida, Ñuñoa, Santiago, La Reina y Conchalí) y los 30 millones restantes se distribuyen en las veinticuatro comunas de carácter popular.

En este cuadro de masificación de deuda, moratoria y engaño que sufren los sectores urbanos más desposeídos y la población indefensa ante la especulación, la distribución intermediada del mercado y el desmantelamiento de los controles de precios y calidad que existieron en décadas pasadas, encuentra un lugar sui-generis el caso del suministro del gas licuado. Esta combustible, que se produce en Chile abundantemente (Magallanes) por una empresa estatal (ENAP) el producto es distribuido por tres compañías “oficiales”, las que envasan a razón de 1,5 millones de balones mensuales. A las sucesivas alzas y aportes que el Estado ha debido hacer a las compañías distribuidoras (y que no han beneficiado al público), se agrega desde hace años, la “redistribución” pirata del gas licuado (hecha por intermediarios tolerados y amparados por el aparato estatal), la que adultera los balones, mermando el peso real y agregando una pérdida al usuario que rompe con todos los modelos conocidos antes. Cuando en el año 1984 la opinión pública exigió el control sobre este hurto por DIRINCO (oficina de control de precios creada hace treinta años), ésta detectó en una sola muestra semanal, la sustracción de 1.361 kgs de gas en los balones vendidos en la comuna de San Miguel. En un solo cilindro de 45 kgs se descubrió una merma de 28 kgs y la cantidad equivalente de agua inyectada. Existiendo un “stock”, difícil de reemplazar, de 5 millones de cilindros con válvula

especial, sólo cabía pensar en un hurto sofisticado, amparado por alguna autoridad o protegido de ésta, para poder consumir un atentado contra la población en forma metódica y sistemática. Una investigación a nivel de comerciantes de gas licuado señala que la merma “promedio” por balón vendido en la capital llegaría a 1,2 kgs, lo que traducido a pesos, equivale a una cifra de robo clandestino de gas licuado anual, del orden de los \$150 millones (lo que equivale a la remuneración mensual de 45.000 hombres empleados en el PEM, Programa de Empleo Mínimo). Este es sólo un ejemplo del grado de desprotección de la familia urbana chilena actual, que se ha instalado en los duros y difíciles años de economía social de mercado y discrecionalidad militar.

El costo final del manejo especulativo con los precios y remuneraciones ha terminado por infligir un grave daño no sólo a la población, sino al país: el consumo de kerosene declinó en la década 1974-1985 de 408.000 m³ a 360.000 de el año último, y el de gas licuado de 667.000 m³ a ¡sólo 420.000 m³ este año! Las expectativas fáciles que presuponían que Chile podía transformarse en un “exportador” de gas licuado refinado a Brasil, Estados Unidos y Europa fueron cancelados y el habitante de la capital ha reducido su consumo a límites críticos asumiendo, además, todas las incongruencias, el daño psicológico cotidiano y el deterioro traumático de su calidad de vida.

d) *Teléfonos:*

Muy atrás quedaron las predicciones presidenciales anunciadas antes de la “sanción” de la Constitución de 1980 y que anticipaban “...un teléfono por cada siete habitantes”. La expansión de plantas, redes y suscriptores se redujo desde 1981 y hoy día, existiendo 550.000 aparatos en servicio, de ellos 360.000 en el área metropolitana, *¡el 25 %, o sea 90.000 líneas! se encuentran desconectadas por estar impagas (transitoriamente fuera de servicio), y otro 28 %, es decir, 100.000 teléfonos, se encuentran morosos de hasta cuatro meses, afectando a millares de familias y empresas.*

En este período, ENTEL (empresa estatal de comunicación intercomunicada vía satélite) no pudo alzar sus precios, desde marzo de 1980; en cambio, las tarifas impuestas por la Compañía de Teléfonos de Chile (CTC), antigua filial de la ITT, han sido alzadas en forma desproporcionada y en absoluto acompañados de mejoramientos en el servicio, como a menudo se proclama.

Entel vio también alzar su deuda de 20 % entre los años 1983-84 al 40% en este año, y los resultados contables arrojan una pérdida superior a los \$ 5.000 millones, a raíz de impedirsele el uso del dólar preferencial (menor costo al real) y de las “devaluaciones” de la moneda nacional de febrero y junio de aquel año. Es decir, el costo

financiero (la exacción que proviene de supeditar los créditos al sistema bancario, ya intervenido y quebrado desde 1983) fue superior al resultado operacional.

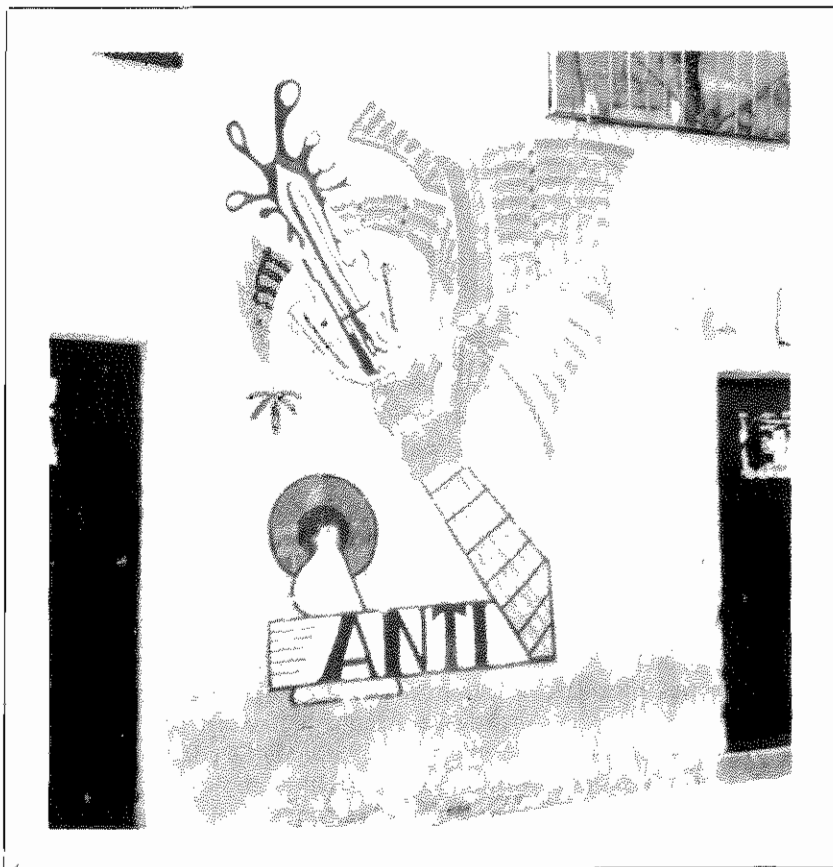
* * *

¿Existen soluciones para este escenario de “cesación de pagos”, “morosidad hipotecaria”, reducción drástica de todos los suministros de servicios domiciliarios urbanos y que sume a los habitantes de la capital chilena en una atmósfera cada vez más irrespirable de precariedad de vida? Al margen de las reiteradas y fracasadas medidas de “paliativo” aplicadas por la autoridad, lo real, lo que surge como el convencimiento generalizado desde todos los sectores es que, en el ocaso de un régimen, ninguna solución sectorial tiene ya futuro alguno.

Y es que la Deuda Externa, avalada por el actual gobierno, para que el sistema bancario internacional siga recibiendo los \$US 2.000 millones año a año ¡de por vida!, sólo ofrece extender y profundizar un estado de crisis mayor al actual.

Por ello, este persistente atentado contra la vida misma de millones de chilenos ha estado recibiendo la única respuesta posible y efectiva: las Comisiones de Deudores, de Asignatarios, de allegados que se oponen al corte de agua y luz eléctrica, los Deudores SERVIU, las Juntas Vecinales movilizadas, amplios sectores de los Sin Casa, las Federaciones Sindicales comunales, los Colegios Profesionales (Arquitectos, Ingenieros, Asistentes Sociales, Médicos, etc.), los Comités de Cesantes y las Vicarías, el Frente de Reconstrucción (fundado a raíz del terremoto de marzo de 1985), los Deudores Hipotecarios, la Federación de Deudores (que piden la abolición del sistema reajutable en UF), la Federación de Pensionados, etc., reclaman hoy la moratoria, la reivindicación de sus derechos y la defensa de sus intereses en forma masiva y abierta.

Es decir, es un hecho real que la Deuda Externa ya no se pagará más en Santiago.



Historia de un símbolo del capitalismo moderno

Cien años de Coca-Cola

John Pemberton tiene treinta y un años cuando la Guerra de Secesión termina. Se había batido a las órdenes del general Joe Wheeler en Georgia, y la derrota del Sur lo dejará en la miseria. Ex estudiante de farmacia, Pemberton es un apasionado de la alquimia en un tiempo en el que casi toda está por inventarse. En 1869, casado con Clifford Lewis, hastiado de la vida pueblerina de Columbus, decide instalarse en la capital del Estado, Atlanta.

Pemberton es, sin saberlo quizás, un pionero americano. Un hombre que cree en el futuro de ese país que se extiende hacia el Oeste a cada disparo de fusil. Su pasión, en la época de los inventores, es la búsqueda de nuevos medicamentos para enfermedades vulgares. Falto de recursos, interesa en sus investigaciones a dos hombres de negocios, Wilson y Taylor. Por entonces no hacían falta demasiados argumentos para promover las inversiones: el farmacéutico había adquirido cierta celebridad con sus jarabes para la tos, sus pastillas para el hígado y sus lociones contra la caída del cabello, productos inútiles pero de excelente venta en los pueblos del lejano Oeste.

Wilson y Taylor decidieron apostar al dudoso genio del entusiasta Pemberton, pero tomaron ciertas precauciones: una parte de la inversión serviría para abrir un *drugstore* y la otra para financiar la alquimia de Pemberton.

Esa extraña conjunción —bar más laboratorio de investigaciones “científicas”— iba a revelarse como una amalgama genial: por entonces, las bebidas sin alcohol comenzaban su desarrollo en los estados “calientes” del Sur. Limonadas y naranjadas conocidas desde la antigüedad sufrieron la competencia de los más extravagantes brebajes, de los cuales sólo el de Pemberton iba a sobrevivir.

Remedio para melancólicos

En la trastienda de su *drugstore*, el farmacéutico trabajará diecisiete años, desbordante de ambición y entusiasmo. En 1880, para hacer frente al progreso, compra una “fuente de soda”, colosal aparato de ocho metros de largo, que permite a la clientela elegir entre decenas de grifos por donde chorean empalagosas bebidas multicolores. Los vecinos, sobre todo los chicos, se amontonan frente a los bares para saborear las pociones que cada alquimista inventa la noche anterior. Ninguna fruta, ninguna planta silvestre se salva de ser exprimida, diluida en agua, mezclada con jarabes de dudosa procedencia.

Entusiasmado por las posibilidades del negocio, decepcionado quizá por su fracaso en el campo de la medicina, Pemberton decide retomar una vieja fórmula utilizada en Senegal y Ca-

Oswaldo Soriano, escritor argentino, autor de las novelas *Trilce, solitario y final*; *No habrá más penas y olvido*, *Cuartefes de invierno* y otros libros. El presente artículo apareció inicialmente en la revista *Crisis*, que se publica en Buenos Aires.

yena, conocida como *The French Wine Coca*, mezcla de vino y extracto de coca. Se propone lograr un jarabe tonificante, que alivie el dolor de cabeza, la melancolía de los viajeros y los efectos de la borrachera. Descarta el alcohol y se sumerge en una febril búsqueda de hierbas y frutas antes desdeñadas. Mezcla, agita, deja reposar, prepara un fuego de leña, calienta su brebaje en una vasija de cobre, le agrega azúcar, cafeína, hojas de coca, y el 8 de mayo de 1886 —hace exactamente un siglo— descubre, sin saberlo todavía, lo que iba a ser el más gigantesco símbolo del capitalismo moderno: la *Coca-Cola*.

Si el punto de partida parece digno de José Arcadio Buendía, el desarrollo inmediato del producto entra en la leyenda. La historia oficial es edulcorada y tolerante, y la anécdota esconde no pocas inexactitudes.

Las burbujas de la felicidad

Pemberton creía haber fabricado una bebida distinta a las otras, pero nada más. En sus alambiques tenía un jarabe denso y meloso, repugnante, al que había que diluir en una abundante cantidad de agua. Para venderlo cuenta por toda la ciudad que se trata del mejor remedio jamás inventado para disipar la resaca del alcohol. Consigue, entonces, una vasta clientela que acude a su bar con la esperanza de borrar las brumas de una noche de juerga. Una tarde, un forastero le proporcionará la clave para entrar en la historia. Tambaleante, llevado por el rumor público, el hombre entra en el bar de Pemberton y pide un vaso "de esa cosa que usted fabrica para ayudar a los borrachos". Cansado de tanto ir y venir hasta la máquina, Pemberton sirve el jarabe mezclado con agua gaseosa. El forastero se toma tantos vasos que la botella se vacía y el farmacéutico le llena el siguiente con agua de la canilla, como lo hacía siempre. El borracho escupe y exclama: ¿Y las burbujas? ¿Dónde están las burbujas? ¡Sin

las burbujas esta porquería es intomable!"

Pemberton había pasado, de pronto, del jarabe "curativo" a la bebida por placer. El primero de enero de 1887, asociado a tres hombres de negocios de la ciudad —D. Doe, Frank M. Robinson y Holland—, el inventor fundaba la *Pemberton Chemical Company*.

Reunidos en el *drugstore*, los flamantes asociados decidieron lanzarse a los negocios sin descuidar ningún detalle: el actual logotipo es copia fiel de la prolija caligrafía de Robinson, el primer contador de la empresa. El rojo y el blanco de la bandera norteamericana fueron, desde entonces, los colores que indentificarían al producto.

Pemberton utilizó, en los primeros tiempos, un sistema de venta hoy archidivulgados: el bono que permite tomar un segundo vaso gratis. También, por supuesto, la publicidad escrita: los diarios de Atlanta publicaban, ya en 1886, este aviso a una columna: "*Coca-Cola, deliciosa-refrescante*"; slogan que aún sigue utilizándose en muchos países del mundo.

Sin embargo, el negocio es un fracaso. En el primer año, la compañía vende sólo 112 litros, que dejan un balance de 50 dólares de activo y 46 de pasivo. Al borde de la quiebra, obligado a otra actividad para mantener a su familia, Pemberton vende un tercio de sus acciones a Georges Lowne en 1.200 dólares. Este a su vez cederá su parte a Woolfolk Walker, un ex empleado del inventor en la misma suma. Pero Walker no tiene el dinero necesario para desarrollar el negocio y vende a su turno dos partes a Joseph Jacobs y Asa Candler.

Ambicioso, Candler va a convertirse en el verdadero motor de la empresa. Por 550 dólares compra a Pemberton la última parte del negocio que el creador, agonizante, le ofrece; Walker, sin dinero, y Jacobs, sin visión, le venden a su vez las acciones. El 22 de abril de 1891 Asa G. Candler es él solo propietario, el único en conocer el secreto de la fórmula que Pemberton le ha confiado antes de morir.

Este hombre, constructor de la pri-

mera gran época de *Coca-Cola*, ha llegado a Atlanta en 1873 a hacer fortuna. La expansión que sigue a la Guerra Civil y el casamiento con una generosa heredera lo transforman en propietario de tres laboratorios farmacéuticos y un stock de droguería considerable. Un incendio feliz —hecho omitido, claro, en la historia oficial— lo ha convertido en fuerte acreedor de una compañía de seguros y sus negocios valen cien mil dólares.

La botella de un tal Edwards

En 1890, Candler decide abandonar la droguería y los productos farmacéuticos a cambio de cincuenta mil dólares, y dedicarse por entero a *Coca-Cola*. Sus biógrafos lo definen como “hombre de olfato”. La primera medida que toma en la casi inexistente compañía es reincorporar a Frank Robinson, ex contador de Pemberton y creador de la caligrafía que identifica a la bebida en todo Atlanta. Ambicioso, autoritario, avaro, Candler hará trabajar para él a toda la familia de diez hermanos. El 29 de enero de 1892 funda la sociedad que hoy se conoce como *The Coca-Cola Company*.

Luego de la fórmula, las burbujas, la caligrafía identificatoria, *Coca-Cola* es el producto más conocido de la ciudad de Atlanta, es decir, un negocio regional en la época del gran desarrollo de los transportes y las comunicaciones. Sin embargo, la manipulación de la jalea básica por los dueños de bares y de máquinas para servir bebidas conspira contra la idea de un producto “irresistible”; ninguna regla rige hasta entonces para las proporciones de materia y de agua gasificada. Candler intenta hacer respetar su brebaje limitando la venta —a cinco centavos el vaso— a las fuentes de soda, es decir, restringiendo el negocio.

Son dos abogados de Chattanooga, Tennessee, quienes llevarán la *Coca-Cola* a todo el país. Benjamín F. Thomas y Joseph Brown Whitehead han gustado la bebida en Atlanta y están convencidos de que la empresa es una

mina de oro. En una entrevista con Candler le proponen adquirir los derechos exclusivos para embotellar la bebida. Candler podría así multiplicar por miles la venta del producto básico y ellos instalar plantas embotelladoras en todos los estados del país. El propietario acepta y el contrato se firma, simbólicamente, por la suma de un dólar.

Otra sociedad nace en 1899: la *Coca-Cola Bottling Company*, que instala fábricas en Chattanooga y Atlanta. Sin embargo, los abogados advierten en seguida que la inversión industrial es un paso en falso: máquinas, obreros, transportes, son un estorbo. La decisión más drástica no tarda en llegar: su sola tarea consistirá, en adelante, en revender la jalea de Candler a pequeños embotelladores de todas las regiones del país. En 1904 Whitehead y Thomas han firmado contrato con 80 plantas de toda la Unión prohibiéndoles expresamente adquirir la materia prima a Candler. Ese año las ventas de la jalea pasan a tres millones seiscientos mil litros.

Los primeros años del siglo veinte ven convertirse la marca de Pemberton en la gaseosa más popular de los Estados Unidos. Los dos abogados, y con ellos Candler, son inmensamente ricos. Pero la panacea se ve amenazada muy pronto. El éxito de la bebida, que sale de las ciudades a conquistar el campo, se basa en una estructura endeble: la sonora musicalidad de su nombre, la grafía inconfundible, el color, la botella, van a ser rápidamente imitados. Como la ley impide registrar nombres propios de la naturaleza, los patrones del *boom* verán crecer una competencia salvaje: *Takola Ring*, *Coca Congo*, *Coca Gola*, *Coca Kola*, *Nova*. Un bebedor apurado no repara en diferencias de gusto —evidentes— entre una y otra. Las botellas son idénticas, el logotipo, el mismo. Pero Thomas y sus socios asestarán el golpe definitivo a sus competidores en un arranque de genio comercial: hay que fabricar un modelo de envase capaz de ser reconocido en la oscuridad, con los ojos vendados; más aún: un solo trozo

de la botella debe ser suficiente para identificarla. En 1913 la empresa crea una beca de estudios consagrada a la realización del prototipo.

Alexander Samuelson, ejecutivo de la *Root Glass Company*, de Indiana, encarga a un oscuro dibujante, "un tal Edwards" según la historia oficial, el diseño del envase. Edwards, un intelectual, extrae de la Enciclopedia Británica un diseño de la nuez de coca, la estiliza, le da una base de apoyo y en la maqueta le hace agregar ranuras verticales sobre la parte bombé, para dar la idea de una mujer vestida con ropa ligera (de aquella época, claro). El proyecto es rápidamente aprobado por la compañía. Root —que no es tonto— acude a la administración americana, que se niega a aceptar diseños de simples botellas como marca registrada, y hace inscribir la maqueta como objeto de arte. Gracias a esta idea, la *Coca-Cola* deberá pagarle en adelante y durante catorce años cincuenta centavos en carácter de *royalties* por cada docena de botellas producida. En pocos años, G. S. Root se convierte en el hombre más rico de toda Indiana.

Pero el diseño del ignoto dibujante —el "tal Edwards"— hará también la fortuna monumental de la compañía. Libre de competidores, elude la ley "Anti-Trusts" de Theodore Roosevelt gracias a su sistema "piramidal" de comercialización (Candler, productor, en la cúspide, la compañía distribuidora en el centro y los embotelladores —centenares—, en la base); más aún: el presidente de los Estados Unidos presentará a la empresa como ejemplo de "honestidad".

En 1914, cada acción de *Coca-Cola* cuyo valor de emisión había sido de cien dólares, se cotizaba a diecisiete mil. En 1916, Candler se retira detrás de Frank Robinson, el único testigo viviente de la invención del producto, la "mascota" de la compañía. Serán los hijos de Candler quienes tomen la dirección de la empresa, pero sólo para conducirla a través de la economía de restricción de la Gran Guerra. En septiembre de 1919 la familia decide vender. Se trata de la más enorme tran-

sacción de la historia de la industria norteamericana en cifras comparativas: veinticinco millones de dólares. Tres bancos se unen para el negocio: *Trust Company of Georgia*, *Chase National* y *Guarantee Trust Company* de Nueva York. Va a comenzar una nueva etapa en la historia de *Coca-Cola*. Nadie recuerda ya a Pemberton, el viejo alquimista.

Le Ley Seca

El primero de enero de 1920 toda bebida que contuviera más de uno por ciento de alcohol fue prohibida por la ley. Comienza el reino de Al Capone y de la *Coca-Cola*.

Sin embargo, la empresa estuvo a punto de desmoronarse. "El más grave error cometido por *Coca-Cola* en toda su historia —dice la versión oficial— fue confiar la dirección de la compañía a Samuel Dobbs Candler." Sobrino del gran timonel, Samuel era un buen vendedor y un pésimo comprador: en 1919, pocos días antes del derrumbe del precio del azúcar, acumula cuanta tonelada encuentra a mano. Un negocio lamentable que, en dos años, hará caer el beneficio de la compañía de treinta y dos millones de dólares a veintiuno.

Esta debacle instaló el terror entre los bancos que veían desmoronarse la mina de oro. En 1923 el mayor accionista de *Coca-Cola*, Robert Woodruff, del *Trust Company of Georgia*, toma el mando. A los 33 años, es un ejecutivo consumado, banquero por familia; las fotografías que se conservan de quien sería el "héroe" de *Coca-Cola*, "Mister Coke", muestran un ligero parecido físico con otro mimado de la burguesía de entonces: Francis Scott Fitzgerald.

Woodruff toma una decisión de rigor: mejorar la calidad del producto vendido al menudeo en las máquinas a presión. Paralelamente, desarrolla la venta de la botella con una monumental campaña publicitaria destinada a identificar *Coca-Cola* con los jóvenes, con la alegría de estar vivo "en el país

más próspero del planeta". Fue Woodruff quien impuso también un estilo a la empresa: no fabricar jamás otro producto, no fusionarla nunca a otros negocios. Su ofensiva a favor de la prohibición del alcohol da rápidos resultados: en 1928 la venta de botellas aumenta un 65 por ciento. Al mismo tiempo crea el servicio de exportaciones con la idea de concentrar el jarabe para transportarlo a bajo costo. También rechaza todo intento de modernización en el aspecto; según él la escritura del contador Robinson y la botella patentada por Root eran —y hoy está visto que no se equivocó— la base del éxito.

Además, Woodruff sostuvo una premisa jamás abandonada: el producto debía ser idéntico en cualquier parte del mundo donde se lo fabricara. Un americano de visita en Oriente o un italiano en México, no debería notar la más mínima diferencia en el gusto ni en la presentación. Así como ningún *Marlboro*, ningún *Camel*, ningún *Old Smuggler*, ningún *Buitoni*, ningún *Ford* son gemelos en dos fábricas diferentes, *Coca-Cola* debería ser siempre idéntica a sí misma cualquiera fuera el sabor original del agua que los concesionarios utilizaran para diluir el concentrado.

Pero la fama mundial de la bebida ha sido impulsada, ante todo, por la publicidad. Desde 1906 Archie Loney Lee, de la *Darcy Advertising* se ocupó de la tarea de transmitir la imagen refrescante y joven. La historia oficial admite que "un noventa por ciento del éxito se debe a la colaboración de Lee" y agrega: "es imposible saber si *Coca-Cola* constituye el producto ideal para la publicidad o si la publicidad es el mejor medio para vender *Coca-Cola*".

Hasta entonces, la bebida se consumía en verano. Lee decide que los americanos deben tomarla todo el año. Su primer cartel publicitario presenta una hermosa muchacha esquiando en una montaña nevada; en el camino la espera una botella de *Coca*. "*La sed no tiene estación*", decía el anuncio. Fue un éxito. Pero es recién el primer domingo de febrero de 1929, poco antes

de la crisis, que Lee lanza en el *Saturday Evening Post* el slogan que, por su eficacia, revolucionaría la venta de *Coca-Cola* y la base misma de la publicidad: *La pausa que refresca*.

El frente de guerra

En 1939 Woodruff abandona oficialmente su puesto, pero no su reino. *Coca-Cola* ha atravesado la Gran Depresión sin mella, creciendo aun luego de la vuelta del alcohol en 1933. Su estructura empresarial ha hecho recaer sobre los embotelladores el costo de las luchas obreras de la década del treinta; cada vez que alguien debe limitar sus gastos y hacer frente a las huelgas son los concesionarios quienes pagan: un solo paso en falso, una sola caída en las ventas y el permiso pasará a manos del competidor.

Con la guerra, *Coca-Cola* entrará allí donde las tropas norteamericanas vayan. La noche del 7 al 8 de diciembre de 1941, cuando los japoneses bombardean Pearl Harbor, Woodruff se instala en su despacho y decide, antes que Franklin Roosevelt, que su empresa entrará en guerra.

Primera disposición: conquistar un mercado que estaría al abrigo de la carnicería y, más aún, sacaría provecho de la debacle europea: América Latina.

En 1942, *Coca-Cola* instala su primera embotelladora de la Argentina. El éxito supera todas las previsiones: a comienzos de los años setenta Buenos Aires se convierte en la primera consumidora del mundo, superando a Nueva York, lo que obliga a instalar aquí las máquinas más modernas. Hacia 1974, ni siquiera las nuevas plantas consiguen abastecer a la ciudad y en enero y febrero el producto escasea en los almacenes, lo que permite a su competidora *Pepsi Cola*, avanzar sobre una parte del mercado.

La otra cara de la estrategia consistió, según palabras de Woodruff, en "estar en el frente y no en la retaguardia de la guerra". Según él *Coca-Cola* debería convertirse en un emblema patriótico "dispuesto a sostener la

moral de las tropas". La dirección de la empresa decide que todo soldado norteamericano deberá poder comprar su botellita de *Coke* por cinco centavos "dondequiera que sea, nos cueste lo que nos cueste", porque ese trago "deberá evocar en su corazón ese 'algo' que le recordará su país lejano". Más aún: "*Coca-Cola* será en adelante la recompensa del combatiente, su nostalgia de la vida civil".

Más simple imposible: la guerra fue, para la corporación, la más vasta empresa publicitaria jamás emprendida. Woodruff envía a todos los frentes los hombres que serían allí conocidos como *captains-Cola*. Su misión consistía en hacer lo necesario para que las embotelladoras volantes proporcionaran la misma calidad, el mismo gusto, el trago "que su novia o su madre estarían bebiendo en este mismo momento en América". Toda la técnica fue aplicada a una estrategia de guerra. No sólo eso: fueron creados recipientes especiales para que las botellas pudieran viajar en tanques, aviones, jeeps, camiones, sin romperse. El 29 de junio de 1943, el general Dwight Eisenhower, comandante supremo de los ejércitos aliados, envía un telegrama a la sede de la empresa en Atlanta: solicita el urgente envío al frente de África del Norte de tres millones de unidades, y la implantación de diez embotelladoras para cubrir la campaña del desierto.

Desde comienzos de la guerra toda la publicidad en el territorio de los Estados Unidos fue representada por soldados, "esos muchachos que están dando su vida por la democracia". En julio de 1944 la fábrica de Atlanta pasa sus primeros cinco mil millones de litros de venta; en 1948, el presupuesto para la publicidad alcanza veinte millones de dólares, cifra impensable para cualquier otra empresa.

Por supuesto, las embotelladoras instaladas en los frentes de guerra se convertirían en la avanzada para la implantación definitiva en Europa, África y Asia. Aun los países más celosos de su tradición, como Francia, sucumbieron. En cambio Portugal,

bajo la dictadura de Salazar, impidió la venta durante años y en 1976 la compañía cesó sus operaciones en la India (un mercado de seiscientos millones de habitantes) porque las autoridades querían conocer el contenido exacto de la fórmula.

La sombra de Pepsi

Coca-Cola no ha estado sola nunca. En 1939 más de setenta imitadores le disputaban el mercado norteamericano sin gran éxito. Luego de la creación de la magnífica botella, la competencia no había sido para la empresa una preocupación esencial. Pero, al fin, en 1949, un rival sacudió al coloso de Atlanta: *Pepsi Cola*.

Si bien *Pepsi* ha basado una gran parte de su publicidad en "la novedad", en la "juventud", en lo "pop", frente al sabor "envejecido" de *Coke*, la verdad es otra. La *Pepsi* nació en 1898 en Carolina del Norte. No hay demasiada información sobre su origen, pero la leyenda cuenta que un empleado de Pemberton huyó con la fórmula en el primer caso de espionaje industrial del mundo. Un simple paladeo de las dos bebidas rinde inmediata cuenta de la falsedad de la afirmación: *Pepsi* es otro producto en sí mismo. Un sabor cercano, es cierto, menos despreciable que *Bidú* o las abominables colas italianas, y menos destestable que la imitación intentada en Cuba, a instancias del *Che*, que reconocería luego su rotundo fracaso.

Hasta entonces, *Pepsi* ha aprovechado (sin inquietar al gigante) los huecos creados en el mercado norteamericano por el "esfuerzo de guerra" de *Coca-Cola*. Su campaña *Dos veces más por cinco centavos* (es decir, mitad de precio) le había dado cierto renombre y Woodruff, el patrón de Atlanta, sostenía que la enclenque vida de *Pepsi* era saludable para su criatura, pues cubría la franja de la competencia obligada para cada líder, pero sin inquietarlo. Terminada la guerra, las acciones de *Pepsi* caen vertiginosamente y nadie, en los medios

empresarios, apuesta por su supervivencia. *Coca-Cola* se prepara para consolidar el prestigio ganado durante su paseo por los frentes de combate y Woodruff piensa, incluso, en comprar *Pepsi* para mantener la competencia "que hace brillar más alto el prestigio de nuestra empresa". Su propio código de principios (jamás fabricar otro producto, jamás fusionar otra empresa) se lo impide, o al menos así lo quiere la mitología.

No queda sino esperar la desaparición del amado competidor. Pero de pronto, Alfred Steel, vicepresidente de la corporación (maldecido desde ese momento en todas las historias oficiales) cae en desgracia a los ojos de su patrón y como corolario de su derrumbe organiza una fiesta gigante con el propósito de relanzar la venta de la bebida en Estados Unidos. La anécdota dice que ese día, en medio del solemne discurso de Woodruff, los parlantes dejan de funcionar y el zar de la compañía no puede terminar su alocución, por lo que Steel se encuentra de inmediato con los pies en la calle. Lo cierto es que Steel va derecho a *Pepsi*, ocupa el cargo de presidente y arrastra con él a quince ejecutivos del líder. El equipo de recién llegados va a revolucionar el estilo de trabajo en Carolina del Norte. Primera decisión: dar a *Pepsi* imagen de bebida nueva. Luego de cuidadosas encuestas, Steel decide "personalizar" su producto, dirigirlo a la clase media, puesto que *Coca-Cola* trabaja un vago espectro definido como "todos los americanos". *Pepsi* crea su propia botella y lanza una campaña inteligente, agresiva: su publicidad insiste en que *Coca-Cola* está repleta de azúcar y eso hace mal a la salud, machaca al rival con la muletilla *rica en calorías* hasta que el público responde y el gigante acusa el golpe. Inmediatamente juega su carta mayor: crea la botella familiar que permite un mejor almacenamiento en la heladera y es más barata.

Para colmo, *Coca-Cola* pierde, en 1954, a su mejor publicitario, Archie Lee, quien elige el peor momento para morir. El contraataque de la empresa

es desastroso: la propaganda improvisada deja cada vez más espacio a *Pepsi* y recién a partir de 1954, la agencia *McCann Erickson* toma las riendas para iniciar la recuperación. La botella familiar de *Coca-Cola* ya está en el mercado y a ella seguirá —en algunos países de gran consumo, como la Argentina— la super familiar. *McCann Erickson* definirá al público de su cliente —siempre los jóvenes— y rápidamente apelará a los ídolos de la música de moda. Llegan, salvadores, el rock y el twist, Elvis Presley, Tom Jones, Ray Charles, Petula Clark, Nancy Sinatra, los ídolos que grabarán los yingles de *Coca-Cola*. Nace otro slogan célebre: *Todo va mejor*, blasfemado por las izquierdas de todo el mundo.

Todo va mejor, entonces: *Pepsi* se ha salvado y *Coca-Cola* reencuentra, de lejos, su liderazgo. La guerra de Vietnam ruge, los símbolos norteamericanos empiezan a arder en el mundo entero. La contestación, la rebelión, el combate de los años sesenta hacen estallar cuanto evoque al imperialismo. *Coca-Cola* pierde Cuba, pero luego gana Polonia, Checoslovaquia y otros países del bloque socialista. Allí donde otras empresas se dan la cabeza contra la pared, la bebida de Atlanta se instala. Su insignia blanca sobre fondo rojo no sólo evoca la bandera de los Estados Unidos: la reemplaza. Para Jean Luc Godard, su generación es la de "los hijos de Marx y *Coca-Cola*".

Según los sociólogos de la compañía, la identificación entre la política norteamericana y la bebida en el Tercer Mundo es "una pesada carga, pues si la política americana fracasa, es *Coca-Cola* quien paga los platos rotos". La mejor ilustración, insisten, es la prohibición de la bebida en los países árabes luego de su implantación en Israel.

La cosecha de la vergüenza

En 1955, la empresa decide abandonar su política de "un sólo producto, no a la fusión". *Coca-Cola* compra a diestra y siniestra. Hoy es la primera plantadora

de frutas del mundo (872.000 acres de tierra en Florida); propietaria de un quinto de la producción mundial de café, de cuatro grandes grupos vinateros norteamericanos. En total, 250 productos esconden detrás de sus marcas la de *Coca-Cola*. En sus últimos días Woodruff, el viejo zar, fue dueño de una fortuna incalculable y los medios de negocios decían que "puede gastar 75 dólares por minuto sin que su fortuna disminuya un centavo".

Su sucesor, Jean Paul Austin, será protagonista de uno de los más importantes escándalos provocados por la "ampliación comercial". En 1960, la compañía adquiere *Minute Maid*, una plantación frutera de Florida que emplea sólo trabajadores golondrina, es decir, mexicanos, colombianos, inmigrantes cubanos y otros latinos encandilados por "el sueño americano". Las condiciones de trabajo en la plantación, a pocos kilómetros de los lujosos balnearios, eran tales que la cadena de televisión NBC decide en 1970 emitir un reportaje titulado *La cosecha de la vergüenza*. El golpe de la NBC animó a los diarios a lanzar una denuncia sobre la condiciones de trabajo en el grupo *Coca-Cola*.

Curiosamente, dos años más tarde, la NBC emitió un segundo reportaje comprobando que todo iba mejor: la compañía había creado una fundación, la *Agricultural and Labor Inc.*, encargada de lanzar un programa de "ayuda a los trabajadores". Imposible saber cómo se concretaría la "asistencia" a cosecheros que, la mayoría sin permiso de residencia en los Estados Unidos, trabajan unos meses para luego desplazarse hacia el Oeste.

La fórmula del éxito

Los rumores —alentados por la propia empresa— dicen que sólo tres personas conocen la fórmula mágica. Según la leyenda, los tres hombres viven en ciudades diferentes, jamás viajan en un mismo avión, ni asisten juntos a las reuniones de directorio.

Otros murmuran, en fin, que ni si-

quiera se conocen entre ellos. Se trata de un atractivo e inverificable cuento de hadas. Sea como fuere, en la fábrica madre de Atlanta, los empleados suelen garabatear en las paredes complejos jeroglíficos que pretenden aclarar el misterio, pero esas ecuaciones rara vez coinciden entre sí.

En abril de 1979, la revista de la asociación de consumidores de Bélgica, *Test-Achats*, analizó cuidadosamente el contenido de la *Coca-Cola*. Este es el resultado obtenido sobre una botella de un litro:

- 2,42 % de ácidos utilizados también en otras bebidas refrescantes.
- Presencia activa de ácido fosfórico.
- 70 % de cafeína.
- Presencia de colorante en forma de amoníaco acaramelado.
- 96 gramos de azúcar.

Conclusión: el ácido fosfórico impide la correcta absorción —sobre todo en los niños— del calcio indispensable para el organismo. El azúcar, necesario para cubrir el sabor de los ácidos en la mezcla, favorece la obesidad y la hiperglucemia. No obstante, no se halló presencia de sacarina y la bebida es, desde el punto de vista bacteriológico, irreprochable. En una palabra, si los jugos naturales son preferibles a la *Coca-Cola*, hay que admitir que en cualquier otra bebida envasada se encuentran venenos más poderosos que en la inventada hace un siglo por John Pemberton.

Pero ninguna de las cifras obtenidas por los belgas revela, sin embargo, la clave del éxito. Es posible que la verdadera fórmula se encuentre, como han dicho sus creadores y detractores, en el diseño de la botella, en la publicidad, y en el logotipo inconfundible; también en la leyenda que envuelve a todo producto fundador y a los veinte millones de carteles luminosos repartidos por todo el planeta, algunos de ellos inseparables del paisaje urbano, como en Piccadilly Circus, Les Champs Elysées o Corrientes y Avenida 9 de Julio, en Buenos Aires.

Uselo y tírelo

La íntima relación entre el éxito y la presencia parece haber creado algunos problemas a la *Coca-Cola*. La incorporación de la lata obligó a la compañía a adecuar el logotipo a un envase atípico. El problema se acentuaría con la incorporación de la botella plástica descartable, a la que la empresa accedió luego de costosísimos estudios de mercado. Desde entonces, el símbolo rojo y blanco comenzó a ser estampado en blusas, toallas, manteles y en cuanto objeto de la vida cotidiana sea susceptible de ser visto por más de un par de ojos a la vez. Doble operación comercial: *Coca-Cola* no sólo vende bebida, sino también su marca, su símbolo, por el que cobra fabulosos *royalties*. Ella fue la primera del mundo en hacerse pagar por autorizar la publicidad de su producto. Hasta las banderas de Estados Unidos e Inglaterra, tan utilizadas como decoración y ornamento, sufren el asedio de la *Coca-Cola*.

Sin embargo, pese al impacto del envase descartable, del "úselo y tírelo", la *Coke* parece, según sus directores, preocupada por el daño que millones de botellas y latas abandonadas provocan en la naturaleza. De allí, explican, la conservación del sistema de consignas de envases de vidrio y, sobre todo, la adquisición de la compañía *Aqua Chem* —especializada en antipolución— en 150 millones de dólares. La operación parece tener, no obstante, fines menos filantrópicos.

Por un lado, los expertos en "imagen" de la corporación se alarman del aspecto "cadáver" de una botella de plástico tirada en la calle o perdida en la naturaleza; por otro, *Aqua Chem* trabaja en el sector de purificación del agua, lo que permitirá a *Coca-Cola* suprimir miles de pequeñas empresas dedicadas al mismo trabajo con material y procedimientos vetustos y bajar sus costos, además de eludir impuestos inscribiendo su subsidiaria en el sector de la investigación científica. Por otra parte, *Aqua Chem* es, de por sí, un negocio redondo: nueve de cada

diez barcos norteamericanos puestos en servicio desde 1968, están equipados con calderas y tubos de agua fabricados por la criatura filantrópica de *Coca-Cola*.

Los hijos y los primos

En 1937 Max Keith, un vendedor de *Coca-Cola* en Alemania, asciende a director de la empresa en el país que, dominado por los nazis, se apresta a desatar la Segunda Guerra Mundial. Al final, cuando los aliados entran en Berlín, Keith es uno de esos industriales que poseen la fórmula del milagro asociada al Plan Marshall. En 1954 se convierte en director de *Coca Cola* para toda Europa, el Cercano Oriente y África del Norte. Un año más tarde convence a Woodruff de la necesidad de terminar con la política de "un solo producto". Keith tenía experiencia y algo para vender: en 1939, cuando *Coca-Cola* abandonó Alemania, el director de la compañía se lanzó a la búsqueda de un producto que la reemplazara. En el camino hacia la conquista del mundo Keith halló un búlgaro —Mr. Eshaya— que había creado un amable refresco sin coca ni cola y le compró la fórmula. Así nació *Fanta*, bebida por excelencia del Tercer Reich.

En 1946, *Fanta*, popularísima en Alemania, pasa a manos de la *Coca Cola Export Corporation*. Con ella, la empresa de Atlanta lanzó un nuevo producto en los Estados Unidos durante 1960. El formidable éxito de la naranjada, que aprovechaba las cadenas de distribución y el aparato publicitario de su hermanastra, llevó a la compañía a intensificar el lanzamiento de otras marcas. Distanciada de *Pepsi* en la guerra por el mercado de bebidas a base de cola, la empresa decidió ganar otros sectores que pequeñas compañías estaban explotando. Varios meses de encuestas concluyeron con el perfil de la bebida ideal: ácida, burbujeante, liviana, capaz de mezclarse con todo tipo de bebidas alcohólicas.

Los laboratorios se pusieron a investigar y en tres meses pusieron a punto

el producto deseado. Faltaba el nombre, y no era cuestión de dejarlo al azar: los especialistas solicitaban un apelativo corto, capaz de dejar al público la posibilidad de rebautizarlo a su gusto. La compañía confió la tarea a una llamante computadora. El resultado: *Sprite*, que en inglés evoca vagamente la primavera (*spring*) y que puede traducirse por duende, travieso o diablillo. La botella del producto a base de limón no podía ser sino verde y evocar la frescura. El primer año se vendieron cincuenta millones de botellas de *Sprite* y al siguiente 65 millones que compensaron ampliamente el millón de dólares invertidos en la campaña de lanzamiento.

La revolución del centenario

Animados por el éxito de *Fanta* y *Sprite*, los directivos de *Coca Cola* se volcaron a la explotación de un nuevo mercado de bebidas sin azúcar con *Fresca* y *Tab*. Pero fue recién en 1985, luego de años de estudios y tanteos de mercado, que la corporación se animó a empeñar su nombre en una bebida sin calorías: *Coca Cola diet*, que usa el mismo envase mediano que su hermana, plero con los colores invertidos. Voceros de la empresa anunciaron, el año pasado, que la actual fórmula —más sofisticada que la de la sacarina *Tab*—, es una transición hacia otra que podría aparecer en 1987 y que debería parecerse a la azucarada de tal manera que sólo un fino paladar pudiera notar la diferencia. De este modo, luego de aventajarla en el terreno de las bajas calorías, *Coke* estaba lista para atropellar a *Pepsi* en su propio feudo del "cuanto más dulce mejor".

El 22 de abril de 1985 llega el escándalo. *Coca-Cola* abandona inesperadamente en Estados Unidos su fórmula centenaria para poner más azúcar en las botellas y complacer a los jóvenes entusiastas del *pop*, que parecían desplazarse hacia la competencia. Del 22,5 por ciento del mercado total de bebidas sin alcohol, había caído, en un año, al 21,8. *Pepsi*, en cambio, avanza

ba un 0,1 y esta inquietante señal sacudió al monstruo.

Sin embargo, los expertos no tuvieron en cuenta que "las viejas generaciones habían identificado el sabor de la *Coca-Cola* con la juventud perdida y con una América más simple y triunfal", tal como la propone Ronald Reagan. Un posterior estudio de psicólogos y sociólogos concluyó que, en un país que cambia vertiginosamente, el gusto inalterable de la *Coca-Cola* es uno de los pocos valores estables a los que aferrarse. De inmediato Gay Mullins, un fanático hasta entonces anónimo, llamó a los consumidores a formar la *Old Coke Drinkers*, una asociación de lucha por la defensa del antiguo sabor. Su lema *Devuélvanos la vieja Coca-Cola* recorrió todos los estados de la Unión. Mullins usó una doble estrategia: por un lado se presentó ante los tribunales de justicia para exigir que la empresa hiciera pública la fórmula que acababa de archivar. Por otra parte, hacía saber que un grupo de "disidentes" del directorio le había comunicado la mítica ecuación y como no podía vivir sin su bebida, él mismo estaba dispuesto a fabricarla si la compañía la abandonaba.

Según el jefe de los nostálgicos, el producto había pasado a integrar el "patrimonio cultural del pueblo norteamericano" y ni sus propios dueños tenían derecho a enterrarla de un día para el otro. Así, el 11 de julio (apenas tres meses después de iniciado el escándalo), la corporación decidió devolver al público su bendita bebida con el título de *Coca-Cola Classic* y ponerla en los supermercados junto a la flamante *New Coke*.

En realidad, las ventas de la nueva versión no fueron muy alentadoras y en círculos de Wall Street podía escucharse, a fines de diciembre pasado, una explicación más osada sobre la extraña voltereta. Según los medios financieros, la corporación habría montado la más osada y genial maniobra publicitaria de toda la historia y el tal Mullins habría obtenido por tanta tenacidad algo más que su refresco preferido. El golpe tal vez haya permitido a

la empresa colocar en el mercado su nuevo jarabe con un ruido estrepitoso y gratuito, a la vez que relanzaba el otro, el inmortal.

Para *Coca-Cola* todas las crisis son buenas. Entre 1960 y 1970 triplicó sus ganancias y las acciones en la Bolsa de Nueva York se cotizaron a 82,5 dólares en 1969; 107,75 en 1971, y 150 dólares en 1973. Hoy, al cumplir cien años, la corporación vende en un solo día y en 155 países cuatrocientos millones de botellas. Las ganancias, en 1985, alcanzaron los ocho mil millones de dólares.

Esta es parte de la historia de uno de los más gigantescos pulpos del capitalismo moderno. No obstante, su nombre centenario no figura entre las treinta primeras empresas monopolísticas. Infiltrada en fundaciones científicas (sobre todo en la región árabe), literarias, arquitectónicas, ecológicas, la compañía ha puesto su mano sobre

todo sector que produzca dividendos a la corta o a la larga. Quizá por eso, en la central de Atlanta se comenta, entre sonrisas de complicidad, que "el único competidor serio de la *Coca-Cola* es, hoy por hoy, el agua que sale de la llave".

FUENTES: *The Coca-Cola Company (An illustrated profile)*; *Coca-Cola Story, l'épopée d'une grande star* (Julie Patou-Senez y Robert Beauvillain, Editions Guy Authier, París, 1978); *The big drink: The story of Coca-Cola* (Kahn Jr., New York); *La Opinión* (Buenos Aires, 1972, artículo y entrevistas del autor); *Test-Achats* (Bruselas, abril 1979); *The Coca-Cola Wars* (J. C. Louis y Harvey Yasijian, Everest House, New York, 1980); *Business Week* (abril 1981); *Latin American Newletters* (Londres, 1981); *Corriere della sera* (Roma, julio 1985); *Clarín* (Buenos Aires, marzo de 1986); *Una crónica histórica de The Coca-Cola Company* (versión oficial, Atlanta-Buenos Aires, abril de 1986).



Lukács y el marxismo contemporáneo

CLODOMIRO ALMEYDA

En abril del año pasado se cumplieron cien años desde el nacimiento del filósofo marxista húngaro György Lukács. La importancia y profundidad de su obra están siendo crecientemente reconocidas y valoradas en la actualidad por los círculos intelectuales ligados al movimiento revolucionario. Por su significación en el enriquecimiento de la teoría de Marx, Engels y Lenin, el aporte de Lukács no desmerece al de Antonio Gramsci y otros pensadores de su talla. Ello se pone de manifiesto por la influencia de sus puntos de vista en el debate y en la lucha ideológica desatada en nuestros días entre las fuerzas conservadoras y regresivas y aquellas que van abriendo camino al socialismo y al comunismo.

Las reflexiones acerca del pensamiento de Lukács no pueden independizarse de aquellas que suscita su vida misma, tanto desde el punto de vista de su evolución ideológica, como desde el ángulo propiamente político, ya que no fue Lukács un teorizador en abstracto, sino un hombre que en su práctica quiso encarnar las ideas revolucionarias que sustentaba y se comprometió vitalmente con la realidad de su país, de su época y del movimiento revolucionario.

Clodomiro Almeyda es Secretario General del Partido Socialista de Chile. Sociólogo y escritor, ha publicado numerosos libros teóricos y políticos. Vive en Berlín, R.D.A.

Nacido en Budapest en 1885, en el seno de una familia de la nobleza judía húngara, en un ambiente intelectual, sus inclinaciones estéticas lo llevaron ya en la adolescencia a vincularse a los círculos artísticos de su patria, en especial a los del teatro. Después de graduarse en Budapest prosiguió sus estudios filosóficos en Alemania, cuyo clima intelectual estaba a la sazón profundamente permeado por el idealismo alemán, fundamentalmente en su vertiente neo-kantiana. A través del historicismo que impregnaba a muchos de los más destacados exponentes de esta corriente, como Windelband, Weber y Rickert, fue conducido Lukács a estudiar y familiarizarse con la monumental obra de Hegel —la esencia de cuyo pensamiento logró captar en profundidad y le sirvió de núcleo introductorio y metodológico para penetrar en todos los aspectos de la filosofía—, en especial de la estética, tema sobre el cual versaron sus primeros trabajos juveniles.

La primera guerra mundial y las discusiones que esta catástrofe suscitara en la joven intelectualidad europea lo llevaron a tener que enfrentarse con el marxismo, para lo cual se encontraba convenientemente pertrechado, por su asimilación del pensamiento de Hegel. Asumió y compartió luego rápidamente el contenido esencial del marxismo y, cuando al finalizar la guerra se produjo la Revolución Rusa, tomó de inmediato partido en su patria junto a quienes se empeñaron por extenderla y convertirla en una genuina y definitiva revolución socialista de alcance mundial. No fue así de extrañar que fuera designado para el cargo de Comisario de Instrucción Pública en la República Soviética Húngara de Bela Kun, y que desde esa fecha en adelante, su vida se insertara plenamente en el Partido Comunista Húngaro, cuya azarosa trayectoria siguió prácticamente hasta su muerte, no sin tensiones y desgarramientos. Sobre todo en el período staliniano, el que logró atravesar dificultosamente sin interrumpir su fecunda y creativa actividad teórica. Desaparecido Stalin, vivió intensamente el turbulento período de corrección de las deformaciones que experimentaba el proceso de construcción del socialismo en Hungría, tanto desde el Parlamento como en el seno de la Academia de Ciencias.

Adhirió a Nagy durante su primer gobierno después del levantamiento de 1956 y fue por ello deportado a Rumania, de la que regresó a los pocos meses a su patria. Allí continuó desarrollando durante los años sesenta una fecunda labor intelectual —alejado de las contingencias políticas coyunturales—, hasta que lo sorprendió la muerte en 1971, terminando su último libro fundamental, *Ontología del Ser Social*, ya en plena ancianidad, pero siempre con gran lucidez espiritual y conservando una permanente y pasmosa creatividad.

El estudio de su producción intelectual ha dado origen a una numerosa bibliografía que se acrecienta sin cesar en los más diversos países, testimoniando la vigencia y la riqueza de su pensamiento.

El Lukács juvenil

En la trayectoria de la faena filosófica de Lukács pueden distinguirse varios períodos.

En primer término, su época juvenil pre-marxista, dirigida fundamentalmente al estudio de los problemas estéticos, en la que destacan sus libros *El alma y las formas* y *Teoría de la novela*, fuertemente influidas por el historicismo irracionalista alemán y, contradictoriamente también, por el racionalismo idealista de Hegel. No nos ocuparemos mayormente de esta etapa.

En el segundo período, el más importante, decisivo y controvertido de su evolución ideológica, el joven Lukács se da tiempo para conjugar su apasionada práctica de la política en los años revolucionarios de 1917 a 1924, con la meditación filosófica, ya dentro del horizonte teórico del marxismo. En este período aparece lo que para muchos es su obra máxima, una colección de ensayos publicada bajo el título *Historia y Conciencia de Clases*, en el que ya se define lo que van a ser sus contribuciones más relevantes al marxismo. Aunque como él mismo lo reconociera posteriormente, se hallaba entonces todavía embrujado por algunas concepciones hegelianas, de sesgo subjetivista, de las que no había logrado liberarse plenamente.

Del importante repertorio de puntos de vista esclarecedores que se contienen en esta obra, quisiéramos aludir a tres de ellos que constituyen elementos básicos en la cosmovisión marxista de la realidad y de la sociedad.

El primero es la valoración de la categoría de la “totalidad concreta”, como eje de la dialéctica de la historia y clave para la interpretación y la transformación de la sociedad. La producción del hombre en la historia y la producción de la historia por el hombre crean una unidad indisoluble entre el sujeto de la historia y su objeto, la que configura una totalidad dialéctica cada uno de cuyos elementos es ininteligible si no se les inserta en el conjunto total y se les visualiza como ingredientes suyos, cuya identidad, sentido y significación sólo puede develarse ante la razón, una vez aprehendida la realidad del conjunto.

Conforme a este criterio, para Lukács, “investigación concreta significa referencia a la sociedad como un todo. Pues sólo es en esa referencia donde aparece con todas sus determinaciones esenciales la conciencia que en cada momento tienen de su existencia los hombres”¹. Lo concreto se da en lo universal y lo universal en lo concreto. Lo otro, lo particular es sólo un “momento” de la totalidad, y por ende, algo abstracto e irreal, si se lo considera aisladamente. De ahí

¹ Todas las frases entre comillas corresponden a citas textuales de diferentes obras de Lukács.

deriva Lukács su crítica al intento de aplicar el método analítico propio de las ciencias naturales al conocimiento de lo social, el que sólo puede ser penetrado por un método sintetizador, el método dialéctico. Luego, liga con razón Lukács, esa aproximación naturalista, empírica y positivista a la realidad social —para la cual los hechos y los datos lo son todo—, al revisionismo social-demócrata. Cuando Bernstein declara que *el objetivo final* (el comunismo) *es nada*, y *el movimiento* (las reformas) *lo es todo*², está reflejando en el plano político esa incompreensión y desprecio del evolucionismo reformista por la categoría de la totalidad y su inmersión en la práctica fragmentada y egoísta propia de la sociedad burguesa, que penetra y deforma la visión totalista y revolucionaria propia del proletariado en cuanto clase “para sí”.

Pero esa totalidad concreta que es la sociedad —incluyendo, sometiendo y sobredeterminando a la naturaleza— sólo se constituye en definitiva como tal a través del capitalismo. Merced al desarrollo económico que trae consigo el modo de producción capitalista, las relaciones puramente naturales entre los hombres desaparecen y la sociedad es rearticulada en base a relaciones de clase y a categorías económicas. El hombre progresivamente, levantándose sobre la naturaleza, socializa en el capitalismo su existencia, a la vez que crea las condiciones para la humanización de la sociedad.

De aquí deriva el segundo y quizás más sugerente enriquecimiento del marxismo de Lukács: su precisión y profundización del concepto de conciencia de clase. La sociedad, concebida como totalidad concreta y devenida tal objetivamente por la gestión de la burguesía y el capitalismo, no es sin embargo cognoscible por esa clase social, ni lo puede ser en los límites que marca la percepción que ella tiene de sí misma y del tipo de sociedad que ella ha construido. Hay una barrera infranqueable, un horizonte que le impide trascender a ella misma y a su criatura capitalista, producto de su práctica, ya que su ideología es sólo una racionalización unilateral y sesgada de esa práctica.

La situación de las clases en la sociedad establece el ámbito de su horizonte cognoscitivo. Así, recordando a Marx, que en *El Capital* señala que era imposible para Aristóteles cocebir la noción del trabajo abstracto e igual, susceptible de tener una común medida para todas sus especies porque la sociedad griega se basaba en el trabajo de los esclavos y tenía por tanto, como base natural, la desigualdad de los hombres y sus fuerzas de trabajo, Lukács sostiene que es también imposible para la visión de la sociedad que brota de la práctica burguesa captar la realidad de sí misma, so pena de dejar de ser “para sí”. Ninguna clase dominante puede ser eapaz de suicidarse

² Todas las cursivas son nuestras.

intelectualmente, para hacer lo cual tendría que negarse a sí misma y renunciar a su rol de dominación. Lo que es un *contrasentido*.

Sólo la visión cognoscitiva de la sociedad que se perfila desde la posición que el proletariado ocupa en el modo de producción capitalista permite aprehender su real naturaleza y de verdad conocerla. El conocimiento real de la sociedad es ínsito a la conciencia de clase “para sí”, que adquiere el proletariado cuando racionaliza su práctica social revolucionaria en la lucha de clases originada por el antagonismo objetivo entre el capital y el trabajo en la sociedad burguesa.

Pero entiéndase bien, no se trata de la conciencia psicológica individual o grupal de determinados integrantes del proletariado. No se trata de un *dato sociológico*, sino de una *perspectiva cognoscitiva, de la conciencia posible de conformarse desde una situación objetiva en el interior de la sociedad*, cuando se despliega y racionaliza la lucha de clases implícita en ella.

La conciencia de clase, concebida bajo el prisma de la categoría de *posibilidad objetiva*, como lo hace Lukács, “es la reacción racionalmente adecuada que se atribuye de este modo a una determinada situación típica en el proceso de producción”. Y en el caso de la conciencia de clase del proletariado, se trata de la única y privilegiada conciencia de clase que permite a través de la conciencia de sí, llegar a la conciencia de la sociedad como totalidad concreta. La conciencia de clase de la burguesía, como de todas las otras formas de conciencia social, a excepción de la del proletariado, son conciencias fragmentarias y distorsionadas de la sociedad. Son falsas conciencias, o meramente aparentes; son ideologías que descubren algo de la realidad, pero velan otros aspectos de la misma. Sólo la conciencia de clase del proletariado puede acceder a la verdad de la realidad social. Y eso por ser revolucionaria.

Aquí tocamos la tercera categoría lukacsiana a que queremos aludir. En general, en el marxismo se entiende a la teoría como un instrumento de la práctica, e inserta en ella, formando ambas una unidad dialéctica. Pero en el caso del proletariado, la teoría social —que para la burguesía y las clases en anteriores formaciones sociales era esencialmente ideológica y destinada a racionalizar los intereses ligados al mantenimiento del orden vigente— se torna ahora en fuerza motriz de la transformación social, de la Revolución socialista, precisamente por ser verdadera y poner en evidencia la necesidad de la Revolución. La célebre segunda tesis de Marx sobre Feuerbach, —los filósofos hasta ahora sólo han intentado interpretar al mundo, ahora se trata de transformarlo—, adquiere en la reflexión lukacsiana toda su profundidad, al fijar con precisión el estatuto teórico de la teoría y de la praxis revolucionarias como partes de un solo todo, en el que lo característico es el cambio de la posición de la teoría en su relación dialéctica con la práctica social, la que pasa a ser deter-

minante. “Sin teoría revolucionaria no hay acción revolucionaria”, expresaba Lenin apuntando al mismo tema.

Pero, insistimos, ese carácter determinante de la teoría en la unidad dialéctica —pensamiento revolucionario-acción revolucionaria—, se presenta primero como una posibilidad, que se realiza sólo en cuanto la toma de conciencia del proletariado “para sí” lo conduce a promover el proceso revolucionario y la subversión general de la sociedad burguesa. Por eso, la toma de conciencia de sí y de la naturaleza de la sociedad, se piensa por Lukács como elemento condicionante para una toma de posición práctica: la actividad y la conducta revolucionaria. E incluso más, siguiendo la lógica de su pensamiento, si la toma de conciencia no va seguida de una consecuente práctica, ello querría decir que no hay la presunta toma de conciencia o que ésta es todavía incompleta y parcial.

Se critica al Lukács de *Historia y Conciencia de Clases*, por su negativa a admitir la dialéctica en la naturaleza, entrando en polémica con Engels. Esta limitación del pensamiento de Lukács en esa época de su vida —y que le valió la excomunió de su libro cuando el dogmatismo prevalecía en los ámbitos directivos del movimiento comunista internacional— se explica sin embargo por la primacía que hasta comienzos de siglo tenía la concepción físico-mecánica del mundo en el campo de la ciencia natural. Concepción irreductible a la dialéctica si se la considera como explicación definitiva del mundo. Pero ya en la época de Lukács, la teoría de los quanta y luego la teoría de la relatividad de Einstein iban a revolucionar el campo de la física, y muy otra habría sido entonces su postura frente a la dialéctica en las ciencias naturales, si hubiese logrado conocer y digerir intelectualmente estas nuevas orientaciones de la física. Por otra parte, hasta mediados del siglo xx, la física era la reina indiscutible de las ciencias naturales. Sólo hace unos cuantos decenios la biología se ha desarrollado impetuosamente en sus múltiples dimensiones: la bioquímica, la biogenética, la biopsicología, la ecología, etc., determinando una relativa situación de privilegio de lo biológico en el campo de la ciencia natural. Privilegio que mucho tiene que ver con el desarrollo de la teoría de los sistemas —incluso en las matemáticas—, y luego con la aparición de la cibernética y la informática, todo lo cual configura un nuevo cuadro de la ciencia natural contemporánea, en el cual el rol interpretativo y esclarecedor de la dialéctica materialista se ve confirmado día a día con mayor fuerza.

Como todo pensador, por insigne que sea, Lukács, en *Historia y Conciencia de Clases*, pagó tributo a las limitaciones del ámbito histórico-cultural de su época, como él reconoció explícitamente con posterioridad.

Desde su *Lenin* hasta la *Ontología del Ser Social*

El punto de enlace entre el segundo período en la trayectoria del pensamiento de Lukács —cuya obra máxima venimos de comentar— y el tercero, que abarca los años treinta y cuarenta y que se lo caracteriza como el de su plena madurez, creemos que se puede situar en el momento en que Lukács, en 1924, da a luz su libro *Lenin: estudio sobre la interconexión de su pensamiento* y del que hay traducción del alemán a otros idiomas, incluso al castellano, con el simple título de *Lenin*.

Este opúsculo, breve por su número de páginas, es sin embargo, a juicio nuestro, una verdadera joya dentro de la bibliografía marxista y, en especial, entre los numerosos estudios destinados a analizar el pensamiento del gran revolucionario ruso.

La obra aparece marcada, como las del período anterior, por el formidable impacto de la Revolución Rusa en el mundo y en la conciencia de los hombres.

Su primer capítulo está destinado a revelar la significación de lo que Lukács llama "*la actualidad de la Revolución*". A su juicio, la contribución teórica fundamental de Lenin gira alrededor de toda la problemática que se presenta al actualizarse las potencialidades revolucionarias de la época, de la sociedad y del proletariado, a través de la ruptura del orden social capitalista y la irrupción victoriosa de la Revolución Rusa en la historia.

Se trata fundamentalmente de la problemática del Estado, del Partido, de las alianzas políticas y de las formas de lucha, en relación con la misión histórica del proletariado como clase virtualmente revolucionaria.

La actualidad de la revolución, analizada por Lukács en su *Lenin*, no hay que apreciarla en su sentido textual —del que se desprende un acentuado optimismo en relación a las consecuencias inmediatas de la Revolución Rusa—, que tanto él como el propio Lenin creyeron infundadamente que se propagaría y se reproduciría a corto plazo en el mundo, y especialmente en la Europa capitalista. Hay que entender este optimismo histórico en su sentido estratégico y trascendente: con el Octubre Rojo se abren las puertas de una nueva etapa en la historia del mundo, la de la transformación del capitalismo al socialismo, etapa que no es breve ni fácil, pero que con todas las tortuosidades de su trayectoria, le imprime sin embargo el carácter determinante a los tiempos que vivimos.

En este sentido hay que interpretar las palabras de Lukács "*la actualidad de la Revolución: esta es la idea fundamental de Lenin*", como aquellas otras en que afirma: "*La actualización de la revolución proletaria constituye el centro de la doctrina marxista, como fundamento objetivo de todo el período, y al mismo tiempo como clave para su*

entendimiento". En otras palabras, la unidad teoría-praxis que es la Revolución se ha echado a andar.

En los siguientes capítulos de su *Lenin*, Lukács se adentra en la temática del rol de la clase proletaria, como sujeto objetivo de la Revolución y de la necesidad de que su "conciencia de clase posible", que radica en su posición en la estructura social, se convierta en agente efectivo del proceso revolucionario. Esto supone transformar la rebeldía elemental y espontánea de la clase oprimida en lúcida conciencia de clase. Esa es la tarea fundamental del Partido del proletariado, concebido como organización "que hace surgir de la masa más o menos caótica del conjunto de la clase un grupo de revolucionarios conscientes de la finalidad y dispuestos a todos los sacrificios". En estas últimas palabras se vuelve a reiterar la unidad inseparable entre conciencia y compromiso.

Al abordar este tópico, Lukács se remite a Lenin, de quien dice que "fue el primer —y durante mucho tiempo el único— líder teórico importante que encaró el problema central del agente revolucionario desde el punto de vista teórico, y decisivo desde el punto de vista práctico: *desde el ángulo de la organización*".

Se trata de la compleja materia de la que se ocupa Lenin en su *Qué hacer* y que tantas interpretaciones ha originado.

Como se sabe, en este libro Lenin define al Partido como la síntesis entre el movimiento obrero, como categoría sociológica, y el marxismo, como categoría teórica. Y añade que este último adviene sobre el movimiento obrero "desde afuera" de él.

Desde luego existe la interpretación, que entiende el advenimiento "desde afuera" de la clase de una teoría científica de la sociedad, a la manera empírico-positivista, presente sobre todo en Kautsky, en la que *no* se reconoce una articulación esencial entre la lucha de clases y la conciencia social.

Y existe la otra interpretación, la lukacsiana, que compartimos, y que ve ese "afuera", en el sentido que se trata de un producto *teórico*, articulado con la lucha social, pero de naturaleza ontológica *diferente a la práctica empírica*, ya que el marxismo es un elenco conceptual, sólo implícito en la situación del proletariado, y que viene a hacerse explícito por la mediación del Partido. Se concibe a éste como una instancia orgánica ligada, pero distinta de la masa obrera como categoría sociológica, con límites precisos, y en las cuales la conciencia y la entrega a la causa revolucionaria se reflejan y cristalizan en el centralismo democrático y en la observancia de la más estricta disciplina. O sea, en la organización. El rol del Partido concebido a la manera leninista, sólo se hace posible con "la selección más severa de sus miembros en función de su conciencia de clase proletaria" y con el logro "de la solidaridad y el apoyo más total de todos los oprimidos y explotados de la sociedad capitalista. Se unen así de manera dialéctica

la exclusividad consciente de la finalidad y la universalidad, la dirección de la revolución en un sentido estrictamente proletario y el carácter general, nacional e internacional de la Revolución". Vale la pena detenerse en estos últimos conceptos. El rol objetivamente revolucionario del partido proletario se cumple cuando concurren dos circunstancias copulativas. La primera, que se tenga conciencia de lo específico, y por lo tanto independiente en su finalidad, de la clase proletaria. La segunda, que esa clase alcance a unir y encabezar en el nivel de una sociedad global a todas las otras clases oprimidas: campesinado, artesanado y pequeña burguesía productiva y no productiva. Y en el plano mundial, que el proletariado consciente y organizado logre asumir y conducir a los movimientos de liberación nacional de los pueblos coloniales y explotados. Si falta la primera condición, se cae en el reformismo. Si falta la segunda, se incurre en el sectarismo y la impotencia.

Expresamente se refiere Lukács también a la participación de la intelectualidad radicalizada —generalmente pequeño burguesa—, en el partido revolucionario cuando expresa: "El jacobino que adhiere a la clase revolucionaria procura por medio de su resolución, su capacidad de acción, su sabiduría y su entusiasmo dar forma y claridad a la clase".

La obra de Lukács, propia ya de su período de madurez, la realiza fundamentalmente en Alemania y en Moscú. En ella asume por una parte el hecho de que la Revolución mundial, que avizoraba próxima en los años veinte, no se ha producido, que ha habido de su parte, como de tantos otros, una subvaloración de la fuerza y capacidad de resistencia y supervivencia del orden burgués capitalista a escala internacional, lo que ha determinado que el socialismo deba construirse primero en un solo país, en la Unión Soviética. Asimismo recoge Lukács en esta etapa las críticas al "ultraizquierdismo" que asoma en sus diversos trabajos juveniles, con el que Lenin polemiza y combate en su opúsculo *El extremismo, enfermedad infantil del comunismo*, que produjo un gran impacto en Lukács.

Como esta época, hasta mediados de los cincuenta, coincide con el período de más agudo dogmatismo en el plano teórico, unido a un gran pragmatismo taticista en el movimiento comunista internacional, Lukács elude en su faena intelectual el enfrentamiento con la "ortodoxia" imperante, desplazando el eje de su trabajo a la crítica de la cultura burguesa, en especial en su dimensión artística y especialmente literaria. "En lo concerniente al modo de exposición —escribió Lukács después—, es justo admitir que un autor marxista, en los tiempos transcurridos, más de una vez se halló en la necesidad de admitir compromisos para poder, en general, publicar sus propias obras y ejercer influencia, y no me refiero aquí a aquellos que han hecho concesiones en cuestiones esenciales. Aprovecho la edición ita-

liana de estos escritos para revelar abiertamente mis expedientes *diplomáticos* en esta cuestión”.

En este período de gran proliferación en trabajos de toda índole destacan especialmente su ensayo *Goethe y su tiempo* y el tratado sobre *El joven Hegel*, de índole estrictamente estético y filosófico. En 1954 aparece *El asalto a la razón*, obra de gran significación en tanto es una crítica de las raíces del antirracionalismo contemporáneo, especialmente en sus orígenes alemanes, que el autor hace radicar inicialmente en el segundo período de la historia intelectual de Schelling, ya en la primera mitad del siglo pasado. Desde el punto de vista filosófico, esta obra marca el punto de vista límite del acercamiento de Lukács a los criterios ideológicos de la línea oficial en esta materia.

La entonces reciente y trágica experiencia del fascismo, producto final de los irracionalismos reaccionarios, le dio a este libro atrayente actualidad.

El último período en la trayectoria del pensamiento del filósofo húngaro lo vivió en su patria, después de los trágicos acontecimientos de 1956, y en él se destacan su monumental tratado sobre *Estética* en varios volúmenes y su obra postrera, *Ontología del Ser Social*.

En este libro, Lukács vuelve de lleno a ocuparse de la filosofía propiamente tal y polemiza particularmente con el empirismo estructuralista y su proyección en el marxismo a través de la escuela althusseriana. Destaca Lukács, siguiendo a Hegel y a los clásicos del marxismo, la función determinante del trabajo en la configuración de la naturaleza del hombre, caracterizado fundamentalmente, como lo había señalado explícitamente Marx, por el hecho de que *la finalidad*, en esta forma de interacción entre el hombre y su medio, se encuentra presente en la actividad humana, previamente en la conciencia, cumpliendo *el fin* del acto productivo el papel de *concausa* del mismo. El producto resulta así ser un efecto que mentalmente preexistía en el espíritu del actor. Lukács en su libro trata de construir sobre estos supuestos un sistema de categorías explicativas del quehacer humano, revelando que su sentido último es crear las premisas para el despliegue de la libertad.

Reflexiones finales

La historia del pensamiento de Lukács se confunde con el correr del siglo y la del proceso revolucionario que va progresivamente ocupando su espacio histórico, constituyendo la Revolución de Octubre su punto nodal de inflexión.

Como intelectual revolucionario, que hizo de la conciencia de clase proletaria el objeto principal de sus meditaciones, y que debió al mismo tiempo necesariamente cargar con el freno espiritual que implica nacer, formarse y vivir en el medio cultural propio de las clases

dominantes —cuya ideología, al decir de Marx, predomina y permea a toda la sociedad—, Lukács se vio envuelto y conturbado durante su vida en el accidentado camino que ha seguido el proceso revolucionario y sus frutos históricos. Todo agravado por el hecho de que la lúcida conciencia de clase —acerca de la cual filosofa—, como él mismo lo reconoce, no se forja ni inmediata ni espontáneamente, sino sigue también una tortuosa senda hasta su alumbramiento en plenitud.

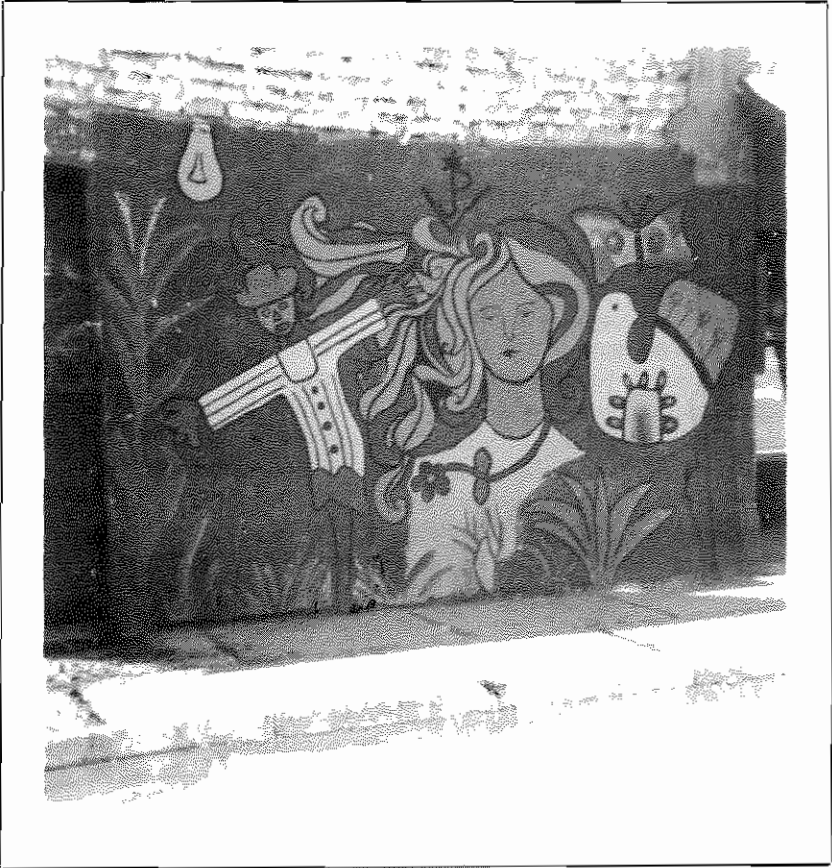
En más de un momento, la fase por que atravesaba su propia evolución espiritual —también jalonada por excesos y carencias, demasías y vacíos—, se distanció de las tendencias dominantes cristalizadas en el poder, las que contradecían sus propias convicciones y limitaban así el libre despliegue de su faena intelectual.

Pero Lukács —y he ahí lo que merece destacarse con especial énfasis—, en todos estos períodos conflictivos en que el intelectual chocaba con su entorno político-ideológico, nunca perdió la orientación fundamental de que lo principal era el destino y el valor del proceso revolucionario, tal como se daba en los hechos, y que su propia opinión, aún íntimamente valorada como verdadera, era el elemento secundario en la unidad dialéctica que constituía él como individualidad y la causa trascendente a la que se había entregado desde su juventud.

Fenómeno tanto más notable, dado que la tendencia idealizante de prosapia hegeliana que impregnó toda su vida y su producción teórica, lo hacía proclive a desvalorar los hechos y la práctica frente a la *idea*, concebida como expresión privilegiada de la realidad.

Lukács sin embargo no se extravió ni se dejó tentar por el enemigo, como tantos otros intelectuales de izquierda, cuya disidencia ideológica se desplazó al plano político y se tradujo en la emigración a Occidente, cuando vivían en los países socialistas; o en la magnificación de la crítica frente al socialismo real, cuando residían en otros lugares, olvidándose en uno u otro caso que el compromiso incondicional con la Revolución exige renunciamentos y una radical ruptura con el individualismo burgués, que —quíerose o no— está siempre instalado en privilegiado lugar en la conciencia del hombre contemporáneo. Y con mayor razón, si éste proviene y se ha desarrollado en el seno de la cultura de las clases dominantes.

Quizás, precisamente el hecho de que tema primordial de las reflexiones lukacsianas fuera la crítica del individualismo burgués y de la cultura burguesa en general, le ayudó a permanecer fiel a su vida al ideal que abrazara en sus años mozos y que suponía a la par que conciencia, también abnegación y entrega, tal como él lo proclamara en sus obras juveniles, de cuyo contenido esencial no renegó nunca, no obstante el progresivo y superior desarrollo alcanzado por su esclarecido pensamiento en etapas posteriores de su vida.



La Gran Huelga del Salitre

Aclaraciones históricas

PEDRO BRAVO ELIZONDO

“¿Por qué un personajes histórico, un período, una época, son resultado del olvido? ¿Quiénes se benefician de esta omisión?”

Peter Weiss

Ha sido una falsificación general de documentos oficiales, y, lo que es muy digno de atención, todos falseados en el mismo sentido. Estamos por tanto en presencia de una adulteración sistemática de la verdad.

Con estas palabras cierra el Dr. Nicolás Palacios¹ parte de su informe al periódico *El Chileno* de Valparaíso, sobre la masacre obrera en la Escuela Santa María de Iquique, el 21 de diciembre de 1907. La Gran Huelga del Salitre —la denominó así porque no hubo otra en lo que va de este siglo y el anterior, que alcanzase sus proporciones y trascendencia— no ha sido estudiada suficientemente por los in-

¹ Nicolás Palacios nació en 1854, en Colchagua. Estudió medicina, y recibió su título en 1890. Su controvertida obra *Raza Chilena. Libro escrito por un chileno y para los chilenos*, se publicó en Valparaíso en 1904, sin su nombre. En 1894 se trasladó a

Pedro Bravo Elizondo es profesor en la Universidad de Wichita, Kansas, Estados Unidos. Ha publicado: *Cultura y teatro obreros en Chile (1900-1930)*, *Los enganchados en la era del salitre* y otros títulos.

vestigadores chilenos y extranjeros que dedican su atención a la llamada Era del Salitre (1880-1930). Leopoldo Castedo comenta en el cuarto tomo de su resumen de la *Historia de Chile* que la masacre de Santa María de Iquique “aún se considera como una vergüenza nacional y se silencia o disimula su registro histórico.”² Nuestro trabajo intenta aportar nuevas informaciones y datos no considerados en otras publicaciones.*

Antecedentes

La historia de lo ocurrido en Iquique en 1907 pertenece al movimiento obrero de Chile, Perú, Bolivia y Argentina. Incluso se ha olvidado que el líder del movimiento, José Brigg, fue hijo de norteamericano, conocido como “el rucio” entre sus compañeros chilenos y peruanos.

Alto Junín, provincia de Tarapacá, departamento de Pisagua. Se desempeñó como médico de las oficinas salitreras. Permaneció allí alrededor de diez años. Fue despedido por su simpatía por el elemento popular y se le consideró un elemento peligroso. Se radicó en Iquique, donde lo sorprendió la masacre del 21 de diembre. Regresa posteriormente a Santiago y continúa su lucha contra los barones del salitre. Publica artículos en *El Ferrocarril*, y *La Unión de Valparaíso*. Acentúa su posición con respecto a la “chilenización del salitre” en una conferencia en el Salón Central de la Universidad de Chile, el 9 de agosto de 1908: “Nacionalización de la Industria Salitrera”. Fallece el 11 de junio de 1911. Cuando en Iquique se crea una “Escuela de Proletarios y Suplementeros” para alfabetizar a los olvidados de la sociedad, se acuerda darle el nombre de “Nicolás Palacios”, como homenaje al celebrado autor de *Raza Chilena*. (*La Patria*, enero 16 de 1920).

² Leopoldo Castedo, *Historia de Chile*, Tomo IV, 1891-1925 (Santiago: Editorial Zig Zag, 1982): 322. Referencias a la huelga de 1907, se encuentran en Guillermo Kaempffer Villagrán, *Así sucedió, 1850-1925* (Santiago: Arancibia Hnos., 1962). Julio César Jobet, *Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile*. (Santiago: Editorial Universitaria, 1955). Patricio Manns, *Breve historia del movimiento obrero* (Santiago: Quimantú, 1971). Gonzalo Vial, *Historia de Chile (1891-1920)* (Santiago: Editorial Santillana, 1981). Tomos I y II. Crisóstomo Pizarro publicó un análisis, “La huelga de Iquique y la masacre de la Escuela Santa María, 1907”, en *Anuario del Movimiento Obrero Latinoamericano* No. 1, (México: Universidad de Guadalajara, 1981): 211-229. Ninguno de ellos menciona la fuga de los líderes del movimiento y aceptan la versión que dio Palacios. Tampoco hay referencia al proceso que siguió al término de la huelga.

Cuando ocurren los sucesos de Iquique, Recabarren se encuentra en la Argentina, donde se radica para evitar la sentencia de 541 días dictada por los tribunales de Justicia en el proceso contra la Mancomunal Obrera de Tocopilla. Regresa a Iquique a fines de 1908, En el periódico *La Vanguardia* del partido Socialista Argentino escribe un artículo en que se refiere a la masacre obrera. Este le sirve de punto de partida para el escrito *La Huelga de Iquique* que publica en Santiago en 1910 con *La teoría de la igualdad*.

* Con posterioridad a la escritura de este artículo apareció el libro *El movimiento obrero en Chile. 1891-1919*, de Fernando Ortiz Letelier —reseñado más adelante en estas mismas páginas— que aporta una abundante información inédita sobre esta materia. (*Nota de la Redacción*.)

Una investigación a fondo no sólo tiene sus fuentes en Inglaterra, con los informes del Foreign Office, sino con los datos de la prensa chilena, peruana, argentina, oficios consulares, sesiones de la Cámara de Diputados, relaciones escritas por los dirigentes, etc. Un documento valioso fue recuperado por el profesor Oscar Bermúdez Miral, cuando publica en la *Revista Chilena de Historia y Geografía*, No. 136 (1968) su artículo “El Dr. Nicolás Palacios y la industria del salitre”. Los entretelones son simples. El periodista Roberto Hernández, Director de *El Chileno* recuerda en sus memorias (*Vistazo periodístico a los ochenta años*, Valparaíso, Imprenta Victoria, 1958):

Los sucesos de la huelga de Iquique, que culminaron el 21 de diciembre de 1907, me hicieron tomar dos determinaciones que creí buenas, pero que no dejaron de tener inconvenientes por la gravedad extrema de los hechos.

(...) Supe la llegada del Norte a Valparaíso como de incógnito, del Vicario Apostólico de Tarapacá, don Martín Rucker Sotomayor. (...) En el acto arreglé mi programa, a fin de celebrar con él una buena entrevista, como la obtuve y que publiqué en la sección editorial de *El Chileno*.

(...) El otro paso que di en seguida fue para dirigirme al doctor Nicolás Palacios, que residía en Iquique, pidiéndole una opinión suya, escrita, acerca de los trágicos sucesos y su génesis (63-64).

Lo que historiadores y comentaristas actuales han olvidado sobre el período en cuestión, es la abierta censura y persecución que emprendió el gobierno contra el elemento obrero y quienes informaran sobre lo acontecido. Así se explica el viaje de Monseñor Rucker, “como de incógnito” y el anonimato en que mantuvo sus crónicas el Dr. Palacios (éstas se publicaron a contar del 5 de febrero de 1908 hasta el 7 de marzo del mismo año). Obsérvese el título de su trabajo,

UN ESTUDIO DE IMPORTANCIA. DATOS Y OPINIONES
SOBRE LOS SUCESOS DE IQUIQUE.

Trabajo de un escritor inglés, en colaboración
con un distinguido escritor nacional.

ESTUDIO HECHO EN IQUIQUE PARA *EL CHILENO*.

Examen completo del conflicto
con sus antecedentes y consecuencias.

El lector menos perspicaz entendera que el “escritor inglés” y el “distinguido escritor nacional”, son una misma y única persona, el Dr. Palacios. El estudio no ha sido publicado jamás en Chile.

Los antecedentes de la huelga se remontan a la primera semana

de diciembre, cuando los trabajadores del ferrocarril salitrero de Iquique solicitan al gerente Mr. Nicholls, aumento de salarios. El gerente acordó pagar los sueldos al cambio de 16 peniques. Este detalle inicia la cadena de subproblemas, que culminará con la masacre del 21 de diciembre.

El lector ignorará que en 1907 el descenso del poder comprador debido al proceso inflacionario, significaba que el pampino tenía un poder adquisitivo de ocho peniques.³ En noviembre de 1907 el Encargado de los Asuntos británicos en Santiago, Ernest A. Rennie, efectúa una gira por los puertos del norte de Chile durante tres semanas. Visitó Coquimbo, Huasco, Caldera, Chañaral, Taltal, Caleta Coloso, Antofagasta, Tocopilla, Iquique y Caleta Buena. El documento evalúa la posición inglesa con respecto a la industria salitrera.⁴ No nos referiremos a todo el informe, pero sí destacaremos algunos puntos que inciden con nuestro tema. Insiste Rennie en la necesidad de crear los cargos necesarios, oficiales consulares, en todo el distrito salitrero, con un salario no inferior a 800 libras esterlinas, “debido al alto costo de la vida en lugares como Iquique y Antofagasta”. En el aspecto político Rennie discurre que sería riesgoso para el gobierno chileno, “entrometerse con una industria que produce 2/3 del total de las entradas” del erario. Luego se refiere a las “condiciones laborales en las oficinas salitreras”. Destaca la quietud imperante, aunque él ve que la “caída repentina” en el cambio de la moneda y la “subsecuente alza en el precio de los artículos de consumo importados” podrían crear: “no sin razón una demanda por aumento de salarios”. Mi subrayado es obvio. Es fácil explicarse entonces la actitud de Nicholls en el ferrocarril salitrero, de acceder a las peticiones de sus operarios. No todos los “ingleses” eran insensibles.

Posteriormente los cargadores y lancheros iquiqueños pidieron igual trato a las casas salitreras del puerto. La negativa no se hizo esperar y se declaró la huelga, excepto en la empresa de C. Noel Clark, cónsul británico, quien se arregló con sus obreros. Al día siguiente ya se había extendido la huelga general. Mientras el paro continuaba en el puerto, los obreros “de varias panaderías”, comentaba *La Patria*, presentaban una solicitud pidiendo aumento del 20%. Algunos patrones accedieron a la petición. En el intertanto, el 14 de diciembre, un Comité de obreros de las salitreras invitaba a un mitin en Zapiga.

³ El Gobierno en agosto de 1907 imprimió cerca de 1.800.000 pesos en papel moneda para completar la cantidad de 10.000.000 que fuera autorizada anteriormente. El efecto se hizo sentir de inmediato en la baja del valor del peso. Nominalmente la moneda valía 18 peniques, pero el cambio “es de sólo 8, 11/16 a 90 días en Londres”. Oficio N° 8 de Rea Hanna al Secretario Asistente de Estado, diciembre 16, 1907.

⁴ La información proviene del informe confidencial de Rennie. No. 30, al Foreign Office, 369/127.

Lo que pedían los pampinos era que el Gobierno arbitrara las medidas tendientes a mejorar la situación actual del cambio.

La Patria de Iquique anotaba en su edición del lunes 16 de diciembre que al mitin de Zapiga asistieron los representantes autorizados de los trabajadores de dos campamentos y quince oficinas. Presentes estaban también el Gobernador de Pisagua, el Juez Letrado, Secretario de Gobernación y otras autoridades. En la misma página se anunciaba la llegada de los obreros al Hipódromo. Eran de las oficinas del Cantón de San Antonio. ¿Por qué los obreros emprenden una marcha de dos días y una noche a través del desierto, algunos con sus hijos y esposas, para llegar a Iquique?

Los huelguistas en el puerto

El historial salitrero volvía a repetirse. Los administradores habían respondido que no estaban facultados para resolver tales conflictos. Los pampinos deciden bajar al puerto y exponer sus quejas al Intendente de la Provincia, y entenderse directamente con los dueños o gerentes de las casas salitreras. Ya en la ciudad, bajo la vigilancia de la caballería, se les recibe en el Hipódromo, donde están el Intendente suplente Julio Guzmán, los abogados Antonio Viera Gallo y Santiago Toro Lorca, con el jefe interino de División, comandante Almarza. Allí se les dio café. Dice el periódico citado: "Había cuatro fondos de café, cuatro mil panes y veinte quesos grandes". También les obsequiaron cigarrillos y fruta.

En el intertanto, el Comité pampino se entrevistó con el Intendente y presentó sus peticiones, que se resumían así:

Pago de los salarios al cambio de 18 peniques. Cambio de fichas a la par. Control para la venta al público en las pulperías, colocando una romana fuera del sitio del negocio donde el comprador pueda comprobar la exactitud de su compra. Prohibición de arrojar a la rampla el caliche desechado.

El redactor del diario comentaba que otros puntos de menor importancia también se habían discutido. El Intendente replicó que conferenciaría con los agentes y propietarios salitreros. El Intendente sugirió que formara parte del Comité Abdón Díaz, presidente de la Mancomunal de Obreros. Tal insinuación fue rechazada por el Comité pampino. Convencidos los huelguistas que tal Comité podría resolver sus peticiones, aceptaron regresar a la pampa. Acostumbrados los salitreros a enviar a los enganchados y obreros a la pampa, en carros planos sin protección, quisieron aplicar tal medida a los huelguistas. Estos rechazaron ser tratados de tal manera. Los obreros en huelga del puerto se suman a ellos en el ferrocarril y les solicitan no

irse a la pampa. El lunes, martes y miércoles siguiente fueron llegando otros pampinos, a pie o en tren, hasta sumar, según el doctor Palacios, unos 7.500.

De los documentos escamoteados, hay tres publicaciones en *El Pueblo Obrero* de Iquique que corresponden a relaciones que escribieran sobre la masacre algunos líderes de la huelga. Uno de éstos es del tesorero del Comité Unido Pampa-Iquique, José Santos Morales. Cito de los números 292-297 de dicho periódico, octubre de 1908:

El día 17 se constituyó por fin el Directorio definitivo, organizándose a la vez un cuerpo de vigilancia (...) a fin de resguardar el orden.

El día 18 bajó de la pampa un nuevo contingente de trabajadores (...)

Los huelguistas iquiqueños se reunieron en la carpa del circo que estaba en la Plaza Montt, y allí constituyeron su directorio. Es aquí cuando José Brigg les propone que se incorporen al movimiento, denominándose el directorio Comité Unido Pampa e Iquique. Se agrega al directorio unido Luis Olea y “dos o tres más” asegura Morales. El día 19 llegan nuevos contingentes de la pampa. Comenta el tesorero:

No obstante lo incómodo del alojamiento, que ya se hacía estrecho, nadie desmayaba y con entera resignación esperaban la solución del conflicto. (...) Las banderas se enarbolaban con los lemas de “orden y moralidad”. “jorual al tipo fijo de 18 peniques”.

Mientras tanto, las sociedades obreras iquiqueñas ofrecen ayuda y alojamiento a los huelguistas. El comercio también coopera. “La Casa Francesa” —manifiesta *La Patria* del jueves 19— con toda espontaneidad obsequió a los huelguistas veinte mil cajetillas de cigarrillos *Africana*.

La Asociación Salitrera, por su parte, al dar respuesta al Comité formado por los obreros señala;

1. El Directorio no estaba enterado de la existencia de problemas entre trabajadores y dueños de las oficinas salitreras.
2. Si existían problemas, no caían bajo la jurisdicción del Directorio.
3. Si fuera sí, en todo caso el problema debía ser resuelto entre los Administradores y los trabajadores en su propia “oficina”.

Comprenderá el lector que tal respuesta no era sólo un insulto a la inteligencia de los obreros, pues precisamente bajaron a Iquique porque los administradores no podían resolver sus peticiones, sino una negativa a escuchar sus voces. Al solicitar nuevamente el Comité que

“mientras no llegaran más tropas, era necesario mantener a los trabajadores en un estado de ánimo tranquilo” por lo que sería juicioso que el Comité pudiese darles una respuesta contemporizadora a sus miembros, replicaron los salitreros:

- a) que presenten un petitorio por escrito,
- b) tal petitorio “podría ser considerado” por los salitreros,
- c) el Directorio Salitrero en “ningún caso podría llegar a una decisión o demanda que atara a los dueños de oficinas”.

Clarke mantiene correspondencia con el Encargado de Negocios británico en Santiago, Rennie, o quien “solicita influir ante el Gobierno chileno para que tome los pasos inmediatos a fin de remediar la situación”. Finalmente recibió de Mr. Rennie la información de que el Intendente de Tarapacá señor Carlos Eastman, acompañado por el general Roberto Silva Renard, viajaban en el buque de guerra *Zenteno* y traían más tropas con ellos. El *Blanco Encalada* había sido enviado desde Tocopilla y el *Esmeralda* ya estaba en el puerto. El día 20 el Intendente dio a conocer las demandas obreras a los salitreros. Estos comunicaron al Intendente,

1. Las peticiones les debieran haber sido presentadas a ellos, por los respectivos administradores de las diferentes oficinas.
2. El ocuparse de tales asuntos en Iquique, sería un precedente para los trabajadores y alteraría sus asuntos cuando éstos tuviesen quejas contra los empleadores.

El 19 de diciembre a las 3 en punto de la tarde, arrea sus anclas en la bahía el crucero de la Armada Nacional *Ministro Zenteno*. Desembarcan el Intendente Carlos Eastman, el Jefe de División Roberto Silva Renard, el Coronel Sinforoso Ledesma, el Prefecto Gacitúa y otros jefes del ejército. Los obreros acuden a recibirlos. Desde la Intendencia, Eastman dirige la palabra a los huelguistas.

Voy a imponerme de vuestros deseos: traigo la palabra oficial del Presidente de la República en cuanto a este ideal y al mismo tiempo a que todos trabajemos por el bienestar de la provincia. No pensaba volver, y me habéis hecho desistir de ello.

Ayudadme entre todos a contribuir a la tranquilidad general.

Como acabo de decir, surge la resolución pronta y espero que mi palabra leal y mis deseos desinteresados traigan armonía a esta Provincia.

(*La Patria*, diciembre 19, 1907.)

El día 20 a la una de la tarde se celebra una reunión en la Sala de la Intendencia, a la que asisten los salitreros Steel, Syers Jones, Soublette, Hardie, representantes de las casas Gibbs y Lockett, Ri-

chardson, Astoreca, Gildemeister, Clarke y Otero. Preside Eastman, acompañado de Silva Renard y el Comandante Wilson del *Zenteno*. Termina la junta a las tres de la tarde y, de acuerdo con la prensa, no se toma ningún acuerdo definitivo.

Según el Dr. Palacios, el viernes 20 fue un día de desengaños para los obreros. De las conferencias entre Intendente y salitreros, la respuesta final fue que regresaran a sus faenas y “después verían lo que había de hacerse”.

Los huelguistas propusieron entonces que se sometieran las peticiones a un tribunal arbitral, como acababa de hacerse en Taltal. La respuesta fue negativa. Debían regresar a la pampa pues “la ciudad estaba en peligro”. Réplica de los pampinos: volverían pero a condición de que “se les aumentase su jornal en 60% durante un mes, tiempo en el cual una comisión de ellos quedaría en Iquique para arreglárselas con los patrones”. Dice Palacios, “los ingleses contestaron que no”. El Gobierno ofreció contribuir con la mitad del aumento pedido por los obreros. Cuando el Intendente comunicó tal oferta a los salitreros, su respuesta fue nuevamente negativa.

Copio parte de la relación de José Santos Morales:

Durante la noche de ese día 20, se reunió el comité en un número mayor que el de costumbre. Nuestras deliberaciones eran públicas, presenciadas por la guarnición de policía, por representantes de los Gremios, sociedades de obreros y por numerosos particulares y por agentes de la autoridad y de las casas salitreras que mandaban ex-profeso a imponerse de nuestros acuerdos, que fueron siempre tomados con sano criterio (...)

(...) También llegó a nuestra noticia la injusta matanza de obreros en Buenaventura, las amenazas proferidas contra nosotros por el señor intendente Eastman en las últimas conferencias habidas con las delegaciones que mandaba el directorio y por estas y aquellas consideraciones se resolvió por unanimidad que no se despacharan más comisiones ante esa autoridad y que en lo sucesivo se entendieran sólo por escrito.

Sábado rojo

El sábado 21 los pampinos se imponen que Pedro Regalado Núñez ha sido apresado en Huará, bajado al puerto y conducido como reo al *Zenteno*. También conocen del edicto de la DECLARACION DE ESTADO DE SITIO, publicado en los diarios y anunciado por bando. Se suspendían las libertades constitucionales de libre tránsito y el de reunión, y se ordenaba a los huelguistas que no tuviesen domicilio en Iquique, concentrarse en la Escuela Santa María. Se estableció la censura telegráfica y se prohibió “la impresión y venta de todo diario u hoja impresa”. El Intendente envió a Abdón Díaz de la Mancomunal de Obreros a la Escuela, a fin de que notificara al comité que los huelguistas debían regresar a la pampa y dejar una comisión para que

los representara. La Asamblea “contestó que no era posible aceptar la disposición de la autoridad”, según anota Luis Olea Castillo en su “Carta Abierta: Versión autorizada de los luctuosos sucesos del 21 de diciembre” publicada en *El Pueblo Obrero* de Iquique, en abril de 1908. Las razones que dieron los pampinos: no contaban con ningún tipo de garantías.

Ante tal situación los dirigentes deciden pedir protección al Consulado americano. Tal hecho ha sido completamente ignorado por los investigadores. Rea Hanna, soltero, 29 años, cónsul en Iquique, declaró en el juicio que posteriormente se le siguió a los obreros, “por sedición y otras ofensas”:

El sábado, 21 de diciembre, a las 11:00 a.m. dos hombres vinieron a mi oficina (...) uno de los cuales se presentó como Olea, Vice-Presidente de los huelguistas, y dijo que venía como emisario de Brigg, Presidente de los mismos. No pregunté el nombre del otro hombre (...) y se me ha dicho que era Morales. (...) Ellos pidieron protección de los Estados Unidos de América, (...) repliqué que no siendo diplomático, sino representante comercial de mi Gobierno, no podía escucharlos, ni ayudarlos de esta manera, ante las autoridades. (...) Olea replicó: Entonces, señor Cónsul, estamos perdidos” y se retiraron⁵.

No resulta aventurado presumir el porqué Brigg no asistió a esta reunión con Hanna. El era norteamericano y podría haber obtenido asilo, pero no así el resto de los dirigentes. Del informe del Dr. Palacios y del parte de Silva Renard, se deduce que la muerte de los líderes era el objetivo principal de las autoridades y de los militares a cargo. Rea Hanna dice en su declaración jurada que “Ellos pidieron asilo para los líderes del movimiento, asegurándome que nadie atacaría el Consulado, por temor, y me juraron que a las cuatro de esa

⁵ Finalizada la huelga las autoridades iniciaron la acusación fiscal contra los “sediciosos”. Como los principales líderes lograron escapar, se buscaron los chivos expiatorios del caso. Ellos fueron los obreros Benito Rojas Ortiz, José Santos Paz, Valentín C. Cuevas y Pedro Regalado Núñez. La fianza fue de 4.000 pesos a cada uno. En 1910, con ocasión del Centenario, la Cámara de Diputados y Senadores aprueban “la moción presentada por don Juau Luis Sanfuentes, secundada por sus colegas Walker Martínez, Rivera y Rivas Vicuña” para dictar una ley de amnistía en favor de los “envueltos en el ruidoso proceso de la huelga del 21 de diciembre de 1907”. (*El pueblo Obrero*, Iquique, agosto 3, 1910.) En esta acusación fiscal se cobra a los obreros la suma de \$ 1.124,83 por gastos de alimentación de los huelguistas, aunque el Ministro Sotomayor dijese en la Cámara que las autoridades “fueron bondadosas y hasta paternas con el pueblo (...), proveyeron a su sustento durante días enteros”. Lindolfo Alarcón asumió la defensa de los encarcelados en Iquique. Dirigente obrero, llegó a ser diputado. El entrega otras cifras sobre la masacre, “Ochocientos hombres destrozados, convertidos en cadáveres en un minuto. Cuatrocientos heridos fueron a poblar los hospitales”. (*El Proletario*, Tocopilla 27 de diciembre, 1908). Nuestra cita inicial del Dr. Palacios advierte desde ya la imposibilidad de llegar a saber la cifra exacta de muertos y heridos.

tarde, serían asesinados como perros.”* Era una salida a la trampa que significaba la Escuela Santa María. Sin los líderes el movimiento no habría podido prolongarse y se habría desbandado. Sólo especulaciones pueden aventurarse en este terreno, pero quien ha intervenido en la huelga “embotellada”, sin salida, puede comprender o atisbar lo que los dirigentes pampinos buscan en las oficinas del consulado norteamericano en Iquique.

El parte del general

Hemos dicho que el propósito del general era eliminar físicamente a los dirigentes de la huelga, y debemos probar tal aserción. El parte de Roberto Silva Renad. apareció publicado en la prensa, pues con la palabra escrita, el gobierno pretendió legalizar la masacre. Voy a transcribir los párrafos pertinentes.

Ayer, inmediatamente de recibir en la plaza Arturo Prat, a las 1:45 p.m. y en circunstancias de revistar las tropas de guarnición y de la marinería, la orden de reconcentrar en el Club Hípico a los huelguistas, dispuse que evacuasen la plaza Manuel Montt y la Escuela Santa María, donde se sabía estaba una gran *masa* de huelguistas (...)

(...) Hice agotar hasta los últimos recursos pacíficos. Pasando por entre la *turba* llegué a la puerta de la escuela (...) (El comité) respondió desde la azotea y rodeado de banderas se presentó en el patio exterior ante una apiñada *muchedumbre*.

Hice avanzar dos ametralladoras del crucero *Esmeralda* y las coloqué frente a la escuela con *puntería fija* a la azotea en donde estaba reunido el comité directivo de la huelga.

Hechas las descargas y ante el fuego de las ametralladoras, que no duraría sino *treinta segundos*, la *muchedumbre* se rindió.

(...) Han perdido la vida y salido heridos cerca de ciento cuarenta *ciudadanos*.

Esta larga cita, que intenta refrescar la memoria olvidada, escamoteada de la historia social de Chile, nos muestra el discurso castrense en su esencia, como legitimador de la acción militar, para recibir el reconocimiento del gobierno.

El general convierte en ficción la realidad al hacer coincidir la revista de las tropas, con el conocimiento de la orden del Intendente de hacer evacuar la Escuela y dirigir a los huelguistas al Club Hípico, campo abierto y frente al mar, lugar ideal para ser controlado por los cañones de los buques de guerra anclados en Iquique. La posición de las ametralladoras (el subrayado es obviamente mío) corrobora lo que ya se anotó. Pero obsérvese la gradación en la momenclatura de los pampinos. Los obreros, para el general, son en orden creciente,

* El subrayado es mío. (P. B. E.)

masa, turba, muchedumbre y cuando son asesinados, *ciudadanos*. Silva Renard es la voz oficial del gobierno y la identificación es perfecta. El general adopta el modelo de los conquistadores en sus "Cartas de Relación". Presenta la visión que el régimen quiere oír y divulgar.

Pero no hay escritura inocente, ni crimen perfecto. Charles Noel Clarke desmiente indirectamente el parte del general, en cuanto al número de muertos, tiempo del fuego de las ametralladoras, escapada de los líderes, y otros datos. Dice Clarke, "las ametralladoras traídas de los buques fueron dirigidas a la parte superior del edificio de la Escuela, donde se suponía estaban los dirigentes y finalmente se dio la orden de disparar. *El fuego duró un minuto y medio*. (El subrayado es mío). Los huelguistas "en algunos casos respondieron con revólveres y carabinas Winchester recortadas". Durante el fuego, "dos de los marinos de la *Esmeralda* se pasaron al lado de los huelguistas, pero fueron derribados a balazos".

Después de la masacre y desalojamiento de los obreros, "el sentimiento anti-europeo entre las clases bajas ha sido más agudo, y el pueblo fue continuamente patrullado por tropas montadas e infantería", dice Palacios. El número de bajas, según Clarke, es difícil de determinar, pero las "cifras probables están entre 120 muertos y 230 heridos". Lamenta el cónsul que "la mayoría de los líderes que se supuso habían caído durante el baleo, en realidad escaparon y aún andan sueltos".⁶ Cómo explicarse entonces la versión del Dr. Palacios al periódico *El Chileno* de Valparaíso en que asegura: "(Los del comité) de pie, serenos, recibieron la descarga. Como heridos del rayo, cayeron todos, y sobre ellos se desplomó la gran bandera". Si el Dr. Palacios, por las infaltables represalias, ocultó su nombre ("escritor inglés), con más razón aún no quiso publicar lo que obreros e iquiqueños sabían: los dirigentes escaparon con vida. En *La Prensa* de Lima, enero 9, 1908, se anuncia la siguiente noticia,

En las primeras horas de la mañana, recibimos la visita de tres miembros del directorio de la huelga de Iquique, el presidente don José Brigg, el secretario don Sixto Rojas, y el prosecretario don Ladislao Córdova. Los dos primeros habían llegado en unión de 78 compañeros a bordo del vapor *Mopocho*, que fondeó hoy en El Callao.

El presidente del comité directivo de los huelguista, don José Brigg, es de nacionalidad norteamericana. Bastante joven, se expresa correctamente en castellano. (...) El, como muchos de sus compañeros, resultó herido en la pierna (...) Se apoya en un bastón y camina lentamente por causa de la herida.

⁶ E. Bradford Burns. *The Poverty of Progress: Latin America in the Nineteenth Century*. (University of California Press, 1980): 141.

Tiempo después llegará también a Lima Olea, quien fallecerá en Guayaquil en 1911. En 1910 a raíz de la celebración del Centenario, la Cámara logra aprobar una ley de amnistía para los dirigentes de la huelga. Brigg la rechaza y se queda en Perú con sus camaradas anarquistas. Delfín Lévano entre ellos. Allí se pierden sus huellas. Sixto Rojas regresa a Iquique y el 21 de diciembre de 1908, en la Plaza Condell, pronuncia el discurso que marca el primer aniversario de la masacre. Dice en parte,

¿Cuántas viudas, cuántos huérfanos, cuántas madres sin hijos? Y todos éstos, ¿por qué quedaron en ese estado?

Por causa del general, grita uno; por causa de los salitreros, arguye otro; uo faltando los que dicen, y éstos son los más (...) que se atreven a decir que todo aquello sucedió por la ambición de una docena de individuos ansiosos de popularidad, que viven medrando a la sombra del pueblo.

¿Cuál de estos tres grandes culpables será el verdadero causante de esa destrastrosa hecatombe?

Uno solo que se mantiene alejado y haciendo el papel de protector. LA MALA ORGANIZACION SOCIAL.

Ese es el verdadero criminal. La sociedad entera o lo que es la misma cosa, fueron los que componen esa clase cspecial (sic).

Sixto Rojas pasa revista a cada uno de los estamentos de la sociedad, desde el pueblo mismo a los dirigentes. Llega a la siguiente conclusión,

Los que estaban a la cabeza de ese movimiento tienen una culpa muy grande (...) No haberse dispuesto para el momento de defenderse como debían. Pero también confiaban en la hidalguía de su contrarios, renunciando de esta manera al derecho de defensa que todo ser tiene. (*El Pueblo Obrero*, Enero 9, 1909).

Relación oficial

Las élites entendieron que tenían que garantizar el orden, la estabilidad, paz y un capitalismo no desmentido. Tenía que ceder a los estándares y opiniones europeas⁷.

⁷ Rafael Sotomayor no era ajeno a los intereses salitreros ni al conocimiento de "la peonada" nortina. En 1880 fue nombrado comandante del resguardo de Aduana en Iquique. Se estableció allí y desempeñó varias veces el cargo de Intendente de Tarapacá y la promotoría fiscal. En 1898 se trasladó a Santiago. Siendo Ministro del Interior, hubo de retirarse por el "affaire" de la Casa Granja. Esta poseía ocho oficinas salitreras, era dueña del puerto de Coloso y del Ferrocarril de Aguas Blancas, que servía a catorce oficinas de la pampa. La firma anunció a fines de 1907 que debería cesar en sus pagos, y demandó ayuda fiscal. El Gobierno, en acuerdo con sus notables, depositó 600.000 libras esterlinas en el Banco de Chile para que éste las facilitara a la

El más ferviente defensor de tal posición fue el Ministro del Interior Rafael Sotomayor, como se deduce de los telegramas e intervención en la Cámara, cuando tres diputados, Bonifacio Veas, Arturo Alessandri y Malaquías Concha, enfrentan al Ministro en la sesión extraordinaria celebrada en 27 de diciembre de 1907. El debate terminó en la sesión del 6 de febrero de 1908, sin haber un pronunciamiento sobre lo ocurrido en Iquique.

Del estudio de los telegramas enviados por Sotomayor, se desprende la actitud del Ministro "Regente", como lo denominaba la prensa⁸.

14 diciembre 1907. Intendente de Iquique

Si huelga originare desórdenes proceda sin pérdida de tiempo contra los promotores o instigadores de la huelga; en todos los casos, debe prestar amparo personas y propiedades.

16 diciembre

Para adoptar medidas preventivas, proceda como en estado de sitio. (Fuerza pública debe hacer respetar orden cueste lo que cueste. *Esmeralda* va camiuo y se alista más tropa.)

16 diciembre

Suspenda censores en los cablcs. (...) Mantención censores obligaría a cables comunicar censura oficina internacional Berna, lo que debe evitarse para no producir alarma en extranjero.

20 diciembre

En transporte *Maipo*, que parte mañana de Valparaíso van de ochenta a cien hombres de carabineros. No se puede mandar más.

21 diciembre

Para alejar de ésta, geute de la Pampa, convendría hacerles regresar respectiva oficina cada peonada por piquetes tropas. (...) Piquete quedaría custodiando oficina mientras desaparece peligro revancha. Sería muy conveniente aprehender cabecillas, trasladándolos buques guerra.

27 diciembre

En este momento me apercibo no se ha enviado a US. telegrama acordado tan pronto se tuvo conocimiento del desenlace de la huelga o mejor dicho

Casa Granja. El diputado Ramón Rivas denunció la ilegalidad de la operación, pues no se autorizó por ley y el Ministerio de Hacienda se había convertido en instrumento del Ministerio de Interior. Renunciado el Ministerio, Sotomayor es elegido Senador en 1909. Fallece en 1916.

motín, aprobando a nombre del Gobierno su procedimiento y la actitud del señor general Silva Renard y demás jefes que concurrieron al objeto.

Creo que no hacen falta comentarios ni análisis profundos, para entender las medidas del gobierno y la sumisión a los intereses capitalistas europeos y nacionales. Como lo aseguraba Rennie, sería riesgoso para el gobierno entrometerse con una industria de tal calibre.

Conclusiones

La masacre de la Escuela Santa María se ha convertido en un referente social para los historiadores y estudiosos. Algunos asocian la fecha como el fin de las Mancomunales Obreras; otros, como el rompimiento del “consenso nacional”; más allá están los que sostienen que la Gran Huelga es el inicio de la agrupación política de los trabajadores que fructificará con la creación del Partido Obrero Socialista en Iquique en 1912. Tal posición tiene sólidos antecedentes. La noche del 6 de junio en que Recabarren se margina del Partido Demócrata, dos pampinos están presentes en la fundación del partido, Vicente Olivos y Ladislao Córdova, este último dirigente de la huelga del salitre.

Un aspecto olvidado de lo de Iquique, es el alto grado de internacionalismo obrero que surge en los momentos previos a la matanza: la solidaridad peruana y boliviana. Rehusaron abandonar la Escuela cuando sus cónsules se lo demandaron. “Con los chilenos vinimos, con los chilenos morimos,” fue la respuesta unánime. Peruanos y bolivianos formaron escuela con los sindicalistas chilenos. En Perú, Romilio Quezada, del grupo de Delfín Lévano, era chileno. Recuérdese que Luis Olea trabajó con los libertarios peruanos, al igual que José Brigg. Miguel Esprella, anarquista boliviano tenía contactos en Antofagasta con grupos chilenos en 1906. La dictación de la ley residencia en Argentina tuvo ecos en Chile, Perú y otros países. No sólo los obreros se organizaban. Las oligarquías y los grandes intereses económicos marchaban al unísono.

De la correspondencia de Clarke se deduce que las conversaciones entre obreros e Intendentes —subrogante y titular— eran únicamente una actitud dilatoria. El principio anglosajón de que la propiedad merece más respeto que el ser humano queda palmariamente demostrado en la actitud de los empresarios salitreros. Ello sustenta la afirmación del Dr. Palacios de la inhumanidad del sistema capitalista en las salitreras, que según él, se sintetiza en “su codicia y altanería”.

La posición de los obreros presente en su correspondencia, comunicados de prensa, discursos públicos, conversaciones con los

periodistas cuando llegan a Iquique —“estamos seguros de la justicia de nuestra causa, sabemos que es legal lo que pedimos, ¿para qué vamos a echar a perder el pleito que tenemos ganado, con tinterillas de mala ley?” (*La Patria*, diciembre 16, 1907), todo apunta a la ingenuidad y honestidad de un movimiento encauzado por sus dirigentes por la vía de la no-violencia.

El proletariado pampino creyó en el diálogo, en la justicia de sus peticiones, en las banderas blancas, y en el respeto de las negociaciones. Dejaron en la pampa los tiros de dinamita a que tenían acceso, y con los cuales abrían los “rajos” para extraer el caliche. Bajaron a Iquique a entablar ese diálogo obvio, dadas las circunstancias miserables en las cuales vivían. Creían que el Otro se identificaría con su causa.

Podemos contestar ahora la pregunta del epígrafe. La clase dirigente nacional se benefició con el olvido de lo ocurrido en el Norte Grande. Así pudieron repetir otras “Santa María”. Una vez más en nuestro largo historial obrero, quedó de manifiesto que en el no-recordar está la repetición de la historia y no todo el tiempo, la segunda vez, es una comedia.

EDUARDO DEVES

Cronología de la masacre

Comienzos diciembre: Agitación en Iquique: se solicita mejoramiento de salarios en las más diversas actividades productivas: zapatería, panadería, cagadores portuarios, ferrocarril urbano. Se declaran algunas huelgas.

10 diciembre: Declaración de la huelga en la oficina San Lorenzo.

11-12 diciembre: Expansión de la huelga por otras oficinas.

13-14 diciembre: Marcha de la primera columna de pampinos desde el cantón de San Antonio hacia Iquique.

15 diciembre: Llegada a Iquique de los primeros pampinos. Desfiles y mítines en la ciudad; primer acercamiento entre trabajadores pampinos y trabajadores iquiqueños. Presentación de peticiones a las autoridades. Mitin en Zapiga: carta al Presidente de la República sobre desmedrada situación económica y desvalorización de la moneda.

16 diciembre: Elección de una directiva para el movimiento; nueva presentación del petitorio; intentos de producir el paro general en la ciudad. Desarrollo del movimiento en la pampa.

Reuniones entre autoridades, empresarios y vecinos importantes de la ciudad.

Gran preocupación en círculos de gobierno por lo que está sucediendo en Tarapacá: envío de una comisión y de contingente militar.

17 diciembre: Continúa la afluencia de pampinos a Iquique. Organización de la vida en la escuela Santa María. Decantación del movimiento. Incorporación a la directiva de más representantes de oficinas y representantes de los gremios de Iquique. La pampa continúa parandoyaciándose.

18 diciembre: Día de relativa calma. La situación se estabiliza en la anormalidad. Se espera llegada del Intendente. Las partes se mantienen a la expectativa.

19 diciembre: Arribo a Iquique de Carlos Eastman y Roberto Silva Renard,

con misión de solucionar el conflicto.

Reunión de Eastman con los patrones. Propositiones van y vienen. Eastman se reúne con los trabajadores: promesas y amenazas.

20 diciembre: Prosiguen las reuniones. La parte patronal fija sus condiciones: no concederán nada mientras los trabajadores no vuelvan a sus faenas.

Desengaño entre los obreros. Se produce, en Buenaventura, el primer hecho de sangre. Ponen en prisión a Pedro Regalado Núñez, uno de los principales promotores de la huelga. Cunde el pánico entre la clase acomodada de Iquique.

Las autoridades toman la decisión de poner fin a la huelga en un plazo de 24 horas: declaran (inconstitucionalmente) el estado de sitio en la provincia de Tarapacá.

21 diciembre: Se produce la masacre.

(Fragmento de un capítulo del libro en preparación *Los que van a morir te saludan. Historia de una masacre: Escuela Santa María de Iquique, 1907.*)

La clase obrera en la historia de Chile

En 1956, fecha de la publicación de la primera edición del libro de Hernán Ramírez Necochea *Historia del movimiento obrero en Chile*, el autor sostenía: "Interesa, hoy más que nunca, que el proletariado conozca su verdadera historia".

¿Será necesario decir que, treinta años después, esa necesidad se ha hecho muchísimo más perentoria? La dictadura militar ha estado empeñada

todo este tiempo en "convencer a un pueblo de la futilidad de su historia anterior al 11 de septiembre de 1973". Peor todavía: borrar de la memoria colectiva hechos esenciales de esa historia, tender un manto de olvido en torno a nombres y situaciones, y en aquellos casos en que esto no se puede, desfigurar esos hechos, torcer la interpretación de su significado, y enredar y esconder las pistas de una

investigación verdadera, tornándola imposible.

Todo esto no hace sino acentuar la importancia excepcional del libro de Fernando Ortiz Letelier que acaba de aparecer, que se agrega, con títulos sobresalientes, a la injustamente escasa lista de obras dedicadas al estudio de la historia de la clase obrera chilena. Nuestra historiografía, por razones fáciles de entender, ha dedicado poca preocupación a la circunstancia de que el movimiento obrero chileno tenga siglo y medio de existencia y de que —como lo observa Olga Poblete en sus lúcidas y comprensivas palabras de presentación— constituya ostensiblemente “parte sustantiva de nuestro desarrollo económico, institucional y social”. Más todavía: el “proceso de democratización de la vida nacional”, rasgo que vino a interrumpir brutalmente el golpe militar del año 73, recibió hasta entonces una contribución inmensa de las luchas de los trabajadores, quienes “más allá de las reivindicaciones salariales, la jornada de ocho horas, la protesta contra el abusivo sistema de pulperías y fichas, el descanso dominical” y otras aspiraciones ligadas específicamente a sus condiciones de trabajo, lucharon virtualmente desde sus orígenes como clase por cuestiones sociales y políticas de la más variada índole: “La carestía de la vida, la preocupación por la alfabetización y expansión del sistema educacional, las actividades culturales, la atención a la salud, la vivienda digna, la libertad de expresión, el reconocimiento del rol económico social de la mujer, la solidaridad internacional”, la defensa de los derechos democráticos, la denuncia de la penetración imperialista, etc. (“Presentación” de Olga Poblete, pp. 11-12.)

La obra de Fernando Ortiz tiene sobre todo el propósito de demostrar los fundamentos históricos de lo anterior, aportando en el análisis del período elegido, una abundante y documentada información. De todo ello se desprende que lo que suele llamarse “conquistas de la clase obrera” no es

una frase vacía o arbitraria: ella puede seguirse paso a paso en el rastreo de nuestra historia; es el producto de luchas y acciones que, “victoriosas a veces, frustradas otras, determinaron cambios significativos en la estructura institucional y en el proceso de democratización del país”.

Ortiz ha examinado una etapa precisa comprendida entre 1891, “año en que la cuestión social irrumpe violentamente en el plano de las preocupaciones públicas”, y 1919, fecha en que “el salitre entra en crisis debido a la aparición, en el mercado mundial, del producto sintético y cuando el parlamentarismo es puesto en Chile en tela de juicio”. Lo ha hecho, organizando el material en cuatro capítulos, donde se abordan sucesivamente: en primer lugar, el desarrollo económico del país entre los años mencionados; en seguida, un cuadro pormenorizado de las condiciones de vida y trabajo del proletariado, para abordar en el capítulo tercero —el más extenso del conjunto— una relación de cómo evolucionan y se desarrollan las organizaciones de los trabajadores, y un recuento de sus luchas, entre ellas, la tristemente célebre huelga que culminara con la sangrienta matanza de la Escuela Santa María de Iquique, trágico suceso del que se entrega una de las más detalladas crónicas publicadas hasta ahora. El capítulo cuarto, finalmente, se ocupa de los partidos políticos y de su actitud frente a “la cuestión social”; sus párrafos finales tratan de las ideas socialistas en el período, en el Partido Demócrata y, sobre todo, en el Partido Obrero Socialista, que encarna, gracias al pensamiento y presencia de Luis Emilio Recabarren, la primera tentativa histórica hecha en Chile para fundir y dar forma orgánica al trabajo político y reivindicativo de los trabajadores.

Hay que señalar que la obra de Fernando Ortiz forma parte de un vasto proyecto de investigación en el campo de la historia social chilena que, lamentablemente, nunca pudo completarse. El fue, como se sabe, alumno y

discípulo de Hernán Ramírez Necochea, quien patrocinó justamente este trabajo, presentado en su origen por Ortiz como Tesis para optar al título de profesor de Historia. La elección del tema correspondió a un propósito bien preciso: preparar la historia general del movimiento obrero chileno, cuyo primer tomo, correspondiente al siglo XIX, había sido ya escrito y publicado por Ramírez Necochea. El libro de Ortiz retoma el hilo de la investigación en el punto preciso donde lo había dejado el volumen anterior. Finalmente, el plan comprendía una tercera parte —proyectada como trabajo preparado y escrito por ambos— en que se historiaría el período comprendido entre 1920 y la fundación de la Central Única de Trabajadores, en 1953.

El proyecto no prosperó. Fernando Ortiz vivió siempre sin poder resolverse a consagrar su destino a la labor docente y de investigador. Su vocación más profunda lo empujaba a la política, y a ella dedicó la mayor parte de su tiempo y su energía. Por ella, como se sabe, perdió su vida. No pudo, así, completar la adaptación de su Tesis, que requería una estructura y redacción menos sujeta a las exigencias del trabajo académico, más cercanos al estilo y organización de lo que propiamente se llama una "historia". Fue esa la razón por la cual este libro permaneció sin publicarse más de veinticinco años, y lo que explica el que ahora aparezca tal y como fue preparado en su etapa de Memoria universitaria. Ortiz tampoco pudo llevar a cabo lo que fuera uno de sus planes más fervorosamente cultivados: escribir una biografía de Recabarren, tarea para la que se preparó largos años, reuniendo un impresionante caudal de documentación.

No le faltaba razón a Fernando Ortiz cuando mostraba una inclinación tan fuerte por la actividad política; porque aunque le sobraban condiciones para el trabajo en el campo de la Historia, como lo prueban este libro y el sólido prestigio que se ganó como docente, es evidente que sus dotes como luchador

social fueron siempre sobresalientes. Quienes lo conocieron en su época de alumno, lo recuerdan como un dirigente estudiantil de oratoria vibrante, un polemista mordiente y lúcido, un agitador valiente hasta la temeridad. Eran los años de la Guerra Fría y en Chile se vivía el período de un presidente de rara mediocridad: González Videla, que ha pasado a la Historia como arquetipo de político frívolo y felón. El movimiento estudiantil jugó entonces un relevante papel en la lucha por la preservación de la democracia en Chile, y Ortiz fue en ese instante un dirigente de cualidades excepcionales, al lado de otros cuyos nombres la historia política y social también ha recogido: José Tohá, Julio Silva Solar, Ignacio Alvarado, Bjorn Holgrem, Juan Bosco Parra, Pedro Poblete Larraín, etcétera. Poco después, fue Secretario General de las Juventudes Comunistas y, luego, miembro del Comité Central del Partido Comunista de Chile. Paralelamente, accedía a la cátedra de Historia Económica de la Facultad de Filosofía y Educación y era elegido miembro del Consejo Superior de la Universidad de Chile. Fue promotor y activista destacado del movimiento de Reforma Universitaria de fines de la década del 60. Este proceso fue, en su terreno específico, un prolegómeno significativo de lo que sería, luego, el vasto movimiento político y social que llevaría al gobierno a Salvador Allende.

En septiembre de 1973, el golpe fascista fue también particularmente brutal con las universidades. El sistema fue virtualmente demolido, miles de estudiantes fueron expulsados de las aulas, y otro tanto ocurrió con centenares de docentes y funcionarios administrativos. Hubo prisiones, muertes y destierros. Ortiz perdió su trabajo; se concentró, entonces, en la tarea política, y en eso estaba cuando fue detenido, en el mes de diciembre de 1976, hace justamente diez años. Transitaba por Macul, hacia Irarrázaval, en la comuna de Ñuñoa, a unas pocas cuadras de la Facultad donde primero fue alumno y luego profesor,

cuando fue interceptado por policías de civil. No se tuvo nunca más noticias suyas.

La publicación de este libro puede interpretarse, legítimamente, como un homenaje al dirigente desaparecido. Pero es evidente que se trata de algo más que eso: *El movimiento obrero en Chile (1891-1919)* es una obra que deberán conocer no sólo los estudiosos de nuestra historia, sino quienquiera que desee enriquecer y profundizar su visión del Chile del siglo xx. Sus méritos valen para cualquier tiempo, pero hoy cobran un relieve particular: el libro sale al paso de quienes querrían que no hubiera historia antes de septiembre de 1973 (y menos esta clase de historia), y aporta una ayuda considerable en la labor de reconstruir la

memoria popular transitoriamente extraviada.

Desaparecido Fernando Ortiz Letelier, y muerto dos años después, en el exilio, Hernán Ramírez Necochea, corresponde a una nueva generación de historiadores ir todavía más lejos, completar aquellos planes que no pudieron llegar hasta el final, y definir y profundizar mucho más —en su sentido conceptual más riguroso— el “nuevo modo de contar” la Historia, que hoy es ya en Chile una exigencia inaplazable.

PEDRO DE SANTIAGO

Fernando Ortiz Letelier: *El movimiento obrero en Chile. 1891-1919. Antecedentes.* Ediciones Michay (libros del Meridión), Madrid, 1985.



La herencia política de Luis Emilio Recabarren

RONALD WILSON

*A Hernán Ramírez Necochea
y Fernando Ortiz Letelier*

Luis Emilio Recabarren —cuyo 110º aniversario se celebra este año— desapareció prematuramente el 19 de diciembre de 1924, el mismo año que muere Lenin. Termina su vida, pero la huella de su obra no ha cesado desde entonces de agigantarse.

Recabarren sigue presente en forma activa en la organización y lucha del pueblo chileno. Su herencia política ha sido asumida por el movimiento popular en sus diferentes etapas: desde que se fundaron la Federación Obrera de Chile, FOCH, y el partido Comunista, hasta los años del FRAP y de la CUT, pasando por el tiempo del Frente Popular y de la Confederación de Trabajadores de Chile, CTCH. Su legado estuvo, sobre todo, presente en los momentos en que el pueblo chileno llega por primera vez al gobierno con Salvador Allende y la Unidad Popular.

En estos años de represión y terror, la vigencia de su ejemplo y pensamiento se hace más viva, más actual. La clase obrera resiente lo que es la pérdida de su unidad y la persecución a su organización sindical, y

Ronald Wilson es investigador y profesor de historia de Chile. Vive en Santiago.

el pueblo se inspira en su herencia para la lucha por la libertad y la democracia.

Conocer y difundir los fundamentos de su obra son, hoy, ayudas verdaderas en el duro período que vivimos, y este trabajo va en esa dirección. El se propone esclarecer, sin ánimo de agotar el tema, algunos de los puntos claves en la evolución de su pensamiento, rescatar al político y al teórico socialista, todo lo cual se agrega a la imagen mítica del Recabarren dirigente y agitador, infatigable en su legendario peregrinar por la pampa salitrera.

Su formación política inicial

Luis Emilio Recabarren Serrano nació en Valparaíso el 6 de julio de 1876. Hijo de un pequeño comerciante, comenzó a trabajar desde los catorce años como obrero tipógrafo. Desde muy joven comienza a interesarse por "la cuestión social", producto sin duda de su propia experiencia como obrero.

Durante treinta años de lucha incansable se destacó como guía y líder de la clase obrera. Recabarren fue más que nada un gran organizador y protagonista, uniendo a ello una gran capacidad teórica, lo que le permitió asimilar con relevante nitidez la realidad de su época e ir confrontándola con las ideologías que representaban el progreso social.

Fue todo lo contrario de un dogmático teórico, ya que supo siempre unir la teoría con la praxis. Su papel de periodista, fundador de decenas de periódicos obreros, sus folletos de difusión del socialismo, sus charlas, e incluso su incursión en el teatro, hacen de él un maestro, un pedagogo de multitudes, sumando a ello el coraje y visión política del dirigente y la sensibilidad magnífica del humanista.

Es evidente en la formación político ideológica de Recabarren. la influencia de tres factores importantes. Primero, su gran conocimiento de la realidad económico social y política que le toca vivir, así como un conocimiento bastante profundo de la historia de Chile. Segundo, sus viajes al extranjero, en 1906-1908 a la Argentina, Francia y Bélgica; posteriormente en 1916-1918 su retorno a Argentina, y en 1922 su participación en el IV Congreso de la Internacional Comunista en Moscú. Estos viajes, especialmente los primeros, fueron para él de una gran importancia en su formación; en ellos se puso en contacto con dirigentes socialdemócratas como Juan B. Justo, Pablo Iglesias y Jean Jaurés, al mismo tiempo que conoce más a fondo la doctrina socialista y las experiencias de los movimientos obreros europeos. Y tercero, la influencia que por diversas vías le llega del socialismo utópico y luego del marxismo.

Un estudio de sus obras nos muestran claramente la evolución

que experimenta Recabarren, desde posiciones anarco sindicalistas, pasando por un socialismo de tendencias utopistas hasta llegar al dirigente que ha asumido creadoramente la ideología propia de la clase obrera, el marxismo, aún con todas las limitaciones que en esos años había en Chile para conocer dicho pensamiento.¹

En 1906, Recabarren fue elegido Diputado por Tocopilla, siendo militante del Partido Demócrata, pero la mayoría conservadora de la Cámara lo expulsó del Parlamento con los más burdos pretextos, reflejando su desprecio por un hombre que llegaba a ser Diputado en representación de los obreros.

En su defensa deja ver ya la claridad de su posición de clase a la vez que denota el germen de su análisis teórico. En parte de su discurso dice que

“...se ha hecho alarde por la prensa de mi conducta personal, que se califica de revolucionaria, de propaganda violenta. (...) No es que nosotros traigamos aquí esta división de clases para acentuarla ante la Cámara; es la Cámara la que marca esta división cuando al pobre, por el solo hecho de ser pobre, se le señala la puerta. (...) Cuando la clase trabajadora lleva sus representantes a las instituciones públicas bajo el amparo de las leyes existentes, llega la mano enguantada del caballero a usurparle su legítima representación manifestándole que no es digna de su compañía”.²

Es más clara su posición de clase, a la vez que se trasluce en sus palabras el desencanto por ver burlada la legalidad de un poder público, del Estado, en contra de un trabajador.

En sus obras posteriores a 1907 ha acogido y desarrollado más su ideario socialista. La experiencia de la álgida lucha de clases de esos años le va conformando una ideología más revolucionaria. Es la época de las grandes huelgas ferroviarias y del salitre, de la masacre de la Escuela Santa María, de la fundación de la Federación Obrera de Chile, FOCH, y de la fundación en 1912 del Partido Obrero Socialista.

La inquietud obrera, tras un significativo estallido en el año 1890, durmió hasta concluir el siglo. Comenzando el que corre, su diapason marcó tonos cada vez más agudos... Valparaíso en 1903, Antofagasta en 1906, y el año anterior, la Semana Roja de Santiago. Toda esa época fue de gran efervescencia obrera. Después de Santa María, que marca un punto clave en la lucha obrera, a pesar de haber sido aplastada por la violencia, ya en 1908 se contabilizaron 29 huelgas; 1910 presenció la gran agitación ferroviaria por el descuento que el

¹ Manuel Castro. “Recabarren. Su legado”, en *Araucaria* N° 19, Madrid, 1982, pág. 63.

² Luis Emilio Recabarren. *El pensamiento de...* (dos tomos). Santiago, Editora Austral, 1971. Tomo I, pág. 285. (En adelante: LER, indicando tomo y página.)

gobierno impuso a los salarios, y cuando corría 1913 una huelga general inmovilizó Valparaíso; luego vienen las sangrientos conflictos de Puerto Na-Tales y Punta Arenas, en 1919 y 1920 respectivamente.³ De norte a sur el país era remecido por crecientes luchas obreras.

En 1912, Recabarren escribe una de sus más importantes obras, *El socialismo*, publicado como folletín en el diario que él mismo dirigía, *El despertar de los Trabajadores*.

El visualiza el socialismo como la gran realización de la humanidad, como el estado de perfección. “La historia de la humanidad —dice— es la historia de las transformaciones y del progreso”. Más adelante define al socialismo como “lo opuesto a todos los defectos sociales y por lo cual aparece como el perfeccionamiento mismo”. (LER, T. I, p. 24.)

Para lograr ese estado de perfección plantea tareas concretas, que hoy nos pueden parecer anacrónicas, pero en el contexto de su época y de su desarrollo ideológico son valiosos aportes al progreso social. Estas líneas de ideas serán permanentes en su crecimiento ideológico, pero a la vez irán enriqueciéndose y haciéndose más claras y sólidas.

Su concepción de la lucha económica

En las obras de Recabarren se dan tres elementos que irá desarrollando paulatinamente. El primero de ellos lo podemos calificar como la etapa de la lucha económica de la clase obrera. Dentro de éste primer elemento asoma como fundamental su preocupación por el *Gremio y el Sindicalismo*.

La organización gremial a nivel nacional e internacional fue una conquista obrera, intuída y realizada por Recabarren desde muy temprano, entendiéndolo el rol esencial de la organización y la unidad de la clase obrera como ente autónomo e independiente. A la vez que en esa praxis iba comprendiendo el rol histórico del proletariado como agente de cambios.

En 1921, en su libro *La Federación Obrera de Chile y los beneficios inmediatos del Gremialismo*, Recabarren desarrolla profundamente su concepción de la organización obrera como arma reivindicativa y política. Como organización independiente de clase. “Se entiende —declara en su escrito-, y esto debe quedar bien claramente comprendido, que sólo aceptamos como organizaciones útiles para el bienestar del proletariado, aquellas organizaciones formadas exclusivamente por el proletariado con eliminación absoluta de la clase patronal, por la sencilla razón de que siendo antagónicas, es decir, opuestos los in-

³ Gonzalo Vial. *Historia de Chile*. Santiago, Editorial Santillana, 1982. Vol. I, tomo II, pág. 867.

tereses de asalariados y patronos, estando juntos dentro de una sociedad los patronos serán siempre una fuerza que detenga y retarde el mejoramiento proletario". (LER, T. I, p. 222.)

El otro factor importante de la lucha es la *huelga*. Las acciones obreras en contra de la explotación surgen en Chile desde iniciada la vida republicana. Esas primeras manifestaciones fueron acciones espontáneas, acciones directas, como el robo de minerales, destrucción de maquinarias, asalto a pulperías o abiertas insurrecciones contra los patronos, como sucedió en Chañarcillo en 1934. Pero las primeras huelgas reivindicativas organizadas datan de mediados del siglo XIX (la primera huelga como tal se registra en 1849), las que se van incrementando cuantitativa y cualitativamente con el correr del siglo.⁴

Para Recabarren la huelga organizada es un arma eficaz en manos de la clase obrera. Su fuerza está en la organización.

"...Los trabajadores tienen a su disposición un arma formidable de poder casi siempre invencible y esa arma es la huelga, es decir, la paralización colectiva del trabajo" (LER, T. I, p. 54).

"La huelga es el camino de su lucha por la verdadera emancipación (con la cual) los trabajadores podrán llegar a realizar completamente sus grandes aspiraciones de justicia social" (pp. 54-55).

A pesar de la importancia que Recabarren otorga al movimiento huelguístico como arma de presión, no se detiene en esa forma de lucha, y plantea un tercer punto, *el movimiento cooperativo* que hoy puede ser muy discutido, pero que en el contexto de su tiempo es de una gran audacia evolucionaria. Con esto queda en claro cómo Recabarren va asumiendo creadoramente experiencias de nuevas formas de lucha social, aunque analizadas hoy sin perspectiva histórica puedan aparecer como proposiciones inaplicables. Por otro lado, también es erróneo hacer una extrapolación ahistórica de las categorías usadas por Recabarren para justificar en nuestros días posiciones ideológicas impregnadas de reminiscencias pequeño burguesas.

La cooperativa es vista por Recabarren como un medio de transformación social. El movimiento cooperativo es para él un medio reivindicativo frente al poder del estado y del capitalismo, que puede ser útil para el socavamiento de la estructura económica y política, realizado desde el interior mismo del sistema.

Es interesante en este punto destacar cómo el discurso de Recabarren sobre la lucha económica y en especial sobre el movimiento cooperativo, que tiene sus orígenes en el socialismo utópico de Owen,

⁴ *Ibíd.*

difiere radicalmente de éste, por su definida posición de clase y objetivos revolucionarios.

Es a la vez oportuno comparar las ideas de Recabarren con la opinión de Lenin respecto a los puntos que hemos tocado sobre la lucha económica de la clase obrera. En el escrito "Nuestro Programa", de 1899, dice que la esencia de ese programa "es la organización de la lucha de clases del proletariado y (en) la dirección de ésta, cuyo objetivo final es la conquista del poder político por el proletariado y la estructuración de la sociedad socialista. La lucha de clases se compone de la lucha económica (contra capitalistas aislados o contra grupos aislados de capitalistas por el mejoramiento de la situación de los obreros) y de la lucha política (contra el gobierno, por la ampliación de los derechos del pueblo, esto es, por la democracia, y por la ampliación del poder político del proletariado)".⁵ El análisis de Recabarren al respecto no está lejos, lo que es bastante notable, si se tiene en cuenta que seguramente no conoció los escritos leninistas sino hasta la época de su viaje a Rusia.

Recabarren intuye, de alguna manera más o menos clara, el problema de que "el sindicato mismo debe ser de hecho una fuerza política de clase"; cumple una función de organización de masas, de agitación, de presión económica y política, y el partido cumple un rol de conducción política. Esta distinción clave entre sindicato y partido la hace Lenin explícitamente en su análisis de la experiencia de la revolución bolchevique.

Lucha de clases y poder político

El socialismo para Recabarren es la culminación lógica del desarrollo histórico de los pueblos. Este destino socialista no es producto de la casualidad, sino que es producto, por una parte, de la dinámica inevitable de la historia y del progreso y por otra, de la lucha organizada de las clases oprimidas por conquistar un futuro más justo y libre. Así lo manifiesta en 1912, al decir que "si el socialismo es una doctrina que, introducida en la vida social, política y económica aumenta los goces y felicidades, con sólo ir modificando paso a paso las costumbres, tiene en el pasado una razón de su evolución. El mundo ha sido en su carrera hasta el presente una cadena de transformaciones. El Socialismo será una transformación inevitable" (LER, T. I, p. 23).

La inevitabilidad del socialismo no significa pasivismo, o un mero

⁵ V. I. Lenin. "Nuestro programa. 1899", en *Obras escogidas*. Moscú, Editorial Progreso, 1971.

evolucionismo social. Es una necesidad histórica que debe ser guiada, hecha carne y sangre en la conciencia de la clase llamada, por su posición en la producción, a ser la fuerza transformadora. Y esa acción se desarrolla, en el campo de la lucha económica y en la lucha política. Es decir, en las conquistas parciales de la clase obrera y en la transformación radical de las estructuras económicas, tanto como en la super-estructura del poder político estatal.

Estos principios los tenía meridianamente claros Recabarren. El no fue un ingenuo economicista y menos aún un político reformista. Así lo deja en claro cuando, refiriéndose al significado del socialismo declara:

“se entiende por propiedad colectiva o común, la abolición de la propiedad individual o privada, de manera que la tierra, los edificios, las maquinarias, herramientas y todo cuánto existe producido por el trabajo del hombre sea utilizado por todos y para todos, repartido en la justa proporción que cada cual necesita según sus gustos” (LER, T. I, p. 112).

Esta transformación de la base económica, sólo se consigue por medio de la organización y la lucha de clases, y ella implica romper un mundo pasado, a veces con violencia y dolor. “En el pasado —dice— casi todos los progresos políticos, sociales y económicos de los pueblos se han realizado por medio de la violencia sangrienta” (LER, T. I, p. 23). Pero el problema del poder político y de las transformaciones revolucionarias se radican para Recabarren en la violencia o no violencia de los procesos, sino en la fuerza de las masas, que en un momento dado son capaces de invertir el curso de la historia en favor de las mayorías. En la medida que la organización obrera sea más cohesionada y consciente, los cambios revolucionarios tendrán posibilidad de ser menos sangrientos. Depende aquello de la obtención de una correlación de fuerzas favorable a la democracia y el socialismo. En un texto ya citado respecto a la huelga, Recabarren nos decía que aunque pacífica, ésta es en sí misma un acto de presión o de violencia. Y citando un artículo publicado en el periódico *El Trabajo*, escrito por un obrero de Tocopilla en 1903, ejemplifica claramente el problema de la revolución y la violencia diciendo:

“...la revolución seguirá impertérrita su marcha, tranquila si la libertad la ampara, violenta y terrible si se la pretende detener en su camino”. (LER, T. I, p. 112.)

En la lucha de clases es el poder político el que despeja la incógnita acerca de la posibilidad real de construir el socialismo. No basta el sindicato, ni la lucha por mejores condiciones de vida, “porque la clase capitalista no otorga espontáneamente ningún mejoramiento” (LER, T. I, p. 113). Menos aún se dejará despojar del poder político

que controla. Vemos, dice Recabarren, “por los hechos y la experiencia, que el poder político, que la cuestión política, es el factor que permite la agonía económica y la esclavización de la clase obrera”.

La historia avanza con la lucha ininterrumpida por el progreso material y social de la humanidad. Podrá haber estancamientos o retrocesos, oscuros momentos de represión y consolidación de la opresión, pero el ritmo de los acontecimientos es avasallador, “Es la misma historia la que nos indica el camino —dice Recabarren—. Para las nuevas formas económicas que creaba en Francia la revolución debían corresponder también *nuevas formas o medios políticos*. De ahí que nuestra aspiración no pueda separarse de la continuación de la historia. Para la consolidación del sistema económico que planteamos con la abolición del salario y del régimen de propiedad privada, que es su causa, *necesitamos un sistema político propio*, y es ése el que vamos a la vez extendiendo con nuestra acción socialista”. (LER, T. II, pág. 48.)

Ese sistema político propio para las masas obreras y para el conjunto de la sociedad, es el socialismo, que se obtendrá usando todos los medios que el pueblo tenga a su alcance.

“El proletariado ha recibido y recibe la enseñanza que prepara su capacidad *abolidora*. Sabe que el sindicato, que la cooperativa y el sufragio son armas más formidables que las que dispone la clase capitalista. Está pues, en superiores condiciones para la lucha” (LER, T. II, p. 125).

“Hay que poner en práctica la nueva táctica que nos asegure la abolición del régimen capitalista”, nos plantea además Recabarren. “También la organización obrera debe utilizar su fuerza política, empleándola para desalojar a la burguesía del poder y para la crítica del régimen burgués de explotación, pues no podrá obtener resultado en un parlamento burgués” (id.). Encontramos aquí un planteamiento relevante para comprender la estrategia y táctica de la lucha obrera: el problema del derecho del pueblo a conquistar el poder. “En buenas cuentas —dice Recabarren— el socialismo sólo realiza acciones legales, puesto que su marcha va siempre encaminada a perfeccionar. (...) Nuestra acción marcha hacia la perfección y por eso jamás podrá ser ilegal.” (p. 126.)

La legalidad y legitimidad de las conquistas proletarias no las impone la burguesía, sino que las adquiere como valores propios y concluyentes el proletariado en lucha. Es legal todo aquello que vaya unido a la acción de progreso de toda la sociedad.

En una sesión de la Cámara en 1921, Recabarren defiende las posiciones revolucionarias del Partido Obrero Socialista, y el derecho que le cabe a postular el rol de la clase obrera en la lucha política:

“Si la opinión pública está dividida en partidos que luchan por la conquista del poder político, si vosotros estáis divididos en diversas tendencias políticas y lucháis por apoderaros del poder político..., ¿nosotros no tenemos el mismo derecho? Al contrario: ante estos delitos, ante estas inseguridades, nosotros habremos de luchar con firmeza hasta conquistar todos nuestros derechos, primero por medio de la legalidad; pero cuando vemos que se nos cierra el camino de la legalidad, iremos si es preciso, y no lo dudéis, a la *Revolución*. Y nadie puede negarnos en esta Cámara el derecho de hacer la revolución” (LER, T. I, p. 109).

Su concepción de la democracia

Recabarren nos dice que “la consecuencia de la propiedad privada es la coexistencia de patronos y obreros y la explotación que hacen los patronos del trabajo de los obreros. Como consecuencia de la existencia de patronos y obreros, existe también el gobierno político de los países con todo su cortejo de opresiones y tiranías” (T. I, p. 11). Más adelante explicita estos juicios: “el socialismo es, pues, desde el punto de vista científico una doctrina económica que tiene por objeto aumentar los goces humanos “...”; es, desde el punto de vista social, una doctrina de sentimientos de justicia y moral, que tiene por objeto suprimir todas las desgracias ocasionadas por la mala organización, para que la vida sea vivida en medio de goces perpetuos” (p. 13). “La transformación de la propiedad no es otra cosa que el perfeccionamiento del derecho. Todos tienen derecho a vivir bien” (p. 19).

Todos tienen derecho a vivir bien. En esto consiste para Recabarren el centro de lo que es la democracia. La democracia es un problema de justicia, de crear una sociedad cimentada de tal manera que esa justicia sea una realidad y no una ilusión, y sus palabras son claras al respecto: “...la doctrina socialista aspira a que el trabajador disfrute del fruto íntegro de su trabajo, porque esto es justicia y razón” (T. I, p. 39).

La transformación de la sociedad, para llegar a lograr una democracia verdadera, va unida a una lucha por conquistar ese derecho, “...uniendo la acción de la mayoría socialista en un Congreso, con la acción gremial, cooperativa y educativa, su poder revolucionario será incontenible y no será obra de muchos años la realización completa de una vida socialista” (T. I, p. 167).

La finalidad de ese poder revolucionario incontenible es la democracia que tiene como sustento una sociedad basada en la justicia, es decir en la plenitud de derechos y en la abolición de la explotación. No es la democracia burguesa, sino la democracia que impondrán las *mayorías*. Buscando las diferencias entre una y otra, Recabarren escribe;

“...si son las doctrinas de la democracia moderna, cifran la felicidad en el mediocre progreso que pueden ofrecer las democracias (...) si todas conservan la propiedad individual con el derecho a su progreso y al egoísmo que ese sistema encierra, es inútil que aspiren sinceramente a ningún mejoramiento ni perfeccionamiento efectivo (...) porque precisamente, el socialismo transforma la propiedad individual perfeccionándola en colectiva o común, es entonces que adquiere su fuerza poderosa de verdadero progreso del cual no puede nacer sino felicidad” (T.I, p. 84).

Como vemos, la democracia no se reduce a un problema superestructural, de división de los poderes políticos, herencia de la revolución francesa, sino que va más allá, y esencialmente la democracia, vista como forma de vida, de organización social, tiene sus raíces en lo que es la clave de una sociedad, su estructura económica, y ligada dialécticamente a ello, el problema del poder político. Es decir, la democracia no es ajena al modo de producción dado.

La lucha por la democracia está ligada a la lucha de clases y ésta es una realidad indesmentible. No puede haber democracia verdadera si existen privilegios de clase.

La democracia efectiva, por otra parte, es inherente al socialismo, no como un factor yuxtapuesto, sino como elemento constitutivo y esencial: no hay democracia sin socialismo, ni hay socialismo sin democracia. Dice Recabarren:

“La gran fuerza que anhelamos desarrollar no es para violentar y aplastar a nadie; es a mi juicio para crear la nueva sociedad que ha de liberar a capitalistas y obreros de la esclavitud del régimen en que viven, no aplastando a una clase, sino construyendo con su actividad, su fuerza, su inteligencia, los elementos constructivos de la nueva sociedad libre (...) Esta es nuestra revolución” (T. II, p. 117).

Pero para lograr realizar esta nueva sociedad libre, el proletariado y el conjunto de la sociedad ha de conquistar el poder político para hacer florecer esa nueva forma de organización social. La base de esa conquista está en la fuerza y organización de la clase obrera, que, unida a otros sectores sociales, construirá la democracia y el socialismo.

Recabarren es claro en cuanto a no enmarcarse en una forma de lucha única. La revolución es obra de la capacidad de las masas para imponer su poder. En relación con esto nos dice:

“La clase obrera, no pudiendo ni debiendo pensar seriamente en organizar una revolución armada para derribar el poder del capitalismo, no debiendo hacernos la ilusión de que, por poderosa que fuera la acción del sindicato, en combinación con la cooperativa, si la clase capitalista está en el dominio del poder político, usará la metralla despiadadamente para vencernos, es juicioso y serio, y también lo más inteligente, que la

clase obrera a la vez que fortifica el sindicato y la cooperativa... debe avanzar sus posiciones, cuanto más sea posible es el terreno político, porque esta *tercera arma es decisiva* en esta contienda cuyo primer aspecto es la lucha de intereses de las clases (...) El poder político en manos de la Federación de los sindicatos y del Partido Socialista (impedirá) que la clase capitalista utilice jueces, policías y ejército, para aplastar por la fuerza de la metralla el indispensable triunfo de la inteligencia y de la moral obrera" (T. II, p. 83).

Como vemos, para Recabarren, la democracia no se da en abstracto, sino que está ligada a las distintas formas de lucha que usa la clase obrera y unida indisolublemente a la solución del problema del poder político y a las transformaciones económicas de la sociedad.

Recabarren y la Revolución de Octubre

La influencia de la revolución de Octubre en Recabarren y en el movimiento obrero chileno es evidente, pero la vemos como la etapa superior de un pensamiento, no contradictorio con la experiencia teórica y práctica anterior. Podríamos decir que, a partir de este acontecimiento histórico, Recabarren decanta posiciones y a la vez consolida lo ya logrado. Por lo demás, éste es un proceso que se vivió históricamente con todos los teóricos y dirigentes de la socialdemocracia, con el quiebre de la II Internacional. Recabarren no es la excepción: El opta conscientemente por una posición de clase y por los postulados del socialismo científico, llevado no por un impulso sentimental sino por la lógica de su propia praxis.

En 1923, después de su viaje a Rusia, su concepción del poder político, de las transformaciones económicas, de la dictadura del proletariado, en una palabra, su concepción del socialismo, se ven reafirmadas.

Respecto a la dictadura proletaria, en su libro *La Rusia Obrera y Campesina* nos dice:

"La Dictadura Proletaria en pleno vigor todavía existe y se mantiene por la voluntad de toda la organización proletaria, y ella es la fuerza que garantiza la estabilidad del poder obrero contra la intención de restaurar el sistema de explotación capitalista con todo su cortejo de esclavitud y opresión (...) La Dictadura Proletaria es la fuerza inteligente que garantiza a los trabajadores la muerte definitiva del sistema de tiranía y explotación capitalista. La dictadura proletaria desaparecerá por sí sola cuando las raíces del sistema capitalista hayan desaparecido completamente" (T. II. pp. 189-190).

Recabarren nos explica el por qué de su viaje a Rusia:

"Fui a ver si la clase trabajadora tenía en sus manos efectivamente el poder político, con el cual garantice la conservación en sus manos del po-

der económico; fui a ver si la clase trabajadora tenía en sus manos la dirección del poder económico, con el cual irá construyendo su bienestar; fui a ver si la clase trabajadora había abolido ya definitivamente todo el estado de explotación capitalista y de tiranía; fui a ver si la expropiación de los explotadores estaba ya completamente consumada en Rusia; (...) y pude ver con alegría que los trabajadores de Rusia tenían efectivamente en sus manos toda la fuerza del poder político y económico y que parece imposible que haya en el mundo fuerza capaz de despojar al proletario de Rusia del Poder ya conquistado” (T. II, p. 135).

Al final del libro nos advierte:

“He vuelto de Rusia más convencido que antes que urge apresurar la Revolución social que ponga en manos del pueblo todos los poderes para la construcción de la sociedad comunista” (T. II, p. 249).

Con lo expuesto nos parece que vamos mostrando cómo Recabarren fue adquiriendo en la praxis de la lucha obrera una concepción coherente del socialismo. Se advierte en él una evolución teórica y política que se desarrolla desde posiciones muy germinales hasta posiciones de un socialismo maduro y original. Sin duda que Recabarren tiene mucho de revolucionario intuitivo, porque fundamentalmente fue un hombre de acción: pero él recoge vitalmente la experiencia de treinta años de lucha y paulatinamente va asimilando la teoría del socialismo científico, el marxismo, en una forma creadora y abierta. Su sensibilidad lo llevó a convertirse en líder y maestro, en político y teórico, y es evidente que en su trayectoria conoció y estudió escritos de Marx, al menos, el primer tomo de *El Capital* y *El Manifiesto Comunista*, como deja constancia su compañero Elías Lafertte, y posteriormente, conoció sin duda los escritos de Lenin. Es difícil pensar su propio desarrollo teórico sin el apoyo de estos escritos.

Pero Recabarren tiene, antes que nada, un profundo sentido de clase, que impregna su lucha por la organización sindical, y su lucha política, y que lo lleva a plantear que sólo el socialismo es la solución a los agobiantes problemas del proletariado.

En la estrecha relación entre los principios y la acción encontramos los puntos claves que explican la coherencia en el desarrollo de su pensamiento teórico. No hay en él elementos contradictorios, sino una evolución dialéctica hasta llegar a aquello que hoy nuestra clase obrera recoge como herencia. La formación de sindicatos a lo largo de Chile, la fundación de diarios y volantes obreros, la FOCH, el POS, y finalmente la transformación de éste en el Partido Comunista de Chile, en 1922, nos muestran la consecuencia de un verdadero Revolucionario, que no transó jamás los intereses de la clase por la cual dio su vida.

El papel del partido

También la evolución del pensamiento de Recabarren se manifiesta en su concepción del Partido como herramienta fundamental de la lucha de clases. Es diferente el objetivo y programa del Partido Obrero Socialista, en 1912, y su posterior concepción del partido como vanguardia política al formarse en 1922 el PCCH. Si bien hay una continuidad histórica, hay una diferencia importante en cuanto al papel que le asigna y a las características organizativas y a su posición política.

En el reglamento del POS leemos:

“El Partido Obrero Socialista es fundado con el objeto de reunir todas las fuerzas proletarias del país, a fin de mejorar de común acuerdo, la suerte del proletariado. Para cumplir esta tarea y para realizar en seguida su objetivo más elevado: la emancipación completa de los trabajadores, el partido se organiza en el terreno económico y político” (T. I, p. 91).

El POS está en sus comienzos aún muy ligado a la solución electoral y a la acción reivindicativa, aunque siempre se planteará una indiscutible posición de clase. Así, en los mismos estatutos se plantea que el partido “propenderá por todos los medios a su alcance a la organización de sociedades gremiales y a la creación de federaciones de oficio para su mejoramiento moral y material y cooperará con sus fuerzas al triunfo de las luchas entre el capital y el trabajo” (T. I, p. 94). Así también el reglamento indica la forma de participar en las elecciones, cómo nominar candidatos, cómo realizar alianzas, etc.

En 1917, en su folleto “Las proyecciones de la acción sindical”, aún mantiene la confianza en la posibilidad de la toma del poder político por medio de una mayoría parlamentaria. Aunque sus criterios pudieran aparecer como un reduccionismo político parlamentarista, vemos por el contrario que, si bien es cierto lo mantiene como medio, los fines que persigue son radicalmente claros, centrandolo en el problema del poder. A partir de este punto clave es que dice: “...si la clase obrera cuenta con mayoría en el Parlamento, el gobierno político del país estará en sus manos, neutralizará el poder del estado burgués y podrá socializar la producción (...) En estas condiciones, aunque exista ejército, no teniendo la burguesía el poder político para usar las fuerzas armadas, el triunfo de esa fracción del proletariado organizado podría determinarse por las condiciones de la acción” (T. II, pp. 85-86). La debilidad de su análisis en este punto, está en la no comprensión a fondo del papel de las Fuerzas Armadas como elemento decisivo en la defensa del poder burgués, y por lo tanto, de todo el aparato del Estado.

La influencia del proceso revolucionario ruso, sumado a la polarización de la socialdemocracia, tendrá repercusión también, en el

rol que Recabarren le asigna al partido proletario. La transformación del POS en Partido Comunista es reflejo de aquello.

La experiencia que le da el conocer a un partido en el poder le permite madurar su propia concepción de éste; aunque es evidente que él tenía ya muchas ideas claras desde el mismo momento de su fundación. Al adherirse inmediatamente a la III Internacional, el partido Comunista de Chile fue desde sus comienzos un partido marxista en su ideología y leninista en su organización, que se afianzará, no sin problemas, en la década del 30.

La posición de Recabarren también evolucionará con respecto a los sindicatos y su papel en la sociedad. Refiriéndose a su papel en el poder político del estado, nos dice:

“La experiencia ha dejado establecido que no es posible confiar esta labor a los sindicatos, porque en razón de la composición de sus elementos, es difícil construir la disciplina que se requiere para asegurar el triunfo de la Revolución proletaria” (T. II, p. 180).

Se clarifica con esto la distinción necesaria entre sindicato como organismo de masas y el Partido Obrero como conductor político de la clase.

Educación, cultura y propaganda revolucionarias

Uno de los aspectos más sobresalientes de la obra de Recabarren es sin duda su obra de educador y propagandista. Su concepción del socialismo está íntimamente ligada a la educación de las masas obreras. El comprende que la conciencia revolucionaria del proletariado no es espontánea, sino que hay que educarla, para que los trabajadores, de sentirse clase en sí, lleguen a tener conciencia de ser una clase para sí.

“Creemos —dice— que toda persona que llegue a comprender completamente el socialismo no podrá rechazarlo y concluirá por ser su abnegado defensor” (T. I, p. 12).

Esa comprensión del socialismo hay que guiarla y desarrollarla, para contrarrestar la influencia en los trabajadores de la ideología y cultura burguesas. Es por ello que, “mientras más rápidamente avancemos en la cultura y la educación junto con la organización de los trabajadores, más cerca, mucho más cerca estamos del porvenir y, por tanto, del socialismo” (p. 12).

Ya en 1912, Recabarren prevé la necesidad de unir lo que es el movimiento obrero con la ideología de la clase obrera, el socialismo. La educación obrera es una de sus preocupaciones básicas y

para lograr ese fin propone medios concretos de acción. Valora entre otras cosas la importancia de los *intelectuales* que adoptan el socialismo como una valiosa ayuda a la causa obrera. Pero en primer nivel pone a “la prensa (como) arma de educación (...); la prensa socialista se multiplica incesantemente esparciendo su obra instructora y educadora en todas las esferas donde dicha prensa penetre” (T. I, p. 69).

No es extraña esta preocupación de Recabarren por la educación obrera y por la propaganda socialista a través de la prensa, ya que él comenzó su vida laboral como obrero tipógrafo. Sus más importantes escritos los realizó como folletines o artículos de diarios fundados por él mismo, o que dirigió, como *El Despertar de los Trabajadores*, y muchos otros como *El Trabajo*, *El Proletario*, *La Vanguardia*, *La Reforma*, *La Democracia*, *El Grito Popular* (dirigido también por Elías Lafertte), *Bandera Roja*, *La Jornada*, etc., publicados de norte a sur del país.

“La prensa es un arma poderosa —dice— y los socialistas tienen un gran cariño por la prensa y gastan gran actividad para su progreso. Desde las columnas de la prensa el socialismo hace notar gráficamente los absurdos y los defectos monstruosos que existen todavía en el día de hoy amparados por la sociedad burguesa y adoptados como costumbres sociales. (...) Es un medio más de lucha, de acción, de crítica, de propaganda, de discusión” (T. I, p. 72).

Pero Recabarren propone además otros medios para la educación obrera: “...el socialismo va creando sus universidades superiores y populares y sus escuelas propias elementales y superiores, donde la enseñanza es tan segura como incomparable a la enseñanza burguesa”. Otro medio es la *Conferencia*, que aprecia como “el medio más popular, de más vasta educación socialista” (T. I, p. 71).

La educación, la cultura y la propaganda son para Recabarren medios efectivos de lucha.

“La educación —nos recuerda— cada vez más desarrollada y más completa irá elevando la cultura de los individuos y de la sociedad, contribuirá mientras más avancemos hacia el porvenir a dotar a cada individuo y, cada sociedad de una perfecta noción del derecho de la libertad” (T. I, p. 70).

Esta es, sin duda, otra de las grandes enseñanzas que nos ha dejado como herencia Recabarren.

Su humanismo

En sus obras encontramos una preocupación permanente: la preocupación por la felicidad y el bienestar moral y físico del hombre. Si hay un rasgo sobresaliente en el pensamiento de Recabarren, éste es el Humanismo.

Desde sus primeros escritos su inquietud fundamental está centrada en el hombre, en su valor como persona y en tanto miembro del colectivo social. “La existencia de los seres humanos debe tener un objeto —plantea—, y no puede ser otro que hacer de la vida una idealidad frente a los goces verdaderos, donde los seres humanos perfectos disfruten de las creaciones de la inteligencia” (T. I, p. 19.)

Sensibilizado por los problemas del bienestar humano, pasa en seguida a la denuncia de la miseria, de la explotación de los obreros, de sus condiciones insalubres de vida, de su bajo nivel cultural y sus vicios, de la postergación de la mujer, etc. “El egoísmo y la ignorancia aliados —dice— forman una inmensa montaña de indiferencia a los dolores humanos” (T. I, p. 77.) “Queremos vivir bien, es el grito del pueblo. (...) La organización industrial capitalista no nos permite poder vivir bien, porque nos obliga a soportar un régimen de esclavitud, de explotación y de opresión” (T. I, p. 135).

En su conferencia “Ricos y pobres”, dictada a propósito del Centenario de la Independencia, denuncia con vehemencia el progreso de la clase burguesa, que asocia al progreso de los crímenes y de los vicios de la sociedad. Denuncia las condiciones de vida en conventillos y suburbios, el sistema carcelario y judicial, y proclama la necesidad de luchar para “perfeccionar los hábitos del pueblo” (T. I, p. 175).

Idéntica preocupación manifiesta frente a las condiciones de trabajo. Denuncia que:

“Miles y miles de obreros y obreras trabajan desnudos, andrajosos, doce y catorce horas de pie, esclavos de las máquinas tejedoras, sin ganar ni siquiera para el gasto de comida de una persona, y muchos desocupados vagan implorando se les admita trabajar en esas condiciones” (T. II, p. 91).

Recabarren se limita, sin embargo, a denunciar las condiciones del hombre bajo el capitalismo. En sus escritos está también presente la premonición del hombre de una sociedad nueva. Sociedad en la que dominan dos sentimientos: la fraternidad y el amor. “Bajo el sentimiento del amor —dice— toda empresa pequeña se vuelve gigantesca (...) el amor es la única base moral y justa en que descansa la vida de la humanidad”. Y agrega: “No puede haber amor donde hay opresión y tiranía. No puede haber amor donde hay opresión y explotación. No puede haber amor donde hay ignorancia”. (T. I, p. 41.) “El socialismo aspira a que la humanidad sea un hogar feliz y dichoso,

donde todo sea amor, arte, justicia, libertad, porque sólo así habrá vida” (T. I, p. 43).

Su visión del humanismo es inseparable del socialismo, cuyos actos “no producirán nunca miseria” porque “el socialismo no es odio, sino verdadero amor” (T. I, p. 78), y acarreará a “todos los seres humanos la verdadera felicidad social” (T. I, p. 251).

* * *

Humanista, infatigable agitador y organizador, teórico y estudioso de la realidad chilena, líder sindical y político indiscutible, Recabarren encarna toda una tradición de lucha, de esfuerzo denodado por abrir en Chile el surco hacia el socialismo. Su herencia se agranda conforme pasan los años, y su ejemplo se torna más y más iluminador en la tarea inacabada de conquistar para nuestro país una sociedad verdaderamente democrática.

ORLANDO MILLAS

Los escritos de prensa de Recabarren

La sensación que produce tener en las manos el primer tomo de la recopilación efectuada por Ximena Cruzat y Eduardo Devés* es de alegría por el aporte que significa al conocimiento de la obra de Recabarren y al esclarecimiento de asuntos fundamentales de la historia de Chile. Y hay algo más: la admiración por el coraje intelectual y la honestidad profesional con que estos investigadores han cumplido su tarea y comienzan a editar el fruto de su trabajo aún bajo la tiranía fascista.

Ciento setenta y seis de los primeros artículos y notas publicados en la prensa chilena por Luis Emilio Recabarren Serrano fueron encontrados y reunidos en este volumen por Ximena Cruzat y Eduardo Devés. Algunos de estos escritos aparecieron a la vez en varios periódicos, a veces con leves modificaciones, por lo que debieron limitarse a seleccionar su primera versión o una de ellas.

La lectura del volumen permite cerciorarse de que estamos ante una recopilación muy rigurosa. No era fácil realizarla con tanta acuciosidad. Para comprenderlo hay que tener en cuenta que el estudio más completo y profundo sobre ese período es el que hizo el historiador Fernando Ortiz y que se condensa en su tesis de 1956 recién publicada por Libros del Meridión con el título *El Movimiento Obre-*

ro en Chile 1891-1919. Ortiz descubrió más material que nadie, lo que le dio a su tesis una base documental impresionante. Pues bien, en la actual recopilación figuran artículos aparecidos en ocho periódicos que Ortiz no alcanzó a examinar personalmente: *La Tarde* y *La Opinión* de Santiago, *La Voz del Pueblo* de Valparaíso, *El Trabajo* de Tocopilla, *Tierra y Libertad* de Casablanca, *La Defensa* de Coronel y Lota, *El Trabajo* de Coquimbo y *La Democracia* de Nueva Imperial, además de once que nutrieron su tesis. *La Democracia* de Santiago, *El Trabajo* de Iquique, *El Siglo xx* de Santiago, *El Marítimo* de Antofagasta, *La Voz del Obrero* de Taltal, *El Proletario* de Tocopilla, *El Defensor de la Clase Proletaria* de Iquique, *La Claridad del Día* de La Unión, *El Deber* de Chañaral, *El Eco Obrero* de Concepción y *La Luz* de Lebu.

Este amplísimo repertorio de la recopilación nos entrega un cuadro muy rico de los primeros tramos de la obra de Recabarren. Es así que podremos ahora evaluar mejor la magnitud y la calidad de las Mancomunales. Se extendieron de norte a sur del país, teniendo su mayor vigor en la zona salitrera. Asumieron de hecho el papel sindical, unitario y de clase, desarrollaron la lucha por los intereses y las aspiraciones del proletariado en una

* Recabarren. *Escritos de Prensa (Tomo I: 1898-1905)*. Santiago, Edic. Nuestra América/Terranova. 192 págs.

Orlando Millas es periodista y miembro de la Comisión Política del Partido Comunista de Chile. Es autor de diversos libros, entre ellos *De O'Higgins a Allende*, que aparecerá próximamente.

serie muy amplia de iniciativas y actividades —como eran las cooperativas, los almacenes obreros que competían con las pulperías, los socorros mutuos, la atención a los enfermos, las escuelas para adultos y otras para niños, los centros culturales, las filarmónicas, los conjuntos teatrales, etcétera y publicaron periódicos y organizaron conferencias y charlas, constituyéndose prácticamente en vanguardia política. Son una creación original de la clase obrera chilena. Con ellas tuvieron una primera forma, germinando, tanto la futura organización sindical y sus grandes centrales —la Federación Obrera de Chile (FOCH), la Confederación de Trabajadores de Chile (CTCH), la Central Única de Trabajadores (CUT)— como el Partido Obrero Socialista, nacido en 1912 y que más adelante pasó a denominarse Partido Comunista de Chile. De la labor de socorros mutuos que se practicaba desde el siglo pasado y que tomó un nuevo impulso con las Mancomunales surgió el imperativo de que hubiese un sistema de seguridad social. De la tenacidad con que combatieron las Mancomunales por las reivindicaciones de los trabajadores vino el que debiera haber Código del Trabajo, derechos sindicales, derecho de plantear conflictos y suscribir convenios colectivos y derecho de huelga. Pero, sobre todo, de la definición ideológica y política elaborada en las Mancomunales se desarrolló el pensamiento y la conciencia de lo que es el capitalismo y de la posición de la clase obrera en favor del socialismo.

Artículo por artículo encontramos la hazaña de Recabarren, que fue elaborando una línea política revolucionaria con empeño incansable. Conocemos en estos escritos de prensa la dialéctica del período en que la corriente anticapitalista militaba en el Partido Demócrata, veía la posibilidad de expresarse a través suyo e incluso depositaba ilusiones en su actuación; pero al mismo tiempo desarrollaba una nueva fuerza que se forjaba como vanguardia y tenía su centro en las Mancomunales. Encontramos este

proceso tan notable tal como fue, sin adornos ni idealizaciones.

Grandes asuntos que más adelante se precisarían, y en que Recabarren llegó a certezas magistrales, en sus artículos de 1898 a 1905, estaban aún larvados y el maestro de la clase obrera chilena se aproximaba recién a ellos. Tales son los casos del anarquismo y del reformismo.

El anarquista Alejandro Escobar y Carvallo le enrostró con cierta prepotencia a Recabarren: “Hasta la fecha, usted no ha hecho otra cosa que organizar a los trabajadores de las pampas, pero ni usted ni ellos saben el objeto de tal organización” y le preguntó: “¿Es usted socialista?” ¿Es usted anarquista? ¿O es usted demócrata?” (pág. 175). Le respondió: “¿Qué soy yo? Es decir, ¿en qué escuela milito? ¡Soy socialista revolucionario!” (pág. 165). Esto lo afirmó categóricamente, con el respaldo de una labor ya inmensa, en agosto de 1904, o sea, antes de su primera candidatura a diputado, antes de la masacre de la Escuela Santa María, antes de la primera revolución rusa.

Proclamó en otro de sus artículos ahora recopilados: “¡El comunismo! Vivir en comunidad de intereses iguales, sin opresores y oprimidos, sin ricos ni pobres, sin señores ni sirvientes; todos bajo un techo de fraternidad sirviendo a la obra común de embellecer a la humanidad para recoger cada uno, individualmente, el estímulo de la satisfacción de haber contribuido a un bien común, a una parte más de vida feliz y libre” (pág. 58). Y exaltó a su clase escribiendo: “Sin nosotros no habría nada, sin nosotros nada tiene valor” (pág. 59). En *El Proletario* de Tocopilla contestó a los que pretendían detener con represiones la marcha del movimiento obrero: “Y cuidado que esa marcha no puede detenerse porque será ponerle diques al torrente” (pág. 123). Verificó con sano orgullo el desarrollo de las Mancomunales: “No es una sola la Mancomunal que hoy se encuentra en buen pie, son todas; de Iquique a Valdivia se ve inusitado el movimiento obrero, un

engrosar de filas, un entusiasmo que maravilla" (pág. 126). A sólo treinta y cuatro años de la Comuna de París, saludó su aniversario recordando: "Pero como los gobiernos se amparan todos, el gobierno alemán puso en libertad al ejército francés prisionero y vencido, con el cual el gobierno francés fusiló al pueblo matando más de treinta y cinco mil trabajadores y destrozando así la primera revolución comunista que proclamaba la vida libre". Dedujo de su análisis: "Nuestros hermanos de la Francia nos señalaron el camino, gritemos con ellos: ¡gloria a la Comuna y a sus mártires!" (pág. 139). En un estilo sencillo, llamaba a los trabajadores a la lucha: "No hay que desmayar ni cansarse jamás para una obra que es bien general, menos ser cobarde" (pág. 140).

A cada paso, esta recopilación nos entrega hallazgos notables. Entre tantos, aquel lejano artículo lapidario de Recabarren descubriendo los rasgos de burgués despiadado de un joven regidor de Valparaíso, Gustavo Ross Santa María, que a través de una vida en que llegó a ser el gran caudillo, fríamente reaccionario, de la vieja oligarquía, justificaría plenamente ese juicio condenatorio vertido en 1903 (págs. 16, 17 y 18).

Precisamente en las ocasiones en que permaneció en ese tiempo en las cárceles escribió algunos de sus artículos más significativos. El 11 de mayo de 1903 los obreros en huelga en Valparaíso incendiaron el edificio de la Compañía Sudamericana de Vapores y fueron bateados por los empleados superiores de *El Mercurio*, asesinando a siete trabajadores, de donde le vino al decano el apodo de "El Matasiete". Recabarren redactó en su celda de la cárcel el artículo "Protesta práctica", solidarizándose sin ambages con los huelguistas, en el cual acusó a los verdaderos culpables ("Y sobre los trabajadores se pretenderá hacer recaer la responsabilidad de estas desgracias, cuando en verdad los únicos responsables son los gerentes de compañías de vapores y el gobierno, que no ha tenido talento ni

corazón para impedir las desgracias ocurridas, haciendo meramente justicia") y sostuvo: "No olvidemos la lección que nos da hoy el gremio de obreros marítimos y juntos con ellos no abandonemos la labor de seguir preparando la resistencia al capital, para asegurar el éxito de las luchas sociales que nos aguardan en el porvenir" (pág. 15). Más tarde, cuando Alejandro Escobar y Carvallo le enrostraron que se hubiese opuesto enérgicamente a que los obreros de Tocopiella hiciesen volar, indignados por su prolongado encarcelamiento, los edificios públicos de ese puerto, le contesta: "¿Me reprocha usted que evite la *limpia*, que el pueblo, no sólo los mancomunales, deseaba hacer para escarmiento de los pícaros? Eso era lo lógico y razonable. Amo la violencia, soy partidario de la violencia, pero cuando su energía es aprovechada útilmente" (pág. 167). La argumentación que desarrolla en ese artículo traza una línea divisoria entre la justificada violencia revolucionaria de masas y los métodos terroristas preconizados por los anarquistas, que repudia.

En fin, lo cierto es que esta nota se haría interminable si continuase comentando las diversas lecciones contenidas en esos modestos pero trascendentales artículos de los primeros años de actuación política del maestro de la clase obrera chilena. Quisiera, al menos, dejar constancia, además, de su actitud unitaria, abierta, con firmeza de principios, franqueza y disposición al diálogo y al entendimiento de las fuerzas populares, buscando siempre aunque fuese un ápice de verdad en cada planteamiento democrático. En su polémica con los anarquistas, les hace ver: "La conducta de la mayoría de los anarquistas me sugiere esto: que ustedes se creen los únicos hombres perfectos, completos, maestros y apóstoles y por eso miran envanecidos con desprecio a los demás y los critican feamente cuando no piensan como usted. Ese es un defecto grave" (pág. 164).

Ximena Cruzat y Eduardo Devés

fueron escrupulosos en incluir sólo los artículos y las notas firmados por Recabarren. Es lo correcto. Pero, por lo mismo, se requiere que la investigación histórica complete el cuadro. Por ejemplo, Juan de la Cruz Leyton recordaba que, siendo niño, acompañó a su padre lancharo cuando éste trasladó a Recabarren desde el barco en que llegó por primera vez a Iquique enviado por el periódico *La Democracia* de Santiago. Fue el inicio de su

contacto directo con los obreros del salitre y con una de las Mancomunales. Se puede suponer que ha debido escribir algo sobre eso, posiblemente sin firma o con seudónimo.

Lo cierto es, en todo caso, que esta recopilación ayuda extraordinariamente a apreciar al Recabarren real y hará posible abordar la gran tarea de la preparación en un futuro próximo de sus obras completas.

IVAN LJUBETIC V.

“Don Reca” en varios tiempos

1

En Llo-Lleo, frente a la plaza, a pocos metros de mi casa, estaba la pastelería “La Hormiguita”. Allí íbamos a comprar los pasteles más ricos que he probado en mi vida. Fabricaban y vendían esos dulces dos simpáticas viejitas. Eran hermanas y, si no me equivocó, se llamaban Mercedes y Clara.

Llegué a conocerlas y visitar su casa, también frente a la plaza, no debido a los pasteles, sino porque el Tololo —un pariente de ellas— era amigo mío y socio del Club Estrella, del cual era yo presidente.

Estábamos en 1946 y yo tenía quince años.

Un día vi a una de las hermanas hablando ante un retrato colocado en una habitación de la casa. Comenté esto con el Tololo y me explicó que esa vieja foto era de un hermano de ellas, que había sido muy bueno, al que querían mucho y les contaban sus problemas como a un santo.

Años después supe que el hombre del retrato era Luis Emilio Recabarren.

Nunca podré conformarme por no haber sabido entonces, hace cuarenta años, quién era el hermano de esas dos amables señoras, y no haber podido así conversar con ellas sobre don Reca.

2

Hacia comienzos de los años 50 estudiaba en el Pedagógico de la Universidad de Chile y vivía en casa de mi tío Juan Vargas Puebla en calle Gaspar

de Orense, allá por Quinta Normal.

Una tarde, mi prima, que preparaba un trabajo para el Liceo Darío Salas, me preguntó cómo se escribía la pala-

Iván Ljubetic es profesor de historia. Vive en Francfort, República Federal Alemana.

bra escena. Yo, como buen estudiante universitario, le respondí con rapidez y seguridad: "escena".

Mi tía Ida, que planchaba ropa cerca de nosotros, al parecer totalmente absorta en su tarea, levantó la cabeza y dijo:

—Me parece que no es así. Creo que se escribe "escena". Para más seguridad, ¿por qué no consultan el diccionario?

Disimulando mi molestia y para demostrar que no estaba equivocado corrí a buscar el diccionario. Resultó que la tía tenía razón. Al comprobarlo la miré sorprendido y admirado. Ella pescó al vuelo mi pensamiento y me dijo con cariño:

—Usted se extraña que su tía proleta sepa algo de estas cosas. Es que yo tuve la suerte de trabajar en una imprenta con el compañero Recabarren. El me enseñó lo que no pude aprender en la escuela. Llegué a ser correctora de pruebas. Por eso tengo buena ortografía...

Ida Osorio lo dijo con sencillez y me dio una gran lección esa tarde, mientras planchaba ropa ajena en la modesta lavandería que por entonces tenía.

En otra ocasión me contó cómo ella había llegado a actuar en una obra teatral, junto a Elías Laferte, en un grupo de teatro organizado por don Reca.

3

Tres años después, continuaba estudiando en el Pedagógico y vivía en una pensión de la calle Arturo Prat cerca de Diez de Julio. Entre los pensionistas había allí un viejo contador, cuyo apellido, si recuerdo bien, era Arredondo. Un día me invitó a conversar a su pieza y me relató una experiencia vivida por él, que trataré de reproducir lo más fielmente posible:

—Debe haber sido hacia 1919. Yo trabajaba en una salitrera cerca de Iquique. Era contador, secretario y hombre de confianza de los gringos dueños de esa y otras oficinas salitreras. Un día llegó la noticia de que los obreros se iban a reunir para escuchar a un agitador rojo de apellido Recabarren. El administrador me llamó y dijo: Usted es un hombre leído e inteligente. Queremos encargarle que vaya a esa reunión y ponga en ridículo a ese perturbador de la paz social, que le reste toda autoridad ante los obreros. Así evitaremos problemas en el futuro. Tomé la tarea con responsabilidad. Estaba un poco nervioso, pero contento de tener la oportunidad de mostrar mis conocimientos y mi facilidad de palabra. Llegó el día. Cuando entré al salón, éste estaba repleto de trabajadores, los que al verme llegar me reci-

bieron con muestras de sorpresa y no disimulado repudio. Algunos silbaron. Otros hicieron gestos poco amistosos. Un hombre que estaba sentado en la presidencia, se puso de pie e hizo una señal pidiendo calma. Cesaron las manifestaciones hostiles. Entonces, la misma persona me invitó a tomar asiento indicándome un lugar vacío en la primera fila.

Se inició la asamblea. Habló brevemente un dirigente local y luego ofreció la palabra a Luis Emilio Recabarren, quien resultó ser la persona que me había recibido tan amablemente.

Contra lo que yo esperaba, Recabarren no habló con palabras encendidas ni despotricó contra nadie. No fue un discurso el que pronunció. Desarrolló una conversación tranquila, de profunda sencillez, llena de ideas y enseñanzas.

Comencé a tomar notas y a pensar cómo refutarle. Pero pronto dejé de nacerlo. Ese hombre me agarró en tal forma, que no quería perderme ni una palabra ni un gesto de él. Nunca en mi vida he escuchado a alguien más convincente.

Cuando terminó de hablar, no pude resistirme: me puse de pie y aplaudí entusiastamente. Los trabajadores me

miraron con desconfianza, primero, pero luego sonreían. Aplaudimos largo rato. De pronto Recabarren se acercó a saludarme. Yo lo abracé diciéndole: vine aquí encargado por la compañía para demoler sus argumentos, pero usted me ha ganado con ellos.

4

En el invierno de 1956, cuando cumplía un año trabajando como profesor de historia en el Liceo de Nueva Imperial, una de las tres hermanas Jiménez que tenía como alumnas me dijo que su padre me invitaba a comer esa noche. Me sorprendió el mensaje y el resto de la tarde lo pasé pensando cuál sería el motivo de ese gesto del vecino Jiménez.

El era un carabinero gordo y colorado, no estoy seguro si sargento o cabo, que tenía una numerosa familia y vivía casi al frente de la casa en que yo pagaba pensión. Cada vez que nos veíamos nos saludábamos amablemente, pero hasta entonces nunca habíamos cruzado una palabra.

Eran las 20 horas de una lluviosa noche invernal sureña cuando yo golpeaba la puerta. Vino a abrirme una de mis alumnas y pronto estábamos ya sentados todos a la mesa. Conversamos del tiempo, del liceo, de los vecinos... Fue una velada muy agradable: sin formalidades, buena comida, un excelente vino, mucha simpatía.

Al término de la cena, la madre de mis alumnas tomó la guitarra y dijo que cantaría una canción muy antigua que me dedicaba a mí. Era un hermoso vals, cuya letra me emocionó. Al terminar, la dueña de casa me explicó que esa canción, que yo nunca antes había escuchado, se la enseñó su padre, un trabajador del salitre, el cual a su vez la había aprendido de un gran dirigente obrero que la cantaba siempre luego de hablar en las concentraciones. Ese dirigente, que, según el padre de ella, no tenía muy buena voz pero que can-

Vi en los ojos de Recabarren emoción y alegría. Me dijo: Gracias, compañero.

Así conocí a Don Reca. Al día siguiente me despidieron del trabajo. Perdí la pega, pero gané la felicidad de saber hacia dónde camina la historia...

taba con contagioso entusiasmo, se llamaba Luis Emilio Recabarren. En ese momento todos los Jiménez me hicieron un gesto de complicidad. Entonces entendí el motivo de la invitación.

Veinte años después, viviendo en el exilio, encontré en un libro dedicado a Violeta Parra (*Violeta del Pueblo*) el texto de ese vals que me emocionó en una noche de junio, hace treinta años, en una aldea de la Frontera, ubicada en donde los ríos Cautín y Chol-Chol se unen para formar el Imperial:

"Cuando llegan las noches de invierno [no

*los palacios de luces se llenan
y los pobres se mueren de pena
en sus casas sin lumbre ni pan.
Y la cruel burguesía se ensaña
contra todos los trabajadores,
pero llegan ya tiempos mejores
y su crimen tendrán que pagar.*

*Es muy triste vivir
es terrible habitar
en la tierra de crueles burgueses
donde sólo se sabe explotar.*

*Si la plebe reclama derechos
los burgueses se niegan a dar
y los llevan con grillos a la cárcel
o los echan al fondo del mar.
Yo quisiera mirar toda roja
una sola bandera en la tierra
y q'el hombre no fuera a la guerra
y q'el hombre no muera en prisión.*

*Es muy lindo vivir
es muy lindo habitar
en un lindo país socialista
donde saben los hombres amar."*

5

Una mañana de enero de 1969. Había llegado a Villarrica en una de las tantas giras realizadas en mi condición de Presidente del Consejo Provincial Cautín de la CUT. Participamos en una reunión de los pensionados de la ciudad y sus alrededores. Al término de ella, uno de los dirigentes de la Asociación me invitó a su casa.

Mientras caminábamos, contemplaba el hermoso paisaje: el lago, el cielo azul, el volcán con su cima blanca y un leve penacho de humo saliendo de su cráter. El *compañero*, siguiendo mi mirada, comentó:

—Es lindo el panorama, lástima que nuestra vida sea tan difícil. Yo vine a parar ya viejo por estos lugares. Nací cerca de Curicó, mi familia era campesina y pobre. Muy cabro me embarqué en un enganche y llegué al norte. Trabajé en el salitre. Quedé cesante hacia 1930 y me vine a Santiago. Trabajé en lo que pude, hasta que un amigo me escribió diciéndome que tenía una pega para mí en un aserradero cerca de Villarrica. Y aquí me quedé.

Mirando y conversando llegamos a la modesta y bien cuidada casa del dirigente. Me presentó a su compañera, quien nos esperaba con el almuerzo listo. Terminamos de comer y mi anfi-

trón se levantó de la mesa para volver rápidamente con un paquete.

—Este es mi tesoro, me dijo. Sus manos curtidas por el trabajo y muchos soles, ahora algo temblorosas, desataron el cordel con que estaban amarrados y me pasó unos diarios. Eran viejos ejemplares de *El Despertar de los Trabajadores*, uno de los tantos periódicos fundados por Recabarren. Tenían una antigüedad de medio siglo.

—En diarios como éstos, dijo con los ojos húmedos, aprendí a leer. Allá en la pampa me hice hombre y maduré. La vida era dura, muy dura. Pero estábamos organizados, teníamos nuestros diarios, teníamos la FOCH y también a don Reca. Tuve la suerte de conocerlo. Fue para mí, como para muchos otros miles de obreros, un maestro y un guía. Venga, me invitó. Y me llevó a su dormitorio. Era una pieza pequeña con dos camas, un velador y un armario. En la pared, sobre las cabeceras, algunas fotos. Al medio, en un marco, una vieja fotografía sacada de un periódico, de Luis Emilio Recabarren.

—Aquí tengo a don Reca, murmuró con voz ronca, me acompaña siempre y me ayuda en los momentos difíciles. Es como mi ángel de la guarda...

6

Esa mañana de junio de 1980 estábamos reunidos cuatro chilenos en el local del Círculo Cultural Pablo Neruda de Francfort del Meno, en la RFA. Una de nuestras tareas era decidir sobre el título de una publicación que, al igual que los seres humanos, había nacido aún sin nombre por esos mismos días. Teníamos ante nosotros una lista de más de setenta proposiciones.

Antes de iniciar la elección del nombre, nos pusimos de acuerdo de que éste debía representar claramente nuestros principios y al mismo tiempo ser amplio, debía ser un símbolo del Chile combatiente y al mismo tiempo de significado internacionalista. Luego de un breve debate, hubo unanimidad: "*Don Reca*".

Luis Emilio Recabarren, de cuyo nacimiento se han cumplido 110 años el 6 de julio, es uno de los chilenos que más ha influido y sigue influyendo en la vida del país. Fue el fundador del Partido Obrero Socialista, del Partido Coqueza humana: fue revolucionario audaz, líder carismático, orador convincente, internacionalista convencido, maestro, periodista, escritor, formidable organizador y teórico esclarescido.

Su labor fue gigantesca. Salvador Allende, refiriéndose a él en un discurso pronunciado el 1 de diciembre de 1972 ante el Congreso Nacional de México, dijo: "Luis Emilio Recabarren habla, escribe, recorre los pueblos,

comunista de Chile y de múltiples organizaciones proletarias: sindicatos, centros culturales, grupos de teatro. Fue el impulsor incansable de la prensa popular.

Recabarren reúne una increíble rigolpea las conciencias de los trabajadores, eleva el nivel político del pueblo y señala las lacras del régimen capitalista".

Y don Reca combate hoy. Lo dicho por él en Tocopilla en 1903 tiene plena vigencia: "La revolución seguirá impertérrita su marcha, tranquila si la libertad la ampara, violenta y terrible si se la pretende detener en su camino. Quien siembra odio, cosechará venganza".



Convertir en realidad la esperanza del triunfo

*Conversación con
Fernando Castillo Velasco*

CARLOS ORELLANA

—Para muchos chilenos ha sido de algún modo una suerte de sorpresa verlo durante todos estos años asumiendo actividades y aun responsabilidades políticas. Yo lo recuerdo como alcalde de La Reina, donde yo viví, y la imagen que tengo en la memoria es la del arquitecto empeñado en tareas de fundación, de creación de una comuna.

—Para mí es un recuerdo muy hermoso. Yo vivía como arquitecto muy embebido, muy poseído por mi vocación, pretendiendo hacer cosas que me interpretaran, poniendo edificios o casas, tal vez inconscientemente, en lugares donde pudieran perdurar y ser vistos por mucha gente. En eso yo era un arquitecto como son todos los arquitectos.

»Al llegar al municipio me di cuenta de que el mundo era completamente distinto; que el arquitecto no podía ser una expresión arbitraria de sus propios conceptos estéticos, profesionales, sino que era un servidor de la sociedad y tenía que ser intérprete de su pueblo, de sus anhelos, su cultura, su vocación histórica, de todo lo cual hay que compenetrarse para que uno pueda ayudar. Antes yo era un arquitecto con un éxito relativo, un simple observador de una obra que luego quedaba allí, en la calle, y la experiencia de la alcaldía me hizo cambiar muy fundamentalmente: entendí que era mucho mejor meterse con tres mil pobladores y construir una ciudadela con sus manos y con las mías, trabajando en una obra en la cual era posible

depositar una gran dosis de amor. Esto me abrió horizontes insospechados.

»Yo llegué a hacerme cargo de la alcaldía a petición de Bernardo Leighton, que era ministro del Interior del gobierno de Frei. Me nombraron por simple decreto, porque era un comuna nueva, donde no había todavía elecciones. Entré a reemplazar a una persona que había sido designada en tiempos del presidente Alessandri y que en ese momento estaba presa por un problema de malversación de fondos. Asumí el cargo, pensando con una cierta liviandad que de lo que se trataba era de seguir actuando como arquitecto, sólo que a otra escala, en una dimensión mayor, pero lo cierto es que el primer problema que me tocó enfrentar fue el de un decreto firmado por mi antecesor que ordenaba la expulsión de todos los pobladores 'ines- tables' de la comuna. La medida afectaba a unas mil ochocientas familias que vivían en sitios eriazos, o a lo largo del canal San Carlos, a veces viviendo con el agua hasta las rodillas.

»La verdad es que la decisión había sido inspirada por los propios vecinos de La Reina, que estaban agrupados en una organización muy fuerte aparentemente, porque habían sido capaces de lanzar un movimiento que pudo conseguir la creación de la comuna desgajándola de Ñuñoa. (Yo debo decir que a pesar de que también era vecino del sector, no participé en ese movimiento.) Estos vecinos habían conseguido del anterior alcalde la orden de expulsión de todos aquellos pobladores, considerados 'despreciables'.

»Dejé sin efecto el decreto, no sin antes conseguir varias cosas: en primer lugar, convencer a 'vecinos' y 'pobladores' que todos eran habitantes de la comuna, y de que debían aprender a convivir. Allí entendimos que para ser realmente 'vecino' hay que ser poseedor de una casa, de un hogar en torno al cual se organiza la familia, de modo que asumimos todos la responsabilidad de emprender algún día esa tarea; pero, mientras tanto, se trataba de que todos debían sentirse vecinos y aprender la convivencia en tanto tales. En segundo lugar, logramos introducir en los sistemas electorales de los organismos de pobladores los mecanismos que garantizaran la presencia de las minorías. Porque no podía aceptarse que el presidente fuera demócrata-cristiano, y el vicepresidente también demócrata-cristiano, y el tesorero, y el secretario también. Les dije que ese tipo de elección no servía para nosotros, porque el problema que teníamos nos concernía a todos, y lo íbamos a enfrentar todos juntos, sin negar a ningún grupo. Y de esta manera hubo desde entonces muchas elecciones durante los años en que fui alcalde, y los presidentes fueron una vez demócrata-cristianos y otras veces marxistas, y todo lo que se hizo, la construcción de poblaciones, la instalación de industrias que explotaban los propios pobladores, todo se hizo en plena convivencia ideológica. Cuando había elecciones, una vez al año, todos los grupos luchaban

muy fuertemente, pero una vez pasadas todo el mundo se dedicaba a su tarea y a cumplirla lo mejor posible, con absoluta responsabilidad y en un clima de plena comprensión humana.

»Después nos preocupamos de lo que se llamó Plan de Desarrollo de La Reina, y para el cual me apoyé en la Facultad de Arquitectura de la Universidad Católica, en la cual yo era profesor. Mi Escuela se puso en campaña para pensar qué se podía hacer realmente con La Reina. Tradicionalmente, la comuna chilena era una institución sin vitalidad, que manejaba un presupuesto pequeñísimo, apenas para pagar el barrido de las calles y los sueldos de quienes lo hacían. No había otros programas posibles en esas condiciones. Con la ayuda de los estudiantes de la Facultad elaboramos, no un plan regulador como el que se estila normalmente para las ciudades, sino lo que llamamos Bases para un Plan de Desarrollo, que procuraba diseñar un desarrollo posible en lo social, lo económico, lo político, el desarrollo físico comunal en todo sentido, todo ello fundado en las aspiraciones de la gente. Fue un trabajo que contó con una gran participación del vecindario; había además una escuela entera trabajando. Se vio lo que era la comuna, los recursos con que contaba, sus deficiencias; nos planteamos una serie de objetivos utópicos, y al lado de ellos, las recomendaciones para la acción concreta, lo que necesitábamos para acercarnos a esas utopías; ése era el plan de desarrollo, en el cual cualquier persona podía encajar, dándose alguna tarea en tres planos, en el corto, el mediano o el largo plazo. Con la idea dominante de la participación, nos formulamos así más de trescientas tareas, en las que lo decisivo era una gran iniciativa común. Todo lo que proyectábamos en torno a la municipalidad tenía un foco central, un terreno situado al borde del canal de Las Perdices, donde teníamos la idea de instalar una casa de la cultura, un centro regional de deportes, instalaciones para liceos, incluso el Internado Nacional Barros Arana; una biblioteca, el local municipal, etc. Compramos esos terrenos, lo que era el fundo La Reina, al Instituto Forestal; después del golpe los milicos se lo robaron, y allí tienen la Academia de Guerra...

—*Da que pensar, ¿no le parece?, esa visión de lo que fue su comuna en otros tiempos, y lo que son hoy, las municipalidades en esta época de alcaldes invariablemente 'designados'.*

—Hoy hay una bota militar que presiona y aprisiona y oprime a todo el pueblo. Esa vocación popular para realizar sus cosas, para desarrollar el espíritu solidario, de cooperación, yo creo que es una filosofía de la vida que no se aviene con los postulados de la tiranía,

—*Yo creo que ha sido un capítulo muy importante de su vida, y que tal vez sea el punto de partida de una presencia pública suya que algunos caracterizan como humanista, y que logró concitar en torno suyo una adhesión bastante grande...*

—Yo vivía inmerso entre la gente, me iluminaba con ellos, y la

obra que hicimos de autoconstrucción de viviendas con mil seiscientas familias fue una de las pruebas mayores. Yo mismo pisaba el barro para hacer ladrillos con ellos, los sábados y domingos. Eso me mostró la vitalidad y la capacidad de este pueblo. Una prueba de que todo esto pesó de verdad en el espíritu de la gente fueron las elecciones que se realizaron unos dos años después de haber sido yo designado alcalde. En las votaciones a regidores obtuve el 70 por ciento de la votación de la comuna, y esto no tiene nada que ver con el partido político al cual yo pertenecía. La gente sentía que yo estaba metido en un proyecto y no quería que ese proyecto se desarmara, así es que votaban por mí para que continuáramos juntos en esa obra. La Reina era un poco una especie de 'Patria separada', según afirmó una vez un periodista.

»Recuerdo mis relaciones con Daniel Vergara, que en su campaña electoral como candidato a regidor, me atacó por las cosas en que estábamos. Cuando tuvimos la primera sesión municipal, yo le dije: 'Mire, usted opina distinto que yo en algunos problemas, pero usted ya hizo su campaña, ya salió elegido regidor, y ahora nos toca cumplir el mandato que el pueblo nos ha entregado, así es que quiero que sepa que aquí nadie podrá venir ahora a reclamar por lo que se hace, porque usted va a ser coautor de lo que se haga'. Le di a elegir un área específica de responsabilidades y en ella trabajó con plena autonomía, con plenos poderes. Un par de meses después tuvimos la oportunidad de hablar de nuevo, y a partir de entonces fuimos en verdad muy amigos. Nunca más volví a tener un problema con él, ya que era un tipo que quería hacer lo mismo que yo, aunque más radicalmente.

»Recuerdo estas cosas para mostrar cómo se fueron conformando paulatinamente, lo que tuvo una tremenda trascendencia posterior para mí, ya que de alcalde de La Reina —alguien recluido en su comuna y empeñado en tantas cosas hermosas— tuve que proyectarme a otras responsabilidades en la Universidad Católica, donde yo era como ya dije profesor en la Escuela de Arquitectura.

—Así empieza su etapa de educador, que yo no puedo dejar de asociar en mi recuerdo al golpe militar del año 73. Fui testigo en la Universidad Técnica del Estado —donde yo trabajaba— de cómo el rector Kirberg trató, la noche del día 11, de comunicarse telefónicamente con usted. Nos estaban bombardeando y él quería denunciarle eso a usted, que en ese momento ocupaba, me parece, la presidencia del Consejo de Rectores. Las líneas estaban cortadas y la comunicación no pudo establecerse, por supuesto. Para usted fue también el fin de sus funciones al frente de la Universidad Católica; pero ahora me está contando de los comienzos.

—Sí, y fue algo tan casual, tan inesperado... Primero ocurrió que los alumnos se habían tomado la Universidad: la Casa Central, que ocupaban, algunas sedes de provincias. El problema se resolvió, por

fin, entre otras cosas, gracias a un acuerdo para elegir a un Pro-rector, mandatario que actuaría con plenos poderes y que sería designado de común acuerdo entre el Cardenal de Santiago y los estudiantes, quienes se pronunciarían votando para designar una lista previa de cinco nombres. Los alumnos empezaron por desocupar la Casa Central, y al día siguiente, en la plaza Pedro de Valdivia, ahí donde está la parroquia universitaria, se organizaron las votaciones. Alguien había propuesto mi nombre y conforme la elección avanzaba, mucha gente empezó a inclinarse por mí, distanciándome ostensiblemente en los cómputos de los otros candidatos. Yo estaba ahí, y pude escuchar a un profesor que, al lado mío, decía: '¿Quién es ese tal Castillo que está recibiendo tantos votos?' En realidad, yo era un desconocido, pero existía el mito de La Reina y eso me había hecho salir del anonimato.

Obtuve, en fin, la primera mayoría, y el Cardenal aceptó la opción estudiantil. Con su acuerdo, fui designado pro-rector por el Consejo Superior de la Universidad. El mismo rector en funciones aceptó el predicamento. Pero no fue todo tan fácil. A poco andar, quedó en evidencia que el rector interpretaba los acuerdos, en lo que a mis atribuciones se referían, de un modo diferente que los estudiantes y el Cardenal. Yo no tenía ninguna pretensión de expulsarlo, de quitarle sus derechos, pero en definitiva él no estaba satisfecho con lo que veía venir, de modo que prefirió abandonar sus funciones. Simplemente no volvió a la universidad. Yo llegué a ella una noche. Fue una experiencia preciosa. Virtualmente nadie me conocía y yo ni siquiera disponía de una credencial, algún papel que dijera que yo era pro-rector. Golpeé a la puerta cerca de las dos de la madrugada y allí me recibieron miles de estudiantes, además de todas las unidades académicas de la universidad. Fue una noche inolvidable, de alegría y jolgorio.

»Como el rector saliente se había quedado en su casa, hubo que pedirle que renunciara, porque yo al principio no tenía poder real alguno, ni siquiera podía firmar un cheque. Fui entonces designado rector interino, y mi tarea principal fue preparar el Claustro que debería elegir al nuevo rector definitivo. Hice todo lo posible por no ser de nuevo candidato. A los estudiantes que me iban a ver yo los instaba para que pensarán en otros nombres. Recuerdo haberles dicho: ¿Por qué no van a conversar con William Thayer (que entonces era ministro, de Justicia o del Trabajo, no sé bien, y a quien yo creía una buena persona) o con Máximo Pacheco? Ellos iban, pero igual volvían siempre para decirme que no, que querían que yo fuera el nuevo rector. El Consejo Superior determinó que no había contradicción entre mi calidad de rector interino y el que yo mismo fuera candidato, de modo que fui a las elecciones. Tuve una mayoría abrumadora, confirmada luego por la Santa Sede, que debía pro-

nunciarse sobre una terna que iba encabezada por mi nombre.

»Fue en mi vida un período realmente espectacular. Pensándolo ahora, comprendo mejor lo que significaba ser rector de una universidad, poder ser intérprete de lo que en ese tiempo eran los anhelos de la juventud, tener la posibilidad de hacer cosas en lo concerniente a la participación, transformar el trabajo científico, ayudar a esa universidad a encontrar sus raíces buscándolas en el seno de la cultura del pueblo. La idea de crear pero visualizando el futuro de Chile, que es lo que le puede dar sentido a la fundación de un Instituto de Ciencias Biológicas, o de Matemáticas o de Física. Una universidad como motor de cultura. Y por otro lado, la democratización total del poder en esa universidad. Este planteamiento, que significa que cada universitario es dueño y responsable del manejo de su universidad, porque ésta pertenece a la comunidad universitaria, generó un tipo de solidaridad parecida a la que yo había ya vivido en La Reina. La gente sintió de verdad lo que era el compromiso y no recuerdo que se haya producido nunca —y lo atribuyo a eso— un rechazo en el Consejo Superior a cualquier proyecto que yo haya presentado.

»Quiero subrayar esto último, señalando que esto no fue el resultado de que me hubiera apoyado en particular algún partido político. La aprobación de los proyectos de la Reforma no fue nunca el producto de la formación de mayorías. Ellos recorrían toda la universidad y todo el mundo decía por qué quería esto o lo otro, o por qué iba a hacerlo o no hacerlo, y así todo el mundo diseutía en el seno de los consejos de cada una de las unidades académicas. Y allí se obtenían resultados, surgían modificaciones, y luego se presentaba todo al Consejo Superior, sin preámbulo alguno, y en el debate lo que interesaba era profundizar más y más el problema. Algunas veces determinados proyectos se votaban políticamente, y era justo que así fuera, pero lo normal era que en las votaciones los motivos para inclinarse por una u otra solución tenía otras connotaciones. Ocurrió muchas veces que la derecha y la izquierda votaron unidas en el Consejo, o que los democristianos votaban enteramente en contra de algún proyecto presentado por alguien emparentado políticamente con ellos.

»Un buen ejemplo de cómo se trabajaba en la Universidad fue la distinción y aprobación de su Estatuto Orgánico. Un Estatuto en que se determina que la Universidad Católica es mucho más católica que lo que la Santa Sede aspiraba. No sólo por la presencia de un rector católico y de la acción pastoral que se hacía dentro de la universidad, o por el papel jugado por la Facultad de Teología, cuya misión era el diálogo con la ciencia para establecer una vinculación entre ésta y el Evangelio de Cristo (no para influir en las ciencias, que eran libres en la universidad, sino para iluminar el camino con la fe, entregando un mensaje de colaboración). Pues bien, todo esto, que estaba en el Estatuto, fue votado unánimemente en el Consejo Superior, los votos

marxistas incluidos. Los consejeros marxistas dijeron que ellos estaban en la universidad no para tomársela, porque tenían conciencia que era una universidad católica y que la responsabilidad de ellos era, por lo tanto, ayudarla para que fuera lo mejor en tanto tal, para valorarla y exaltarla.

»Todo esto demuestra la posibilidad de pensar juntos, de superar las dificultades que suponen las diferencias ideológicas, cuando hay una luz —aunque sea lejana— hacia la cual avanzar, cuando domina el espíritu democrático y cada cual se siente de verdad responsable de una tarea.

—*Entiendo que el Estatuto no pudo ser aplicado nunca.*

—Así es. El Estatuto había sido discutido a lo largo del año 1973, y aprobado en el Consejo Superior, pero faltaba su ratificación por el Claustro Pleno y por la Gran Asamblea, todo lo cual estaba previsto para el día 16 de septiembre. Antes, como se sabe, se produjo el golpe militar.

»Yo estaba esos días convaleciente de un infarto (don Enrique Kirberg no habría podido, por eso, hablar de ninguna manera conmigo). Intenté ir a la universidad, pero hubo que retirarme en camilla de mi oficina y llevarme al hospital. Posteriormente acudí a una reunión de todos los rectores convocada por Pinochet. No sé si mi comportamiento fue entonces correcto. Allí estuvo el almirante Swett, al que había conocido como director de la Escuela Naval, donde yo había trabajado como arquitecto. Swett, como se sabe, era el 'rector-delegado' designado por la junta militar.

»Yo expuse que debía entregar mis funciones al Gran Canciller, es decir, al Cardenal Raúl Silva Henríquez. Así lo hice, y el Cardenal entendió que era un justo anhelo el de no aceptar la intervención militar de la universidad. Pero no había nada que hacer, no había fuerza para oponerse.

»La Universidad de Chile fue la que más sufrió con el golpe, con esta destrucción. Tenía una tradición de gran peso, por todo lo que significaba como patrimonio cultural, y por eso los militares se ensañaron con ella, pretendiendo destruirla hasta físicamente. La misión concreta y directa de la dictadura es destrozarse la capacidad de formar, destrozarse los instrumentos que genera la inteligencia; vale decir, destruir la inteligencia en Chile.

»Pero la verdad es que el pueblo, pese a todo, no perdió su conciencia, conservó su capacidad de pensar. Lo están demostrando los estudiantes, que hoy actúan igual que en los movimientos de reforma del años 67, con la misma alegría, con la misma confianza, con la misma claridad de lo que tienen que hacer. Ellos saben que estamos en un régimen tiránico y que su lucha en la universidad no sirve de nada si no es instrumento de liberación nacional. Los estudiantes representan una fuerza que impresiona, que impacta, que se sabe

poseedora de una misión que ellos están cumpliendo sin rencores. Hace poco me tocó estar en la Universidad de Concepción inaugurando el año académico. Se celebraba el enorme triunfo obtenido para restituir a los profesores exonerados y al centenar de estudiantes expulsados. El 'rector-delegado' interino no estuvo en ese acto, y fue a mí a quien le tocó inaugurar el año de estudios. Fue un acto profundamente académico, que me demostró que la pretensión de la dictadura de acabar con la inteligencia en Chile no les ha resultado.

—*Pero, a pesar de esto, usted no se muestra muy optimista en cuanto a las perspectivas políticas actuales.*

—Creo que le falta mucho todavía a la movilización. Estamos llegando a un punto donde —no quiero ser duro— las cosas son como un juego... Los políticos están en un juego de crear y crear instituciones. Crean la Alianza Democrática, crean el MDP, crean el Acuerdo Nacional, pero esto son sólo luces de colores en el firmamento que se extinguen. Yo tengo claro que hay que deshacerse de Pinochet, y que él está completamente aislado: sólo tiene a las fuerzas armadas y a unos pocos seguidores. Es perfectamente posible organizarse, tal como lo hacen los estudiantes con sus federaciones, así como los académicos van a sus organizaciones de académicos, los profesionales a sus asociaciones profesionales y los pobladores y mujeres a las suyas; así como el Comando Nacional de Trabajadores y las otras organizaciones sindicales se han mantenido. Cuando hay una alternativa clara, todo el mundo se moviliza. Pero la Alianza Democrática y el MDP son dos fuerzas con ideologías distintas que parece que no quisieran mirar ni el presente ni el futuro cercano, sino que luchan por lo que pueda acontecer en el futuro lejano. Esto es, creo yo, una política tonta, porque es malgastar fuerzas en una pura lucha ideológica.

—*¿Y la Asamblea de la Civilidad no le parece una fórmula interesante?*

—Tengo esperanzas en ella. Soy de opinión de que la Asamblea debió entregarle a todos los partidos políticos un memorial con las órdenes que ella ha recibido del pueblo, para que éstos se sumen a la tarea de liberarlo de la dictadura. Decirles: esto es lo que queremos; al partido Demócratacristiano, al partido Comunista, a los diversos partidos Socialistas, a otros partidos; cada uno habría estado obligado a responder y no habrían podido pelear entre sí, porque se trata de un mandato del pueblo, de una demanda ante la que es obligatorio ser responsables. A lo mejor habrían desaparecido el MDP y la Alianza Democrática, lo que habría significado que los partidos estarían más libres, con mayores facilidades para comunicarse entre sí, para crear las vinculaciones que permitan el surgimiento de una gran opinión colectiva, tras la liberación nacional.

—*¿Cómo imagina ese período? Cada uno de nosotros tiene en el fondo*

de su corazón, de algún modo, un proyecto político y social del Chile posible después de Pinochet. ¿Cómo cree usted que debería ser el país de entonces?

—Yo creo que nada que imaginemos desde cualquiera de las posiciones ideológicas puede ser tan rico, tan humano y tan vivo como va a ser la realidad. No le tengo ningún miedo al futuro. Lo importante es que haya la posibilidad de expresarse para que el pueblo pueda ir tomando conciencia de cada una de las diferentes posturas ideológicas, de modo que las asuman durante el mayor tiempo posible. Que no ocurra esta tragedia de ahora, tanto salpicar sobre este drama, tanta indecisión. Se hace necesaria una posición más continua, más reflexiva, para que el pueblo asuma el proyecto histórico más valioso, más importante. El único factor que da calidad a la vida es el vivir con fe, con conocimiento y confianza en lo que se está haciendo. Es lo que ocurre cuando hay un proceso de movilización donde el mensaje penetra hasta el fondo de las gentes. Yo creo que ese fue el caso de los presidentes Frei y Allende. Ambos convocaron al pueblo de una cierta manera hacia un objetivo tal vez no siempre demasiado claro, pero contábamos con un pueblo capacitado. Y yo espero que toda esa experiencia sirva de algo a los políticos de ahora: que sean capaces de interpretar los anhelos del pueblo y que tengan en cuenta que éste va a emerger, cuando todo esto haya pasado, con una mayor capacidad para elegir.

»A propósito de esto, quiero contarle que he sido elegido Presidente de la próxima Bienal de Arquitectura, y que una de las cosas que nos proponemos en ella es conseguir de los distintos planteamientos ideológicos que existen en Chile que se dediquen a estudiar cuáles son, dentro de sus propias ideologías, las formas de vida que proponen —reales y concretas— para nuestro pueblo. Saber cómo se desarrolla la vida, la ciudad, qué se plantea en la construcción, qué programas edilicios son los que se realizan, qué sentido tienen la tecnología, y cómo asumen el riesgo de convertir al ciudadano en víctima de ella. Todo esto queremos que lo elaboren arquitectos, ideólogos, políticos, etc., en comisiones que tal vez habrá que llamar 'humanismo socialista', 'humanismo cristiano', 'humanismo liberal'. Ver allí cómo plantearse la vida en la ciudad, cómo crear la ciudad nueva. Una ciudad que sea eficiente sin caer en la deshumanización que arriesga cuando se utilizan avances tecnológicos muy sofisticados. Como ocurre con las nuevas ciudades norteamericanas o soviéticas, donde muchas cosas están subordinadas a la necesidad de meter a millones de personas bajo tierra para que circulen gran parte del día tratando de alcanzar sus lugares de trabajo. Yo no veo un sello que las identifique, que diferencie unas de otras. Y mi idea es que en la Bienal podamos llegar a conseguir que el pueblo chileno sea capaz de decir: en una sociedad socialista, el municipio será así, o:

en una sociedad comunitaria, será así...

—*Oyéndolo me he quedado pensando si seremos capaces en Chile de crear una fórmula de convivencia social realmente nueva, una democracia distinta, avanzada, que corresponda a un esquema tal vez inédito...*

—Yo creo que las formas físicas, las formas reales de vida, la comunicación social, la conformación de la familia, los valores de la familia y su relación con los medios, el funcionamiento de la economía, son cuestiones de detalle. Yo pienso en las diferencias entre el socialismo y el gobierno comunitario. Lo comunitario es vago filosóficamente hablando, pero está relacionado con el pensamiento socialista. Yo creo que lo comunitario está más visualizado en la realidad. Es por eso que yo podía ser en La Reina alcalde demócrata-cristiano y trabajar al lado de los comunistas, cuando me preocupaba de los más pobres, de la dignidad de sus vidas. A unos y otros nos preocupaban cuestiones similares; son cosas que se dan, porque hay gente que tiende a ser más solidaria, más justa. Las ideas de solidaridad y de justicia, de participación de las personas están en una sociedad comunitaria o en una sociedad socialista... Lo malo está en que hay quienes se oponen.

—*Tal vez pueda también decirnos, para terminar, algo sobre usted mismo, como hombre, o quizás como padre. A muchos nos conmovió, en la película que hizo sobre Chile su hija, el diálogo que ella sostiene con usted, y que es un poco el hilo conductor del relato.*

—Eso fue curioso, porque lo que yo aparezco diciendo allí es algo que estaba completamente fuera de programa. Los cineastas estaban alojados en mi casa, y de repente, un día, me dijeron: 'Mándeles un saludo a su hija'. Lo filmaron y después parece que decidieron convertirlo en algo importante dentro de la película.

—*¿Quiere agregar algo más en este terreno?*

—No sé... Hay muchas cosas... Mi vida está plagada en este período de sufrimientos, pero éstos no me han demolido; en vez de ello, me han hecho entender mejor la vida, entender mejor muchas cosas... Esa experiencia de haber perdido un hijo... da una idea como de haber vivido otra vida. Un mezcla de sensaciones: el hijo ayudando, colaborando, sintiéndolo lejos, muerto, destrozado o vivo al lado mío... Pero yo no podría renegar de esta vida por el hecho de que haya un hijo muerto de por medio. Luego están mis otros hijos en el exilio. Ellos me llenan de satisfacciones; nunca dejan de estar con nosotros, su único anhelo y ambición es volver a casa... Están también mis nietos, a los que quiero ver en Chile antes de morir.

»Por supuesto, tenemos la firme esperanza de que triunfaremos. La alegría que va a venir va a ser demasiado grande, porque va a ser algo como... un sueño permanente que, de repente, bruscamente, se hace realidad.





m. antunes

Variaciones sobre Jorge Luis Borges

Borges: lucidez y alucinaciones

CARLOS OSSA

El martes 17 de setiembre de 1974, al completar su milésima entrega, el diario *La Opinión* de Buenos Aires festejó el acontecimiento publicando un suplemento de 24 páginas con la transcripción de las *Memorias* de Jorge Luis Borges, un texto que —de alguna manera— pretendía ser autobiográfico, pero limitado a los avatares que el escritor quería que se supieran de su copiosa existencia. Sin embargo, esa laboriosa reflexión sobre sí mismo, transitada por la paradoja y la ironía, permitió a los borgianos —no así a Borges— rescatar ciertos datos levemente pormenorizados de su trayectoria literaria.

En la parte inicial de sus *Memorias*, Borges se detiene entusiasmado en sus días de infancia, recordando con fervor levemente sentimental a su padre —Jorge Guillermo Borges—, abogado de algunos arrebatos anarquistas, que en varias ocasiones asombraba a Jorge Luis cuando le decía que “mirara con atención soldados, uniformes, cuarteles, banderas, iglesias, sacerdotes y carnicerías; porque todas esas cosas iban a desaparecer y yo podría decirle a mis hijos que las

Carlos Ossa es periodista y escritor. Vive en Amsterdam, Holanda.

había visto. Lamentablemente, la profecía no se ha cumplido”. Parece ser que la prédica paterna tuvo efectos y en uno de sus primeros poemas, titulado precisamente *Carnicería*, Borges estampó esta enormidad: “Más vil que un lupanar/la carnicería rubrica como una afrenta la calle”. Cinco décadas después, sin embargo, proclamaba su satisfacción de pertenecer a la burguesía, pues la plebe y la aristocracia son sospechosamente parecidas: tienen la misma devoción por el dinero, el juego, los deportes, el nacionalismo, el éxito y la publicidad.

Borges, desde luego, no fue un continuador de las ideas de su progenitor; le gustaba reiterar que se había afiliado al partido conservador —nunca dijo cuál— porque era una manera de demostrar su escepticismo político. Tampoco frecuentó la novela, un género que Jorge Guillermo Borges había cultivado con parsimonia y que lo llevó a publicar en 1920. *El caudillo* (500 ejemplares para repartir entre los amigos), un relato más o menos moroso sobre la historia de Entre Ríos, que contó con la colaboración del hijo (“yo le ofrecí mi ayuda en forma de algunas metáforas bastante mal copiadas de los expresionistas alemanes y que aceptó por pura resignación”).

Los comienzos literarios de Borges se concretaron en el invierno europeo de 1920, cuando la revista *Grecia*, una publicación de aficionados editada en Sevilla, reprodujo su poema *Himno al mar*. El propio autor se burlaría muchos años después de ese desborde lírico, citando al novelista británico Enoch Arnold Bennett, que consideraba la vastedad oceánica como “una grandiosidad de tercera categoría”. La revista *Grecia* era dirigida por un señor que se llamaba Isaac del Vando Villar, que “había conseguido que toda su producción poética fuera escrita por uno u otro de sus asistentes. Recuerdo que uno de ellos me dijo un día: Estoy muy atareado... Isaac está escribiendo un poema”. Alentado por su incipiente erudición (había aprendido latín y alemán en Ginebra), Borges trataba de eludir todo acercamiento al lugar común, que hacía coincidir con la literatura española de ese tiempo. Es sabido que leyó por primera vez el Quijote en inglés; cuando lo asumió en el idioma original dijo que le parecía “una pobre traducción”. Se mofaba, al mismo tiempo, de algunos intelectuales peninsulares por la precariedad de sus lecturas: “sorprendió a mi cerebro argentino descubrir que no conocían lo francés y que para ellos no existía esa cosa denominada “literatura inglesa”. Sin embargo, reivindicaba a Rafael Cansinos Asséns, de quien se sentía su discípulo, aunque Borges era mucho más hijo de la *Enciclopedia Británica* que de Cansinos: del caudaloso manual inglés extrajo su preferencia por la prosa despojada de ampulosidad retórica y, como reconoció más de una vez, buena parte de su sabiduría. Cansinos, no obstante, pareció haberlo influido en la dedicación a lecturas fundamentales. Era Cansinos una de las mentes más lúcidas

y lúdicas del Madrid de los años 20; había traducido, desde sus propias fuentes, a De Quincey, a Marco Aurelio, a Goethe, a Schowb, a Dostoievski y había acometido una versión muy libre de *Las mil y una noche*. “Empecé a imitar a Cansinos simiescamente: escribí largas y fluidas frases muy poco españolas y con un fuerte sabor hebraico”, recordaba Borges en sus *Memorias*.

Esos escauceos juveniles tal vez se reflejaron en sus dos primeros libros de poemas: *Fervor de Buenos Aires* (1923), y *La luna de enfrente* (1925), dos volúmenes que nunca lo dejaron conforme. En el prólogo a su tercer conjunto de versos, adosado cuarenta años después de su primera publicación, y que tituló *Cuaderno San Martín* (no por referencia al héroe, sino a una marca de cuadernos muy populares hacia 1929 y en uno de los cuales había pergeñado los poemas), Borges dice que *La noche en que en el sur lo velaron* “es acaso el primer poema auténtico que escribí”. La afirmación tiene el mérito del distanciamiento y el replanteo crítico frente a su propia obra. Si bien Borges se sintió ultraísta en sus inicios literarios, es bastante arduo saber si tal escuela —cuyos postulados estéticos nunca fueron suficientemente claros— aparece con precisión en sus primeros poemas. “Todavía soy caracterizado por los historiadores de la literatura —escribía Borges en 1974— como “el padre del ultraísmo argentino”. Cuando en aquel tiempo hablé con mis colegas poéticos llegamos a la conclusión de que el ultraísmo estaba sobrecargado de artilugios. No nos impresionaban los ferrocarriles, ni las hélices, ni los aviones, ni los ventiladores eléctricos.” Sin embargo, en 1921, apenas llegado de su periplo europeo, en la revista *Nosotros* —la excelente publicación que dirigía Roberto F. Giusti—, Borges había deslizado la siguiente exageración: “El ultraísmo tiende a la meta primicial de toda poesía, esto es, a la transmutación de la realidad palpable del mundo en realidad interior y emocional”. En todo caso estos versos de *Arrabal* (1923) son suficientes para comprobar que no era el ultraísmo lo que apasionaba a Borges, sino una cierta melancolía vicencial:

Esta ciudad que yo creía mi pasado
es mi porvenir, mi presente;
los años que he vivido en Europa son ilusorios
yo estaba siempre (y estaré) en Buenos Aires.

Con la aparición de *Evaristo Carriego* (1930) se materializó el segundo libro en prosa que Borges consideró válido; el anterior había sido *El idioma de los argentinos*, cuya escritura había compartido con José Edmundo Clemente. Otros tres volúmenes de ensayos dados a la imprenta nunca fueron reeditados por especial prohibición del autor. “Hoy no me siento culpable de esos excesos: esos libros fueron escritos por otro”, se justificará más tarde. *Evaristo Carriego* es un claro

intento de personalizar su percepción de los arrabales míticos que ya han asomado en su obra, especialmente en los poemas *Barrio Norte* y *Paseo de Julio*, donde sostenía: “Tu vida pacta con la muerte; / toda felicidad, con sólo existir, te es adversa”. Hay constancia de que Carriego fue el poeta esencial del suburbio y que a él acudieron los letristas de tango para imitar o mejorar sus endechas; también hay constancia de que fue un poeta menor y al que se recuerda más por la biografía borgiana que por el resultado de su obra. Carriego es para Borges un mero pretexto para internarse, literariamente, en el arrabal que él había entrevisto desde su jardín. Por eso dirá que “Carriego es un personaje de Carriego”. Para no agotarse en la sola biografía, Borges añadió al libro otros trabajos que tenían que ver con el entorno de Carriego: el truco, el puñal, una historia del tango, narraciones de jinetes y una deliciosa ponderación de las inscripciones de los antiguos carros repartidores de enseres y vituallas, uno de los cuales se hacía llamar *La dormitológica* porque distribuía colchones.

Pese a estos afanes por rescatar el pasado mítico o ilusorio de Buenos Aires, a Borges se lo quiso abrumar con variados estigmas. Una de las acusaciones más triviales que se le hizo fue la de no ser un escritor argentino; se prefería decir que era un literato británico que habitaba el Río de la Plata. Quienes así opinaban —o siguen opinando— tenían no sólo escasa perspicacia, sino que habían olvidado leerlo. De tal distracción surgió otro juicio no menos banal: el de ser un escritor para minorías, lo cual lo colocaba en situación de leproso, a pesar de que muchos escritores llamados populares no lograban editar más de tres mil ejemplares de sus obras. Se trató de reducirlo, en un alarde de jibaritismo intelectual, a un excéntrico divulgador de ignotos textos británicos y antiguas literaturas germánicas. Es verdad que fueron algunas de sus preocupaciones, pero no fueron las únicas, como lo prueban sus decenas de poemas sobre Buenos Aires, varios relatos personificados en habitantes de los suburbios, algunos importantes ensayos sobre el idioma y el comportamiento de los argentinos, sin olvidar la atención que prestó a la poesía gauchesca.

Otro de los dislates históricos que se forjaron en torno a Borges fue identificarlo con el grupo de Florida, es decir, lo que ciertos críticos apresurados llamaron la pituquería intelectual del centro. A los enrolados en la capilla de Florida se los enfrentaba con los escritores de Boedo, de presunta inspiración proletaria. Sin embargo, uno de los mayores poetas realistas argentinos, Raúl González Tuñón, era hombre de Florida, tal vez una paradoja, pero que no resultaba tan alarmante si se comprende que los roles estaban asignados antes de que nacieran a la luz pública ambos bandos literarios. El propio Borges contaba que “se cocinó un feudo bonaerense ficticio entre Florida y Boedo. Yo hubiera preferido estar en el grupo de Boedo, puesto que estaba escribiendo sobre Barrio Norte, los suburbios, la

tristeza, los atardeceres. Pero fui informado por uno de los conjurados (eran: Ernesto Palacio, por Florida, y Roberto Mariani, por Boedo), que yo ya estaba asignado a las huestes de Florida y que era demasiado tarde para cambiar de bando. Todo era un asunto artificialmente elaborado". Los simplificadores de la historia, que llegaron después, han querido encontrar recios antagonismos entre los militares de ambos cenáculos, pero no queriendo entender que todo no era más que bulla literaria para llamar la atención sobre uno de los géneros siempre deprimidos dentro de las funciones artísticas: la poesía.

Hacia 1932, Borges centró algunas de sus preocupaciones en la poesía gauchesca, tarea que amplió posteriormente en un estudio titulado con notoria intencionalidad *El "Martín Fierro"*. En algunas páginas de *Discusión* aparecieron, a la vez, tentativas críticas sobre el papel que debía jugar el escritor argentino frente a la realidad. Y escribía con envidiable humor: "El culto argentino del color local es un reciente culto europeo que los nacionalistas deberían rechazar por foráneo". Borges no pensaba, como creía Tolstoy, que bastaba con pintar la aldea para ser universal; para corroborar sus postulados daba el siguiente argumento: ni Racine ni Shakespeare escribieron sobre temas franceses e ingleses, pero a nadie se le ocurriría negarles el carácter de grandes poetas nacionales. Recordaba Borges, además, que las intenciones de un escritor suelen ser diferentes a sus resultados: Swift trató de anatematizar a la humanidad en *Los viajes de Gulliver*, pero lo que consiguió fue elaborar un libro para niños. Por lo mismo Borges creía que la poesía gauchesca era una forma literaria clausurada, que había tenido su culminación en el *Martín Fierro*, que era irrepetible.

Los primeros cuentos de Borges fueron compilados en *Historia universal de la infamia*, un conjunto de narraciones que conocieron primero las populosas páginas del suplemento sabatino del diario *Crítica*, fundado por Natalio Botana. Durante 1933 y 1934 escribió con cierta frecuencia en el diario de Botana, a pesar de que era el más sensacionalista de los periódicos de Buenos Aires. Allí apareció uno de los más lípidos relatos borgianos: *Hombre de la esquina rosada*, que con el tiempo conoció una versión cinematográfica y la musicalización de Astor Piazzolla. El cuento tuvo una larga y laboriosa gestación: desde el primer bosquejo de 1927 titulado *Hombres pelearon* hasta la redacción casi definitiva de 1934, aparecida en *Crítica* bajo el seudónimo de Francisco Bustos, nombre real de uno de los tatarabuelos de Borges. "Por aquel entonces vivíamos en Adrogué y puesto que sabía que mi madre desaprobaba profundamente el tema, escribí a hurtadillas durante el período de varios meses." También antes la madre se había opuesto a que escribiera sobre Carriego, pero en ninguno de los dos casos pudo imponer su férrea

autoridad. Leonor Acevedo de Borges, que murió a los 99 años, fue el ángel tutelar del escritor, pero también su más severa criba: no condescendía que su hijo tratara temas que ella consideraba tenuemente vulgares.

Aunque Borges repitió varias veces que publicar en diarios es “escribir para el olvido”, la sobrevivencia de *Historia universal de la infancia* demostró que en ciertas circunstancias no se redacta para ser olvidado, a pesar de que se autoacusara de haber sido tentado por deslices barrocos. En el famoso prólogo de ese libro (edición de 1954) da una sabia y quizá concluyente definición del barroco, al enunciar: “Barroco es aquel estilo que deliberadamente agota (o quiere agotar) sus posibilidades y que linda con su propia caricatura”. Y agregaba en el párrafo siguiente: “Ya el excesivo título de estas páginas proclama su naturaleza barroca”. Es natural que Borges tratara de justificar su propio estilo, abrumándolo con acusaciones de barroquismo, pero sabiendo que su estilo, en todo caso era una continuación de sí mismo, que no agotaba sus posibilidades ni un ulterior desarrollo; también estaba muy lejos de ser fronterizo de la caricatura. Si así hubiera ocurrido no habría podido tener otra constante que sus limitaciones, transformándose en un pastiche, acotado por sus predecibles reiteraciones.

De todos los cuentos que Borges publica entre 1941 y 1944, que son auténticos alardes de imaginación erudita, el que recibió mayores elogios fue *Funes el memorioso*, al cual el autor le asignó poca trascendencia, privilegiando *Las ruinas circulares*, un relato que escribió en apenas una semana (“lo que para mí significó ser un Balzac o Sir Walter Scott, que eran muy rápidos”). Borges partió de la premisa de que “muchas veces yo había soñado que las cosas no eran reales, porque de lo contrario no hubiera escrito *Las ruinas circulares*”. Es hecho conocido que el cuento fue inspirado por un diálogo de *Alicia en el país de las maravillas* y que culmina con la siguiente frase que el unicornio dice a Alicia sobre el sueño del rey: “Está soñando en tí, si se despertara te apagarías como una vela”. La idea de ser personaje vivo de un sueño, de ser creado por ese sueño, fue postulada por Protágoras, para quien sólo éramos un sueño de los dioses: no cabía, por tanto, la modificación de nuestro destino y el rol que debíamos cumplir estaba trazado por quienes nos soñaban. En *Funes el memorioso* el protagonista es víctima de la vivificación onírica; por eso puede afirmar con cierta soberbia: “Mis sueños son como la vigilia de ustedes”. La prodigiosa memoria de Funes le permite recordar un día completo; por eso deja de vivir un día para recordar otro día; es como soñar sin solución de continuidad durante veinticuatro horas y, así hasta la caducidad del tiempo. En su poema *El sueño* estas ideas o latencias quedaron ejemplificadas en estas metáforas: “¿Por qué es tan triste madrugar? La hora/Nos despoja de un don inconcebible/

Tan íntimo que es sólo traducible/En un sopor que la vigilia dora/
De sueños, que bien pueden ser reflejos/Truncos de los tesoros de la
sombra, / De un orbe intemporal que no se nombra/ y que el día
deforma en sus espejos". El mundo como representación onírica no
es, desde luego, una invención literaria de Borges: es constatación de
que la realidad es divisible y admite tantas contradicciones como
sueños.

En *Emma Zunz*, narración incluida en *El Aleph*, no es el sueño,
sino cierta perpleja realidad lo que estaba presente; se trataba casi de
un cuento policial, género por el cual Borges siempre sintió una
especial predilección; admiraba —todos lo saben— a Poe y
Chesteron. Consideraba que el relato policial era otra manera váli-
da de la narración literaria; sin embargo, sostenía que su evolución
había decretado su decadencia. "Actualmente el género policial ha
decaído mucho en Estado Unidos. El género policial es realista, de
violencia, un género de violencias sexuales también. Se ha olvidado el
origen intelectual del relato policial", sostuvo en una conferencia
sobre el tema. Borges olvidaba tal vez a dos grandes frecuentadores
del género: Chandler y Hammett, que habían dignificado litera-
riamente la narración policiaca. Olvidaba también que su cuento
Emma Zunz está trabajado por las dos constantes que reprochaba a
los demás: la violencia sexual y la violencia *tout court*, como lo dela-
taba la falsa confesión de la propia Emma Zunz a la policía: "Ha
ocurrido una cosa que es increíble... El señor Lowenthal me hizo
venir con el pretexto de la huelga... Abusó de mí, lo maté...". Y apos-
tillaba el narrador: "La historia era increíble, en efecto, pero se
impuso a todos, porque sustancialmente era cierta. Sólo eran falsas
las circunstancias, la hora y uno o dos nombres propios".

Pero Borges, al margen de los géneros y sus cuestionables reglas y
especificaciones, abordó la literatura como un fin en sí mismo;
impuso un mundo cerrado y ajeno, que prescindía de toda vincula-
ción con la realidad inmediata o subyacente; ese mundo, el
borgiano, tenía como referencia antiguas memorias míticas, textos
identificables o remotos, libros inventados, fábulas vaporosamente
imaginadas. "Puede decirse que los hechos no son importantes cuando
ocurren. Son importantes después: son importantes en la memo-
ria, que posiblemente los deforma, los pule, los pierde, los recobra
y los convierte en temas de la estética", matizó Borges al hablar
sobre los principios que estructuraban su literatura. Esos princi-
pios —qué duda cabe— estaban basados no en la experiencia, sino
en la vastedad de sus lecturas, en las peripecias de su imaginación,
en los mitos acumulados por otros y recreados por él. No es pura
casualidad que en uno de sus cuentos, *Ulrica*, sostenía que "mi
relato será fiel a la realidad o, en todo caso, a mi recuerdo personal de
la realidad". El planteamiento es inobjetable desde el punto de vista

de Borges: la realidad no existía fuera de él mismo. Por eso construyó su mundo literario con materiales extraídos al margen de su vida circular, de su contorno más exacto y puntual.

No fue extraño, entonces, que Borges demorara mucho tiempo en ser un escritor conocido; tal vez nunca fue un escritor conocido y su popularidad la alcanzó más como ciudadano que como narrador y poeta. Y le pasó lo mismo que al tango: fue consagrado y difundido por París. Al obtener en 1961 el premio Formentor, el que compartió ese año con Samuel Beckett, su situación literaria sufrió mutaciones definitivas. “Hasta que aparecí en francés, yo era prácticamente invisible, no sólo en el extranjero, sino también en Buenos Aires. Como consecuencia de ese premio mis libros renacieron como hongos, de la noche a la mañana”, reconoció. Contaba, además, para reafirmar la modestia de su fama, que cuando trabajaba en la biblioteca sus compañeros ignoraban prolijamente que él fuera escritor; un día en que uno de los burócratas descubrió en una enciclopedia “el nombre de un tal Jorge Luis Borges, quedó asombrado al comprobar la coincidencia de nuestros nombres y fechas de nacimiento”. Pero Borges fue constante en su trayectoria: jamás hizo concesiones literarias para procurarse una mayor popularidad. Ni siquiera las narraciones que hizo bajo el ahora reputado seudónimo de Bustos Domecq (en comandita con Adolfo Bioy Casares) alentaron ese propósito: también fueron ejercidos intelectuales, *boutades* que postulaban más a burlas literarias que a fórmulas oblicuas para llegar a lectores que desconocían su obra capital.

Por eso no deja de causar asombro que este hombre, Borges, apasionado por la erudición, inventor de geométricas fábulas, autor de algunos poemas ejemplares, introductor de insospechados adjetivos, tuviera ciertas alucinaciones políticas que lo privaron, entre otras cosas, del premio Nobel de Literatura. La más desmesurada: haberse dejado condecorar por Pinochet.

Borges o la contradicción

VOLODIA TEITELBOIM

Hacia más de treinta años (desde 1955) que Jorge Luis Borges no podía mirarse al espejo. El 14 de junio de 1986 se miró en el espejo de la muerte y lo atravesó, para seguir mirándose desde el otro lado. Esos treinta y un años que sobrevivió a la ceguera le desarrollaron la mirada interior, le permitieron ver cosas que los hombres que pueden mirar no ven. Pero la ceguera induce a la soledad, que él trató de romper con una conversación al parecer interminable. En el fondo hablaba soñando.

Murió en Ginebra de cáncer. Tenía 86 años. Recibió la muerte, la vieja muerte, su antigua conocida, en su casa nueva, junto a su nueva mujer, María Kodama. Como correspondía a un lector de la Kabala, la recibió un día sábado. El soñador había entrado al sueño de verdad.

Sus funerales fueron relativa y premeditadamente solitarios. Amó la vida, las mesas redondas, las discusiones en la televisión, los actos públicos. Se declaró cortesmente ateo, pero las honras fúnebres se celebraron en la catedral de Saint Pierre, según el rito ecuménico. Ahora reposa en el cementerio de Plaimpalais, después de haber sido velado en la *Chapelle des Rois*. Permaneció durante horas solo en la capilla del cementerio de notables, seguramente por orden de la viuda. En sus exequias había tan poca gente como para pensar, si atendemos al número, que se enterraba a un don Nadie. La vida en Ginebra transcurría normalmente. No sucedía nada extraordinario. Se enterraba a un extranjero, en medio del silencio, aunque toda la prensa mundial se había hecho eco de su fallecimiento. Una última o penúltima paradoja borgiana.

A las dos de la tarde aparecieron dos automóviles. Bajó, vestida de blanco, María Kodama. Venía acompañada por el escritor argentino que escribe en francés Héctor Bianciotti, y por el embajador Enrique Quintana. Un puñado de íntimos, algún editor suyo, muy pocos periodistas y la televisión catalana.

Allí estaba el soñador solitario en su ataúd de madera, listo para hacerse a la mar, cubierto de rosas blancas.

Es verdad que horas antes en la catedral de Saint Pierre hubo más revuelo, más latinoamericanos, diplomáticos, estudiosos de su obra, editores interesados. Y también algunas autoridades del cantón. Muchas coronas, pero la que más llamó la atención era una sin firma, dedicada precisamente "Al más grande forjador de sueños". Fue allí donde habló un pastor protestante y un abate católico, en esa catedral que fue el templo de Calvino.

Como si fueran notas de la pauta, duerme cerca de dos músicos, el suizo Ernest Ansetmet y el argentino Ginastera.

En el camposanto todo es más sobrio. Se puede decir que se desarrolla como un funeral respetuoso y reservado, como si sepultaran a un hombre de bien, que sin embargo gustaba nadar contra la corriente y que vivió sus últimos días en apartada privacidad.

Lejos, a varios miles de kilómetros de distancia, en Argentina, estallaron los homenajes con fuegos artificiales. El presidente Raúl Alfonsín, el mundo cultural pronunciaron palabras enternecidas. Pero el pueblo no, a diferencia de lo que sucede en Chile con Neruda. No fue Borges lo que se llama un autor popular, ni por su obra ni por sus opiniones, en las cuales su concepción "victoriana", conservadora, el caballero ("Soy un caballero que espera la muerte esmeradamente vestido", había dicho cuatro años antes) se envolvían en humor discrepante y la sutil acidez de los refinados de Palermo. En esto, aunque él no lo hubiese aceptado, más que británico, fue muy bonaerense, pero de los distinguidos. Borges no será nunca para sus compatriotas ni Gardel ni Maradona, aunque ya comiencen a levantar la Torre, o el Obelisco, o la Biblioteca o la Esfinge Borges "para mayor gloria de la Argentina".

La lucha entre dos ciudades

¿Esto es la eternidad? El tal vez no la concebía así. Para él la "infinita edad" presupone una actitud mental capaz de ligar el tiempo de la experiencia con el tiempo del olvido. Las cosas son láminas que se superponen y las preguntas del hombre son anotaciones sobre el tiempo. En él encuentra su matriz todo lo que se piensa. Todo lo que permanece, alimentado por las modulaciones de frecuencia, las aprensiones, las sensaciones, el flujo energético, el sentimiento de vivir, de transcurrir, de morir que se transforma y se repropone a través de aspectos alegóricos, representativos de la ficción de la eternidad. Cada uno tiene por un instante un puesto en el mundo y el tiempo a cada uno lo fagocita y deglute, aunque ese hombre quiera conocer y poseer el cosmos y nunca se encuentre maduro para morir. El tiempo, a su juicio, transcurre en la imaginación del ser. En verdad, nos transcurre por dentro, en cuerpo y alma. El tiempo del recuerdo testimonia lo arcaico y lo ilusorio. Por eso el tiempo para Borges es imponderable, significativo y secreto.

Dicen que posiblemente la quimioterapia o la bomba de cobalto hubieran podido alargarle un poco la vida, conteniendo por momentos el cáncer al hígado. No amaba tanto el mito de la eternidad como para perseguirla inútilmente, porque si la eternidad es la eternidad, otra idea, la muerte es la muerte, es una realidad más concreta y fuerte.

Sin quererlo, Ginebra le robó a Buenos Aires su muerte. “No sufrí”, dijo su reciente esposa y su aún más reciente viuda. El cementerio de Plainpalais es muy chiquito. Casi un jardín un poco extenso. Tal vez cien tumbas. Ningún mausoleo, ningún palacio de gran estilo macabro como solemos ver en la parte rica de nuestros cementerios. Borges estudió en el colegio Calvino, de Ginebra. Ahora descansa no lejos de una lápida con dos iniciales: J. C. No es Jesucristo el que reposa allí. Tal vez sea Juan Calvino. Tal vez, porque no existe certidumbre absoluta.

Ese sábado él murió temprano, pero no de amanecida. Casi como un gentleman que no se levanta al alba. Ni como un calavera que lo hace después de almuerzo. Murió a las 8,30 A.M. Alcanzó a recibir la muerte en su apartamento en la ciudad vieja. Temía que llegara antes, cuando se alojaba en el hotel *L'Arbalette*. El hotel es un lugar impropio para recibir debidamente a la muerte, aunque éste tenga nombre de veleta. Cuando se supo el deceso pidieron de Argentina que trasladaran allí su cuerpo. El gran Buenos Aires se sintió desplazado por la pequeña Ginebra. Pero la urbe agitada y macrocefálica es marginal y la pequeña ciudad de la antigua Liga de las Naciones es un punto muy central, prestigioso y calmo del mundo. Borges tuvo menos desencuentros en ésta que en aquélla. Llegó a Ginebra adolescente y se marchó hecho un joven. Vivir desde los quince a los veinte años en una ciudad marca. Aunque no como amantes, allí siempre las mujeres lo rodeaban, tal vez demasiado. En la calle Ferdinand Hodler número 17 vivió junto a su hermana y sus dos abuelas. Volver a Ginebra era regresar a aquellos años. Retornó en 1978 y se puso a reconocer calles y rincones. Para él la imagen de la ciudad junto al lago era la quietud.

La imagen de Buenos Aires, en cambio, le resultaba agresiva. Agresividad mezclada con elogios, rencores, molestias junto a la grandilocuencia iconográfica, los suplementos especiales, notas biográficas y selección de expresiones punzantes. En Buenos Aires se le quiso y se le odió. Era célebre de oídas o por fotografías, sin que su obra llegara al lector común. No se le perdonaban ciertas declaraciones fatales. Una semana antes de morir su amiga la escritora Silvina Bullrich dijo en un programa de televisión de vasta audiencia que el matrimonio del escritor con María Kodama no tenía validez, porque el marido era impotente. Borges dedujo una querrela judicial. La muerte puso fin a ella. Y la muerte hizo que Silvia Bullrich se desmintiera y presentara excusas al difunto. La posteridad puede ser caritativa o cruel. Son cosas de Buenos Aires. Y, seguramente, de otras ciudades. O de otras aldeas grandes o chicas. Pero allí la lengua a veces también se usa como cuchillo.

La Gran Aldea ese domingo 15 de junio vio sus diarios desbordantes con la noticia del fin de un escritor pródigo, que había prefe-

rido morir lejos. Fue una fuga preparada con vistas a una muerte de inminencia no declarada. Pero todos sus últimos actos y palabras estaban dictados por la cita con el fantasma. Esto explica su partida, sus ansias de invisibilidad, su escapada hacia el sigilo y la distancia, su matrimonio por causa de muerte, que había sido precedido en 1985 por un testamento instituyendo a María Kodama heredera universal. El testamento es legalmente válido. Lo que es legalmente nulo es el matrimonio, por la subsistencia formal de otro anterior, un paso en falso con una viuda de apellido Astete, de la cual pronto se separó.

Para dar visos de seriedad a su nueva unión, en un continente donde en no pocos países la legislación sobre matrimonio y divorcio resulta tan anacrónica y longeva como Matusalem, se celebró un simbólico casamiento por poder en Asunción. Los suyos fueron matrimonios de compañía, para combatir la soledad. En este caso, adicionalmente, para suplir los ojos muertos, disponer de una lectora, que también recoge el dictado; acompañarse de una confidente y contar con una mujer Lazarillo. Todo muy comprensible, aunque no comprendido por todos.

En Buenos Aires hubo gente que ardió de ira. Otra que se sintió ofendida y olvidada y no faltan los que se estimaron preteridos por la disposición testamentaria. Su hermana Norah, pintora de larga trayectoria, viuda del escritor español Guillermo de Torre, no está contenta con que Borges haya elegido morir tan lejos ni con la asignación de bienes. Sus hijos tampoco. Alguien pregunta si Borges era rico. No aparentaba opulencia, aunque perteneció a la clase pudiente y nunca vivió en la necesidad. Más que sus propiedades inmuebles, que eran escasas (un departamento propio y otro a medias con su hermana, herencia de la madre), fuera de libros y antiguos muebles, cuentan nada más ni nada menos que sus derechos de autor, los cuales, a ojo de buen cubero, cualquiera supone cuantiosos. El escritor parecía un hombre desasido del sentido de propiedad y su reino no era todo de este mundo. Pero hay parientes que probablemente impugnen el testamento y existe una fiel mucama, demasiado importante para un hombre ciego, que ciertamente no está satisfecha con esa última voluntad. El litigio se entablará como un colofón penoso, que al fin y al cabo no tendrá ninguna importancia. Pero así suele suceder en este mundo pecador. Un hombre pulcro hasta lo atildado, con aire de viejo señor, vestido con antigua e inaparente elegancia, con las cuencas sin vida fijadas en la "biblioteca infinita", deja tras de sí un escándalo en los tribunales. El hombre que dijo: "Muchas cosas he leído, pocas he vivido", vivirá después de su muerte una de las más cotidianas, vulgares y encarnizadas cosas de la vida: un pleito judicial. Esto lo hace europeo, pero también americano y muy argentino. Aunque se definía, refiriéndose tanto a sí mismo como a sus compatriotas, "europeo en exilio", Borges, como otro gran argentino,

tildado de cosmopolita, Julio Cortázar, fue muy de su tierra, de su gran tierra chica, y también de la Tierra de todos los hombres.

Un trasiego de sangres y de culturas

Argentino, latinoamericano, universal. Basta mirar su obra: Buenos Aires, amada y detestada; Argentina, con el orgullo de las vidas y de la biografía de sus antepasados, a tal punto que fue irremediamente un hombre de las orillas del Plata. Y a la vez una estrella bonaerense recalada en el cielo de Europa, que cuando podía ver y también cuando ya no pudo ver, siguió hurgando en los mitos y en las realidades de la cultura euroasiática, de las mitologías clásicas del viejo mundo, de los filósofos griegos, (citó mil veces a Heráclito el oscuro); de los místicos hindúes, de los poetas y calígrafos chinos, de los cabalistas hebreos, de las sagas escandinavas y germánicas, de los británicos heterodoxos de siglos pasados y de ingleses detectivescos y misteriosos, como Chesterton. Fue un argentino antiprovinciano. Posiblemente el latinoamericano que más haya inflamado la curiosidad y el interés del lector europeo intelectualizado. Lo sedujo con expresión precisa. Se ha hablado mucho del barroco latinoamericano, de la facundia verbal de su gente y de sus escritores. Personalmente creo que en general el latinoamericano habla menos palabras por segundo que el francés, pero su lengua representa hemisferios cerebrales y geográficos sometidos a leyes diferentes. El barroco americano no es el europeo. Borges, no barroco o antibarroco, pero rico de idioma, prefería la sentencia breve, muy concisa, casi lapidaria. La lógica interna de su expresión no se atiene tampoco a Descartes. Introduce la imaginación con las definiciones que burila con las palabras del viajero que anota mensajes de su paso en el muro del viento, el tiempo. Esto es quizá una de las raíces secretas que explica la fascinación de su lectura, más otro elemento primordial en la naturaleza de su pensamiento: la contradicción, la negación de lo escrito y la ulterior negación de la negación para señalar un camino en que todos los textos siguen abiertos, dando la sensación de que ese camino o esa duda o esa búsqueda no terminarán nunca.

Todo esto es más que nada producto de su genio personal. Algo le debe a su propia sangre. Nadie sabe bien de dónde procede originalmente la sangre, porque ésta tiene muchos muchos miles años de edad y está muy revuelta. En un poema sobre "Los Borges" toca el tema "Nada o muy poco sé de mis mayores / Portugueses, los Borges: vaya gente / Que prosigue en mi carne, oscuramente, / Sus hábitos, rigores y temores. / Tenues como si nunca hubieran sido / Y ajenos a los trámites del arte, / Indescifrablemente forman parte / Del tiempo, de la tierra y del olvido".

Un bisabuelo portugués, una abuela inglesa, españoles de por

medio, Argentina vivida y padecida durante varias generaciones de su familia. Padre de inclinación filosófica, que pasaba gran parte de su vida en la biblioteca; madre que traducía textos ingleses. El mismo empieza sus estudios en Buenos Aires, los prosigue en Inglaterra, en Suiza y en España, desde donde regresa a la ciudad natal. Como vemos, una intensa mezcla, un largo trasiego de sangres y de culturas. Y a pesar de que se complacía en hacer chistes crueles sobre Argentina, ni siquiera él mismo puede quitarse su carácter de hombre típico y atípico de la otra banda. En Latinoamérica el argentino más patriota habla mal de su país. Y de todos los del continente es el más europeizante. En este sentido Borges no puede catalogarse de *rara avis*. Desde luego que lo fue como ejemplar único, gracias a la autoelaboración minuciosa y apasionada de un talento individual que nunca se fatigó en su tarea de descubrir o de inventar el otro lado de las cosas, de los hombres, de las situaciones. Aunque se lo dieran en volumen anónimo, cualquier lector hispanoamericano que lo lea en el original, sin saber nada —supongamos— de la obra y de la biografía del autor, sabría que está leyendo a un escritor argentino. Hay un algo y un todo que lo hace inconfundiblemente de allá. Un aire, un tono. También un modo de contemplar y juzgar la vida, que, aunque parezca una herejía de mal gusto, en otro nivel, no está tan infinitamente lejos de la inclinación filosofante del tango.

En cierta medida no esencial, su argentinidad o su identidad latinoamericana —unida a su complejidad habitual— para gente de otras culturas lo hace enigmático. El escritor sueco Lasse Soderberg, que se afana traducéndolo acuciosamente, sostiene que “hay algo en el mundo de Borges que nunca hemos comprendido”. En Estocolmo un académico afirma que “sus admirables cuentos adolecen de una extrema estilización casi paralizante”. Por lo visto, no sólo no es un escritor para multitudes; tampoco lo es para todos los intelectuales.

Su existencia estuvo regida por la antigua diosa del movimiento: la contradicción permanente. Influidor por su padre, se declaró anarquista; anarquista conservador, diría más tarde. Alguna vez, como su amigo Vicente Huidobro, que a diferencia de él nunca dejó de ser un vanguardista literario (ambos frecuentaron en el Madrid del año 20 el círculo inspirador de un hombre de inquietudes precursoras, Rafael Cansinos Assens), dedicó unos versos admirativos a la Revolución Rusa, a la paz y la fraternidad humana. En un momento de su vida, rodeado por un ámbito oligárquico, contra la corriente, se declaró radical. Discretamente, con cierto pesimismo disfrazado de socarronería melancólica, apoyó la República Española. Detestó a Perón de arriba abajo, por los cuatro costados. Y tal vez esta aversión visceral contribuyó a que aplaudiera el golpe militar que derrocó a su prescindible tercera esposa. Borges solía acertar en grande y también equivocarse en grande.

Dentro de la sociedad civil muchas veces se perdió como en una ciudad desconocida que nunca sería la suya. En cambio, pese a la ceguera, se movía con ojos abiertos, brillantes y vivos por los siete círculos de la paradoja y de la quimera. No su sexto, sino su primer continente y sentido era la literatura traspasada por el aire metafísico. Tenía la niña del ojo cerrada para realidades quemantes de este continente donde los caballeros, que él tanto estimó, caballeros de uniforme o en traje de calle, suelen conjugar todos los tiempos del desprecio, y no en el reino de la gramática de la vida, sino en el reino de la gramática de la muerte... de los otros, aquéllos que no tienen derecho a paraíso en la tierra, sentenciados por la eternidad a la represión, a todas las hambres, a todas las ausencias, a todas las condenas, a todos los infiernos de este mundo. Esa realidad Borges no la vio, entre otras cosas porque vivía encerrado lejos o andaba intentando descifrar un texto antiguo o, fabulando sobre los grandes enigmas. O se encontraba distraído leyendo sentado en un banco del dédalo de la Biblioteca de Babel. O estaba ocupado mirándose en el espejo de la eternidad. O tratando de escribir ese verso o esa línea única que lo haría inmortal. No tenía pupila para los desamparados. El mundo sin facciones de los desaparecidos vino a descubrirlo cuando ya el comentario sobre su holocausto era en Buenos Aires más que un comentario horrorizado o vox populi, una evidencia agobiadora para veinte millones de argentinos.

Su inclinación ante las espadas

Casi treinta años antes de que sucediera, Jorge Luis Borges consideró un honroso y excepcional privilegio enterarse por la prensa de la noticia que comunicaba su muerte. Entró entonces de modo efectivo, sin retórica, a la categoría de “los muertos que siguen viviendo”. Se refería con cierta coquetería a la información bastante añeja del periódico francés *Franc-Tireur*, que el 28 de agosto de 1957 publicó un prematuro despacho anunciando su fallecimiento. Hay que reconocer que reaccionó con flemma londinense. No se precipitó a desmentirlo con voz de ultratumba ni tampoco lo tomó tan a la broma como Mark Twain en ocasión semejante. No imitó a Lázaro. No estimó indispensable aclarar: “Señores, estoy vivo”. Dejó pasar veintiún años antes de rectificar en *Le Monde* la nota funeraria. Y veintinueve antes de confirmarla.

Ahora ya no podrá gozar ese extraño privilegio de leer en la prensa, entre risueño y cariacontecido, la nueva de su fin, entre otras cosas porque se le acabaron todas las lecturas. Y no porque imitara a Homero o a Milton —sus mil veces citados ilustres colegas no videntes—, sino porque la muerte, “ese otro mar”, como la llamó, renunciando a medias a la metáfora, se tragó su cuerpo, y decidió que el genio de los laberintos durmiera para siempre su sueño eterno,

que él quiso fuera un sueño en la eternidad, a orillas del lago Lemán.

¿Por qué Ginebra —insistamos— fue preferida para el último adiós? ¿Quizás porque vivió en ella todos los años de la primera guerra mundial e interpretaba más profundamente su deseo de acogerse al retiro del adiós? Vivió en esa ciudad neutra de un país neutral —y él muchas veces quiso ser un neutral— desde 1914 a 1918. Más bien la leyó. La consideraba bella, entre otras razones, porque este lector delicado y pantargruélico devoró allí todas las bibliotecas a su alcance, pero sobre todo —dijo— porque descubrió a Virgilio y a Verlaine. O sea, setenta años después regresó para morir en el lugar de su leída adolescencia. Seguramente también optó por ella porque representaba la ciudad de la paz, cuando allá lejos ardían los fuegos y las miserias de la guerra familiar por los derechos de un autor publicado en todo el mundo. El centro de las hostilidades estaba en Buenos Aires, donde en su vejez él apenas reconocía los antiguos arrabales, los patios, los aljibes, donde ya no sentía vagar las sombras de Evaristo Carriego y de Macedonio Fernández.

Fue una fábrica de calculados desconciertos, un exhibicionista de su talento, un inventor de frases agudas. Alguna vez dijo: “Puesto que no somos inmortales todo lo que decimos acerca de la muerte ha de ser, necesariamente, profético”. Por desgracia no tenemos posibilidad de que nos diga si su profecía era acertada.

Pocos meses antes de morir, junto con autorizar una edición suya en Cuba, aclaró que lo hacía pese a que era un “anticomunista *imparcial*”. Subrayó con una sonrisa irónica la última palabra. Si fuera por su criterio político nunca hubiera ingresado al círculo de los hombres admirables. ¿No había afirmado sin ninguna entonación lúdica que “como argentino estoy profundamente convencido de que la dictadura es la única forma de salvarnos de la anarquía, pero prefiero una dictadura de caballeros a una de hampones y rufianes, ya que hay buenas y malas”?

A veces este hombre de particular sabiduría opinaba sobre lo que no sabía. Y otras, mal informado, se hundía en las simas de una elocuencia letal, como el poeta Lugonés, para poner un párrafo al servicio de los asesinos. El 18 de septiembre de 1976, el general Toro, Rector-delegado de la Universidad de Chile, otorgaba, en nombre de otro académico de primera agua, el general Augusto Pinochet, el título de Doctor honoris causa a Jorge Luis Borges. Allí el agraciado hizo una declaración tremenda: “Yo declaro preferir la espada, la clara espada, a la furtiva dinamita. Y lo digo, sabiendo muy claramente, muy precisamente lo que digo. Pues bien, mi país está emergiendo de la ciénaga en que estuvimos. Ya estamos saliendo por obra de las espadas, precisamente. Y aquí ya han emergido de esa ciénaga. Y aquí tenemos: Chile, esa región, esa patria, que es a la vez una larga patria y una espada honrosa”.

No creo que el hecho que Alfred Nobel inventara la “furtiva dinamita” fuera la razón principal del disgusto del jurado ante esa toma de posición. Poco después conversé en Estocolmo con un miembro de la Academia Sueca quien me expresó que una persona que es capaz de tamaños pronunciamientos, de decir atrocidades o desatinos dignos del calibre del Cañón Gran Bertha, sencillamente no podía recibir el Premio Nobel de Literatura.

Vino años después su autocrítica, sobre todo porque quedó en claro que en Argentina la ciénaga nunca había sido más engullidora de hombres que bajo la dictadura que elogiaba, como sucedía también con el otro objeto de su alabanza: la tiranía de Pinochet. En noviembre de 1985, o sea, ocho meses antes de su muerte, se confesó con un periodista, Carlos Ares, que publicó la entrevista en *El País*. “No entiendo de política —le dijo— ...Yo descreí de la democracia durante mucho tiempo, pero el pueblo argentino se ha encargado de demostrarme que estaba equivocado. En 1976, cuando los militares dieron el golpe de Estado, yo pensé: al fin vamos a tener un Gobierno de caballeros. Pero ellos mismos me hicieron cambiar de opinión. Aunque tardé en tener noticias de los desaparecidos y las atrocidades que cometieron... Fue un período diabólico y hay que tratar de que pertenezca al pasado... Claro que a mí me resulta fácil decir que debemos olvidar, probablemente si tuviera hijos y hubieran sido secuestrados no pensaría así...”

En materia cívica este admirador de los caballeros medievales que practican el arte de magia de las desapariciones masivas no fue ningún maestro de la vida, pero literariamente muchos lo consideran el más grande escritor argentino. ¿Cómo explicar la ruptura de planos? Sin duda la influyó su visión de la vida y tal vez de la muerte. Sostenía el irracionalismo del mundo y esto lo llevó a extraviarse muchas veces en un puzzle que estimaba sin salida y cuyas coordenadas sociales, económicas, históricas nunca comprendió. La superficie caótica que su mente percibía lo indujo a una literatura donde muchas veces la prosa magnífica se dedica al evanescente juego, al absurdo, y esconde el desorden de un pensamiento irresponsable, persuadido que su único sentido es la belleza en sí, concebida como misterio de los misterios.

El precio de la frase feliz

Participó cuando joven en el grupo “Proa”, junto a Ricardo Güiraldes, Pablo Rojas Paz, Francisco Luis Bernárdez y Macedonio Fernández. No se olvide que sus primeros libros están relacionados con su ciudad natal y con su país: *Fervor de Buenos Aires*, *Cuaderno San Martín*, junto a *La fundación mítica de Buenos Aires* y *El General Quiroga va en coche a la muerte*.

Intelectualmente conflictivo, con pasión por la controversia, buscó

a su manera adentrarse en las particularidades psicológicas del argentino, como lo intentara en su obra *Discusión*. Son prueba de su raíz. Pero fue tributario y afluente de viajes, contactos y sobre todo libros.

Vivió varios años de su juventud en España, en los tiempos del ultraísmo literario. Sería un poeta moderno, que también se vuelve al descubrimiento de los padres. Escribe sobre Francisco de Quevedo y Jorge Torres Villarroel. Le atraen los filósofos ingleses Hume y Berkeley. Más que nada le influye éste último, representante extremo del idealismo. No es difícil detectar su eco en su concepción de la vida, en su forma de mirar la sociedad y explica en cierto modo sus dramáticos desencuentros con la realidad, incluso sus disparates garrafales en la apreciación de las dictaduras castrenses.

Su *Historia Universal de la Infamia* lo proyectó a un plano muy elevado de consideración por la crítica internacional, consolidado con la publicación de *El jardín de los senderos que se bifurcan*, *El libro de Arena*, *Ficciones*, *El Aleph*, *Otras inquisiciones*.

Vivió el complejo de Edipo hasta el fin. Se ha hablado mucho del amoroso apego a la madre, Leonor Acevedo, quien lo acompañó hasta que ella murió, con más de cien años de edad, a finales de 1975. Anduvo buscando una mamá o varias, hasta que terminó casándose, por segunda vez, con su madre-hija, una mujer cuarenta años menor. Asistido por ella se alejó para siempre —un siempre mortal— del viejo Buenos Aires de que habló sobre todo en sus primeras obras, aquél del tango y del bandoneón, de los boliches en cada esquina. Sostenía, seguramente con exageración, que todo esto había desaparecido para transformarse la capital en “una gran ciudad más”.

El tejedor de sueños, el irreverente ciego, el fantástico imaginativo, el ingenuo aparente, que manejaba un cinismo casi profesional, este voluptuoso adorador del idioma inglés, capaz de burlarse de todo (sostuvo que la Guerra de las Malvidas fue “memorablemente como una batalla de dos calvos por un peine”), que al mirarse al espejo se veía como “un horrendo anciano”, este descreído, este aristócrata mental, decidió escapar a su nacimiento, abandonar Argentina, para morir en el lugar de su primera mocedad.

Nadie conseguirá simplistamente atrapar sus muchos perfiles huidizos. Ernesto Sábato, refiriéndose a ese reino de incongruencias compatibilizadas que fue su vida y su obra, lo llamó “heresiarca del arrabal porteño, latinista del lunfardo, suma de infinitos bibliotecarios hipostáticos, mezcla rara de Asia Menor y Palermo, de Chester-ton y Carriego, de Kafka y Martín Fierro”.

Se ha marchado el “delfín de los círculos sofisticados”. Anunció en su última declaración que, como un personaje de Wells, había tomado la determinación de volverse un hombre invisible. Al fin lo ha conseguido. Lo que continúa a la vista de este hombre que en agosto del 86 hubiera cumplido ochenta y siete años es que el “diver-

timiento” o la perplejidad no ha terminado para los lectores de su obra y para aquellos que seguirán discutiendo abismantes contrasentidos en su actitud civil, pero continuarán desentrañando el sí es no es de escritor a buenos trechos culpable e inocente, aquél que sostenía: “Creo que no pasa un solo día de mi vida en que yo no haya estado alguna vez en el infierno y, quizás, muchas veces en el paraíso”. Sentía placer en jugar con todo, incluso con las tragedias de su país, si podían servirle para sentencias ingeniosas y a veces exactas como una gélida cifra: “La moneda argentina —decía— pertenece a la literatura fantástica”. “Los militares no han sido educados para pensar, sino para obedecer... Suponer que un gobierno de militares puede ser eficaz es tan absurdo como suponer que puede ser eficaz un gobierno de buzos.”

Así se despidió de su país. “He nacido —sostuvo— en otra ciudad que también se llamaba Buenos Aires.”

Cuando se produjo la ceguera definitiva, no sabemos si murmuró las palabras rituales de la despedida final. No necesitaba, porque estuvo diciéndolas en vida; por ejemplo: “Y ahora sólo me queda la vaga luz y la inextricable sombra”.

El hombre que canta, que habla y escribe

VIRGINIA VIDAL

Jorge Luis Borges en vida fue motivo de apasionadas controversias, amores, odios, rencores, maledicencia; aun involuntario protagonista de novela (Umberto Eco en sus *Apostillas a El nombre de la rosa* no negó que Jorge de Burgos estuviese inspirado en el maestro latinoamericano: “... y biblioteca más ciego sólo puede dar Borges, también porque las deudas se pagan”. Eco olvidó que también “biblioteca más ciego” pueden dar José Mármol y Paul Groussac...). Borges —como todo ser humano en algún momento de la vida— fue infamemente usado por quienes él creyó, por aferrarse a un mito, vinculados con el heroísmo para convertirlo en Caín; y esto demuestra que vivió su literatura más de lo imaginable; cuesta asimilarlo tal vez porque el dolor que a los chilenos nos causó aún nos obnubila.

La muerte de Borges ha sido monótonamente calificada de “irreparable” y aprovechada incluso para perpetrar crónicas literatosas no exentas de patochadas. Entre tanta palabra, conviene recordar lo que hace más de veinte años dijo Ernesto Sábato, uno de sus críticos más implacables, al enfocar los “reproches” de la crítica inconse-

cuenta —en especial de ciertos sectores proclives al zhdanovismo— a un escritor tan consecuente como Borges: “...con raras excepciones, la izquierda lo acusa de *ser* lo que es. Escritores que no le llegan ni a las rodillas repudian en forma total su literatura, con lo que demuestran que ni siquiera son buenos revolucionarios; ya que un movimiento que no advierte lo que hay de trascendente en una sociedad no está maduro para reemplazarla”¹.

Uno de los análisis más penetrantes de la obra que se caracteriza por haber alcanzado un *estilo perfecto*, de quien sólo fue lo que era, lo realiza el poeta cubano Cintio Vitier², el cual pone de relieve en la obra de Borges “la evaporación de las fronteras” entre el hombre que habla, el que canta y el que escribe, cuyo resultado es “el encanto, el cruce de su formación universal y su argentinidad”, pues “nada más lejos de su poesía que entender la patria como una suma de tipicisms o abstracción sentimental”. Esto, sumado a preocupaciones tan trascendentales como “la angustiada omnipresencia de la vida”, el “desarrollo de una intuición o un estado fundamentalmente poéticos”, va configurando “un universo de idioma y sentimiento” al que se suma otro aspecto capital: “su investigación y conjuro de la muerte”. Vitier ahonda para mostrar de la obra borgiana “la peculiar belleza de una expresión que se consume”. La nombra indistintamente forma, estilo, transparencia. Agrega que a nosotros, los latinoamericanos, nos corresponde entender y asimilar el postulado tácito que la domina y que se podría resumir así: “la opulencia o la exquisitez de un fruto es secundaria frente al acto de su desprendimiento”.

Con claridad exenta de toda pedantería. Borges se pasó la vida entera siendo lo que era y no rehuía el hablar para ahondar en los temas que lo obsesionan. De ello y de su prodigiosa lucidez, así como de su humor recalcitrante a los estereotipos y encasillamientos, dejó testimonios innumerables. Será ardua empresa reunir todas las entrevistas que prodigó, tanto en periódicos, revistas y otros medios, a más de las que conformaron libros. En una de las últimas que otorgó, en Venezuela, dijo: “cuando joven fui comunista” y afirmó que en los años 20, el comunismo era una esperanza universal. En esa misma ocasión le preguntaron: ¿la política es peligrosa, Borges?, y él respondió escueto: “la geopolítica es más peligrosa aún”... Luego reiteró ser anarquista y enemigo del Estado y de los Estados.

Uno de los más recientes libros en que muestra su inagotable capacidad para la comunicación literaria es *Conversaciones con Borges*³. Estos diálogos primitivamente estuvieron destinados a una empresa periodística; el proyecto no fungió, pero el entusiasta discípulo Ro-

¹ Ernesto Sábato: *Tres aproximaciones a la literatura de nuestro tiempo*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1968.

² Cintio Vitier: *Crítica sucesiva*, Contemporáneos UNEAC, La Habana, 1971.

³ Roberto Alifano: *Conversaciones con Borges*, Ed. Atlántida, Buenos Aires, 1984.

berto Alifano siguió adelante. Lo bueno de este autor es que no pretende usar a Borges para lucirse; se limita a inducir el diálogo con atinadas y escuetas preguntas que revelan conocimiento del maestro y su obra. Entonces se desencadena el intercambio apasionante por la sencillez, amenidad, humor y ternura que de la conversación fluyen.

En el transcurso de esta lectura se sabrá entre otras cosas que Borges se comportó “poco o nada japonés” con Roger Caillois, al discutirle el origen de la novela policial; o cómo le fue revelada la magia de la poesía al niño Borges, a través de un poema de Almafuerte recitado por Evaristo Carriego; o se asombrará ante un erratón que transforma la calle Morgue, de Poe, en Morgan; compartirá la emoción de la última visita de Borges al admirado Mastronardi, acompañado de María Kodama: “él le dijo cosas amables a María y luego nos dimos cuenta que estaba cansado”.

También el lector podrá reflexionar sobre si le fue otorgada “la muerte propia”, a lo Séneca, a quien escogió en definitiva las esquinas por completo desiguales de Ginebra y hace más de una década escribió su nota biográfica para una enciclopedia del próximo siglo: “todo hombre tiene que morir de su muerte; conviene que la muerte se parezca al hombre. Uno debe morir en su ley”.

Borges le confió a Alifano: “A mi vida, usted sabe, le han faltado vida y muerte”. Nadie puede corroborar tal afirmación. En estas conversaciones se da hasta mayor profundidad que en la sostenida en 1966 con César Fernández Moreno⁴, el hijo de su gran amigo, el escritor Macedonio Fernández, a quien le dijo algo desmentido sólo por la vida, al final: “...yo jamás he pensado acercarme al pueblo ni acercarme a nadie” y, también, ante quien se hizo una autocrítica plena de humor al referirse al primer poema que publicó en su vida: “se llamaba ‘Himno al mar’ y trataba de parecerse a Walt Whitman (...) y lograba parecerse a Santos Chocano...”; también le comunicó su deseo de escribir cuentos realistas: “Ya estoy harto de los laberintos y de los espejos y de los tigres y de todo eso... Sobre todo cuando lo usan otros”.

Por cierto, se reiteran muchos asuntos ya desarrollados en los diálogos recopilados por la coordinadora María Esther Vásquez⁵. Al conocer éstos, vale la pena reflexionar en lo dicho al poeta y amigo de su misma generación, Francisco Luis Bernárdez acerca del papel de la ciudad en la creación literaria: “Si Rubén Darío se hubiera quedado en Nicaragua no existiría; bueno, si Lugones se hubiera quedado en Río Seco, tampoco hubiera escrito nada. (...) Precisamente el

⁴ Vid. Emir Rodríguez Monegal: *Borges por él mismo*, Monte Avila Editores, Caracas, 1980.

⁵ Vid. María Esther Vásquez: *Borges: imágenes, memorias, diálogos*, Monte Avila Editores, Caracas, 1980.

papel de toda gran ciudad es permitir ese diálogo anterior que es necesario para la creación literaria". Un asunto vivo en nuestra América aldeana donde minuto a minuto se agigantan las capitales y se destruye el sentido de urbe.

En la entrevista con Luis Gudiño Kieffer⁶ (entonces este narrador tenía treinta y seis años y Borges ya iba a cumplir setenta y tres), da muestras de su espíritu de contradicción y hasta de su afán de escandalizar al interlocutor, con sus opiniones políticas: un marcado racismo; anticomunismo; su afirmación de sentir antipatía por el Che Guevara; sin pertenecer a partido alguno, considerarse anarquista, para contradecirse después y proclamarse conservador —“forma de escepticismo y resignada aceptación”—, como lo era Ricardo Güiraldes en la década del veinte (con éste, con González Lanusa, “comunista, pero comunista pacifista”, y el radical Brandan Caraffa fundaron una revista, pero las diferencias políticas no los afectaban, porque entonces —dice— no existía la pasión política, pero sí la pasión literaria y filosófica), a la vez que comenta el odio de los jóvenes a los viejos —caso de la niña chilena que sin haber leído a Neruda le dijo que éste era un ‘momio’—; y afirma: “yo, en mi vida he leído un diario”, pero antes ha dicho, refiriéndose a los best-sellers y a la venta de diarios de grandes tirajes, que “nadie puede creer que un telegrama de la agencia Reuter es superior a una obra de Platón y que “si hay una bobería en el mundo” son las llamadas crónicas de vida social.

En lo referente a su posición política, deja un relato feroz: “La fiesta del monstruo”⁷. Pieza maestra escrita en lenguaje coloquial con mucho de lunfardo, aguafuerte tremenda contra la dictadura, comparable en cierto modo a *El Matadero*, de Esteban Echeverría (1805-1851).

La reiteración de sus temas en el coloquio se puede deber a que “siempre se hacen las mismas preguntas”, como solía decir, o bien corresponda a lo que le comunicó a la reportera de *Life*, Rita Guibert⁸: “Es como si me hubiera pasado la vida escribiendo siete u ocho poemas y ensayando diversas variaciones, como si cada libro fuera un borrador del libro anterior” (a la misma, 1968, le expresó que habría optado por Neruda para el Nobel: “lo considero mejor poeta aunque estemos divididos políticamente” y le contó las coincidencias que con el chileno tenía en materia poética; también se refirió a Cortázar y al orgullo de haber sido el primero en haberle publicado uno de sus trabajos: “La casa tomada”; en otra ocasión se refirió con admi-

⁶ Vid. Jaime Alazraki: *Jorge Luis Borges*, Taurus Ediciones, Madrid, 1976.

⁷ J. L. Borges: *Obras completas en colaboración con Adolfo Bioy Casares*. Alianza Editorial, Madrid, 1981. “La fiesta del monstruo” apareció por primera vez, bajo el seudónimo de H. Bustos Domecq, en la revista *Marcha* N° 783, Montevideo, 1955.

⁸ *Todo Borges y...* Edición de la revista *Gente*. Edit. Atlántida, Buenos Aires, 1977.

ración a *Cien años de soledad*, de García Márquez, lo cual desmiente su marginación del hacer literario latinoamericano en la última época de su vida).

La Cifra

María Kodama, su inseparable amiga desde antes de su divorcio con Elsa Astete, es la joven que se puede ver junto al escritor en diversas fotografías del álbum *Todo Borges y...*⁹. Es la discípula y la respetable mujer que no se limitó a ser su bastón (con horror hemos leído por ahí que la llaman “bastón de huesos japoneses”, con irrespeto procaz a la mujer, a la amistad, a la pareja, a la esencia humana): la podemos ver junto a él en actitud juvenil, sin ninguna huella compasiva o sobreprotectora, sino como su real compañera en esos años tan dolorosos en que él se atrevió a expresar un solo deseo: “hay dos cosas que quisiera reconstruir: el rostro de mi madre y la imagen de un caballo perdido en la pampa”.

A partir de 1976, cuando —ahora lo sabemos— iba a iniciar la última década de su vida, Borges publica varias obras en colaboración entre ellas: *Introducción a la literatura inglesa*, *Literaturas germánicas medievales*, con María Esther Vázquez; *Breve antología anglosajona*, con María Kodama.

Pero Borges sorprende en 1981 con un libro de poemas, *La Cifra*⁹, con una singular “Inscripción” cuyo segundo párrafo dice: “Como todos los actos del universo, la dedicatoria de un libro es un acto mágico. También cabría definirla como el modo más grato y más sensible de pronunciar un nombre. Yo pronuncio ahora su nombre, María Kodama. Cuántas mañanas, cuántos mares, cuántos jardines del Oriente y del Occidente, cuánto Virgilio”.

En esta obra el maestro se reitera con vigorosa majestad. Insiste en cumplir ese destino soñado por otro, en ser el sueño de un sueño, en escribir un poema con las proporciones y armonía de la Catedral de Chartres, en el amor a su vasta biblioteca, a pesar de la ceguera. Es capaz de resumir su vida en veintisiete endecasílabos —difícil que alguien superara tal síntesis biográfica—: es *el cuerpo que no deja un hijo*; sobrelleva *la cegura que es penumbra y cárcel* y la vejez que es *aurora de la muerte*; declara su amor por enciclopedias, mapas caligráficos y antiguo mármol; su *incurable nostalgia del latín*, el olvido de fechas y de nombres, el culto del Oriente, la luna y *esa mala costumbre: Buenos Aires*. También afirmará su incapacidad para un acto nuevo: *tejo y torno a tejer la misma sábula*, declarándose *la fa-*

⁹ J. L. Borges: *La Cifra*, Alianza Editorial, Madrid, 1981.

tiga de un espejo inmóvil / o el polvo de un museo. Admite: Sólo una cosa no gustada espero / una dádiva, un oro de la sombra, / esa virgen, la muerte. (El castellano/ permite esta metáfora.)

Con recia lucidez, sin exhalar una queja, define “dos formas del insomnio”: el no dormir y la longevidad que “es el horror de ser en un cuerpo humano cuyas facultades declinan, es un insomnio que se mide por décadas y no con agujas de acero, es el peso de mares y pirámides, de antiguas bibliotecas y dinastías, de las auroras que no vio Adán, es no ignorar que estoy condenado a mi carne, a mi detestada voz, a mi nombre, a una rutina de recuerdos, al castellano, que no sé manejar, a la nostalgia del latín, que no sé, a querer hundirme en la muerte y no poder hundirme en la muerte, a ser y seguir siendo”.

Hay en esta obra de Borges una nobleza de varón sufrido, semejante a la de Job, un orgullo que rechaza toda compasión, un compromiso ineludible con lo único que estuvo comprometido a lo largo de su larga vida: la literatura, y con ella sus temas, sus obsesiones: gatos, espejos, laberintos, ajedreces, sus recuerdos de la ciudad amada con pasado irrecuperable, su lealtad a Evaristo Carriego, los sueños, la traición.

Aquí está en su autenticidad premonitoria del fin: no las respuestas a las infinitas entrevistas que lo obligaron a ser arbitrario y absurdo, a reconocer hechos que no eran secretos ya hacía mucho tiempo: no leía la prensa ni libro alguno, pues sólo podía oír la lectura de algún libro específico, necesario para el trabajo inmediato. El cansancio de la vejez y la cruel enfermedad lo estaban minando, pero sus admiradores junto con todos aquellos que no lo querían para nada, aunque mucho le debieran, estaban convencidos de que era tan lúcido como joven, maligno y eterno. El, ese venerable anciano desencantado, incapaz de un grito, de un reproche, pero sí de seguir ejerciendo un humor sutil a la par con el estoicismo.

Los conjurados

En la “Inscripción” de su último libro de poemas¹⁰ dice: “De usted es este libro, María Kodama. /.../ Sólo podemos dar lo que ya hemos dado. Sólo podemos dar lo que ya es del otro. En este libro están las cosas que siempre fueron suyas. ¡Qué misterio es una dedicatoria, una entrega de símbolos!”

En el “Prólogo” afirma con poderoso impulso vital, con asombrosa fe en lo mejor del hombre: “yo suelo sentir que soy tierra, cansada tierra. Sigo, sin embargo, escribiendo”. Pero esa sensación de-

¹⁰ J. L. Borges: *Los Conjurados*, Alianza Editorial, Madrid, 1985.

soladora no le impide afirmar: “Al cabo de los años he observado que la belleza, como la felicidad, es frecuente. No pasa un día en que no estemos un instante en el paraíso”. Imposible no asociar estas palabras con las de una mujer de greda inmemorial, con la campesina Violeta: “Gracias a la vida que me ha dado tanto”... Así como en el “Himno” de la *La Cifra*, congrega todo lo amable de la vida: “Una doncella acaba de apresar / al unicornio blanco. / Todo el pasado vuelve como una ola / y esas antiguas cosas recurren / porque una mujer te ha besado”, ahora se admira de que “el primero de los elementos, el fuego”, no abunde en su libro y no cesa de maravillarse: desde “la verde serpiente cosmogónica” que el mar encierra hasta el prodigioso sueño de “Las hojas de ciprés” o la reflexión pesarosa de “Las piedras y Chile”: “...Los reverses de la suerte, / no cuentan. Ya son parte / de esa dócil arcilla, mi pasado, / que borra el tiempo o que maneja el arte / y que ningún augur ha descifrado”.

Pero el dolor acumulado lo hacen exclamar con desgarrado humanamiento en “Cristo en la cruz”: “¿De qué puede servirme que aquel hombre / haya sufrido, si yo sufro ahora?”

Se esmera en mostrar la metáfora pura para nombrar todas aquellas cosas que lo habitan. El que vio la rosa empieza a poner puntos finales: “... Ya la sombra ha sellado / los espejos que copian la ficción de las cosas”, y enumera, cataloga, todo lo soñado para imaginar en seguida el sueño que “alguien soñará”, un alguien perfeccionado en la humana materia.

Su admirable y juvenil humor restalla en el retrato de Sherlock Holmes: “No salió de una madre ni supo de mayores. / Idéntico es el caso de Adán y de Quijano”. “Lo soñó un irlandés, que no lo quiso nunca / y que trató, nos dicen, de matarlo. Fue en vano”.

La ceguera lo atormenta: “... Yo querría / ver una cara alguna vez...”. “A los otros les queda el universo: / a mi penumbra, el hábito del verso”.

Fiel a sus amigos, recuerda a Enrique Banchs (1888-1968), poeta lírico que “nos ha dejado cosas inmortales”. Rotas todas las barreras entre prosa y poesía, va hilando sus temas hasta desembocar en la página *Juan López y John Ward*: veinte líneas que son la trágica metáfora de la guerra de las Malvinas. Caín y Abel. Uno estudió castellano para leer al Quijote. “El otro profesaba el amor de Conrad, que le había sido revelado en un aula de la calle Viamonte”...

El libro termina con una escueta parábola: la conspiración que lleva a hombres de diversas estirpes, religiosas e idiomas a la formación de la Liga de Cantones en 1291; ahora “también son Paracelso y Amiel y Jung y Paul Klee”. Finaliza con un anhelo poderoso para la humanidad toda, cuyo cumplimiento sería la consolidación de la paz:

“Los cantones son ahora veintidós. El de Ginebra, el último, es una de mis patrias. Mañana serán todo el planeta. Acaso lo que digo no es verdadero; ojalá sea profético”.

El verbo en plural —ese verbo que admiró y defendió con orgullo, porque sólo en castellano es diferente a ‘estar’— deja una duda: ¿serán las patrias de Borges todo el planeta o todo el planeta será una sola confederación de repúblicas como lo son ahora los cantones? Ojalá sea profético.

“Si escribiera en inglés, lo devoraríamos en malas traducciones”, dijo de Borges en su temprana juventud Augusto Monterroso. Nuestro es el privilegio de que haya escrito en nuestro castellano tanto conosureño, como también de Alfonso Reyes o de Pedro Henríquez Ureña que no confunde acusativo y dativo, sin renegar del taita quechua ni del voseo, sin avergonzarse tampoco de sus buenas y vivas palabras que se consideran arcaísmos en España o de citar con propiedad palabras y frases de otros idiomas; dejó constancia de “curiosas fealdades” del vocabulario en la nota biográfica que ha de publicarse “en Santiago de Chile, el año 2074”.

Siempre cabrá llamarlo Gran Poeta, como lo vio Sábato: “Y luego, arbitrario, genial, tierno, relojero, débil, grande, triunfante, arriesgado, temeroso, fracasado, magnífico, infeliz, limitado, infantil, inmortal”¹¹.

No a Borges, a otros les será permitido decir que él hizo de su oficio hasta el fin de su vida un ejercicio del espíritu y del cerebro, una oración para la buena muerte; sin proponérselo, el más admirable y laborioso escalón para la inmortalidad.

¹¹ Ernesto Sábato, “los relatos de Jorge Luis Borges”, en *Sur* N° 122, Buenos Aires, marzo de 1945.





Martí y la nueva literatura latinoamericana y caribeña

ROBERTO FERNANDEZ RETAMAR

Como es lógico, en la media hora que me está asignada tengo, inevitable y paradójicamente, que dar por conocidas muchas cosas, pero, a la vez, que repetir o enfatizar otras, incluso ya dichas o que se dirán en este simposio. Entre las dadas por conocidas, además por supuesto de la obra martiana y lo esencial de la literatura de Nuestra América posterior a él, no pocos trabajos sobre la materia, en especial los que han rectificado viejos errores o aportado ciertos hallazgos.

Entre los hechos que me es inevitable repetir o enfatizar están varios que atañen sólo a Martí, y otros de carácter más general. Así, cuando recordamos que Martí nació en 1853, en el seno de una humilde familia, en Cuba, la cual era entonces con Puerto Rico la última colonia española en el hemisferio occidental, no pocas circunstancias se ponen de relieve: por ejemplo, que Martí, catorce años mayor que Darío, pertenecía a una generación anterior a la de los escritores que iban a ser llamados por antonomasia "modernistas"; que, estimulada su vocación por el estado de su país y el ambiente en

Roberto Fernández Retamar, ensayista y poeta cubano, es director de la revista *Casa de las Américas*, que se publica en La Habana. El presente trabajo es una de las ponencias presentadas en el *Simposio Darío, Martí y la Nueva Literatura Latinoamericana y Caribeña*, celebrado en la Biblioteca Nacional Rubén Darío, Managua, Nicaragua, en enero de 1985.

que el muchacho se hizo hombre, fue fundamentalmente una criatura política, a la que, según sabemos de sobra, se le dio el genio verbal: genio que, como todo lo suyo, puso, sin mengua de calidad, al servicio de su causa de redención. La guerra de independencia iniciada en Cuba tardíamente, en 1868 (rezago característico de esa zona de plantaciones que eran las Antillas), fue la experiencia formadora decisiva de su vida. Esa condición básica suya de revolucionario político y social le permitió ser, a un siglo de su desaparición, el mentor de la actual Revolución Cubana, como Sandino, a más de cuatro décadas de su asesinato, lo sería de la actual Revolución Nicaragüense. Así lo reconoce una obra publicada en 1983 en Managua, *Teoría y práctica revolucionarias en Nicaragua*, al afirmar con razón: “Lo que fue Martí para los revolucionarios cubanos lo será Sandino para los revolucionarios nicaragüenses”¹. Por ello no es de extrañar que Martí, quien quería ser tenido por “poeta en actos” antes que por “poeta en versos”², no publicara libro alguno —apenas dos extraordinarios cuadernos poéticos, en ediciones no comerciales—, dejando la mayor parte de su obra dispersa en incontables periódicos y algunos folletos políticos, prodigada en hechizantes discursos, muchísimos de los cuales, improvisados al calor de la brega política, se han perdido para siempre, o en cartas y diarios en que con frecuencia lo íntimo y lo político se entremezclan en un relámpago.

La osamenta de estas obras se encuentra en la vida de Martí, articulada en torno al presidio político —en la adolescencia—, los destierros, las conspiraciones, la permanente defensa de Cuba, de Nuestra América y del mundo colonial, los precoces análisis y denuncias del naciente imperialismo en el seno de los propios Estados Unidos, su identificación con “los pobres de la tierra”, la organización de movimientos revolucionarios, que culmina con la creación del Partido Revolucionario Cubano, el desencadenamiento de la última etapa de la guerra de independencia de Cuba y el auxilio a la que debía ocurrir en Puerto Rico, su muerte en combate el 19 de mayo de 1895, un día después de haber nacido Sandino. Espero desarrollar algunos de estos aspectos en el Primer Congreso Latinoamericano sobre el Pensamiento Antimperialista que habrá de celebrarse en Nicaragua, y al cual he sido fraternalmente invitado. Pero incluso en las páginas que siguen me será necesario tomar en cuenta esta característica suya, dado que en Martí todo se dio como unidad orgánica y no como mero agregado de partes inconexas.

En esta ocasión, sin embargo, se trata en primer lugar de abordar

¹ Equipo interdisciplinario latinoamericano: *Teoría y práctica revolucionarias en Nicaragua. Curso breve de marxismo*, volumen I, Managua, 1983, p. 49.

² José Martí: “Carta a Manuel Mercado de 11 de agosto [de 1882], en *Obras completas*, La Habana, 1963-73, tomo XX, p. 64. En lo adelante, citaremos esta edición indicando tan sólo los tomos en números romanos, y las páginas en números arábigos.

la obra *literaria* de José Martí, numerosa y compleja, no obstante la forma irregular en que fue producida y la forma aún más irregular en que fue difundida: incluso, en relación con textos trascendentes, de manera póstuma. Los contemporáneos de Martí supieron de parte de ella gracias a su publicación en periódicos, la que le valió los conocidos elogios entusiastas de hombres como Sarmiento, Gutiérrez Nájera y sobre todo Darío, quien debe considerarse, por la prontitud, constancia, hondura y brillantez de sus juicios, el heraldo por excelencia de la grandeza literaria de Martí. No en balde éste lo llamó en 1893 "hijo": lo que, por cierto, no hizo ni hubiera podido hacer con ningún escritor cubano importante de su época. Ni tampoco en balde Juan Marinello comentó así estos hechos, en 1967:

Hijo fue de veras de su genio innovador y de su sed universal; hijo en el ímpetu ciclópeo de hacer de nuestro continente un costado ilustre de la tierra. [...] // Al leer ahora lo que [Darío] descubrió en la obra literaria martiana, se renueva nuestro asombro, y hemos de proclamar, porque es la verdad, que no se ha hecho después interpretación tan lúcida y exacta, de tanta penetración y vuelo. Una vez más se confirma que sólo entre pares se llega a la última entraña³.

Fue después de la muerte de Martí cuando sus textos empezarían a ser conocidos de modo creciente, en un proceso que está lejos de haber terminado. En 1900, cinco años después de esa muerte, se inició la publicación en forma de libro de sus *Obras*, edición muy incompleta pero valiosísima, ya que de ella se han derivado las demás, y que ocupó quince volúmenes (editados en diversos países por su albacea Quesada y Aróstegui), y se extendió hasta 1919. Aunque la mayoría de esos materiales había aparecido en publicaciones periódicas, ellos incluían además otros, como el núcleo del tercer gran libro de poemas de Martí, que él dejó inédito y no vino a ver la luz sino en 1913: sus *Versos libres*, los cuales provocaron elogios cálidos y agudísimos de Darío y Unamuno, enlazados ambos en torno a Martí; y algo después, de Gabriela Mistral. Incluso en 1932 fue publicado por vez primera su diario de Montecristi a Cabo Haitiano; al romper la quinta década de este siglo vino a ser editado su diario de campaña, joya del idioma y del espíritu, y entrada esa década, aparecieron sus imprescindibles cartas a Manuel Mercado. Hasta hoy mismo siguen dándose a conocer otros textos martianos. Lo anterior explica que a medio siglo de la caída en combate de José Martí es que se cuente con el primer libro sobre su obra literaria: *Martí escritor* (México, 1945), de Andrés Iduarte. Nos será necesario regresar sobre algunas consecuencias obvias de estos hechos.

³ Juan Marinello: "Rubén Darío en la Sorbona. Cuba en Rubén Darío. Guía para un libro" (1967), en *Creación y Revolución*. La Habana, 1973, p. 61 y 62.

En cuanto a las cuestiones generales que el tema suscita, voy a limitarme a dos. La primera tiene que ver con el problema historiográfico que implica hablar de la literatura "latinoamericana y caribeña". Claro que Martí es caribeño, y esto puede ayudar a zanjar dicho problema. Pero sólo en parte: bajo la denominación "América Latina", forjada algo antes, pero impulsada en el ambiente del Segundo Imperio Francés para dar una cobertura intelectual a hechos de rapiña como la invasión a México en la década del sesenta del pasado siglo —y "traducida" a nuestras realidades por el colombiano Torres Caicedo⁴—, no sólo se incluye la Hispanoamérica continental y el Brasil, sino también las Antillas de lengua española, e incluso Haití y el resto del Caribe francófono, zonas influidas todas, más o menos, por la herencia latina de la Romanía: sin embargo, "el Caribe", término de delimitación aún controvertida, abarca además otras áreas, de expresión inglesa u holandesa, es decir no latina, y también no pocas de presunta expansión europea, pero de abrumadora presencia *créole*. Vista esta realidad, y sin olvidar los grandes enclaves aborígenes, ¿cuáles son los nexos palpables entre la literatura hispanoamericana, la brasileña, las producidas en nuestras tierras en inglés, francés, holandés, papiamento, créoles varios, idiomas aborígenes? ¿Qué se sabe, fuera de Hispanoamérica, de Martí y Darío en las otras áreas? Antes de intentar responder, quiero mencionar la importante conferencia sobre *Process of Unity in Caribbean Society: Ideologies and Literature*, que se celebró en 1978 en la Universidad de Minnesota, conferencia en la que tuvo parte tan destacada Ileana Rodríguez. Remito a los interesados en esta cuestión cardinal al volumen que en 1983 recogió los materiales de dicha conferencia; y remito también a varios trabajos de nuestro entrañable compañero y amigo Alejandro Losada, cuya trágica desaparición, cuando se dirigía a participar en este simposio, nos ha consternado a todos. Como parte de la magna tarea que se había propuesto Alejandro, de llevar adelante una historia social de la literatura de nuestra América, hizo contribuciones imprescindibles al conocimiento de las letras caribeñas y su engarce con las del resto de nuestro ámbito histórico.

Pasemos a la segunda cuestión general. Hace varios años, con referencia a la literatura comparada, objeté⁵ que se aceptara sin más que su "concepto clave" fuera "la noción de influencia", la cual, además de favorecer una visión colonizadora de estudios correspondientes, requiere el conocimiento, el contacto de distintos

⁴ Arturo Ardao: *Génesis de la idea y el nombre de América Latina*, Caracas, 1980, *passim*.

⁵ R. F. R.: "Algunos problemas teóricos de la literatura hispanoamericana" (1974), en *Para una teoría de la literatura hispanoamericana y otras aproximaciones*, La Habana, 1975, esp. p. 65-67. (Hay ediciones posteriores.)

productos literarios. Sugerí entonces que la comparatística, sin excluir la noción de influencia, diera prioridad a las similitudes estructurales literarias —por lo general nacidas de similitudes en las respectivas estructuras sociales— y a la función de las obras, aun cuando no existieran ese conocimiento y ese contacto imprescindible para que pueda hablarse de “influencia”. Si ello es válido para zonas bien alejadas entre sí, ¿cómo no va a serlo en relación con ese complejo diverso pero unitario que es “la América Latina y el Caribe”; para el cual prefiero la denominación, justamente martiana, de “Nuestra América”⁶.

Siendo así las cosas, ni desdeñaremos ni sobrevaloraremos la influencia directa ejercida por Martí —incluso fuera de Nuestra América: no pocos han señalado la huella de los *Versos libres* en *El Cristo de Velázquez* de Unamuno—: influencia que, por razones ya aludidas, va a ejercerse en especial sobre las generaciones que siguen a Martí. Es evidente que sólo al conocerse sus obras más allá de la aparición efímera en el periódico, y desde luego aquellas que él no publicó durante su vida, puede hacerse patente esta influencia. Sin embargo, ya sus colaboraciones periodísticas le habían dado fama, y bastante se ha insistido en lo que pesó esa zona de su trabajo literario en Darío, quien no por gusto llamó a Martí “Maestro”, no obstante ser Darío dueño de un reino enteramente propio, y ser a su vez “padre y maestro mágico” de sucesivas generaciones: lo que justifica sobradamente el nombre y el sentido de este simposio. Años después de muerto Darío, la mayor de nuestras poetisas —con Sor Juana—, Gabriela Mistral, diría de Martí que fue “el Maestro americano más ostensible en mi obra”⁷. Los ejemplos pueden multiplicarse y, al menos parcialmente, incluir a figuras como Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña o Ezequiel Martínez Estrada, y sobre todo, por razones obvias de cercanía, a numerosos cubanos, en especial desde la década del veinte de esta centuria.

Peró no es por este rumbo por donde la literatura de Nuestra América, a partir de finales del XIX hasta hoy, se remite a Martí. Es por el otro y fundamental aspecto aludido: es que a partir de aquellos años postreros de la pasada centuria nuestra comarca, no siempre al mismo ritmo ni de la misma manera, es arrastrada dramáticamente a la modernidad, es precipitada, como tierra de nueva explotación, en la última etapa del capitalismo, el imperialismo, con complejas derivaciones materiales y espirituales que no es dable siquiera enumerar

⁶ Cf. R. F. R.: “La revelación de Nuestra América” (1975), en *Introducción a José Martí*, La Habana, 1978.

⁷ Gabriela Mistral: *La lengua de Martí* (c. 1930), La Habana, 1934, p. 41. Cf. de Juan Loveluck: “Estirpe martiana de la prosa de Gabriela Mistral”, en *Varios: Gabriela Mistral*. Introducción de Mirella Servodidio y Marcelo Coddou, Xalapa, Veracruz, México, 1980.

en esta ponencia apenas mayor que una nuez, dicho sea con perdón de Reyes. Una época distinta se abre así en nuestra historia, la época que aún vivimos,⁸ aunque países como Cuba y Nicaragua —significativamente, las patrias inmediatas de Martí y Darío— hayan comenzado a clausurar esa época y abrir otra. Y el hombre que en primer lugar adquiere conciencia de este hecho, de sus raíces, de sus ramificaciones, de sus riesgos, de la necesidad de combatirlos por todos los medios, es Martí. Eso lo sitúa, en lo político, a la cabeza de la etapa. Pero este magno revolucionario político, este primer antiimperialista cabal de nuestras tierras, este vocero popular, era a la vez un escritor llameante, que supo fundir de manera pasmosa ambos destinos, como lo expresó mejor que nunca en el último poema de sus *Versos sencillos* (1891): “Verso, o nos condenan juntos, / O nos salvamos los dos!” Salvados juntos los dos, el revolucionario político y social y el creador literario, ambos de dimensión gigantesca, Martí inaugura también la modernidad literaria de Nuestra América. La inaugura con su propia obra, desde luego: sin olvidar que de ella forman parte nada desdeñable momentos de reflexión que, incluso sin proponérselo, constituyen grandes manifiestos aurales de esa (esta) literatura de la modernidad. El primero de ellos probablemente sea “El carácter de la *Revista Venezolana*” (1881), y el segundo, “*El Poema del Niágara*” en 1882. Cercano en el tiempo, el sitio y la orientación al inicial de estos textos, está su incisivo apunte donde afirma que no habrá literatura hispanoamericana hasta que no haya Hispanoamérica,⁹ con lo cual la literatura, cuyos valores *específicos* Martí no se cansará de proclamar y defender, es al mismo tiempo vista por él como expresión de una realidad extraliteraria, una comunidad concreta que entonces llama Hispanoamérica, y que hoy, en sintonía con el propio Martí, debemos ampliar hasta abarcar Nuestra América en su conjunto. Precisamente así, “Nuestra América” —la cual abraza allí para Martí tanto “las naciones románticas del continente” como “las islas dolorosas del mar”— se llamará el manifiesto esencial de Martí, publicado en 1891, que ya no mira sólo ni primordialmente a la literatura, sino al vasto ámbito histórico que nos es propio, y que evidentemente, según lo indica el sintagma, contrasta con la otra América, que no es nuestra, y a la que desde 1884 al menos ha llamado “la América europea”.¹⁰ Este es el manifiesto programático que expresa la entrada de Nuestra América, asumida como sujeto y no como objeto de la historia, en la modernidad.

⁸ Cf. Pablo González Casanova: *Imperialismo y liberación en América Latina. Una introducción a la historia contemporánea*. México, 1978, *passim*.

⁹ José Martí: “Ni será escritor inmortal en América...” [1881], en *O. C.*, XXI, 163-64.

¹⁰ José Martí: “Una distribución de diplomas en el colegio de los Estados Unidos” (1884), en *O. C.*, VIII, 442.

En los diez años que median entre aquel manifiesto de 1881 y este de 1891, han ocurrido tres acontecimientos reveladores:

1) La presencia evidente de la política imperialista norteamericana en relación con nuestros países: presencia que había tenido antecedentes tan estruendosos como el robo de la mitad de México y las fechorías de Walker en Centroamérica, y que ahora, en espera de las nuevas armas, que se estrenarán en Cuba en 1898, va desde la penetración económica hasta la organización en Washington, entre 1889 y 1890, de la primera conferencia panamericana;

2) la realización por Martí de buena parte de su obra literaria mayor: sus grandes crónicas periodísticas, sus tres libros fundamentales de poemas, la revista *La Edad de Oro*, su única novela —que este año cumple un siglo y que fue poco apreciada por él, pero en cambio es cada vez más tenida en cuenta por los estudiosos—, algunos de sus mejores discursos y cartas que se multiplicarán al final de su vida, cuando también escribirá sus dos intensos diarios últimos;

3) el surgimiento de las primeras obras personales de una generación de nuevos escritores (cuya figura señera ha de ser incuestionablemente Darío), a los que se conocerá con el nombre, no usado por Martí, de “modernistas”.

A esa generación se refiere sin duda Martí cuando, dos años después de haber publicado “Nuestra América”, escriba en 1893 su obituario a uno de los más representativos miembros de aquel grupo, Julián del Casal:

Y es que en América está ya en flor la gente nueva, que pide peso a la prosa y condición al verso, y quiere trabajo y realidad en la política y en la literatura. Lo hinchado cansó, y la política hueca y rudimentaria, y aquella falsa lozanía de las letras que reuerda los perros aventados del loco de Cervantes. Es como una familia en América esta generación literaria, que principió por el rebusco imitado, y está ya en la elegancia suelta y concisa, y en la expresión artística y sincera, breve y tallada, del sentimiento personal y del juicio criollo y directo. El verso, para estos trabajadores, ha de ir sonando y volando. El verso, hijo de la emoción, ha de ser fino y profundo, como una nota de arpa.

Mientras Darío, reiteradamente, hablará del “modernismo” como de un “movimiento”, y al menos desde 1896 se presentará encabezándolo, Martí contempla a sus integrantes, tres años antes del manifiesto dariano (*volente nolente*) “Los colores del estandarte” (1896), con simpatía y preocupación, como escritores más jóvenes que él, a los que estimula y advierte. Y en efecto, no sólo Darío, sino el modernismo todo, hubiera podido ser llamado “hijo” por Martí: desde luego, ni el único hijo, ni la mimética réplica del progenitor. Bastaría con volver a evocar la inolvidable condición de revolu-

cionario político y social de Martí, por una parte, y por otra las complejas raíces y cualidades de sus versos a partir de *Ismaelillo* (1882) y de su prosa mayor, para verificar lo que decimos. Separar a Martí del modernismo es tan insensato como encerrarlo en él. Ni siquiera Darío tolera esta última violencia, como lo prueba con creces, entre otros hechos, la actitud de la Revolución Sandinista hacia el gran escritor nicaragüense.

Martí encabeza una época cuya primera manifestación literaria —“movimiento” o “período”— es el modernismo. Pero otros hijos lo esperan en el porvenir, dada su fidelidad a los problemas suscitados por la época. Ya De Onís, en su ajetreada cita de 1934 (según la cual la modernidad de Martí “apuntaba más lejos que la de los modernistas, y hoy es más válida y patente que entonces”)¹¹ y en otras que es innecesario repetir, puso esto en claro. Cuando la vanguardia, entrado el siglo xx, arremeta con ferocidad previsible contra el modernismo —respetando sin embargo, de modo elocuente, la figura de Darío: piénsese en Huidobro, Vallejo o Neruda haciendo su necesario elogio, aunque haya habido entonces excepciones como las del perpetuo, talentoso y voluble sofista porteño conocido como Borges—, Martí no sólo no sufriría ese embate, sino que de hecho saldrá de nuevo a la luz, política y literariamente; un tercer nacimiento, por así decir, le esperaba con la actual Revolución Cubana y sus múltiples consecuencias.

¿Quiere esto decir que Martí es tan ampliamente conocido como merece? ¿Que hace sentir su influencia directa en los escritores auténticamente nuevos del Continente y sus islas? ¿Acaso lo leen o lo oyen como se requiere en el Brasil, en Haití, en Jamaica, en Martinica —o, incluso, en la propia Hispanoamérica: incluso por la mayoría al menos de los revolucionarios hispanoamericanos—? La inevitable respuesta es tristemente negativa, pero ello no debe desorientarnos ni descorazonarnos. Ya se ha insistido en que no es acertado poner en lugar primordial la influencia directa cuando de estos estudios se trata. La nueva literatura latinoamericana y caribeña genuina tiene como pórtico a Martí, aun cuando muchos de los autores de esta literatura (lo que es por cierto lamentable) ignoren la obra de Martí, por la sencilla razón de que esa obra no cayó de las estrellas, sino que nació de la realidad que es también la de aquéllos, y se desarrolló en diálogo de alto vuelo con las culturas del mundo todo, de manera que si tales autores expresan creativa y lealmente esta realidad nuestra, no hay modo de que den la espalda a las mejores esencias martianas, estén o no conscientes de ello.

Bien sabemos (ay, demasiado lo sabemos en nuestras tierras) que

¹¹ Federico de Onís: “José Martí”, en *Antología de la poesía española e hispanoamericana (1882-1932)*. Madrid, 1934, p. 35.

hay, por ejemplo, escritores kafkianos que nunca han leído a Kafka, y a quienes la impronta les ha llegado a través de quién sabe qué mediaciones, legítimas o espurias; o, en el mejor de los casos, por haber topado con el mismo muro con que topó Kafka. En otro orden no literario, pero que debe ayudarnos a hacer entender lo que quiero decir, parece oportuno tener presentes estas palabras del Che provenientes de su audaz artículo “Notas para el estudio de la ideología de la Revolución Cubana”, aparecido en la revista *Verde Olivo* el 8 de octubre de 1960, esto es, exactamente siete años antes de su asesinato:

Convendría decir que la teoría revolucionaria, como expresión de una verdad social, está por encima de cualquier enunciado; es decir, que la Revolución puede hacerse si se interpreta correctamente la realidad histórica y se utilizan correctamente las fuerzas que intervienen en ella, aun sin conocer la teoría. [...] // Es bueno puntualizar una vez más [que] las leyes del marxismo están presentes en los acontecimientos de la Revolución Cubana, independientemente de que sus líderes profesen o conozcan cabalmente, desde un punto de vista teórico, esas leyes.

Volvamos a la literatura, sin extrañarnos por este constante ir y venir, estando Martí por medio, entre lo que ciertos antiguos, acaso torciéndose el mostacho, hubieran llamado el diálogo de las armas y las letras. Con acierto dijo en 1972 Mario Benedetti: “Por algo hay un poeta (¡y qué poeta!) en la entraña misma de la revolución latinoamericana: Martí ofició de formidable vaso comunicante entre cultura y revolución.”¹² En la medida en que la literatura martiana —y por supuesto no sólo ella, pero de ella es que ahora tratamos— logró expresar con suma claridad estética los problemas básicos de la nueva época abierta para nuestra América a finales del siglo XIX, y desarrollar muchos de los géneros y formas primordiales que la época requería, los escritores fieles a tales problemas que viven y expresan esta “segunda independencia” reclamada por Martí en 1889 y comenzada a hacerse realidad hace algo más de un cuarto de siglo, al margen del conocimiento que hayan tenido o tengan de su obra, pertenecen a la estirpe de Martí, enriquecen el camino que él contribuyó de modo mayúsculo a abrir.

Ya se había mencionado de pasada, con la premura a que estamos obligados, el caso del modernismo, que lógicamente tendrá un tratamiento especial en este simposio; y, con más celeridad aún, el de la vanguardia, la cual, creo ahora, quizás hubiera requerido atención similar: piénsese en su no azarosa contemporaneidad con el arribo del proletariado a un plano cada vez más importante en nuestra historia, y la creación de muchos de sus correspondientes partidos políticos; en la aparición coetánea de los primeros grandes mar-

¹² Mario Benedetti: “Prologo” a *Los poetas comunicantes*, Montevideo, 1972, p. 15.

xistas-leninistas del Continente, como Mariátegui, Martínez Villena y Mella: este último, primer y brillante enjuiciador de Martí, en 1926, a la luz del materialismo histórico, y apasionado defensor de Sandino poco después; piénsese también en el singular parentesco entre cierta poesía martiana y cierta poesía vallejiana, que ha destacado con lucidez y sensibilidad Vitier. Después de todo, si lo mejor de Martí y del modernismo expresó nuestro rechazo inicial a la penetración imperialista norteamericana, en esta etapa se dieron nuevos y enérgicos pasos contra esa penetración —con la enorme hazaña de Sandino, con los sucesos de El Salvador y Cuba, por poner algunos ejemplos—, y también se vio a escritores como Vallejo, González Tuñón, Guillén y Neruda asumir la ideología más radical de este tiempo, el comunismo, a la vez que engendrar una obra de máximo rigor estético: hechos equivalentes a los que, para su circunstancia, había realizado el demócrata revolucionario avanzadísimo y artista fulgurante que era Martí.

En cualquier caso, una enumeración propia de las naves homéricas, ni interesa a nadie ni es realizable. Pero si miramos a estos años inmediatos, los del inicio de la segunda independencia de Nuestra América, ¿qué caracteres ofrece su correspondiente literatura, en sí y en relación con el inicio martiano?

No vamos a simplificar, olvidando al menos dos hechos esenciales: que la literatura es también un campo de batalla, donde se enfrentan posiciones diferentes y aun opuestas; pero que, sin contradicción con lo anterior, no hay que caer en la trampa de identificar las posiciones de los autores con las de sus obras, y descalificar a estas últimas cuando rechazamos las primeras o no coincidimos con ellas. Dicho lo cual, vista globalmente, la literatura de Nuestra América, en sus mejores creaciones, aquella literatura a la vez de esplendor y servicio, es hoy digna heredera de Martí, trátase de la oratoria renacida al fuego de la Revolución en voces como las de Fidel Castro y Tomás Borge; del testimonio que ha encarnado en libros como *Pasajes de la guerra revolucionaria* (1963) y el *Diario en Bolivia* (1967), del Che, o *La montaña es algo más que una inmensa estepa verde* (1982), de Omar Cabezas; de la poesía estremecida o sencilla (no simple), vuelta sobre la ansiedad de nuestros pueblos, como la ejemplifica de modo superior Cardenal, y a veces requiere volver a ser cantada, según hacen Chico Buarque o Silvio Rodríguez; de una narrativa de repercusión mundial (baste recordar a Carpentier, Guimaraes Rosa, Cortázar, García Márquez, Benedetti, Lamming) donde ha encontrado nuevo cuerpo la identificación con lo propio y el extraño realismo fascinante que practicó Martí; de géneros felizmente híbridos, como los que aparecen en Eduardo Galeano o Edward K. Brathwaite; de la literatura infantil inaugurada por *La Edad de Oro* que ya cuenta con muchos escritores que hablan de nuestras realidades y nuestras fan-

tasías a los hombres y mujeres latinoamericanos y caribeños de mañana; de un ensayo y una crítica polémicos y a la altura de estos tiempos exigentes. ¿Y podríamos no mencionar a los autores de esa obra trunca, para glosar el título de un libro ya famoso, los cuales, como Martí, interrumpieron su producción literaria a menudo excelente (en Alexis, en Castillo, en Urondo, en Walsh, en Conti, en Roque, en Rugama, en Morales Avilés) al dar sus vidas por la Revolución? ¿O a esos otros autores que, sin haber pagado aún aquel precio, ven su trabajo literario más que detenido transformado por las tareas que se han autoimpuesto ante las urgencias de una historia en incandescencia? Quisiera concluir citando palabras de uno de estos últimos, Sergio Ramírez, escritas al frente de su reciente libro *El alba de oro. La historia viva de Nicaragua* (México, 1983):

Para alguien que, como yo, añora su oficio de creador y añora el misterio en la página en blanco, aceptar que la revolución le quita su tiempo de escribir, sería lo más injusto. Por el contrario, es la revolución, mi pueblo intransigente y humilde, en armas y en sueños, lo que me permite seguir siendo escritor, en una forma y con una dimensión que son las únicas que harán posible mis libros futuros.



Poemas

JORGE ETCHEVERRY

Instrucciones a un turista

Luego de cambiar sus dolares
(eso, si le autorizan la entrada)
queda en libertad de recorrer la capital
(Un hombre de terno se encontró con él casualmente a toda hora)
Puede tomar fotos desde el cerro Santa Lucía
Puede visitar el zoológico
(Pero no se olvide de entregar los negativos
Es una mera formalidad)
En los alrededores de la Casa de Gobierno
puede haber malentendidos
En las poblaciones no hay mucho que ver
Puede ir a Las Vizcachas el Domingo
No conviene que recorra el centro en la mañana
O los barrios
A provincias no le aconsejo que vaya
Quizás puede viajar Al Casino de Viña
Y si le preguntan en su patria no se deje embaucar
se dice por allá que aquí no hay libertad
¿Ha visto por ahí alguna cosa rara?

Jorge Etcheverry vive en Canadá, en el exilio.

Centro de Santiago

En el pasaje
(no me acuerdo el nombre)
donde funcionan los cines Nilo y Mayo
cuya primera función comienza a las 11
se pueden encontrar artículos baratos
de Japón y de Taiwán
Se adivina, mejor dicho se huele
la presencia de cafés, prostitutas
y una cierta vigilancia
motivada por la cercanía de la Plaza de Armas
Como si fuera poco
Además de ser Monjitas una arteria principal
los portales de la Plaza están al frente
Circula mucha gente.

En un local del pasaje al comienzo mentado
entre un bazar y un restorán al paso
está la casa de discos
de Ricardo García

Yo me acerco a mirar unas carátulas
y un hombre bajo
que leía el diario a algunos pasos
se coloca a mi lado.

Chile dividido en dos

Los que lo tienen todo, detrás de la vitrina de Santiago
Formada por el centro, el Barrio Alto
Decorada de paseos públicos
De escaparates rebosantes de productos extranjeros
De menús escritos en todos los idiomas
Y las nueve décimas partes del país
rozan el pan, a veces el hueso del puchero
La junta saca a subasta el sesenta por ciento del territorio nacional
toma 3.000 presos por las Navidades
multiplica los desaparecidos
echa tierra en sus tumbas
Despoja a los mapuches
Hace cotidiano el diagnóstico de muerte por hambre
Corta al nacer el futuro de los jóvenes

Hace precioso el trabajo estable
Abona la prostitución
Siembra el delito
Sofoca la cultura, alienta el soplónaje
Filtra y redacta las noticias

Pinochet deja colgado el uniforme
viste de terno
y se apresta a ser presidente otros diez años.

Santiago, 1983

Los jóvenes de la burguesía lucen bien en sus ternos cortados
según nuestra antigua tradición
confeccionados a partir de los paños Oveja
Con sus amigas van por la tarde a comer hamburguesas, fuman
cigarrillos de Ginseng
porque cada día es luminoso, la vida corta, y todavía no existe
remedio contra el cáncer
Y no se trata tampoco de dejar de fumar

Don Francisco está más gordo y desde la televisión otorga a
las dueñas de casa la ilusión de la piedad
en un programa que imita al famoso Teletón
(Entre el guatón Francisco y Jerry Lewis
se abre la distancia que media entre Nueva York y el Centro de
Santiago)

Anyway, la cosa marcha
El que no sigue el Teletón no es chileno
Las Iglesias de Viña tocan sus campanas y rezan por la Junta y
Don Francisco
Los oficiales donan días de sueldo a la campaña
y Pinochet acaricia la cabeza de un bebé que llora

En el paseo Ahumada
Un gringo, es detenido por tomar fotografías a un mendigo.

Plano de Santiago

Partiendo casi desde la Estación Central
Siguiendo por la Alameda de las Delicias
se extiende al medio de la calle un asomo de prado

que divide o señala las dos vías del tráfico
Una hacia abajo, la otra hacia el Barrio Alto
Luego viene el Centro, los bulevares
las hamburguerías nuevas
(Han tenido problemas de traducción
con los nombres ingleses)
Todo este sector ocupa un pedacito de ciudad
(Si miramos el mapa de Santiago)
En él se encienden los avisos luminosos
El ajetreo de la población

El resto abandonado (o acechante)
Obscuro sobre el mapa.

Mujeres

A veces
recorrían las columnas en las concentraciones
Nunca fatigadas
soportando niños, estandartes
Las supimos enterradas en vida
deshechas
como papeles arrugados que no han perdido su blancura
bajo los pies de los transeúntes

Supimos de ellas cuando su talle fue segado
Cuando su blusa se cubrió de pequeñas flores rojas.
Cuando cae la noche en Santiago
una mujer canta.
Estarán ahora repartiendo pan en los barrios
rayando los bancos del liceo
O recorriendo las calles, con frío.
Ellas guardan la semilla de nuestras generaciones mestizas
en su vientre
Y el fuego de la vida y la venganza
bajo la piel del pecho.

Niños y aviones

Los aviones cruzarán el cielo de estas vastas ciudades
y les diremos a los niños
que preguntan con la mano levantada
que van a Chile

Mientras aprenden un castellano con acento
que se habla entre las cuatro paredes de la casa
y se inventa un país con geografía de sueño.

GONZALO SANTELICES

En el corazón blanco
de los muros
gime y embiste el aire,
el vendado escapa
a la mordedura de la salamandra
y existe el jacinto
enjaulado en su olor.

Herido el pájaro
queda mayo
con el aire
como una condena.
Y la cita de los ojos...
Avanza el águila
y la nube,
y es blanca la ciudad.

En ti hay miedo verde y gozo,
altos pastos para la caza;
el jabalí presente los pies de luna
del arquero.
En ti como en todo
el estigma de la brevedad se agolpa.

Gonzalo Santelices (Santiago, 1962). Ha publicado: *Todo esto para que los muchachos empeñasen sus glandes de tortuga desde el puente de Brooklyn*, Jaén, 1983 (Premio Arcipreste de Hita); *Sueño en la torre*, Valencia, 1985; *Nocturno en Marrakesh*, Alicante, 1985 (Premio Juan Gil Albert); *Una fiesta para la muerte*. Jaén, 1985 (VIII Premio Internacional). Vive en Madrid, España.

Blanca la ciudad
y el grajo dormido
en la cal más pura.
Cuándo es muerte
la nieve;
gira la acémila
alrededor de la noria
y lleva prisa el mielero.
Es el invierno que pasa
hacia los campos.

Lame la luna
las patas de los ciervos
y abreva en mis manos
la muerte,
pero puedes coronarme aún
de frutas largas y mármol manso,
puedes lamer mis axilas
como lame Mareotis
sus orillas.
Todo sucede por dentro.

Antes que despertasen los pájaros
y nos escuchase la muerte,
antes incluso de que esta ciudad
fuese la misma,
la que nos hizo tristes,
la lluvia se metía en los portales
a perseguir a las parejas.

Además del dolor de estar vivo,
de ordenar mis pasos
como rémiges,
de echar los dados
contra el cielo,
qué me espera
sino carros cargados de cierzo,
muchachas con mandiles de niebla,
topos aromados de piedad e invierno.

Cuál es el color de la retama
entre las garras del águila,
cuál el de la leche de hibisco
en las lenguas de los uros.
Hay delfines de angustia
y tinajas con niños,
dados lentos
para las tardes de marzo
en que animales locos
huían de la ventisca
y de los cepos más dulces.

Estar cautivo de este silencio,
ser siempre extranjero
en la tierra de mis padres
donde es corto el aroma del tahalí
y los ánades abatidos
se desangran lentamente
sobre la escarcha.
Solo, como el sonido del lazo
al pasar por el cuello
de los cántaros.
así me encuentro.

En mi infancia
el aire tiraba los candelabros
y el sol no tenía prisa
en las alfombras.
Todavía no aprendía
a escuchar los lábaros
y la ciudad me quedaba lejos
como el tacto de la muerte.

Qué fue de los cuerpos amados,
a qué playa nos precipitará el tiempo.
Vénceme con urgencia,
en la piel,
en los gestos
que tomas de la vida.
Mánchame de belleza.



Historia (y geografía) como memorial poético

1

JUAN ARMANDO EPPLE

La fama de Patricio Manns como figura protagónica del desarrollo de la nueva canción chilena, y su sostenida labor de compositor y cantate, había puesto en un discreto segundo plano su obra como narrador. Esta obra, que muestra una consistente evolución literaria, podrá ser re-valorada a partir de la publicación de sus últimas novelas, con las que el autor se incorpora al diálogo renovador de la narrativa hispanoamericana de la década del 80.

Patricio Manns había publicado anteriormente las novelas *De noche sobre el rastro* (1964), *Buenas noches los pastores* (1972), y mantenía inédita *Actas de Marusia* (1974), que sirvió de base para la película de Miguel Littin (1976). Además de *Actas del Alto Bío-Bío* (1985), tiene en vías de publicación *El aura de Kirlian* (1984), *Provocación del azar* (1985) y está terminando la redacción de la novela *Cuerno de niebla*.

En la colección "Nosotros los chilenos", de Editorial Quimantú, publicó los textos documentales *Breve síntesis del movimiento obrero*, *Las grandes masacres*, *Los terremotos chilenos*, *Grandes deportistas*, todos editados en el curso de 1972. A este proyecto destinado a dar cuenta de la historia no oficial del país, a formular la memoria secreta de su derrotero colectivo, debe filiarse su libro *La revolución de la escuadra* ("Historia y documentos secretos sobre la revolución de la escuadra de 1931"), publicado por Ediciones Universitarias de Valparaíso, también en 1972¹.

¹ En la bibliografía de Patricio Manns hay que agregar, además, sus ensayos y antologías *Francisco Coloane, el solitario narrador de fondo* (La Habana: Letras de América, 1975); *Violeta Parra. la guitarra indócil* (Madrid: Ediciones Júcar, 1976; 2.^a edición. Concepción: Ediciones IAR, 1986); *Antecedentes históricos del Freute Patriótico Manuel Rodríguez* (1985), y los poemarios *Sinfonía genital* (1979), *El síndrome de Estocolmo* (1985) y *Cantares de guerra* (1986), estos últimos textos inéditos en el momento que redactó estas páginas.

Juan A. Epple, escritor y crítico, es profesor de la Universidad de Oregón, Estados Unidos.

*Actas del Alto Bío-Bío*² consolida un principio literario que ya estaba presente en la narrativa anterior de Patricio Manns, tanto en sus crónicas como en sus novelas, y que aquí despliega una eficaz elaboración estilística: convertir la memoria oral o fragmentariamente documentada de la intrahistoria en historia poética.

Si en el plano de lo narrado la preocupación del autor es rescatar del olvido los hechos colectivos que definen la verdadera fisuomía histórica de un pueblo, en este caso un episodio de la lucha de la comunidad araucana por sus derechos sociales, buscando configurar esa realidad por la palabra, en el plano compositivo el producto textual debe confrontar y resolver dialécticamente una doble tradición: la tradición historiográfica de un discurso oficial que ha asumido en América Latina ya sea la modalidad de la crónica personal o de las actas institucionales (el legado de la literatura colonial), y la tradición de esa memoria colectiva que transmite los hechos en forma oral, canalizando un discurso aleatorio cuya marginalidad hepitomiza el estatuto marginal que suele tener en la sociedad el agente grupal de esa forma de conocimiento. De ahí que la novela asuma exteriormente una configuración cronística, pero sub-virtiendo sus antiguas pautas ideológicas para convertirse en un acta poética de la historia narrada, en la fundación lingüística de un pasado que se configura metonímicamente como un proceso de transmisión oral de la verdad marginada.

Hay, además, una tercera tradición con la que esta novela establece una creadora relación intertextual: se trata de la narrativa chilena de asunto indígena, un tipo de literatura que si bien no ha alcanzado el rango que tiene en otros países, como para diferenciar en Chile una "literatura indigenista", provee un interesante canou de obras que ha sido insuficientemente valorada.

Actas del Alto Bío-Bío es una novela que actualiza con una apertura historicista el tema de Arauco y asume una perspectiva renovadora en relación a la tradición literaria con la que dialoga.

El relato tiene una disposición narrativa aparentemente lineal, que sin recurrir a un andamiaje diversificado de perspectivas o cruces temporales, destaca con transparencia el núcleo íntimo de su historia. La sencillez y la brevedad de un texto no siempre indican que el relato tiene una estructura simple y que se trata de una escritura de tono menor. Justamente una de las preocupaciones diferenciales de la narrativa hispanoamericana reciente, llamada tentativamente "novela del post-boom", es la búsqueda de un sistema expresivo más coloquial y directo que ponga en primer plano la actualidad histórica del asunto narrado por sobre el ejercicio de transformación formal de la escritura.

En la novela podemos reconocer al menos dos tipos de narrador que establecen entre sí un vínculo a la vez socio-histórico y literario, como modalidades diferenciadas del decir poético.

El primero es el que representa un joven periodista que viaja a la cordillera en busca de información para rescatar una historia olvidada. Su perspectiva es la del narrador privado, que personaliza levemente su discurso

² Patricio Manns, *Actas del Alto Bío-Bío* (Madrid: Ediciones Michay, 1986. Col. libros del Meridión).

como expresión de una aventura emotiva e intelectual que se cumple en ese reducto ahora más aislado de Arauco, y al que busca acceder porque identifica con una parte de la memoria que debe formarlo. La modalidad de su discurso es la de la novela de aprendizaje, formulada desde la perspectiva del personaje individual que viaja ostentando una soledad voluntaria que reclama idealmente la adquisición de una nueva personalidad social y ética.

El segundo es el informante, el viejo Angol Mamalcahuello. Su discurso muestra la precisión descriptiva, la extensión singularizadora de los hechos recordados y las ricas inflexiones poéticas que caracterizan la tradición oral mapuche. (Una lectura comparativa con textos que transcriben relatos mapuches pondría de manifiesto el acercamiento cultural de Patricio Manns, que creció justamente en la zona de la Froutera, a esa tradición.) La voz de este informante va definiendo un tipo distinto de relato, que opone al discurso del narrador privado el de un relator arquetípico: una forma de la memoria colectiva de Arauco. Esta es la función que cumplen, con una feliz verosimilitud poética, los cambiantes adjetivos atributivos que van definiendo las instancias del relato de Angol Mamalcahuello. El viejo, el esquivo, el sagaz, el botánico, etc., no son simples atributos individuales (ni menos un recurso literario mecánico), sino la suma personificada de un narrador colectivo que habla desde la perspectiva de su comunidad histórica.

Es decir, el encuentro entre el periodista y Angol (el joven que despertó al aprendizaje de la historia en el presente de las luchas políticas de los sesenta y el viejo mapuche que se había retirado a dormir en un pasado aparentemente clausurado) pone en relación a la vez dos aprendizajes históricos, dos culturas desucontradas, dos modalidades narrativas y dos opciones textuales de configurar la realidad: el reportaje, que es la escritura que diseña la tensa superficie del presente, y el mito, que orienta idealmente los ideales colectivos en su progresión histórica. Su término dialogante es la novela³.

Desde el punto de vista de los hechos narrados, estas dos voces actualizan dos momentos históricos aparentemente desconectados entre sí, y que la inter-acción textual va a unir en una suerte de aprendizaje compartido de las facultades de la memoria: la rebelión araucana de 1934 contra los nuevos usurpadores de tierras, tal como la cuenta uno de los sobrevivientes de la epopeya olvidada, y el día del encuentro entre el personaje-narrador y el testigo, hecho que ocurre durante el período de la Unidad Popular (1970-1973), cuando el clima optimista de transformaciones sociales estimulaba un proceso de reconocimientos y re-valoración de aquellos hechos del pasado negados por la historia oficial.

Angol Mamalcahuello y su compañera Anima Luz Boroa, junto con personificar la espiritualidad de la tierra ancestral, representan la memoria oral y la verdad de un pueblo cuya historia ha sido marginada no solamente por razones sociales y raciales, sino por su marginación del circuito de comunicación cultural prevaleciente en el medio chileno. El periodista personifica en cierto sentido al intelectual en busca de la secreta fisonomía

³ Este diálogo discursivo, que pone en tensión literaria las opciones del cronista de los hechos contemporáneos y la del escritor que busca ser portavoz del legado del pasado (el "gran lengua" en la perspectiva de Miguel Ángel Asturias), es un importante elemento estructurador de varias obras de la promoción más reciente de narradores (Eduardo Galeano, Antonio Skármeta, Ariel Dorfman y otros).

histórica de su país, de un legado que debe formularse en palabras, y de un nuevo sentido para su vocación profesional. Es significativo que el encuentro entre los dos personajes que narran muestre la inter-acción de dos modos culturales diferenciados de preservar los hechos narrados:

—¿Qué es ese aparato que tienes colgado del hombro, señor?

—Una grabadora.

—¿Y eso a qué sirve?

—Guarda tu voz. Así, si yo he olvidado parte de lo que me cuentas, puedo escucharte de nuevo. Es una herramienta de trabajo.

—¿Como un arado?

—Sí. Pero el arado escarba en la memoria de la tierra para hacerle recordar la semilla. Este escarba en la memoria del hombre para hacerle espigar sus historias” (p. 16).

La historia que guarda en su memoria Angol Mamaleahuello es la rebelión de su pueblo, ya arrinconado en los reductos del alto Bío-Bío, contra los colonos de origen europeo establecidos en el sur de Chile, quienes se organizaron en asociaciones de empresarios agrícolas y comenzaron pronto a usurpar las tierras que la Ley de Colonización Agraria del año 28 había delimitado como dominio legal de las reducciones mapuches. Es la prolongación moderna de la conquista, ahora con la modalidad trapacera de las “carridas de cerco”, legalizadas con escrituras fraudulentas y con el apoyo de las “fuerzas del orden”. Y es la educación social y la conducta heroica de José Segundo Leiva Tapia, un joven chileno que pasa del estudio del Castilla y la Historia en el Instituto Pedagógico a la lucha por la defensa de los derechos de sus compatriotas araucanos.

En la figura del héroe pervive el mito literario de Lautaro, pero la historia del guerrero que pasa de una adhesión socio-cultural a otra tiene antecedentes documentados en las crónicas de las luchas araucanas. Alonso González de Nájera, en su *Desengaño y reparo de la guerra de Chile*, cuenta que un mestizo apareció luchando del lado de los araucanos, y que intentó crear una fábrica de pólvora con carbón, salitre y azufre del volcán Llaima y Villarica⁴. Y el padre Rosales, en su *Historia General del Reyno de Chile*, refiere que en la batalla de la cuesta de Villagra el grupo indio venía a cargo de un mestizo “llamado Prieto, que poco antes se había huido al enemigo, y traía algunos indios tan bien instruidos en disparar sus arcabuces que el gobernador se admiró ver a indios apuntar tan bien, armar el arcabús al rostro y en dispararlo, darle vuelta con tanta gala y volver a cargar”⁵.

En esta épica contemporánea el joven héroe formula idealmente la integración del mundo araucano al proyecto de transformación social del país: primero se convierte en araucano (adquiriendo una nueva identidad al casarse con una india y adoptar las pautas culturales y valores de la comunidad) y, luego orienta la lucha específica por los derechos legales de esa comunidad en el cauce amplio de las reivindicaciones de la sociedad nacional.

⁴ Alonso González de Nájera, *Desengaño y reparo de la guerra de Chile* (Santiago, COI H CH, XVI, 1889), pp. 120-22.

⁵ Diego de Rosales, *Historia General del Reyno de Chile*, Vol. II, 1877-78, p. 368. Citado por Alvaro Jara, *Guerra y sociedad en Chile*, 2.ª edic., Santiago, 1981, p. 66.

Las armas que ha traído del mundo adversario no son simplemente técnicas, como el caballo o las armas de fuego, sino intelectuales: el conocimiento de la historia y de la lengua oficializada en el medio chileno.

El sino trágico de esta epopeya y la derrota del proyecto que formula el héroe reside en una situación *real* que si bien el narrador no hace explícita se subentiende en el decurso de los hechos narrados: Arauco, como comunidad histórica, no tiene ni el reconocimiento ni la solidaridad del resto de las fuerzas sociales del país, y esta situación de aislamiento la hace más vulnerable a la reacción represiva del poder dominante.

Marginación del cauce nacional de la historia, silenciamiento de los hechos y la voz de una comunidad relegada a un rincón geográfico del país. La estructura formal y la disposición artística de la novela realzan esta situación de derrota, pero a la vez le dan una funcionalidad distinta a la palabra poética. Es una palabra plural que se formula como actualización y réplica del sistema tradicional de la crónica o acta colonial y su perspectiva unívoca. El tiempo de la narración se circunscribe al ciclo natural del día, y el diálogo de la memoria aparece como una actividad productiva ejerciéndose contra el silencio nocturno y el dormir. La acción central de la epopeya se vivió en una olvidada noche de batalla, y la narración de Angol Mamalcahuello se expande elípticamente de la mediatarde de un día al ocaso del siguiente, convirtiéndola en el espacio propicio para la recuperación de los signos secretos del tiempo vivido. El motivo de la derrota de la noche (derrota del olvido) por la palabra forjada junto al fogón explicita su sentido al final del relato, cuando “el viejo, el contable, el perdonado, el sobreviviente Angol Mamalcahuello” cierra su relación y finaliza el libro con estas palabras:

“Al cabo empezó a venirse el día guardabajo, empezó a brotar el crepúsculo primero y después la noche y ya no veíamos nada, ya no podíamos contar, y entonces nos tomamos de la mano, nos afirmamos en el árbol y nos quedamos dormidos. Dormidos hasta hoy día, señor” (pp. 149-50).

El despertar debe entenderse, consecuentemente, en tres planos: en el tiempo de los hechos narrados (la gesta de despertar a un nuevo estadio de la lucha social), el tiempo de la narración (un despertar de la conciencia histórica de los personajes que narran, y que rescatan de la memoria colectiva un acontecimiento marginado del discurso textual y que debe formar parte de la memoria histórica de la nación) y el tiempo de la situación comunicativa real que establece el autor con los lectores, re-valorando un tema literario que había tenido también una atención marginal, con escasísimas excepciones, en las preocupaciones de la literatura chilena contemporánea.

Actas del Alto Bío Bío, como representación imaginaria, logra un feliz equilibrio entre la virtualidad documental del discurso y el vuelo poético de la prosa. Pero más allá de sus méritos literarios, la novela contribuye a ampliar nuestra visión de la heterogénea fisonomía socio-cultural del sur de Chile, y a situar un probable enclave de desarrollo distintivo, peculiar, en ese territorio en muchos aspectos fronterizo. Por una parte, la realidad casi inédita de la colonización europea en las provincias del Sur (nos referimos aquí a las zonas que recibieron un aporte significativo de inmigrantes a partir

de la segunda mitad del siglo XIX; la noeión de Sur que maneja el chileno es bastante peculiar: es lo que queda al sur de la ciudad).

La colonización de los territorios al Sur de la línea de la Frontera fue asentando comunidades de origen francés; italiano; alemán; inglés, yugoslavo, que no sólo influyeron en la evolución económico-social de esas zonas, sino que facilitaron una superposición de ascendencias y pautas culturales de raigambre diversificada, que le otorgan un sello peculiar al modo de vivir la realidad de esas regiones. En relación a la visión ideológica y las pautas de relación social con los habitantes nativos, habría que investigar qué peso tuvo este nuevo proyecto colonizador en la desmembración social y cultural de Arauco y de las comunidades indígenas australes. Por otro lado, la novela pone en cuestión la percepción de la realidad araucana contemporánea, una situación que tiene, para decir lo menos, aristas polémicas. Enaltecido patrioteramente en el discurso histórico oficial, como elemento apto para la formulación ideológica de un pasado heroico (con monumentos, loas y retratos a colores en los textos escolares), pero negado o segregado en la cotidianidad social, o en el mejor de los casos objeto de un reconocimiento paternalista, el pueblo mapuche no ha tenido un acceso distintivo a los proyectos de nación postulados por los sectores que dinamizan la lucha (o el diálogo) social de Chile. Quizás ahora, cuando una coyuntura de crisis obliga a revalorar la idea de país, a revalorar los componentes básicos de su humanidad real, y cuando una de esas comunidades de base, el pueblo mapuche, se organiza para reivindicar un espacio histórico de existencia, el status diferencial de ese pueblo (¿nación, comunidad étnica, clase social?) tenga una atención distintiva en el debate político y cultural.

Respecto a la literatura, ese espejo aleatorio de la identidad cultural, Patricio Manns destaca un punto de partida para la transformación liberadora de la escritura:

“¿O me está contando una misma historia repetida bajo el ropaje de otros nombres, bajo el signo secreto de un polvo palimpsestico de otro tiempo? Esto es lo más probable; Su obsesión latente no le permite alejarse mucho de José-Lautaro. Un simple y profundo principio de identidad, después de todo: nada de anormal tratándose de la fantástica memoria aborigen. Del ansia de no olvidar. Rodolfo Lenz, el filólogo alemán, hablaba ya a comienzos de siglo de la memoria araucana, de su excepcional capacidad narrativa y, sobre todo, de su facultad de reear acontecimientos muy distantes en el tiempo que, en boca india, parecen sucedidos ayer” (p. 104).

La poética del palimpsesto, esa superposición dialogante de la experiencia cultural desarrollada en la literatura como proceso plural (en este caso la literatura *sobre* el mundo mapuche), puede estimular un proceso que ponga en tensión la capacidad narrativa del pueblo mapuche y propiciar el surgimiento de su rostro íntimo: una literatura formulada *desde* su cosmovisión histórica y cultural.

JOSE MIGUEL VARAS

Actas del Alto Bío-Bío de Patricio Manns, refleja de manera singular, esencialmente literaria y poética, un episodio sangriento y en buena medida ignorado de nuestra historia: el alzamiento mapuche y campesino de 1934, en la región del curso superior del mayor de nuestros ríos, que fue reprimido con ferocidad inaudita por fuerzas de carabineros, durante el gobierno de Arturo Alessandri Palma.

Es lo que se conoce también como “la masacre de Ranquil”. El mismo episodio que inspiró la novela *Ranquil* de Reinaldo Lomboy y la película de Miguel Littia *La tierra prometida*, que fue completada y estrenada en el extranjero después del golpe militar y que no ha sido exhibida en Chile.

Pero el libro de Patricio Manns, que antes ha incursionado por la historia de Chile en busca de otros episodios ignorados de la lucha social, en su novela *Actas de Marusia* y en su reportaje sobre el levantamiento de la marinería, se diferencia notoriamente de las versiones anteriores sobre el mismo asunto.

Ante todo, porque el escritor narra la historia por boca de Angel Mamalcahuello, un viejo patriarca mapuche, y de su compañera Anima Luz Boroa. El alzamiento aparece, en esta versión, esencialmente como un movimiento de los mapuches en defensa de su tierra y el componente criollo, los campesinos pobres no mapuches, queda en un segundo o tercer plano. No estoy seguro de que los hechos hayan sido exactamente así, pero tampoco la intención del autor parece ser estrictamente documental.

A través del relato, hablado en un lenguaje musical y rítmico que, para nuestro gusto, el autor hace un poco más “literario” de lo preciso, con riesgo para su verosimilitud, surge la figura legendaria, casi mitológica, de José Segundo Leiva Tapia, el profesor de Historia y Castellano, militante comunista, que encabezara el levantamiento de 1934.

La prolongada tragedia, la historia del sistemático e inmisericorde desplazamiento de los mapuches de sus tierras, aparece así en el testimonio de Angel Mamalcahuello:

“Antes no había reducciones, señor. Tú has comprendido bien que las reducciones son una vergüenza. Desde su nombre son una vergüenza: te reducen. Es el nombre político del despojo. Nuestros mancebos, que trabajan en las panaderías de las grandes ciudades y saben ya leer y escribir el castilla, me cuentan que en América han hecho lo mismo con los mapuches. Todo esto fue tierra india. Todo. Hasta el mar. Y desde el Bío-Bío hasta el canal de Chacao. Miles de kilómetros cuadrados. Entonces comenzaron a llegar. De a poco. Por familias. Iban matando de a poco también y sumando tierras a las tierras que el gobierno de turno les entregaba. Tenían carabinas. Sus armas eran las carabinas, la sífilis, el aguardiente, la Biblia y los Juzgados de Indios. Con todo aquel arsenal se fueron apoderando de las

José Miguel Varas es periodista y escritor. Vive en Moscú.

tierras indias. Venían de Alemania, de Francia, de Italia, de Yugoslavia, de Inglaterra. Pero yo te hablo de fines del siglo pasado y de este siglo. Yo he visto casi todo eso con mis ojos de ochenta años, señor.”

Mientras los ricos y los militares se peleaban por el gobierno de la República —cuenta más adelante— en el sur se asociaban los colonos de origen alemán en la Colonia Alemana, los de origen italiano en la Colonia Italiana y los de origen francés en la Colonia Francesa, para adueñarse de las ricas tierras que aún quedaban en manos de los mapuches, con el pretexto de “incorporarlas al progreso”.

En 1929, bajo la dictadura de Ibáñez, el Congreso Nacional aprueba una ley especial, concediendo a las tres asociaciones de colonos y extranjeros recién creadas, derechos de propiedad sobre 175.000 hectáreas de terrenos en el Alto Bío-Bío, Nitratúe, Ranquil y Lonquimay. Pero inicialmente el gobierno no pudo imponer la aplicación de esa ley, que implicaba necesariamente el desalojo de miles de familias campesinas, por la resistencia de los pequeños propietarios criollos, no mapuches, que tenían predios en los valles y títulos de propiedad otorgados por el Estado. Además, el momento era de fuertes convulsiones sociales y el gobierno no quería agregar nuevos problemas a los que ya tenía, pero en 1932 regresa Arturo Alessandri a la presidencia y con él vuelve la derecha tradicional. A fines de 1933 la Sociedad Nacional de Agricultura presiona para que se aplique la ley de 1929 y se haga efectiva la usurpación.

Empieza entonces la lucha que, para los mapuches no es sino la continuación de otras más larga, iniciada casi cuatro siglos antes. Cuenta Angel Mamalcahuello:

“Por las noches venían a avisarnos que estaban los estancieros abajo, donde termina el valle y comienza el contrafuerte cordillerano. Estaban con caballos, con revólveres, con cuchillos, con perros, con escopetas de dos cañones. Todos agrupados, marcaban el terreno de noche, y de noche sentíamos cómo nos estaban arrancando los pedazos de tierra, los pedazos de carne. Una vez un criollo pobre llamado Dióscoro Bobadilla, que vivía en buena vecindad con las reducciones indias, se emboscó, señor, armado de una escopeta vieja como la que parió a su abuela. Era un hombre de corazón limpio, biempensante, tranquilo y orgulloso. Dijo:

—A mí estos carajos no me roban un palmo.

Y se emboscó como digo. Por la mañana, al alba, subió un pequeño llamado Aníbal Tupallachi y nos gritó que encima del cerco nuevo estaba la cabeza de Dióscoro Bobadilla con los ojos abiertos, mirando el pedazo de tierra que le robaron la noche anterior. Nosotros nos reunimos para ver lo que pasaba y encontramos allá abajo, de verdad, la cabeza de Dióscoro, con los ojos inmensos, bobadillas, mirando. Dijeron que, además, le dieron su corazón a los perros, porque los perros son los mejores amigos del hombre y sólo comen corazones puros. Entonces, como digo, estábamos reunidos y nos miramos todos y dijimos:

—Ahora la cosa empieza de verdad para nosotros.”

El relato adquiere un ritmo cada vez más acelerado. Es como un filme en que la compaginación eliminara implacablemente todas las secuencias intermedias. La acción salta continuamente hacia adelante. Leiva Tapia se agiganta, transformado en jefe político y militar de una batalla que los mapuches saben perdida de antemano pero que libran de todos modos, con la decisión obstinada de un pueblo que se bate desde hace siglos.

La bella descripción del matrimonio de José Segundo Leiva Tapia con Deyanira Allipén, en el más puro estilo ceremonial mapuche; el recuerdo preservado por la memoria de Mamalcahuello de sus breves discursos políticos, de sus disposiciones logísticas y estratégicas, el relato de su combate y de su muerte, van configurando el retrato legendario del profesor comunista transformado en líder campesino, de cuya biografía exacta se sabe poco.

En algún momento, para el narrador, el recuerdo de Leiva Tapia se funde o se confunde con el de Lautaro, cuyas hazañas siguen atesorando y relatando hasta hoy los mapuches.

El horror y la magnitud de la represión desatada por los carabineros, es una verdadera operación militar de aniquilamiento; las obstinada y astuta resistencia de los mapuches, a los que se sumaron numerosos colonos criollos; el calvario de los prisioneros, que eran setecientos al partir y sólo treintaisiete al llegar, llenan las páginas más estremecedoras del libro que vos deja, al finalizar, la imagen de los cadáveres que bajan por el Bío-Bío después de la matanza:

“Yo abro los ojos y miro y veo que pasa un humano flotando, con la nuca solamente afuera y los brazos abiertos. Iba como mirando para el fondo. Detrás venía otro. Contamos.

—Uno —digo yo.

—Dos —dice Anima Luz Boroa.

—Tres —digo yo.

—Cuatro —dice Anima Luz Boroa.

—Cinco —digo yo.

—Seis —dice Anima Luz Boroa.

—Siete —digo yo.

Y así, media hora, una hora, dos horas, tres horas, cuatro horas, cinco horas, seis horas, siete horas. Contamos como cuentan corderos los mocetones que no pueden dormir... Al cabo empezó a venirse el día guardabajo, empezó a brotar el crepúsculo primero y después la noche y ya no veíamos nada, ya no podíamos contar, y entonces nos tomamos de la mano, nos afirmamos en el árbol y nos quedamos dormidos. Dormidos hasta hoy día, señor.”

La imagen final es de infinita melancolía, clima que tiñe a menudo, a lo largo de la narración, las palabras del viejo Angel. ¿Será justo, empero, decir que los mapuches durmieron, que guardaron silencio, que cerraron los ojos después de la horrenda matanza? Tal vez lo sea, como expresión del pensamiento y del estado de ánimo del anciano sobreviviente. No del pueblo mapuche entero, que no ha cesado nunca de luchar, que jamás ha aceptado la derrota y que hoy de nuevo, levanta sus pendones para reclamar la justicia y la tierra que se les niegan empecinadamente.

GUIDO DECAP

Hay lugares hechos de lejanía, con nombres también de lejanía: Lonquimay, Vilcúu, Malalcahuello, Lautaro, Pino Solo, Cunco, Selva Oscura, Púa, Pampa Cayalafquén, Nahuelbuta, Canicú, El Llaima, Liucura, Lumaco, Cherquenco, Traiguén, Pino Hachado; son sitios habitados por la lluvia, por la niebla y la humedad nevada; por árboles y pájaros; por hombres y mujeres que visten pouchos con olor a humo, caballos de pelo largo en invierno y altas araucarias que se huuden en las nubes.

Allí todo es extenso y empinado. La vegetación trepa por los montes, los ríos bajan en crecimiento continuo y los inviernos son largos y lluviosos, plenos de claro oscuro. A veces, en las mañanas de invierno la niebla invade todos los espacios y el tiempo emerge silencioso de una atmósfera plateada, impenetrable; se crea un entorno sin horizonte ni frontera y todo navega, flotando. No es posible verse las manos y no se sabe donde termina la planicie y se despeña la quebrada. A los sonidos y la luz se los traga la neblina, nnbe terresre, cortina y tregua, intimidad secreta.

En ese territorio el pan nace de un trigo poco molido; cereal con cáscara que se convierte en harina negra o harina en ramas. Bautizan el pan con el nombre de tortilla y le dan forma redonda y aplanada las manos que mezclan amasando en bateas de madera. El agua, que abunda en manada torrencial, viene de pozos, de vertientes, en esteros fríos de color azul, arroyos veloces, agua del rocío y de la escarcha. El pan nace ahí en la cuna del agua, del trigo y la madera; el pan nace del fuego, es enterrado en la ceniza, en el rescoldo de las brasas, madera convertida en ceniza y humo, palos de leña con nombres de una sonoridad dulce y parca: litre, boldo, el maitén, los mañíos, el canelo, el avellano, el maqui, el quillay, los chilcos con sus campanas rojas y sus estambres alargados, el raulí para los puentes; el árbol del hualle, árbol que devendrá en roble y que después de muchos años engendrará una dureza insobornable: el pellín; los temos, las mismas araucarias con sus hojas crizadas por la savia; la dulzura secreta del chupón, el copihue, las larguissimas y delgadas quilas que protegen, el amarillo estridente del retamo, los alerces millenarios.

Allí la gente se viste con ropas viejas, heredadas repetidamente; se viste con lana que viene a cumplir su misión exacta de abrigar. La esquila en los veranos, el lavado en grandes canastos que sumergen en el río, los pies descalzos, el apaleo con varillas de sauce mimbre, el secado al sol de los vellones, el cardado y el destino al huso donde se hila largo; las hebras convertidas en hilos color de tierra terminarán integrados en un poncho color de arena, una chomba color de harina, unos calcetines color raíz, un gorro color de trigo, la lana en blandas motas rellenará colchones donde descansan los cuerpos; la lana directamente en pellejos desollados para cubrirse en las lluviosas noches; como colchón primordial para acoger al niño en su llanto y su sueño, en su color amarillo, en su olor a orina y humo y leche.

Guido Decap es médico. Vive en Madrid.

Las piedras están labradas por el agua, acariciadas, golpeadas, suavizadas, moldeadas por el caudal correntoso; las piedras negras porosas, las blancas suaves y sus vetas grises, las transparentes ágatas pequeñas, las rojizas terracotas, las planas y pesadas color acero. Las piedras son transportadas desde el río para servir de silla, de almohada, de molino, de plato, de martillo, de arma, de cuchillo, de campana, de amuleto, de lápida, de mesa cotidiana, de conexión elemental y dura con la tierra.

Los caminos del bosque, los senderos, la huella horadada por la rueda, por la ojota, por el propio pie desnudo, por la herradura y la pezuña; las subidas empinadas, polvorientas en verano, resbaladizas en invierno; las ramas de la flora arrojando el espacio abierto de la vía; el vado en el estero, el agua clara, pura, fría, dulce y limpia.

A menudo se bifurcan, se multiplican o simplemente se deshacen los caminos en varios senderos laterales, sugerentes, inquietantes bajo el litre o el quillay; las sendas se dividen en líneas cardinales para desembocar algunos en nada, otros en un corral, en una casa, en otro camino, en un arroyo o en la espesura verde de las ramas y las hojas.

Las casas están hechas de madera, de barro, de cañas, de paja, de varas y palos labrados; la tierra apelmazada del suelo, apisonada, los pequeños relieves donde juegan niños vestidos con harapos y con juguetes primitivos hechos de una rama, de un tronco; una carreta de juguete con su pértiga, sus varas, sus ruedas, su baranda; un caballito de palo con riendas de junco; un cuenco pequeño donde cocer imaginarios alimentos. En los niños los mocos dejan una huella espesa desde la nariz hacia la boca; el pelo negro en greñas, quizá con piojos; la risa y el llanto; la esperanza de vida tan escasa, la muerte precoz.

Las mujeres son parcas, pequeñas, gruesas y dulces en su intimidad de tierra adentro; las jóvenes tienen el sabor ácido, las manos hábiles, modales de misterio; sus palabras son suaves y escasas; sus ojos protegen, cuidan; ellas observan calladas, escrutan los signos.

* * *

En la novela de Patricio Mauns, sus personajes y el magno acontecimiento de que nos habla tienen la respiración de aquellas tierras, de su flora y de la lluvia, de sus colores y olores, de la niebla y la madera. Leerla es viajar comarca adentro, historia y gente adentro. Para los que hemos vivido aquellos atardeceres, y los sueños que arrastra el rumor del río multiplicado por los árboles y la noche, la lectura de *Actas del Alto Bio-Bío* es un viaje al encuentro de la memoria, de la raíz, a la sustancia misma del origen.

Alejandro Venegas o la praxis de un educador anti-oligárquico

CARLOS OSSANDON B.

1

No es casualidad que el nombre y la obra de Alejandro Venegas (1870-1922) sean poco conocidos. Si bien su libro principal: *Sinceridad. Chile íntimo en 1910* (firmado con el seudónimo de Dr. J. Valdés Cange) se agotó rápidamente y alcanzó a tener dos ediciones, surgió con igual celeridad el des crédito y el intento de acallararlo. Esto comienza con Omer Emeth en una crónica aparecida en *El Mercurio* el 6 de febrero de 1911 donde enrostra a *Sinceridad* su pesimismo y crueldad; continúa —entro otros— con Juvenal Guerra quien en su libro *Verdad* del mismo año acusa a Venegas de injuriar a la patria, y termina por ahora con la caracterización psicológica que de éste efectuó el historiador Gonzalo Vial en una publicación reciente. Lo que decimos no se ha expresado tan sólo en los ámbitos literario o psicológico, se reflejó asimismo en medidas administrativas que Venegas sufrió en vida y también post-mortem (cuando no se materializó la proposición de que el Liceo de Melipilla portara su nombre).

A esta historia es posible oponerle otra, bastante más amable o comprensiva, que la expresan, en primer lugar, quienes fueron discípulos de Venegas (Armando Donoso, entre otros) y condiscípulos suyos (Enrique Molina, en particular) y, en segundo lugar, ensayistas como Ricardo A. Latcham, Julio César Jobet y Cristián Gazmuri. En esta última línea hay que ubicar el libro que nos ha proporcionado los datos hasta ahora mencionados y que aquí queremos reseñar: *Alejandro Venegas y su legado de sinceridad para Chile*, Coopecultura, Santiago, 1985, 385 pp., del profesor Martín Pino Batory, con prólogo de Roberto Munizaga.

Carlos Ossandón es doctor en filosofía, profesor de "Pensamiento latinoamericano" en el Instituto Superior de Arte y Ciencias Sociales (ARCIS) de Santiago.

Hay dos características principales y complementarias que definen el texto de Pino. Está, por un lado, el valor que se otorga a la función docente. Es éste un texto enteramente dedicado al magisterio nacional. Está, por otro lado, la descripción minuciosa, didáctica, de uno de los rasgos más sobresalientes de la vida de Venegas: su experiencia en los liceos de Valdivia, Chillán y Talca, la calidad de su enseñanza y el influjo que ejerció en sus alumnos. Nos enteramos también de la visión de Venegas respecto de los sistemas pedagógicos en uso (su crítica a la concepción y al estilo tradicional) y de su propuesta de cambios (el sistema concéntrico inspirado en Herbart y Wundt).

El propio desarrollo y la formación de Venegas son examinados con ojos de maestro por el autor, al advertir y evaluar los tres hitos fundamentales que como “peldaños sucesivos y ascendentes... señalan una orientación inequívoca en la conquista de (su) plena madurez como persona” (pp. 376-377). El primero de estos hitos se hace presente a fines de 1887 cuando Venegas, después de un esfuerzo de rectificación, reanuda y termina sus estudios en el Instituto Nacional. El segundo se expresa en su decisión de ingresar al Instituto Pedagógico. Y el tercero ocurre en 1905, cuando define su programa de vida en la obra *La Procesión de Corpus* (p. 377). El ideario aquí expuesto se complementa con una ética, con un deber-ser, que supone, como uno de sus ejes principales, el conocimiento del pueblo y la lucha por él.

En el esfuerzo por destacar el perfil pedagógico de Venegas se comprueba una simbiosis entre lo resaltado y la mentalidad del autor del libro que comentamos. De esa forma, tanto Venegas como el profesor Pino terminan ambos reflejando una determinada “visión de mundo”, estrechamente ligada al tronco positivista, laico y progresista que durante un tiempo largo ha identificado a importantes sectores nacionales. El texto reproduce la imagen y los valores consagrados por esta visión en el terreno educacional y social.

Este enfoque, bastante expresivo de las capas medias de la sociedad chilena, se juega en distintos planos. Bajo una metodología que desde Andrés Bello postula para los análisis históricos el sistema narrativo (“ad narrandum”), que implica estudios particularizados e informados, el trabajo de Pino es fiel en esta parte a esa tradición. Es igualmente fiel a una concepción de la historia que supone que en la construcción de la nación todos, en distintos grados, han entregado su propio aporte a una tarea que como ésta se ha realizado con dificultades aunque en forma sostenida. Esta concepción entrevé, y con razón, la ruptura e involución que para este desarrollo representó el golpe militar de 1973. En lo propiamente pedagógico, Pino reivindica al educador humanista, de vocación, comprometido en una “sustantiva relación humana” (p. 383), que nada tiene que ver con “las acciones de vender y comprar” (p. 383), y que no es tampoco el mero resultado de la asimilación de determinadas técnicas y conocimientos. Es el “maestro”, el “tábano socrático” (p. 376), el que se levanta, por sobre aquel otro tan sólo adiestrado en los principios de la taxonomía de Bloom o el conductismo. Si a esto se añade el valor que se confiere a instituciones formadoras chilenas

como la Escuela Normal y el Instituto Pedagógico, es legítimo subrayar que estamos delante de un enfoque de fuerte arraigo cultural o histórico en nuestro medio. Quizá sea éste el efecto ideológico principal que traduce la obra de Pino.

4

No es un detalle destacar la laboriosidad con la cual el autor ha llevado a cabo su investigación como tampoco el cariño para con el objeto tratado. No es un detalle, digo, porque gracias a estas disposiciones, y como colorario natural de la simbiosis mencionada, se nos brinda la posibilidad de conocer aspectos interesantes y novedosos de la vida y del quehacer de Venegas. Si bien estos aspectos no se articulan explícitamente en función de una aproximación más envolvente de la época o del ambiente cultural propio a Venegas, el desarrollo de éstos materializa una muy decisiva contribución al conocimiento de éste. Hay aquí un aporte efectivo, el más exhaustivo que se conoce, y que por lo mismo no es permitido pasar por alto. Todavía más: el trabajo de Pino representa en este nivel un salto cualitativo respecto de todo lo hecho antes sobre Venegas.

Nada más que a modo de ejemplo señalemos que Pino transcribe íntegramente la conferencia dictada por Venegas en Valdivia cuyo título fue "La pedagogía moderna y la pedagogía antigua", que recogió del periódico *La Verdad* (1893) y que hasta ahora permanecía inédita en libro. Nos informa también del incentivo que significó para Venegas la novela de costumbres *El Tapete Verde* que en 1910 publicó el doctor Francisco Hederra Concha con el seudónimo de Julián del Claro y que, al igual que *Sinceridad* es también un estudio crítico. Siempre en la línea de estos botones de muestra, Pino nos recuerda que en 1918 se editó en Santiago la novela *Bajo el compás* de Salvador Martínez Rozas y que su argumento estuvo probablemente inspirado en la propia vida de Venegas.

5

La contribución principal al conocimiento de Venegas se realiza en torno a un aspecto ya insinuado. El Venegas-educador es lo que más sobresale en el análisis. Es ésta, por lo demás, la tesis central del estudio de Pino. La relevancia de la articulación se justifica dado que se trata de una faceta claramente significativa y, además, porque sobre ella no se había trabajado hasta hoy con la propiedad que lo hace Pino. Pienso, sin embargo, que este acento oscurece un poco algunos otros rasgos fundamentales de Venegas: el de sociólogo, el de crítico radical, el de moralista que rechaza toda condescendencia cómplice. Esto es importante de resaltar ya que sobre esta línea de flotación discurre la propia definición del planteamiento social y político de Venegas: su posición anti-oligárquica, el balance descarnado que hace de las últimas décadas en los diferentes órdenes sociales y su preocupación por la situación del pueblo, por lo que se dio en llamar la "cuestión social".

Lo que indico no significa que el texto de Pino olvide los rasgos men-

cionados. En la misma transcripción del discurso de despedida del Liceo de Chillán (1905) se constata la radicalidad del trazado: la crítica de Venegas a la patriotería, a la lisonja, a la explotación del obrero y del campesino; también, por otro lado, la defensa de la libertad de pensar y el compromiso con los desamparados, con "los desheredados de la fortuna" (pp. 187-194). Encontrándose estos rasgos, efectivamente, destacados en distintos lugares del texto, mi crítica se limita a reclamar el carácter igualmente fundante o articulador que ellos tienen en la determinación de la praxis de Venegas. Quizá sea esta puntualización la que mejor explique la no casualidad de su desconocimiento o, más exacto aún, las opiniones encontradas que ha suscitado.

Acontece que Venegas se instala en un escenario social que muestra serias deformaciones estructurales y que atestigua la irrupción de nuevos actores. En este contexto, representa, como lo señaló Cristián Gazmuri, uno de los *testigos de la crisis* (*Testimonios de una crisis. Chile: 1900-1925*, Ed. Universitaria, Santiago, 1980). Sin ser el único (en 1910 Recabarren publica *Ricos y Pobres*), Venegas dirige sus fuegos contra la clase dirigente chilena, denunciando principalmente su inmoralidad. Adelanta así, desde criterios aún no propiamente populares, la profunda y específica bifurcación social y de perspectivas que marcará todo el presente siglo.

Hay que reconocer, sin embargo, que lo privilegiado por Pino no se presenta de manera excluyente, y que sobre la base del centro de gravitación que destaca nos permite conocer estas otras dimensiones.

El planteamiento de Pino desemboca en una doble invitación: a conocer y valorar mejor la obra de Venegas, en primer lugar; a responder sin imitación, y como resultado de nuestro esfuerzo, a la pregunta por las características y posibilidades de la sociedad chilena, en segundo lugar. Es éste un interrogante que el propio Venegas intentó contestar. En la revitalización de esta doble invitación radica otro de los méritos de la investigación del profesor Martín Pino.



Ejercicio del regreso

Eugenia Echeverría
EL CIELO CON UN DEDO

Vivir en Chile en 1986 tiene muchas caras, todas con granos. Si uno insiste en quedarse aquí tiene que elegir porque no puede quedarse con todas, como en el juego del trompito TOMA TODO. Y yo, después de darle vueltas, después de hincar el diente por aquí y por acá, me quedo con la TV. Porque soy una mujer optimista. Ah, qué alivio, qué pista despejada, en esos días en que amanezco deprimidona, en que no veo expectativas, enciendo mi TV, y asunto solucionado. Tal como la acidez desaparece con Yastá. Allí, en seguida, surge el mundo de la mujer como yo debería ser, la que compra en Almacenes París ropa que con todo combina, la que gracias a l'Oréal abandona el gris, la que se mueve en un mundo de detergentes que salvan del naufragio la armonía conyugal, de pastas dentales que mantienen el equilibrio ecológico y los besos apasionados. Ahí me ordeno como por milagro. Me calmo, reconozco que soy una amargada, parcial e injusta. Este es mi país y la parte mayoritaria está aquí reflejada. El resto es literatura.

Hay gente que deriva hacia las pastillas y el litreado, el pisco o la mari-guana. Yo me fui a la TV. Sobre todo ahora, que me vine a vivir a Viña del Mar. Todo es menos agresivo aquí y me siento realmente desenvuelta. Además, lo mejor de Viña es Valpa-

raíso. Ayer, sin embargo, tuve que viajar a Santiago. No hubo más remedio. Partí a las nueve, en un autobús de una de las tantas líneas que florecen al amparo de los préstamos internacionales. Un mercedes Benz en muy buen estado. El chofer, o la empresa, entienden que ofrecer "música ambiental" entona el mundo Bilz y Papal que se prepara a ingresar el pasajero. La música "Ambiental" de estos autobuses dotados de múltiples bocinas son gringadas a todo full; dos horas de viaje en el paisaje otoñal de álamos que reproduce el canto de Clarita Solovera y los Quincheros, atacada por ese chirrido insoportable. No hay derecho a reclamo, de nada sirve intentar reclamar. Después de todo, los chilenos de pellejo duro dormitan, sordos y mudos. Llegando a la estación Las Rejas, me bajo y combino con el metro. Paso delante de dos carabineros, de dos soldados armados, de diez vendedores, de una madre pedigüña. Arriba del metro todo es gris, todos mudos y más bien cabizbajos. Son mis compatriotas, gente igual que yo, con el ombligo sembrado como el mío en algún punto de nuestro común mapa: no los reconozco. No hay más ruido que el del tren, que no es mucho. Desciendo en Universidad de Chile; más carabineros, más soldados, más vendedores: éste será mi paisaje du-

Eugenia Echeverría es poeta y cuentista. Ha vuelto a Chile después de largos años de vida en México.

rante la jornada. Una manifestación, muchos gases lacrimógenos, que me descomponen el estómago, aparte de la lagrimeada. Veo a las estudiantes de la escuela de Derecho y de la Escuela de Periodismo a nado entre los guanos. De regreso, por la noche, hago el mismo trayecto entre armados, uniformes, gente silenciosa, manos extendidas, ventas varias, música ambiental. Llego a casa exhausta, con una angustia que no me explico a dónde nace ni hasta dónde llegará, quiero salirme, como cuando era niña y mis papás se peleaban. Así. Pero no hay caso, estoy obstinada. Entonces, oh, aparece el aparato mágico. La enciendo para no llorar. He aquí, de nuevo, la calidez, el abrazo uterino. Ante mis cansados ánimos aparece esta vez un señor de traje oscuro y severos papeles: es el ministro Márquez de la Plata hablando por nosotros todos ante la OIT, en la mera Ginebra. Pongo atención mientras me descalzo: está hablando de un país cuyo gobierno ha abatido la pobreza, aumentado el salario real, reducido la mortalidad infantil, como ningún otro en Latinoamérica, se ha preocupado por la salud de la ciudadanía destinando generosas sumas a los hospitales y a la prevención de las enfermedades, que ha invertido en el campo, en la minería y en la construcción de viviendas para los más necesitados, que ha electrificado, alcanzado, creado empleo, incentivado la inversión...

¡Dónde queda ese país, quiero ir, quiero aplaudir, bravo!, grito frenética. Cuando me repitieron que ese señor es un ministro del actual gobierno y que cuanto asegura ha acontecido aquí, realizado por los hombres que velan por mi futuro, descanso en paz y duermo como un bendito. Claro, al día siguiente salieron los amargados sindicalistas, periodistas, políticos y curas rojos a enmendarle la plana al ilustre

ministro. Pero eso es otro cantar, los resentidos de siempre, buscarle cuatro patas al gato, minorías violentistas ajenas al sentir nacional... En este momento de hombres claudicantes, psicoanalizados, en mi T V, me visitan los que saben el terreno que pisan y lo expresan con claridad, como el Padre Hasbún, Julio Martínez y don Francisco. Si los escucho con atención mientras me perfumo con Jovan, lo único de lo que no me salvan es de una gran pasión.

Hoy compré una revista vieja, de las que leía mi mamá que en paz descansa. *Chabela* se llama, argentina para más señas. Un número de 1960, dedicado a las novias. Es todo un tesoro, un manual instructivo de las disciplinas a seguir por una joven recién casada que lidiará con pisos, sábanas, azulejos, cacerolas, biberones y presupuestos estrechos por el resto de sus días. Me reí un buen rato. Después, puse la TV. Ahí, veinticinco años después de la divertida *Chabela*, permanece, intocado, el mundo DFL 2 de esa mujer múltiple y abnegada, de mil manos y mil pies. De inconmensurable resistencia a las golpeaduras, fracturas, quemaduras y censuras. El discurso de doña Carmen Grez aplicado con gloria y majestad. La mujer es para la casa y su familia, comprad, limpiad y multiplicaos. Reflexiono: soy conflictiva y cuestionadora porque desvié mi natural camino. Ellos son los más, por tanto tienen la razón. Yo viví en el error. Estoy a tiempo de enmendarme. Seré generosa.

Afuera, la controversia, los gritos, y los palos y los disparos contra la controversia y los gritos. En casa, en el momento que lo desee o mi alma lo exija, la dosis de felicidad que no engorda, no arriesga la salud de los dientes y cuesta poco, menos que un frasco de *válium*, mucho menos que un pasaje a la Cochinchina.

Varia intención

CENTENARIO DE ANTONIO ACEVEDO HERNANDEZ

A cien años de su nacimiento y a los veintitrés de su muerte tal vez el nombre de Antonio Acevedo Hernández no le diga gran cosa a la nueva generación. Fue autor de casi un centenar de obras de teatro, de relatos, de millares de crónicas, vivió y murió pobre, no perdió nunca su condición de artesano carpintero dedicado con devoción a las letras. Rescatar su memoria y su obra es redescubrir a uno de los autores chilenos más vitales, sabios y profundos. Algunos estudiosos universitarios ya han experimentado esta sorpresa. Se acercaron a sus piezas con afanes de investigación folklórica y les bastó recorrerlas un poco para expresar asombro. "Es el O'Neill del teatro latinoamericano", dijo un norteamericano que le dedicó una tesis. Y aunque no estemos seguros de la afirmación, lo que sí podemos decir es que Acevedo Hernández tendrá, algún día, por la justicia del tiempo, la resurrección de un clásico.

Era un viejo alto, de melena larga, vestía trajes gastados y le faltaban algunos dientes; tenía manos grandes y unos dedos largos que siempre esgrimía para confirmar sus juicios. Así le vimos en nuestra juventud en alguna conferencia o en esos bares o "fuentes de soda" de Santiago que pretendían ser bohemios y literarios. Era bondadoso como un padre o un abuelo popular y la gente del ambiente le llamaba "el Viejo". Siempre andaba con unos borradores en viejos papeles, de obras que estaba escribiendo y que leía a quien se le pusiera al frente.

Fue carpintero y anarquista en el norte. Por ahí se encontró con Luis Emilio Recabarren, que hacía giras fundando periódicos y creando conjun-

tos de teatro obrero. Los anarquistas querían ponerle una bomba al planeta entero para que estallaran las injusticias, y un pueblo hambriento y algo lírico avanzara en seguida con el puño en alto. No eran las concepciones de Recabarren y por eso las peleas entre anarquistas y "maximalistas" resultaban habituales. Recabarren tomaba muy en serio su propia condición de autor de teatro (escribió *Desdicha Obrera* y *Redimida*) y decía que había que educar a los obreros presentando sus problemas en un tablado. No podía cubrir todas las necesidades de sus conjuntos: faltaban piezas y autores. Pero Recabarren los descubría siempre. Uno de ellos fue Acevedo Hernández, que había leído libros, tenía imaginación y sabía contar historias. Escribía obras a la medida de su auditorio. Así revivió las picardías de Pedro Urdemales, un criollo quevedesco, medio huaso, medio urbano dedicado a burlar a su prójimo y con mayor razón si estos eran ricos y dedicados a la explotación del prójimo. También Acevedo Hernández respondía a las exigencias de obras melodramáticas que hicieran llorar al auditorio y los empujaran a las columnas de las luchas obreras. Sus grandes éxitos de entonces fueron *Irredentos*, *Almas perdidas* y *Por el Atajo*. Llamó a eso "teatro ácrata" y en la revista *Claridad* de la Federación de Estudiantes expuso en enero de 1921 sus objetivos:

"El pueblo ignorante y explotado en todas partes necesita gritar sus dolores y usar los medios que estime necesarios para modificar el estado de cosas cruel e insultante, y para este fin el teatro es señalado y adoptado por todos los grupos del pueblo que piensan y propagan el bien común. Ha nacido el teatro obrero o ácrata de la necesidad de exponer hechos injustos que reclaman la sanción humana,

hechos infames como la explotación del hombre por el hombre o la mistificación de las ideas reaccionarias que siempre ocultan la verdad en provecho de bajos intereses". (Citado por Pedro Bravo Elizondo en su libro *Cultura y teatro obrero en Chile*, pág. 83, ediciones del Meridión.)

Del teatro ácrata, Acevedo Hernández saltó a los teatros-carpas, una especie de circos con cómicos de la legua que recorrían los barrios y las ciudades de provincias, ofreciendo espectáculos a públicos populares. Allí campeaban las obras de Nicanor de la Sotta, los sainetes de Pedro J. Malbrán, los dramas de Armando Moock. Había que hacer reír o llorar y los espectadores eran bravos. Cuando no aplaudían tiraban las sillas al escenario o hacían presente su crítica con tometes o huevos podridos. A veces se ofrecían tres funciones diarias con obras diferentes. Todos los textos eran modificados sobre la marcha de acuerdo a la recepción que tuvieran en el público.

El más espléndido repertorio del autor fue escrito para esos teatros que nunca fueron a la Universidad. Allí Acevedo Hernández revivió la leyenda de Joaquín Murieta. Antes que Neruda fue el primero en ocuparse de ese personaje epopéyico a quien los yanquis llamaron "bandido" en California con la misma intención que aplicaron después ese epíteto a Sandino, que también se alzó contra ellos en Nicaragua.

Los personajes de la Historia de Chile, los mitos populares, los crímenes célebres encontraron su autor en Acevedo Hernández. Si uno revuelve su olvidado repertorio se encuentra con obras sobre las Tres Pascualas, los bandidos Neira de la época de la independencia, la Quintrala, Manuel Rodríguez, los crímenes de Dubois, el Jack el destripador de Valparaíso o la siniestra trama del diplomático alemán Becker en la cancillería alemana de Santiago a comienzos de siglo.

Acevedo Hernández era experto en leyendas e historias jugosas, en el arte de interpretar y realizar la fértil imagi-

nación popular. Los teatros universitarios rescataron después dos obras suyas que causaron admiración por su excelente construcción dramática y por la fuerza y verdad de sus personajes y escenarios: *Chañarcillo* y *Arbol Viejo*. *Chañarcillo* narra la historia de la explotación de las minas de oro de Copiapó y la primera rebelión obrera que se recuerde en Chile. La obra fue presentada por el Teatro Experimental de la Universidad de Chile en 1952 bajo la dirección de Pedro de la Barra, que puso de relieve todos sus elementos dramáticos y de espectáculo. Entusiasmó hasta a los más exigentes, que en muchos casos recién descubrían a Acevedo Hernández. *Arbol Viejo*, representada por el Teatro de Ensayo de la Universidad Católica, es el retrato admirable de un viejo patriarca del campo enfrentado a sus hijos, que ya no lo entienden, a amores que no son correspondidos, a la pérdida de la tierra y al declinar de la vida.

Además de eso, Acevedo Hernández hizo periodismo. Primero, en los periódicos obreros, después en *Las Últimas Noticias*. Así se ganaba la vida en los últimos años. Sus crónicas eran sabrosas y eruditas, valoraban las vetas conocidas y desconocidas del alma nacional, estimulaban a los jóvenes, recordaban a los olvidados.

Le dieron pocos premios. Murió cuando ya nadie hablaba de él. En una ocasión quise entrevistarle para la revista *Vistazo*, un poco extrañado de su desaparición de toda tertulia. Viajé hasta una población obrera de la calle Independencia abajo. Me recibió su mujer, Rosa Cataldo, ex actriz de los teatros obreros y me dijo "el viejo ya no puede decir nada". Allí estaba Antonio Acevedo Hernández, con una mirada plácida y dirigida hacia ninguna parte. Había perdido toda memoria. A veces se extraviaba en los alrededores de su casa y la familia lo rescataba de algún albergue para indigentes.

El tiempo ha pasado. Y ahora celebramos su centenario. Pienso que en el inmediato futuro seguiremos conociendo y descubriendo su obra fecunda y popular, sus historias ennoblecidas

por las raíces populares de su gran talento.

Martín Ruiz

EL MURALISTA GABRIEL BRACHO

En la Villa Prócera de Alta Gracia —los puertos de Alta Gracia, junto al lago Maracaibo: antiguo refugio de piratas— se encuentra la casa natal de uno de los grandes artistas plásticos venezolanos: Gabriel Bracho. Esa casona fue construida por su abuelo Juan Francisco Bracho con enneas y caña brava. Mucho más tarde, en el caballete se encontraría la plaquita con una fecha que se remonta a ciento cincuenta años. Por mucho tiempo tuvieron como vecindad la gran explotación petrolera de Cabimas: British Controlled Old Field. Gabriel Angel, padre del pintor, un telegrafista, la techaría de zinc. Hoy, la restauró este artista que ya cumplió setenta y un años de existencia, que lucha contra la enfermedad alevosa y que sigue haciendo murales y vitrales en distintos puntos de Venezuela.

En su casa natal, Gabriel Bracho está terminando un mural de más de cien metros cuadrados. Este se inicia con la llegada del conquistador a cuyo paso son destrozadas las culturas autóctonas. A ése de armadura se le monta el nuevo conquistador con su cachimba y el loro al hombro que dice: *go ahead mister, danger is all yours*. Entre los magníficos cacaotales se asoma el goajiro con máscara ritual y se distingue la opulenta silueta de la Venus de Guasare. En la torre de petróleo se enrosca una serpiente formando el signo del dólar. "Aquí esta el gallo patarucu de papá": y las escenas de infancia se suceden: Gabriel niño a punto de ahogarse. Detrás de una ventana enrejada mira Consuelito, la novia del pueblo, de la que todos los muchachos estaban enamorados; uno le ofrece una serenata, pero es rociado de malas aguas. El futuro artista pinta a escondidas a la novia del pueblo, porque pintor en su adolescencia era

sinónimo de marico y, con la complicidad de la madre, ocultaba su vocación. Otros personajes notables están incorporados a este mural: Demóstenes Puche, un gran trompetista, Celia Olivares, la maestra; una negra de Ceuta que les enseñó a leer a todos y vivió más de cien años; los ladrones de gallinas, expertos en hacer sabrosos sancochos. Y también el burro del muchacho Gabriel y el perro "Chesterfield", su leal compañero. La música popular se siente en el conjunto que toca tambores, furro o furruco, y mandullos. Y están al sepulturero del pueblo y ese misterioso hombre que usaba una máscara blanca llamado "Buenamigo". No puede faltar la santa patrona: la Virgen de Altigracia, la gran unificadora que consigue se abracen hasta los enemigos para su día. Allí están las viejas rezanderas con sus camándulas o rosarios. Salen los pasquines o banderas blancas y azules con farolitos en víspera de la fiesta. El cura Lisandro Puche, hombre de avanzada, merece ser eternizado en este mural. No lejos está San Benito, el santo negro y borracho, el santo más popular y querido en toda la región del Zulia; magnífica expresión del sincretismo afroamericano, éste es un santo visitador al que se le abren todas las puertas y que recibe sobre su cabeza un chorro del primer trago brindado a sus acompañantes, santo bailarín que se amanece al son de los tambores y al compás del baile cadencioso que no siempre es jolgorio, pues si de promesa se trata, entonces es baile sagrado, ritual... La contaminación del Lago Maracaibo se manifiesta con la incorporación de chatarra, alambres, latas de cerveza; ese lago maravilloso, que parece mar, ha sido muy afectado por la depredación humana, por eso se ven sus buchones o alcatrazes muriendo. Unas viejas gritan algo que cualquier lugareño entiende: un "Salime, Aniceto" equivalente a "esto es el colmo". A propósito, los zulianos vosean como los chilenos: "vos estáis cansado", sólo que pronuncian las eses finales. Como un monstruo prehistórico se yergue el balancín, símbolo de la pros-

pección petrolera, junto a unos elementos que configuran la "fábula del tiburón y la sardina". La diosa de la pesca muestra su benéfico rostro, pero no la ve el hombre agobiado con el petróleo a cuestas. A media asta, la bandera tricolor en la cabria. Los barcos se embisten en la Batalla del Lago, dirigida por Padilla, que selló la independencia de Venezuela. Dos heroínas de la Independencia ocupan un lugar de honor: Domitila Flores y Ana María Campos, esta última va desnuda y montada en un burro, tal como la llevaron aquel día en que fue escarnecida e injuriada a folpes de foete. Simón Bolívar se destaca y tiene grabado el verso de Neruda: "Despierto cada cien años, cuando despierta el pueblo". Las caritas de los cuatro nietos del pintor simbolizan el futuro y la inmortalidad.

A esta gran composición se introducen elementos que le dan calidad tridimensional: piñones metálicos, piedras de ojo, chatarras, un casco minero, un pilón de madera —regalo de su amigo el Pelón, inagotable narrador de las historias lugareñas— que tiene 400 años: esculpido en un tronco, sirvió para moler el maíz a muchas generaciones. En este impresionante mural que abarca tres paños, el acrílico refuerza los esmaltes que desafían la intemperie. El muro no está imprimado para que se le incruste la pintura. Los colores del trópico, capaces de herir la retina como un tapiz goajiro o una pintura de Vasarely, relucen: bermellón, rojo, mandarina, azul horizonte, azul brillante, verde nápoles, caoba, blancos diversos, negro, mezclados con lacas sintéticas, acrílicos de agua para retocar y acrílicos polimerizados. El alto muro está bordeado por un techito en el que se dan cita todos los gatos del pueblo: la "gatopista".

A cien metros del lago, en la calle de la Playa, está la casa de Gabriel Bracho. Casa de puertas abiertas a donde llegan todos los amigos para ver ese mural donde reconocen su propia historia. Allí el pintor me contó momentos de su vida en el Chile que tanto ama. Por ejemplo, la publicación

clandestina del *Coral de Año Nuevo* de Neruda, a cargo de Volodia Teitelboim, y su tarea increíble de ilustrar tres mil ejemplares. Porque Bracho tiene siempre presente esa permanencia en Chile, oasis después de haber conocido sólo la dictadura, y, además, no olvida nunca a sus maestros: Siqueiros y los de la Escuela de Artes Aplicadas de Santiago de Chile.

Según lo dijo hace tiempo don Mariano Picón Salas, Bracho es uno de los pocos pintores cuya intención es "ofrecer una vasta épica social de Venezuela". Ahora el maestro zuliano —que acaba de recibir el premio "Armando Reverón", otorgado por la Asociación Venezolana de Artistas Plásticos— es considerado como el más representativo de esa "épica social".

Pintor del petróleo, profundamente internacionalista, polémico, crítico sagaz, Bracho saca fuerzas de flaqueza. Lo he visto, después de un tratamiento de quimioterapia, montarse en un andamio, coger largos pinceles y seguir pintando un mural. Su casa ha estado siempre abierta para los exiliados chilenos. Y éstos llaman a Bracho compatriota, porque él del ideal bolivariano hace práctica viva.

Virginia Vidal

EL FIN DE NASCIMENTO

La Librería y Editorial Nascimento dejó de existir hace algunos meses y casi nadie escribió nada. Es frecuente que la gente diga en Chile "es un signo de este tiempo" y tal lugar común refleja más una resignación impotente que una sublevación ante tantas desapariciones; se compran y se editan muy pocos libros: no es posible sostener las pérdidas, las deudas, las presiones, el pago de los salarios, la hostilidad oficial. La caída de Nascimento fue lenta; la erosión duró más de diez años; los estantes antes repletos mostraban vacíos cada vez más visibles; penaban las ánimas; era difícil que alguien

saliera de allí con un volumen cancelado; los inspectores de impuestos eran más asiduos que los lectores; era imposible financiar nuevos títulos o importar novedades extranjeras. Así dejó de existir una editorial y una librería que durante sesenta años fue centro de la más permanente y esencial literatura de Chile.

¿Quién no tiene en su biblioteca algún volumen con el sello de Nascimento? Miramos nuestro pobre estante de libros en Berlín. Allí tenemos ocultos como un tesoro cuatro o cinco títulos de esas obras que con sólo abrirlas nos devuelven a Chile. Es alguna amarillenta edición de Neruda, de Edwards Bello, de Mariano Latorre, de Eduardo Barrios, de Augusto D'Halmar. Fueron salvadas del vendaval, atravesaron continentes, océanos, cielos y las conservamos allí casi como un patrimonio pequeño pero invaluable.

Sería una grave omisión hacer la historia de la cultura chilena de este siglo sin mencionar lo que hizo Carlos George Nascimento, un emigrante portugués que llegó a Chile al empezar los años 20. Le gustaban las imprentas y los libros. Se instaló con una pequeña librería en la calle Ahumada al llegar a Moneda. Vendía los títulos de moda, los autores franceses que tantos lectores e imitadores tenían entonces. Era bondadoso y hospitalario. La librería era acogedora y tibia y pronto se empezó a llenar de poetas, novelistas, ensayistas que tenían muchas dificultades para publicar sus obras inéditas. Eran pobres y jamás podrían financiar alguna edición de sus producciones. Se ganaban la vida como profesores de liceo, burócratas, periodistas, bibliotecarios, o eran bohemios impenitentes que ejercían como oficio la discusión literaria.

Nascimento recibía muchos originales y los leía mientras atendía a un público elegante que solicitaba a Proust, a Colette, a Blasco Ibáñez. Quiso ayudar a los jóvenes que hacían tertulia en su negocio más o menos próspero. Montó entonces una imprenta modesta, casera; diagramó él mismo las

páginas que le entregaron y empezó la aventura incierta de editar autores nacionales. Un día apareció un joven flaco, de capa negra y sombrero alón, un contertulio provinciano de las veladas de los bares "El Jote" o "El Hércules". Era tímido y de voz monocorde. Traía unos poemas de amor —veinte exactamente, más "una canción desesperada"— que recogían sus heridas o sus alegrías del corazón. No tenía un centavo, apenas comía y vivía en unas pensiones de mala muerte. Insistió mucho. Nascimento dudaba. La poesía jamás ha tenido muchos clientes. Por fin le dijo: "editaremos su obra". Y así en 1924 apareció la primera edición de su célebre poemario.

Parecido asedio al editor Nascimento desplugaron otros jóvenes o no tan jóvenes: Gabriela Mistral, Pedro Prado, Eduardo Barrios, González Vera, Mariano Latorre, Manuel Rojas, Luis Durand, Alone, Benjamín Subercaseaux, Alberto Romero, Augusto D'Halmar, Pablo de Rhoka, Nicanor Parra, Ricardo Latcham, José Donoso; en fin, varias generaciones de los más importantes autores chilenos de este siglo.

Con el tiempo vinieron los lectores y ya no fue una aventura editar autores nacionales, que aunque no eran para enriquecer a nadie, fueron convirtiendo a la Editorial Nascimento en la más importante empresa difusora de la literatura nacional. El papel de sus volúmenes era grueso, sus tipos grandes como a prueba de miopes; las portadas sencillas, a menudo sin otro atractivo que el título de la obra inscrito en caracteres azules o rojos.

La librería se trasladó después a la calle San Antonio, a un nuevo y amplio local con magníficos escaparates para las novedades. Lo más atractivo allí eran esos libros de la casa. La gente esperaba, con parecida expectación a los folletines por entrega, la aparición de los nuevos tomos de la *Historia de Chile* de Francisco Antonio Encina. Fueron veinte. Encina era conservador y prejuicioso en sus opiniones sobre los acontecimientos y los personajes del pasado de Chile, pero ameno como

el mejor novelista. Se agotaban sus tomos y había que hacer nuevas y nuevas ediciones.

En la librería seguía la tertulia del mediodía o la tarde. Era habitual divisar allí a Ricardo Latcham y Mariano Latorre, amigos entrañables, expertos en pelambres ingeniosos y malévolos sobre sus prójimos literarios. Los escuchaba con *socarronería* campesina el gordo Luis Durand, que había sido administrador de fundos en el sur y que esperó pacientemente la hora de la venganza, que llegó con *Gente de mi tiempo*, unas memorias que también editó Nascimento. A veces en esas tertulias de la librería se apoderaban de la charla Benjamín Subercaseaux o Joaquín Edwards Bello y ya nadie podía meter palabra.

El editor envejeció y allí estaba con sus anteojos a media nariz, paciente y circunspecto. Le gustaba la compañía de esos habladores y que eligieran su librería como lugar de sus contiendas verbales. Conquistó para el trabajo editorial a casi toda su familia: sus hijos, su yerno Joaquín Gutiérrez, que era consternante y que publicó allí sus novelas: *Puerto Limón* y *Manglar*. Gutiérrez ayudaba al suegro a atender al público y a los acreedores. Nascimento murió en 1963 cuando su empresa iba viento en popa y no se divisaban nubes amenazantes.

Las ediciones de Nascimento continuaron sin ninguna zozobra ante la competencia. Nunca se inquietaron por la aparición de otras editoras con maquinaria moderna y con diseños de mayor atractivo. Los lectores se acostumbraron a esos libros cuyas formas apenas se modificaron con la evolución de las artes gráficas. Algunos continuaron en las bodegas para siempre. Y era una fiesta ir a las escasas "liquidaciones" que de vez en cuando se anunciaban. Se podían encontrar allí unos viejos libros de poemas de Daniel de la Vega, de Angel Cruchaga, de María Monvel, una traducción de páginas escogidas de Proust hecha por Neruda, la única novela de Alone, *La sombra inquieta*, unas memorias de Samuel Lillo, las novelas de María

Luisa Bombal, algunas prosas poéticas de Pedro Prado, etc. Las obras editadas en más de medio siglo suman alrededor de dos mil. En sus mejores tiempos Nascimento editaba hasta seis títulos por mes.

Después del golpe la dictadura obligó a emigrar a varios miembros de la familia que sostenían la empresa. También algunos de sus mejores clientes viven ahora en el exilio. Y los que se quedaron tuvieron que elegir: o leer o comer. La alternativa no ofrecía mayores dudas.

No nos atrevemos, a pesar de todo, a entonar el réquiem por la Librería y Editorial Nascimento. Algo nos sugiere que el día podrá llegar en que veremos los signos de su resurrección.

Luis Alberto Mansilla

"TANGO RUBIO", UN FILM SOBRE EL EXILIO

El exilio de un chileno joven, arrancado violenta y repentinamente de sus raíces, obligado a la adaptación a otra cultura y a distintas costumbres, su devenir cotidiano, su nostalgia, sus recuerdos, el reciente pasado y el incierto futuro es el tema del film *Tango Rubio* del cineasta de la República Democrática Alemana Lothar Werneke, basado en la novela del mismo nombre del chileno Omar Saavedra Santis que también es coautor del guión.

El libro cuyo título en español es: *¿Qué hago yo en un país donde todos los getos son rubios?* fue publicado en Berlín hace dos años en traducción alemana. No se conoce todavía el original en español, que obviamente es el idioma en que escribe Saavedra. El autor reside en Rostock, el mayor puerto del Báltico de la RDA. En Chile vivió en Valparaíso y era allí periodista de reportajes contingentes. Es un autor de exilio que se ha desarrollado en la República Democrática Alemana, donde ha publicado dos libros, se han estrenado dos obras de teatro suyas y, además, uno de sus radioteatros —en

colaboración con Carlos Cerda— obtuvo premios internacionales y es el nudo de la pieza del Ictus *Lo que está en el aire*, que interpretó Roberto Parada hasta que lo derribó una trombosis. Saavedra tiene en la imprenta otras dos novelas suyas (*La gran ciudad* y *El hombre que regresó*) y se estrenará en Berlín una tercera obra de teatro de su activa creación. Todo esto en idioma alemán, aunque el tema sea una y otra vez Chile y la tragedia de la emigración de millares de chilenos.

La literatura de Saavedra es traviesa y realista, con un fondo de vivencias y reflexiones acerca de las causas y los efectos de un traumatismo humano y político que sólo puede terminarse con el fin de Pinochet.

El héroe de *Tango Rubio* es uno de los centenares de presos de un campo de concentración. Estaba arraigado en su país y a su entorno familiar. De pronto se vio arrojado hacia "las tinieblas exteriores", que en su caso fue la continuación de su vida en un país socialista. Allí empezó a ganarse el pan como iluminador de un teatro de ópera en la provincia alemana. ¿Qué hace? Se enamora sin mucha correspondencia, dirige su foco de iluminador hacia *Tosca* o *El rapto del serrallo* mientras sueña, escribe cartas a su madre en la que cuenta mentiras doradas y ésta las recibe y las comenta con sus vecinos. Los mitos son recíprocos. Ninguno le quiere causar al otro más preocupaciones de las necesarias. La vida y la muerte continúan. No hay salidas fáciles porque la existencia de cada cual es más compleja que los esquemas forzadamente positivos.

Aunque la anécdota es simple en la superficie, no era tan fácil expresarla en imágenes sin caer en los clisés más socorridos. El film está siempre al borde de la comedia sentimental, pero evita cualquier caída en exceso enfilando su intención hacia un examen de la práctica de la solidaridad, las angustias y las posibilidades de realización humana en el exilio, la soledad y la reconstrucción de una existencia, los deberes individuales y colectivos hacia

un combate que no sólo es de los chilenos.

El realizador Lothar Werneke consiguió un film estimable dirigido más hacia los ciudadanos de la RDA que al exterior. Su lenguaje cinematográfico nos pareció un tanto moroso y reiterativo, un defecto que suele darse en el cine de la RDA. *Tango Rubio* es para un espectador con ojos fríos una película desigual con notables aciertos y caídas.

El trabajo de los actores es a menudo excelente. Asistimos al despliegue de un actor chileno de sorprendente histrionismo, Alejandro Quintana, alrededor del cual gira el *Tango Rubio*. Quintana posee un "ángel" indudable y entrega la dimensión de su personaje. Cierta tendencia a la caricatura fácil podría ser evitada en futuros trabajos. Pero bastaría la escena de la fonomímica de un viejo cantante alemán, en el escenario vacío del teatro provinciano en una noche de "fasching", para demostrar su talento. También las escenas de Johana Schall, actriz muy conocida en la RDA, transmiten con propiedad humana a un personaje con muchas frustraciones y grandes reservas de generosidad. En el film aparecen también chilenos exiliados en la RDA que fueron improvisados como actores (entre ellos los periodistas Sergio Villegas y Julio Fuentes Molina). En algunos casos, como en el de Hernán Gárate, sorprenden por el certero dominio de sus personajes. Un tío chileno que interpreta Gárate logra sobrepasar la pálida ilustración que le fue asignada y hace que los espectadores lo noten y no lo olviden.

El *Tango Rubio* obtuvo una buena respuesta de los espectadores de la RDA en las salas de todo el país en que fue exhibido. Enfrentó a la joven generación con un problema desconocido para ellos y con la acción en la vida y —más allá de las consignas— de la solidaridad.

Sin duda el film tendrá una repercusión nueva en los chilenos que no podrán verlo, sino después de la dictadura. Les mostrará un testimonio verdadero de la experiencia del exilio y sus

heridas malignas y benignas, que ellos no conocen.

M. R.

DEAN REED

Nos estremeció la muerte de Dean Reed. Recién lo habíamos visto juvenil, alegre, lleno de proyectos en una fiesta de los chilenos en Berlín.

Es difícil aceptar su muerte. Parecía un gringo de juventud perenne y de un contagioso amor a la vida que lo hizo comprometerse con decisión y valentía ejemplar con los pueblos que luchan contra sus opresores y por un mundo nuevo. Nunca fueron fáciles las consecuencias de esta decisión. Le acarreó persecuciones, odios, destierros, la prohibición de ingreso a su propio país. Nunca hablaba mucho de ello. Era un hombre puro y fiel hasta la exageración a las misiones y compromisos que había decidido asumir.

Con sus acciones demostraba que sigue viva la "otra norteamérica": la de Walt Whitman, Paul Robeson, Luther King. Cuando vivía en Chile concurrió en una ocasión a las puertas de la embajada de su país en Santiago. Lavó allí la bandera norteamericana, manchada con la mucha sangre que se estaba haciendo derramar al pueblo vietnamita. Fue entonces cuando lo conocimos.

Se quedó en Chile, desdeñando contratos y grandes posibilidades de filmación de películas y de recitales en escenarios del mundo. Se integró al proceso de la Unidad Popular y se afilió a la CUT. Lo hizo como siempre, sin reclamar nada, ajeno a todo protagonismo. Quería ser simplemente un norteamericano que luchaba codo a codo con los chilenos en contra de sus enemigos.

Fue después expulsado de los Estados Unidos y se estableció en la República Democrática Alemana. Allí los exiliados lo encontramos muchas veces en nuestras reuniones, en nues-

tros actos, en nuestras casas. Se había convertido en un talentoso director y productor cinematográfico. Filmó una película sobre la vida de Víctor Jara y muchos de sus protagonistas fueron chilenos que vivían en el exilio. No se limitó a eso. Viajó a Chile y logró burlar a la policía de Pinochet. En Sewell cantó en una asamblea de mineros, y allí invocó los nombres de Allende, de Neruda, de Víctor Jara. Lo expulsaron inmediatamente del país. Regresó a Berlín contento y orgulloso por la tarea cumplida.

En los años 60 Dean Reed había sido una estrella del Rock & Roll. Su bella y deportiva figura provocaba tumultos entre las jovencitas. También era actor de cine, protagonista de western norteamericanos e italianos. El ir en camino de convertirse en un ídolo no le impidió abrir su conciencia a los múltiples problemas del mundo en que vivía. Asumió resueltamente la representación de esta "otra norteamérica" que ya mencionamos, y apareció solidarizando públicamente con las causas del pueblo palestino, del Frente Polisario, de los negros sudafricanos. Se convirtió también en un incansable cruzado de la lucha por la paz.

Pensamos ahora —cuando ya es irremediable— que los chilenos fuimos poco generosos en el reconocimiento de cuanto hizo Dean Reed por Chile. Lo sentíamos tan cercano —el amigo que veíamos casi todos los días— que nos faltó esa toma de distancia necesaria para sentir la necesidad de ese reconocimiento especial. Ahora ha muerto cuando todavía era joven, en medio de múltiples iniciativas y proyectos, todas dirigidas hacia un mismo fin: relevar las causas nobles, denunciar las persecuciones y los crímenes. Tal vez nuestro mejor homenaje a este noble artista norteamericano será ofrecerle pronto algo que él anhelaba ardientemente: el triunfo de la democracia en Chile.

L. A. M.

“¡Y VA A CAER!”

Hace unas semanas un fiscal militar ordenó la detención de trece soldados acusándolos de sedición, un hecho que se suma a las diversas novedades producidas en los últimos tiempos. Según la información, transmitidas por emisiones radiales y no desmentidas, esos conscriptas, algunos de ellos a pocos días de ser licenciados, durante un viaje de la capital al cuartel, el día 8 del mes de junio, entonaron a toda voz, de modo que fue oído por los transeúntes asombrados, estribillos como “*Y va a caer, y va a caer, la dictadura militar*”. Los protagonistas del insólito hecho, pertenecientes a una unidad basada en el campo militar de Peldehue, el mismo donde Pinochet se acuarteló para asestar el golpe del 11 de septiembre, y donde también se encuentran las tropas de choque de paracaidistas y boinas negras, fueron golpeados y encarcelados al llegar a su regimiento.

El episodio tuvo lugar en el período preparatorio del Paro Nacional, cuando menudearon los llamamientos de la población civil a los soldados, diciéndoles, en cartas y a través de millones de panfletos y volantes sembrados en las avenidas: “*Soldado, no dispares contra tu pueblo*”. Otros contenían leyendas como: “*No mates a tu padre ni a tu hermano*”, “*Lucha junto a tu pueblo por la libertad*”.

La noticia de por sí es sensacional. Al principio en las jerarquías castrenses hubo una primera reacción para sancionar el peligroso precedente con mano de hierro. Y así llovieron los golpes y los maltratos sobre ese puño de reclutas que como una parte de su ambiente, de su círculo familiar, de la abrumadora atmósfera de repudio a la dictadura que caracteriza a todo el país, entonaron los mismos lemas que toda la juventud chilena está voceando hoy por calles y plazas.

Después se ha producido un sugestivo cambio de actitud en el alto mando. Alguien opinó que era necesario mini-

mizar el hecho, silenciarlo en lo posible, porque la publicidad del suceso diría claramente a la opinión que está llegando el momento en que la rebelión civil se extiende también a los cuarteles. Esto señalaría el comienzo del último acto, revistiendo para Pinochet una amenaza gravísima porque trazaría desde adentro su control del Ejército.

Esta segunda versión no se contradice, sino que presupone incoar un juicio militar con vistas a sentencias draconianas, que produzcan escarmiento dentro de las filas.

El hecho tiene trazas de acontecimiento. Es una golondrina que no hace verano, pero lo anuncia. Delata que por dentro del Ejército se incuban fenómenos que no pueden dejar de manifestarse en cierto momento, porque responden a una presión social finalmente irresistible. Se ha dicho muchas veces que las Fuerzas Armadas no son compartimento estanco. Efectivamente es así. No pueden ignorar indefinidamente el clamor insistente, diario de toda una nación. Llega un momento en que éste traspasa los muros de la fortaleza, en que ya no valen las órdenes de no ver y de no oír, en que la vida con su verdad arrolladora termina por penetrar los patios de las unidades y sobre todo la conciencia de los seres humanos que piensan, sienten, sufren también bajo el uniforme.

Son indicios reveladores de un mar de fondo que va caminando por dentro de los espíritus. El hecho constituye la primera expresión conocida de un fenómeno que la dinámica de la contienda en Chile puede llevar a repeticiones, generando más tarde todo un proceso de connotaciones más vastas.

Entonces ni siquiera la invocación a Diego Portales, figura tutelar del Capitán General, salvaría su tiranía. También el abuso de ese nombre corresponde a una farsa. Si hubo un enemigo del Ejército en su época, muerto por uniformados, fue precisamente Portales. No lo querían. Portales llamó a “contener los desbordes de la sargentada”. Muy celoso del dominio de su clase, adalid de los comerciantes,

caballero del Estanco, representaba muy bien los intereses de la oligarquía terrateniente de su tiempo, que mantenía en el exilio al peligroso innovador Bernardo O'Higgins, que derrotó al Ejército en la Batalla de Lircay y lo mantuvo en estado de suma inferioridad en relación a otra fuerza armada, que creó para la defensa de sus privilegios, denominada Guardia Cívica. En 1831 el Ejército tenía 2.500 efectivos y la Guardia Cívica 25.000. Tal proporción se mantuvo hasta 1878, en las vísperas de la guerra del Pacífico. En 1844 los miembros del Ejército eran 2.256 y los de la Guardia Cívica 59.829. Así las clases dirigentes aseguraron su poder reduciendo el Ejército a un cuerpo simbólico. La memoria del Ministro de Guerra y Marina presentada al Congreso en 1842 puntualizaba que los objetivos de la Guardia eran fundamentalmente dos: uno "político, que tiende a poner las armas a manos de los ciudadanos de respetabilidad, interesados en la conservación del orden y de las libertades públicas; el otro, puramente económico, que consiste en ahorrar los inmensos gastos que origina un ejército de línea para ocurrir a todas las atenciones del servicio interior y a la defensa exterior de la República".

Hoy día cuando la derecha recalciante se siente demasiado condicionada por reflejos impuestos por la dictadura, y se desgajita tronando contra el Frente Patriótico Manuel Rodríguez, nadie habla de la Guardia Cívica, que era diez veces mayor que el Ejército y en 1844 fue veinte veces superior en fuerzas. Tampoco se acuerda de que en 1890 armó un Ejército propio contra el Ejército Constitucional y lo derrotó en Placilla y Concón, en un alzamiento financiado con libras esterlinas.

Tampoco la extrema derecha evoca nunca el ejército contra el Ejército que montó en la década de 1930, bajo el nombre de "Milicias Republicanas", asustada por aquella fugaz "República Socialista", comandada por Marmaduke Grove, que nació en la base aérea

de El Bosque y consiguió por un momento el apoyo de las Fuerzas Armadas.

Todo esto nos demuestra que ellas han tenido en Chile una historia azarosa y accidentada. Ha habido momentos como el de su nacimiento, en los tiempos de la Independencia, en que bajo O'Higgins y Carrera su sentimiento era patriótico y su ideología libertaria y renovadora, como lo fueron muchos de los jefes militares que cayeron con la derrota de la República Liberal en 1830. El reinado conservador se caracterizó por ser antiejército y por genera sus propios cuerpos armados, férreamente sometidos a su dictadura de clase. Si la guerra del Pacífico implica el fortalecimiento del Ejército y luego viene su prusianización, cuando éste apoya un Presidente reformista y nacionalista como Balmaceda, la oligarquía terrateniente, industrial y bancaria íntimamente vinculada al poderoso imperialismo británico de otrora, no vacilaría en desatar la guerra civil del 91, precisamente contra el Ejército constitucional, y segar la vida de diez mil chilenos, como precio para cautelar su dominio.

Ya no es John Bull, sino el Tío Sam el que mueve los hilos detrás del tinglado. Y con Pinochet, el precio que el país ha debido pagar ha sido, por lo menos, si contamos sólo las vidas humanas, tres veces más costoso que la hecatombe del 91.

Todo esto es hoy día materia de atormentada reflexión para los chilenos. Las Fuerzas Armadas deben dejar de ser un ejército de ocupación. Volver a servir al país, no a un grupo ni a una casta, menos a un dictador enloquecido por la ambición personal de poder, contra cuyo régimen sanguinario y despótico se alza toda la nación.

Esos trece jóvenes concriptos que cantaban: "Y va a caer..." anuncian el preludio de la necesaria rectificación que reconcilie las Fuerzas Armadas con el país.

Gilberto Linares

Vamos
a
extin-
gir
o

Câmbio
marxista
Sept 1973



n. antez

Si señores el
único país
que ha
derrotado
el comunis-
mo es
Chile
el
único
y
Chile
sí
señores



en el
Club de
la
Unión
1985

REPORTAJE

Gabriel García Márquez
**La aventura de Miguel Littin
clandestino en Chile**
Edic. El País, Madrid, 1986

A propósito de este libro, que ha aparecido en ediciones europeas y latino-americanas —y que también circula en Chile como separata de la revista *Análisis*—, podría proponerse un tema para un simposium: influencia de la formación periodística en el estilo literario de Gabriel García Márquez.

En el diario *El País*, el crítico Pedro Sorela nos recuerda que García Márquez fue durante muchos años periodista de diarios y de agencias, que es algo así como la infantería del periodismo, la forma más intensa, ruda y esencial de esta actividad en la que también se formaron otros escritores importantes de nuestro siglo, como Ernest Hemingway. Sorela afirma que la obra de García Márquez incluye unas 4.500 páginas publicadas en diarios de todo tipo; que desde los veinte años escribió columnas poéticas y de humor, notas editoriales, críticas de cine, crónicas desde países lejanos y extensos reportajes; amén de innumerables despachos, frecuentemente anónimos, durante sus años de trabajo en la agencia cubana Prensa Latina, agregamos.

Una actividad tan intensa y prolongada no puede haber pasado sin dejar huellas. En muchas de sus obras hay diversas manifestaciones de la aplicación artística, altamente literaria, de técnicas y maneras que son propias del periodismo diario. Véase, por ejemplo, el párrafo inicial de *Cien años de soledad* y dígaseme si no es un modelo de

“lead”, punto de partida de un reportaje sensacional.

La aventura del cineasta chileno Miguel Littin, que a comienzos del año pasado ingresó clandestinamente a Chile, disfrazado de ejecutivo uruguayo y filmó siete mil metros de película sobre la realidad de su patria, es o puede ser, sin duda, novelesca. Pero por sobre todo es periodística. Así la sintió García Márquez, que sometió al chileno a un interrogatorio durante una semana delante de una grabadora, para elaborar luego en 150 páginas las 600 que ocupó la transcripción de lo grabado. Procedimiento típico del oficio. Pero el resultado, claro está, es literario y garcía-marquiano... sin dejar de ser periodismo.

La lectura del reportaje, sin duda, es diferente para los chilenos de adentro y los de afuera, y también para los ciudadanos de otras nacionalidades. Me imagino que en los lectores “de adentro” deben predominar la curiosidad, el asombro y el entusiasmo al ver a la dictadura burlada una vez más y al advertir el alto grado de organización y eficiencia que alcanzan las fuerzas opositoras más combativas. Las reacciones deben ser de irritación y de cierto temor entre los partidarios del régimen que practican la lectura. Afuera, entre los que no pueden regresar porque el régimen no lo permite, la aventura de Miguel Littin es sobre todo un ejercicio de nostalgia y la anticipación de algunas decepciones. Porque ni para el cineasta ni para los demás exiliados, el país real es el mismo que dejamos hace más de doce años, ni es el mismo que sobrevive en nuestro recuerdo, o en nuestros sueños.

En el fondo, aquí hay poca aventura, si se exceptúa el hecho del ingreso y la actuación clandestina, y unos cuantos sustos previsibles. En esencia lo que se nos cuenta es la historia de una filmación documental realizada en

condiciones arriesgadas, con un elevado nivel de eficiencia. Pero el relato adquiere un valor diferente, tal vez más profundo, que va más allá de las peripecias y de lo que específicamente puede llamarse aventura: es la comunicación de una experiencia humana dolorosa, la del extrañamiento y el retorno —retorno del hijo pródigo, retorno de Ulises—, tema literario muy antiguo y nunca desvalorizado. En este caso, el que retorna lo hace oculto, disfrazado, con riesgo indudable, y la patria que sueña es territorio bajo control enemigo, donde no puede permanecer más que unos pocos días.

Sin abandonar el tono del reportaje, García Márquez nos lleva así hacia temas y asuntos que forman parte de su preocupación esencial como escritor. Y no es casual, entonces, que el momento culminante del libro no sea, como podría suponerse, el de la audaz filmación en la Moneda o el de alguna entrevista clandestina, sino el del encuentro de Miguel Littin con su madre, en la aldea de Palmilla, adonde llegaron a comienzos de siglo los abuelos del cineasta, uno árabe palestino y el otro, griego.

En uno de sus arranques descontrolados, por cierto no contemplado en absoluto en su plan de actividades, Littin decidió escaparse de todo e ir a visitar a su madre.

“La casa donde llegamos aquella noche era la del abuelo griego, donde ahora vive mi madre, Cristina Cucumides, y donde viví hasta la adolescencia. Fue construida en el año cero y conserva aún el estilo tradicional del campo chileno, con corredores largos, pasadizos sombríos, habitaciones laberínticas, cocinas enormes y más allá el establo y los potreros. El lugar donde está se llama ‘Los Naranjos’ y se siente de veras un olor inmóvil de naranjas agrias, y hay una fronda de buganvillas y toda clase de flores luminosas.

La emoción de encontrarme allí fue tan intensa, que me bajé del auto antes de que frenara. Entré por los pasillos desiertos, crucé el patio en ti-

nieblas, y el único que salió a recibirme fue un perro bobalicón que se me enredó entre las piernas, pero seguí caminando sin percibir el menor vestigio humano. A cada paso rescataba un recuerdo, una hora de la tarde, un olor olvidado. Al final de un largo pasillo me asomé a la puerta de la sala alumbrada apenas por una luz pálida, y allí estaba mi madre.

Fue una visión extraña. La sala es muy grande, de techos altos y paredes lisas, y no había más muebles que un sillón donde estaba sentada mi madre, de espaldas a la puerta y con un brasero al lado y otro sillón igual donde estaba sentado su hermano, mi tío Pablo. Permanecían en silencio, ambos mirando un mismo punto en la candidez complacida con que hubieran mirado la televisión, pero en realidad no miraban nada más que la pared desnuda. Caminé hacia ellos sin tratar de no hacer ruido y en vista de que no se movían, dije: —Bueno, pero aquí no saluda nadie, caray.

Entonces mi madre se levantó: —Debes ser un amigo de mis hijos —dijo—. Te doy un abrazo.

El tío Pablo no me veía desde que me fui de Chile doce años antes, y no se movió siquiera en el sillón. Mi madre me había visto en septiembre del año anterior en Madrid, pero aun cuando se levantó para abrazarme, seguía sin reconocermé. Así que la agarré por los brazos y la sacudí tratando de sacarla del estupor.

—Pero mírame bien, Cristina —le dije, mirándola a los ojos—, soy yo.

Ella volvió a mirarme con otros ojos, pero no pudo identificarme.

—No —dijo—, no sé quién eres.

—Pero cómo no vas a conocermé —dije, muerto de risa—, soy tu hijo, Miguel.

Entonces volvió a mirarme, y el rostro se le descompuso con una palidez mortal.

—¡Ay! —dijo—, voy a desmayarme.”

No era para menos. Pero, en fin, dejemos aquí el relato.

Hay que leerlo y disfrutarlo completo.

No pocos chilenos advertirán en el reportaje errores o inexactitudes, que en unos casos se deben, sin duda, a la imaginación del escritor y en otros, a fallas de la memoria o de la observación del propio Littin, en quien doce años de exilio han dejado huellas, como en todos los exiliados.

Así, por ejemplo, se habla de la estación de metro Los Leones como si ella se encontrara en la Alameda, y se cuenta cómo se ponen doradas en el crepúsculo las piedras de la iglesia de San Francisco..., que, como todo el mundo sabe, es de adobe y está pintada de colorado.

Pero al margen de tales minucias, es un libro que nos entrega una imagen diferente del Chile de hoy y que confirma una vez más la entrañable adhesión de Gabriel García Márquez a la causa chilena, mantenida sin desmayos, siempre viva y renovada, desde el día mismo del golpe militar.

JOSE MIGUEL VARAS

NARRATIVA

Héctor Pinochet

El hipódromo de Alicante (y otros cuentos fantásticos)

Ediciones Michay, Madrid, 1986
(Col. Bogavante)

Este libro significa, ni más ni menos, la revelación de un escritor. Una nota en la contratapa nos informa que el autor nació en 1938, que ha publicado libros de poemas en Chile y en el exilio, que vive actualmente, exiliado, en Italia. Nos advierte también: "No se busque en estos cuentos —pide su autor— sino lo que hay en ellos: la pesadilla y su universo de horrores y fantasmas".

Conforme... No busquemos otra cosa. Pero ni el autor ni nadie podrá evitar que advirtamos que esas pesadi-

llas y ese universo no son abstractos, sino de manera muy concreta, son las pesadillas, el horror y los fantasmas de un chileno exiliado de este tiempo. Y no sólo lo decimos por los dos cuentos finales, "La rata", "La última huida", que cristalizan, en dos versiones diferentes, uno de los temas favoritos del fantasear de los exiliados, el de las posibles circunstancias de la muerte de un cierto dictador, llamado —como el escritor— Pinochet, sino por todos los demás.

La literatura fantástica desempeña para el escritor el papel de una catarsis, en el sentido que indica el diccionario de "eliminación de recuerdos que perturban la conciencia o el equilibrio nervioso". O acaso no se deba en este caso hablar de "eliminación", sino del proceso de asumir la atrocidad de la experiencia vivida a través de la recreación literaria de los recuerdos..., o de las pesadillas en que esa experiencia transfigura y llega a su paroxismo.

Este proceso aparece con singular claridad en el cuento "Los dos círculos", que comienza con la descripción de un paseo colectivo por un paisaje de cerros cerca del mar (¿la Cordillera de la Costa?), un paseo vulgar con manteles, emparedados, servilletas de papel, cuchillitos y tenedores de plástico... Leves toques sutiles van creando un clima de tensión siniestra. Pronto estalla el horror sin atenuantes: los hombres armados que rodean a los paseantes, que eligen a uno de ellos y lo sacrifican como si fuera un animal, en presencia de todos, para asarlo y devorarlo a continuación..., en medio de la pasividad de los espectadores; primero aterrados, luego envueltos en horrible complicidad con lo que sucede.

Cualquier chileno de este tiempo percibirá lo que hay detrás de esta narración, reconocerá el paralelismo con situaciones vividas bajo el actual régimen. La referencia a la antropofagia no es casual tampoco, y, por lo demás, aparece a menudo en el lenguaje de los victimarios, de los militares o policías, transformados en verdugos, de

los torturadores y hasta de sus víctimas. La antropofagia ocupa también un lugar central en la novela de José Donoso *Casa de Campo*.

Pero, sin duda, el relato más logrado, el más obsesionante y cargado de suspenso, es el que da título al libro: "El hipódromo de Alicante", que cuenta con méritos suficientes para transformarse en un clásico de nuestra literatura, específicamente respecto de un tema que pocos de nuestros escritores han tratado a pesar de que se trata de una actividad, digamos, de una afición o de una pasión, que envuelve a millares de nuestros compatriotas: la hípica. (Recordemos aquí *Caballo de copas*, de Fernando Alegría.) En este cuento encontramos la fantasía del que apuesta conociendo de antemano los resultados de la carrera que se va a desarrollar. Se nos transmite, como pocas veces, la insensata fiebre del juego, unida al trasfondo ancestral de remordimiento, a la sensación de culpa que asalta habitualmente a quienes se entregan a esta pasión demoníaca.

"Arcel" nos traslada, de manera más directa, al mundo del exiliado. Es el relato de un retorno al país, que se reconoce, pero en el que muchas cosas han cambiado.

"Tan luego que cambian las cosas; para el que vive años sin moverse, nada; pero para mí, bastó que me alejara un tiempo y ya ven como es, volver y cambios y saber que siempre te quedaste acá y que el mapa de tu mundo se grabó en tu pecho y que quien creta repintó esa casa, y ese letrado nuevo, y esas micros, antes no estaban paradas allí esas micros, y esas floristas, y la boletería de tercera, si hasta parece más chica, claro, colocaron un quiosco adentro y sacaron el lustrín del cojo Vega, y... —Murió el cojo —me dijo Teruel. —No se sabe bien, pero parece que lo mataron. —¿Y por qué iban a querer matar al pobre cojo? —Los 'gurkas' Dicen que el hombre tenía sus pesitos guardados. Por robarle nomás, por qué otra cosa. Pero así dicen."

Tal vez éste sea el cuento que más se aproxima a una visión realista del país. Pero pronto se impone la fantasía y los sucesos adquieren, decididamente, un carácter onírico, con esa precisión maniática de los detalles que suelen tener los sueños.

Sí, el exilio está presente en estos cuentos, hasta en los más alejados, aparentemente, de esta temática. Lo decimos como una verificación, no, de ninguna manera como una crítica, ni tampoco como una justificación de una literatura de muy alto nivel, que no las necesita.

Héctor Pinochet es un nombre que habrá que retener. Es un nuevo escritor chileno, en el más pleno sentido de la palabra.

J. M. V.

Jaime Valdivieso

Las máscaras del ruiseñor

Editorial Alfaguara, Madrid, 1983,
134 páginas

Interviniendo de lleno en la "normalidad" de la vida cotidiana, la novela gótica aparece en el siglo XVIII como un modo de atraer la incertidumbre, las fantasías, los sueños y delirios, los horrores, las denigraciones y el asombro, por la vía del enlace entre lo natural y lo sobrenatural, trabajando en las zonas desconocidas del hombre y del mito. Desde que en *El Castillo de Otranto* (1764), Watpole naturalizara lo misterioso como parte de la historia de las costumbres hasta la revelación mítica de los textos de Ann Radcliffe, Lewis, Poe, Henry James (Otra vuelta de tuerca) y el gran Lovecraft, se oye el Réquiem por la novela costumbrista tradicional.

Muy cierta es la afirmación que el autor de "El caso de Charles Dexter Ward" —o sea, Lovecraft— hizo a comienzos de los años treinta de este siglo, precisando que, con el paso del tiempo, "la zona de lo desconocido se ha ido reduciendo", por las exploraciones en torno a la mente humana (Kraft-Ebbing, Freud, Jung *et al.*) y por

el conocimiento total de las zonas ignoradas del mundo geográfico, aunque habrá siempre canteras en donde el misterio aguarda que alguien los haga manifiestos. Sin embargo, él mismo explicará que "hay una auténtica fijación psicológica de los viejos instintos en nuestro tejido nervioso, de forma que podrían ponerse oscuramente en funcionamiento, aun cuando la mente consciente quedase purgada de toda fuente de asombro"¹.

Si leemos bien la obra de Jaime Valdivieso, habremos de advertir cómo el orden —o lo que tradicionalmente se entiende por tal en una sociedad— es alterado desde su interior por alguien que jamás postula una existencia desordenada o se atiene a las normas de la malignidad, con un fin expreso, como ocurre en algunas de las obras del marqués de Sade. Más bien ese alguien es un ser positivo, cuyo rostro es garante de sus virtudes sociales; su profesión, un indicio de funcionamiento; sus intereses, los del Señor Todo el Mundo. ¿Qué habría de reprochársele, sin caer en la denigración o en el ardor difamatorio? ¿No es, acaso, alguien como cada uno de nosotros?

Sólo cuando llegamos a observar que ese "rostro" no es, sino una "máscara", y que su normalidad reside en un apasionado "enmascaramiento", podemos admitir el poder de la alegoría que se proyecta mediante esta fábula social. Sabido es, de acuerdo con lineamientos morales quizás estentóreamente falsos, que ver el rostro es un espejo del alma, lo cual hace a los héroes de la tragedia griega enmascarse con el fin de sustraerse a su destino, evitando la sanción. Valdivieso se propone en la novela abrir las puertas para que el lector sepa claramente de la existencia de un imperio de lo indecible que rodea fuertemente la anécdota propuesta por él, y aún el misterioso asesino pronuncia un constante discurso de enmascaramiento, lo cual le permite irse distanciando, primero, de su noción de culpa; segundo, de la "normalidad" con que se entrega a su misión purgativa.

Valdivieso construye cuidadosa-

mente el mundo gótico del relato, así como se hace en música cuando "las variaciones sobre un tema de..." van disfrazando el origen de dicho tema, o como ocurría en una *jamsesión*, en donde el leve rasgueo de la guitarra, el juego preparatorio de las cuerdas del contrabajo, la labor de zapa del piano asordinado, abrían paso a una "improvisación", en la que sólo este vocablo es improvisado, pues el texto resume una sabiduría continua (incluso hay momentos de la novela en los que el modelo de Gilles de Rais o del desquiciamiento de Jack el Destripador, victoriano eminente este último, son parodiados, en un juego de fuga hacia el grotesco, que es el grado extremo del gótico).

Sin embargo, el mundo se va convirtiendo en algo amenazador, llenándose del "posibilidades malignas" (Lovecraft) y dejando que los lectores confundan el mar de lo Oscuro con el mar de la Tranquilidad. Valdivieso examina, en un texto patético que explora hondamente el alma humana, un modo de desencadenarse del Mal y de la Bestialidad, sin necesidad de apelar a otra cosa que a ese juego de apariencia y realidad, cuyo asunto permitió una vez a Bradley escribir un libro monumental y de exponer una soberbia tesis. Si logramos aceptar que, en la época actual, la persona va siendo desplazada día a día por la máscara, y que vivimos en una sociedad delirante y lobotomizada, apreciaremos mejor la validez de *Las máscaras del ruiseñor* que, por cierto, puede leerse también como un *thriller* de alcurnia. Lo uno y/o lo otro.

ALFONSO CALDERON

¹ *El horror en la literatura* (Alianza Editorial, Madrid, 1983).

Julio Ricci

Cuentos civilizados

Montevideo: Ediciones Géminis,
1985

El humor —negro, duro, cruel, no obs- tante, la ternura mayor que todo lo pre- side— es el tono que domina en estos relatos de Julio Ricci. Un humor que enfrenta —sonrisa amarga ante la constatación del fracaso de los proyec- tos humanos— a la mediocridad impe- rante, a la enajenación que todo lo subyuga, a la ambición que distorsiona cualquier empresa enaltecedora. La gran pregunta es la que surge preci- samente de la aparente rotundidad de la proposición enunciativa del título —cuya ironía desvela la lectura del li- bro—: ¿qué tienen de “civilizados” los mundos de estos relatos, los internos de las historias narradas, los del referen- te que los desencadena?

Ricci lleva a sus criaturas a situacio- nes límites. Ellas se dan a nivel de marco, en que motivos recurrentes materializan el mundo exterior que constituye la atmósfera de su desen- volvimiento. Pero se trasunta también en los diálogos de quienes viven sometidos a sus coordenadas. Resultaría fá- cil hablar del absurdo predominante; sin embargo, éste deja de ser absoluto en la medida en que al lector se le co- munican claves sutiles de compren- sión de un mundo posible de estable- cer, cuya distorsión nace de la inepti- tud del sistema para superarlo.

Temas recurrentes —no podía ser de otro modo, según lo dicho—, la soledad y la incomunicación. Obvio es que el valor de los textos no se dé sólo en el nivel propositivo de visión y concep- ciones, sino, y por sobre todo, en el de las realizaciones estrictamente narra- tivas. Entre éstas —y hay muchas más a las que una simple reseña no le es posible atender—, la cumplida en el úl- timo relato, cifra cabal del mundo narrado en la totalidad del volumen. De validez mayor resultan aquí (como en los otros cuentos) las modalidades de su plasmación, las maneras por medio de las cuales conmueve íntimamente

al lector, haciéndole partícipe del mundo narrado. Al dejar la enuncia- ción en la voz de un narrador en primera persona —“au tor” él mismo de la carta que es todo el cuento— ella puede hacerse legítimamente reflexi- va. “La rutina —leemos—, la odiosa rutina, no es más que la reiteración de una situación mil veces igual al punto de que es como una línea de sucesi- vidades en la que no hay casi diferencias (...) La mente se encoge, se desvitaliza y termina por cerrarse a todo. Con los años, el hábito es tan fuerte que cual- quier cambio es trágico” (p. 127). Y, en otros instantes: “Todo es fortuito en la existencia” (id.). “Para todo lo impor- tante en la vida se necesita trascender la realidad” (p. 131). Los párrafos cita- dos forman parte de una carta dirigida a una receptora seguramente olvidada ya de un encuentro lejano y, con toda probabilidad, para ella insignificante. Pero en el acto mismo de escribirla está incoada la difícil certeza de un reencuentro posible en el diálogo que se busca establecer. La actitud del que rememora, reflexiona y postula la pro- ximidad con esta carta suya, es idénti- ca a la que sustenta todos los relatos del escritor uruguayo. El impulso mo- vilizador del quehacer del personaje constituye correlato del que dinamiza y orienta la escritura de los cuentos.

El ámbito es, en su mayor parte, *tenso e irrespirable* (así en “Las ceri- llas, II”, en donde el consumo de fósforos, de cuatro fósforos diarios y sólo cuatro, se convierte en “el gran problema” de la vida de la narradora, asediada por la vigilancia implacable de la casera con quien vive). Pero ese mismo carácter, al incorporarse en la existencia cotidiana hasta ejercer total dominio sobre ella, al transformarse en “rutina” deviene “ambiente casi idílico” (“La pared”, p. 18). En esta dialéctica lo establecido y hecho rigor no logra ser alterado sustancialmente ni por el propósito de quiebre ni por la repentina interferencia de lo inhabi- tual: tan poderosa es su fuerza.

A su mostración, descarnada casi, de solapada angustia, apuntan la intencionalidad autorial y la realiza-

ción narrativa. La denuncia de la inmovilidad entronizada (el vértigo acelerado no hace sino esconderla), de la inercia insuperable, del Orden rígido y que busca mantenerse inalterable, constituye el eje ideológico de estos diez "cuentos civilizados". Ese Orden en donde dominan las "razones" de las jerarquías (que nunca se equivocan) y el acostumbramiento (léase el titulado "La necesidad de ser esquizofrénico").

El horror que los textos describen es, precisamente, el de la asimilación enajenante que cierta "civilización" somete al hombre. "Ser carnicero no es simplemente ocuparse de las cosas de la carnicería —leemos en un cuento que nos tienta leer en clave política—. No es sólo un *modus vivendi*. Es adquirir una mentalidad cuyo horizonte es la carne." Y así el funcionario de oficina —sobre todo éste—, el jubilado, el profesor, el cronista —"humilde notero de marítimas" convertido en "obituarista" de fama— y los demás.

Lo curioso es que a todos ellos se les ve permanentemente dispuestos a pensar a fondo su situación (creo que no hay un solo personaje de quien no se sostenga de que ello es así), pero sus reflexiones estarán viciadas desde la partida, precisamente, por el carácter alienado de quienes las emprenden: más que meditaciones constituyen "balances" (p. 51), recuentos pretendidamente objetivos, mensurables, o un *rumiar* sin término, en un dar vueltas y vueltas sobre lo mismo. Cavilaciones que llevan a conclusiones como éstas: "El pasado fue la vida; el futuro es la muerte" (p. 82). De allí ese constante "hurgar en el pasado" por parte de los personajes.

Al no poder extendernos en otras consideraciones, subrayemos, por último, que en todos los relatos se explota al máximo las posibilidades que el narrador tiene de imprimir a cada uno el carácter y significación particulares que en ellos busca desarrollar. Es el sujeto de la enunciación que, en sus actitudes ante la historia narrada (situaciones y otros personajes), conforma el ángulo desde el cual se enfoca la

realidad, entregando la concepción ideológica que plasma el *sentido* de los textos. La suya se aproxima a lo grotesco más que al absurdo: el mundo aparece desencajado, los seres humanos y sus relaciones se presentan en situaciones que, en las circunstancias dadas por el relato, aparecen contradictorias con las que tendríamos que entender como propias de un mundo "civilizado". Grotescas y no absurdas, porque no son incomprensibles ni menos irradicables. La imagen final no implica un mundo totalmente vencido por el horror, con hombres resignados y que renuncian a una posible actividad superadora. La denuncia del sistema (social) en que se desenvuelven conlleva el potencial de su desencajamiento.

Con este libro, al que precediera *Ocho modelos de felicidad*, Julio Ricci viene a confirmarse como una de las voces más potentes y originales en el rico panorama a que comienza a ofrecernos nuevamente la narrativa uruguaya: H. G. Verzi (*El mismo invisible pecho del cielo*, 1984), Juvenal Botto (*El sillón del poder*, 1985; *El cuerpo del señor Olmedo*, 1986); etc.

MARCELO CODDOU

Adriana Lassel

Le pavillon de l'oiseau jaune
La Pensée Universelle, París,
1984.

Le sang, l'âme, et l'espoir
Entr. algérienne de presse, Alger,
1985

Dentro de las anomalías no tan excepcionales de los chilenos repartidos por tierras extrañas, hay que registrar como un hecho particularmente revelador el fenómeno de los que escriben o publican en lenguas extranjeras. Nuestro poeta Vicente Huidobro soñó con ser un autor bilingüe. Hay un joven argentino que decidió renunciar al cas-

tellano para escribir en francés, a pesar de su apellido italiano.

Adriana Arriagada de Lassel es un caso distinto. Escribe en castellano y publica en francés. Casi inédita en su lengua materna, nos llegan dos obras suyas: *El pabellón del pájaro amarillo* y *Por la sangre se escapa el alma*. La primera aparece en París. La segunda, se dio a la estampa en Argelia, país donde reside.

Ambas representan experiencias muy distintas del extrañamiento. *El pabellón del pájaro amarillo* seguramente nace de una vivencia personal, la permanencia en China, como profesora de español, en la época revuelta de la Revolución Cultural. La visión pasa por el espíritu del protagonista o narrador, pero el tema es político, en cuanto describe ambientes y personajes sacudidos por la violencia del tifón. Este golpea a jóvenes chinos y a los profesores extranjeros contratados, que tampoco pueden escapar al torbellino.

El libro logra un afortunado equilibrio entre los sentimientos y las reacciones individuales de ese gran drama que se desarrolla en Shangai, como en todo el país, y el cuadro general del movimiento desencadenado por Mao Tse Tung, no exento de fenómenos de enloquecimiento colectivo, con millones de víctimas gratuitas.

Creo que esta obra en un sentido enriquece la literatura chilena y latinoamericana porque contribuye a desprovincializarla, al incorporarle páginas que, correspondiendo a episodios desarrollados en las antípodas del globo, sin embargo, forman parte de la convulsa historia de la humanidad.

Por la sangre se escapa el alma (traducida al francés con el título *Le sang, l'âme, et l'espoir*) es una novela del exilio chileno y de las ansias de volver. Está dedicada, sin ambages, a aquellos que murieron y desaparecieron víctimas del fascismo; a los que debieron

huir de su país y a aquellos que, en el interior, sufren y luchan.

Si *El pabellón del pájaro amarillo* se localiza en Shangai, esta obra, como una larga desgarradura va de América a Europa, de Chile a Bélgica. La instalación de los primeros refugiados chilenos en Amberes se parece a la recepción en Amsterdam o Estocolmo, en Londres o Frankfurt, en cien ciudades del globo. Hay un ceremonial análogo y problemas comunes que este libro registra con un ojo lleno de humanidad y exactitud, ligeramente estremecido por la reminiscencia del país que quedó allá lejos.

Los personajes fluctúan entre el aguijón de la nostalgia y la obligación de seguir viviendo, entregados a la búsqueda de un destino, en un ambiente desconocido, muchas veces sin saber la lengua. Encerrados en sí mismos, tratan de romper su aislamiento. Ni siquiera los más afortunados lo conseguirán del todo.

Y allí en el exilio sigue la eterna discusión de adentro, los apasionados particularismos, las enfermedades infantiles de la política, los gestos desmedidos y el desconcierto de tantos. Este libro es una confirmación que los chilenos del exilio no han aprendido suficientemente, no han sacado todas las enseñanzas necesarias de la prueba.

El diario vivir y el trabajo en cualquier cosa y la remembranza que nos visita cada día, de los que en el país están presos, donde todavía no termina el fin del mundo, donde aún sigue la noche.

Adriana Lassel cuenta como siente. Su corazón es sensible y su mirada observadora, sea en Bélgica o en Argelia. La literatura del ostracismo tendrá que contar con *Por la sangre se escapa el alma*. Es un libro válido, que mañana ayudará a los historiadores del futuro a reconstruir esta áspera página de nuestros días.

V. T.

Francisco Simón

El informe Mancini

Edic. Cerro Santa María, Santiago, 1984

Un libro apasionante, tan denso de ocurrencias inesperadas, humor macabro y diabólico sentido de la anticipación histórica, que resulta difícil soltarlo. El lector va de sorpresa en sorpresa, pero con la particularidad de que muchas de las cosas que el autor relata sobre Chile, un Chile futuro nacido del que estamos contemplando, están presentes de algún modo, en forma larvada, en nuestras fantasías y pesadillas de hoy.

La técnica de la narración es documental. El estilo es el que emplearía un historiador moderno, a ratos científico, a ratos periodístico; pero en definitiva, siempre novelesco. Aspectos claves del libro aparecen bajo la forma de transcripciones de extensos interrogatorios grabados en cinta magnética, que acompañan al texto bajo la forma de notas. En la práctica, son casi siempre los trozos más sabrosos.

Francisco Simón golpea al lector sin misericordia. Como al pasar va acumulando las revelaciones sobre lo ocurrido con Chile y los chilenos entre el día de hoy y la fecha imprecisa, futura, del relato: ha habido una guerra civil, el país está partido por la mitad a la altura de Coquimbo; en el norte la autoridad de gobierno es el Consejo Insurreccional; el sur sigue bajo el control de la dictadura del "general".

Abundan los personajes pintorescos. El más notable de todos es, sin duda, Jacinto González, el Vendedor de Globos Terráqueos.

"Jacinto González había heredado la profesión de su padre. Aunque era un diestro perforador IBM y tenía un buen trabajo y un buen sueldo en los Almacenes París, el mundo de los globos terráqueos lo apasionaba mucho más. Su padre reconoció en él cualidades inadvertidas cuando un día le entregó tres globos terráqueos que no podía vender desde

hacía cuatro años y le dijo:

—Si logras colocarlos te inscribo en el sindicato: Jacinto González pidió un día de permiso en los Almacenes París y regresó a su casa a medianoche con el dinero de la venta y las facturas de los tres clientes. Había vendido un globo terráqueo de cobre repujado a un árabe que vendía calzoncillos por kilos en la calle Patronato, otro en el que Brasil aparecía sin el río Amazonas al decano de la escuela de derecho y el tercero, un artefacto de redondez exquisita, lo había dejado por cinco cheques, con el interés adecuado, en las manos del presidente de la Sociedad de la Tierra Plana. A la pregunta de su padre respondió:

—Lo convencí de que al enemigo redondo había que tenerlo siempre a la vista."

El autor parece insinuar o implicar que un hombre capaz de vender globos terráqueos en estos tiempos es capaz de... cualquier cosa. Y lo demuestra a continuación. En verdad, Jacinto González se va transformando gradualmente en un héroe desmesurado o desaforado, que modifica la historia con su acción personal, de manera bastante improbable, como los héroes novelescos de otros tiempos.

Acaso el mayor encanto del libro sea su continuo vaivén de la realidad más chata y siniestra del régimen militar de hoy, a la fantasía más exacerbada, que nos entrega siempre acompañada de documentos, pruebas, evidencias, con sorprendente poder de convicción. Los personajes notables abundan. Se insertan como medallones en el torrente de la acción principal y luego se suman a él para contribuir de un modo u otro a modificarlo. Hay algunos nobles, trágicos, heroicos, como el líder de los obreros del carbón Moisés Parada que muere a consecuencia de la explosión de una bomba de amoníaco en el helicóptero militar que lo traslada desde Concepción a Santiago el día 1º de mayo. Otros son sórdidos y repulsivos como el agente de la DINA Domingo Sepúlveda, que prefiere que

lo llamen "Columbo". Uno de los más extraordinarios es el capitán de fragata Francisco Petersen Lillo.

Francisco Simón traza un cuadro inolvidable del barrio alto, cuyos habitantes se van aislando gradualmente de la realidad nacional.

"Hacia los faldeos de la Cordillera de los Andes, contra el cerro Manquehue y las colinas de Los Dominicos y La Reina se fue creando una comunidad que se puso a vivir de mentira. Ya no recibía *El Mercurio* ni sintonizaba el canal estatal de televisión. Los límites, difusos al principio, se fueron configurando al pasar los días y las semanas de la guerra civil. Los hombres de negocios trasladaron sus oficinas y sus bancos, los comerciantes sus tiendas, los sastres sus sastrerías y los médicos sus consultorios y sus clínicas. Las madres cambiaron a sus hijos de colegio..."

La descripción de la entrada del Vendador de Globos Terráqueos ocupa varias de las páginas más memorables del libro, de este singular *Informe Mancini*, recorrido de punta a punta por una densa veta de humo negro, revelación de un escritor diabólicamente diestro, penetrante e imaginativo, absolutamente diverso de todos los demás que ha producido Chile en estos y en otros tiempos.

J. M. V.

ENSAYO

Marta Harnecker

**La estrategia política de Fidel
(Del Moncada a la victoria)**

Ed. Instituto de Ciencias Alejandro
Lipschütz, Santiago, 1986

Que Marta Harnecker vuelva a publicarse en Chile, no es un hecho del azar.

Constituye un signo más de los cambios que se están produciendo en nuestro país, donde una fuerza poderosa y profunda, que se expresa de mil maneras, va derribando los diques que se le oponen.

El Instituto de Ciencias "Alejandro Lipschütz", meritorio en su aporte al pensamiento avanzado, acaba de editar, *La estrategia política de Fidel*, obra de la destacada psicóloga chilena.

La tesis central es clara: las grandes líneas de la estrategia política para construir el bloque de fuerzas sociales que permitió derrocar a Batista y al régimen oligárquico y proimperialista que lo sustentaba, abriendo paso a la construcción del socialismo en Cuba, se encuentran en Fidel desde antes del asalto al Moncada en 1953, y se despliegan a lo largo de los años hasta después de la victoria en enero de 1959.

Más didáctico que histórico, el ensayo utiliza, profusamente, citas del líder revolucionario en un período que abarca básicamente hasta 1961, cuando el Movimiento 26 de julio, el Directorio Revolucionario y el Partido Socialista Popular, de los comunistas, dieron vida a las Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI), antecedente inmediato del actual Partido Comunista de Cuba. Un anexo con parte de las conversaciones entre Fidel y el dominicano Frei Betto, totaliza un esbozo convincente y aleccionador.

La tesis, en cuanto proposición demostrada con argumentos, se impone con inteligencia.

La obra de Harnecker —¿o sería más propio decir, el desarrollo del pensamiento de Fidel?—, muestra en diversos momentos el Fluir de una concepción cuyas claves son la unidad, el papel de la vanguardia, la flexibilidad de las alianzas, la lucha incansable contra el sectarismo y el valor del aporte de cada uno de los destacamentos revolucionarios.

"¿Qué es la revolución?" Se pregunta el comandante Castro. "La revolución es un gran tronco que tiene sus raíces. Esas raíces, partiendo de dife-

rentes puntos se unieron en un tronco: el tronco empieza a crecer. Las raíces tienen importancia, pero lo que crece es el tronco de un gran árbol que es un árbol muy alto, cuyas raíces vinieron y se juntaron en el tronco. El tronco es todo lo que hemos hecho juntos ya, desde que nos juntamos: el tronco es todo lo que nos falta por hacer y seguir haciendo juntos" (...).

En sus palabras a Frei Betto —"creo que mi contribución a la Revolución Cubana consiste en haber realizado una síntesis entre las ideas de Martí y el marxismo leninismo, y haberla aplicado correctamente en nuestra lucha"— subyace una aspiración antigua la revolución en este continente, pero fue Fidel Castro quien culminó victorioso la tarea.

La aprehensión de lo específico, la penetración en lo concreto de cada formación económico social, en el marco de leyes generales, la búsqueda de una amalgama entre la tradición nacional progresista y el socialismo marxista han sido aspiraciones rara vez logradas.

El pensamiento de Fidel replantea este horizonte; reaviva una temática crucial del marxismo latinoamericano, para usar este término a falta de otro que traduzca mejor una necesidad insatisfecha.

La originalidad de sus planteamientos se refleja en el lenguaje, ajeno al cliché y al formalismo que agobian. También explica la utilización de categorías distintas de las formulaciones tradicionales. En sus primeros años de lucha Fidel tuvo un pensamiento premarxista, comunista utópico, como él lo llama, que se combinó íntimamente con la tradición martiana tan fuerte en la juventud cubana. "Yo antes de ser comunista utópico o marxista, soy martiano... no debo olvidar la atracción enorme del pensamiento de Martí sobre todos nosotros, la admiración por Martí", nos dice.

En los años cincuenta, Cuba recién cumplía medio siglo de soberanía formal, cuyo contenido real escamoteaba la Enmienda Platt.

La obra rompe prejuicios derivados del desconocimiento de la experiencia cubana.

Mencionemos dos:

El supuesto voluntarismo de la lucha armada, por ejemplo, se desvanece al comprobar como Fidel se la planteó como instrumento válido solamente después del agotamiento de los recursos institucionales. Lo dijo en 1955: "Pensamos como Martí que es criminal quién promueve en un país la guerra que se puede evitar, y quién deja de promover la guerra inevitable. Guerra civil que se puede evitar no nos verá nunca promoverla la nación cubana, como reitero que cuantas veces en Cuba se presente las circunstancias' ignominiosas que siguieron al golpe artero del 10 de marzo, será un crimen dejar de promover la rebeldía inevitable".

Otro ejemplo es la creencia de que en Cuba el socialismo fue una respuesta a las agresiones imperialistas. Dice el líder cubano a Frei Betto: "¿Fueron la causa? No, sería un error. Yo no pretendo que las agresiones son la causa del socialismo en Cuba. Eso es falso. En Cuba, íbamos a construir el socialismo lo más ordenadamente posible, en un período razonable de tiempo, con la menor cantidad de traumas y de problemas, pero las agresiones del imperialismo norteamericano aceleraron el proceso revolucionario".

Es cierto, que a veces su concepción del "pueblo", es un tanto heterogénea y no da cuenta de los diversos fenómenos que suceden en y entre las clases y capas que coexisten en él. Pero, ese defecto es compensado con creces por la vitalidad y riqueza de su pensamiento.

Procedente del populismo, del Partido Ortodoxo, percibió con lucidez notable las limitaciones del Partido Socialista Popular para ser efectiva y concretamente vanguardia revolucionaria.

Elegió la sierra y no las grandes ciudades.

Desde el primer instante, visualizó las posibilidades que se abrían en la re-

volución, para creyentes y no creyentes, para católicos y marxistas, en un proceso de proyecciones no fáciles de dimensionar en su importancia histórica.

En una obra como *La estrategia política de Fidel*, acecha la trampa del acomodo de los hechos a la tesis que se postula. "La historia se puede construir. Lo que no sé puede hacer es reconstruirla...", cita apropiadamente la autora.

Es posible que la evolución del pensamiento castrista sea menos lineal de lo que aparece en las páginas de este libro. Es probable que haya sido mucho más compleja. Que en vez de un desa-

rrollo rectilíneo que visualiza desde el inicio la meta y los accidentes del camino, haya habido errores, vacilaciones y retrocesos.

Sin embargo, lo importante está a la vista. Y a ello apunta el libro de la autora chilena, que acierta en el centro de su blanco: las lecciones que derivan de la hazaña colectiva del pueblo cubano y la gesta personal de sus dirigentes que "transformaron la pequeña isla caribeña en el faro de los pueblos sometidos de América".

Dentro de su brevedad, el trabajo de Marta Harnecker cumple su propósito con creces.

HERNAN SOTO





ACTAS DEL ALTO BIO-BIO
Patricio Manns

Crónica novelada de la sublevación campesina que se vivió en Ranquil, en el sur de Chile, a mediados de la década del 30. Una pequeña sinfonía en que la dramaticidad de la narración se suma a la belleza poética del texto.

Formato: 11 × 18 cm. 152 págs. Precio: 450 ptas.

MUERTE Y RESURRECCION
DEL TEATRO CHILENO (1973-1983)
Grinor Rojo

Una exhaustiva indagación de las consecuencias que tuvo en el arte escénico chileno el golpe de Estado de 1973. Un análisis de las manifestaciones teatrales más recientes, y una reflexión sobre el teatro como producto estético y como fenómeno inserto en una historia cultural.

Formato: 14 × 21,5 cm. 200 págs. Precio: 1.100 ptas.

CULTURA Y TEATRO OBREROS
EN CHILE (1900-1930)
Pedro Bravo Elizondo

Recuento y examen de las manifestaciones de la cultura popular (teatro, prensa, las «filarmonías» y «mancomunales») en la zona del salitre —el Norte Grande chileno— cuna del movimiento obrero del país y nervio vivo del acontecer político y social en la aurora del siglo.

Formato: 14 × 21,5 cm. 216 págs. Precio: 1.100 ptas.

Novedades de Ediciones Michay

EL MOVIMIENTO OBRERO EN CHILE
Antecedentes (1891-1919)
Fernando Ortiz Letelier

El movimiento obrero en los comienzos de su desarrollo; las características de su organización; su ideología y métodos de lucha; su presencia en la vida chilena, y la actitud de los partidos políticos. Un estudio del período inaugural de lo que habría de transformarse, con los años, en componente esencial de la historia contemporánea de Chile.

Formato: 13 × 21 cm. 312 págs. Precio: 900 ptas.



INEVITABLE UNIVERSO
Arturo Olavarría

Un conjunto de relatos breves que, por su finura y levedad, pueden ser calificados de «historias-sueños-poemas». Obra profusamente ilustrada por su propio autor.

Formato: 14 × 21,5 cm. 72 págs. Precio: 450 ptas.

EL HIPODROMO DE ALICANTE
y otros cuentos fantásticos
Héctor Pinochet

Relatos nacidos de las zonas más oscuras del sueño (el gran guiñol, la fantaciencia, la poesía, la magia, el delirio gótico), en los que, sin embargo, el autor, que es un exiliado, sabe hallar armas en su fantasía para saldar cuentas con quienes lo arrojaron al destierro.

Formato: 11 × 18 cm. 256 págs. Precio: 850 ptas.

Haga sus pedidos a:
EDICIONES MICHAY, S. A.
Arlabán, 7, of. 49
28014-Madrid
España

